

LA INCREIBLE HISTORIA DE UN ODONTÓLOGO DEL SIGLO XXI EN BUSCA DE SU FUTURO

DENTOCRACIA MALDITA



José S. Carrillo

AGRADECIMIENTOS DEL AUTOR A LA DIFUSION ELECTRONICA DE LA NOVELA “DENTOCRACIA MALDITA”.

Estimado lector, me gustaría en primer lugar pedirte disculpas por la tardanza con la que te llega el acceso electrónico a la novela “DENTOCRACIA MALDITA”. De todos modos, pienso que a pesar de que casi han transcurrido cerca de dos años desde su primera difusión en papel está sabiendo envejecer una parte de los planteamientos políticos en las que se mueven los personajes en un futuro próximo en esta Europa de la que formamos parte, creo que se están cumpliendo de forma inexorable.

Uno de los fines más importantes de esta novela es el de colaborar con un Proyecto importantísimo de la FUNDACION VICENTE FERRER de llevar agua potable a 391 familias de un pueblo de las castas más pobres de la India, cuyo coste estimado es de 48.176 euros. En un mundo tan globalizado como el nuestro pienso que la mejor ayuda “in-situ” ayudando a que lo que parecía imposible sea realidad. Por ello te voy a pedir que en caso que desees colaborar en dicho proyecto mandes tu donativo al número de cuenta que me ha facilitado la Fundación Vicente Ferrer. Puedes aportar la cantidad que quieras ninguna ayuda es poca. Piensa que esta novela puede llegar a miles de personas. Me gustaría aclarar que de la cantidad que tu aportes ni el autor ni los colaboradores de su difusión y revisión electrónica, perciben absolutamente nada. Es decir, los ingresos se deben realizar directamente en el número de cuenta que la fundación me ha facilitado para tal fin: **ES30 2100 3331 96 2200096273**. En el concepto debe ponerse por “LIBRO Dentocracia Maldita”.

Sería del todo ingrato sino agradeciera muy especialmente la difusión electrónica de esta novela al ILUSTRE CONSEJO GENERAL DE ODONTOLOGOS Y ESTOMATOLOGOS DE ESPAÑA, por las facilidades y colaboración en tal fin.

Un AGRADECIMIENTO ESPECIAL por su revisión y adaptación a:

- Dr. Miguel Ángel Povedano Jiménez, por su apoyo y comprensión en todo momento.
- Angel García García, por su ayuda legal
- German Rodríguez Díez por la adaptación electrónica y revisión de textos.
- A la Universidad Europea de Madrid, por su ayuda en todo momento en la difusión del proyecto.

Esperando que disfrutes de la novela recibe un cordial saludo.

Dr. José S. Carrillo.

Contenido

Prólogo	6
Capítulo 1 El comienzo de una ilusión.....	13
Capítulo 2 Sobrepasar el nivel amarillo.....	31
Capítulo 3 El sueño de María	69
Capítulo 4 Los padres de ella.....	97
Capítulo 5 La obra	120
Capítulo 6 Superar el nivel rojo.....	157
Capítulo 7 La barrera azul	198
Capítulo 8 Superar el nivel verde	230
Capítulo 9 La barrera negra.....	267

Acto a beneficio de



Vicente Ferrer

Con este libro, gracias a la solidaridad de su autor y la tuya, puedes ayudarnos a mejorar la vida de las personas más desfavorecidas de las zonas rurales de Andhra Pradesh y Telangana, India.

Comparte el libro Solidario y colabora con tu donación en la cuenta

ES30-2100-3331-9622-00096273

indicando,

LIBRO "Dentocracia Maldita".

**MUCHAS GRACIAS
POR TU SOLIDARIDAD**

www.fundacionvicenteferrer.org

"Tengo muy claro que ninguna acción buena se pierde en este mundo. En algún lugar quedará para siempre"

Vicente Ferrer



Prólogo

Llega a mis manos un libro titulado *Dentocracia Maldita* del Dr. José Santos Carrillo donde se narran, con gran sentido de humor y no exenta sátira quevedesca, las vicisitudes de dos recién graduados en Odontología, Jacinto y Ludovica, que intentan abrir una clínica en la calle Chistera 36, donde ejercía el abuelo de Jacinto. Las peripecias y vicisitudes de los protagonistas se relatan en un lenguaje fresco, ágil, lleno de una cierta perspicacia envolvente que, a manera de tela de araña, les va tejiendo un jeroglífico que les introduce en un laberinto de colores con el fin de obtener la licencia de apertura de clínica y la autorización para el ejercicio, siempre y cuando, sean capaces de sortear el nivel anterior. A través de una serie de visitas, reuniones, entrevistas van trenzando una maraña de obstáculos intentando salvar los diferentes pasos, que en colores, tienen que sortear hasta llegar al nivel de barrera negra que se obtiene en una ceremonia de los Arquitectos del Pensamiento Luminoso. El rito es ciertamente abrupto pues los protagonistas se enfrentan a la sangre de un ternero, que allí mismo sacrifican, pues se la extienden por los cuerpos desnudos, ante la mirada inquisitiva de unos hombres con máscaras, túnicas y capuchas.

Han pasado solo dieciocho meses desde que un día, ya olvidado, recibieron el soñado título universitario que les facultaba, eso creían, a inaugurar una consulta. Sin lugar a dudas, el abuelo de Jacinto, Don Servando, años atrás no tuvo que enfrentarse con estos obstáculos. Los tiempos habían cambiado y la burocracia era, ahora, la protagonista donde pivotaba la vida de los actores.

Todo lo que les rodea les atenaza y les envuelve, en un manto muchas veces de secretismo y ocultismo que, a modo esotérico, reciben los iniciados. Podíamos hacer el símil, no solo para esta profesión, sino también, para otras parcelas de la vida diaria.

Pero es que estos episodios tienen el carácter de Kafkiano del absurdo. Al leer el libro, me transporté sin solución de continuidad, al punto en el que el protagonista K lucha por acceder a las autoridades de un castillo. La alienación, la burocracia se apoderan del personaje, sumiéndole en una auténtica

frustración que hacen que el sistema le oprima y le estruje en su más íntima personalidad. Todo a su alrededor es surrealista como las aventuras de nuestros personajes. Todo es irracional, es una psicología desesperante que lleva a un nihilismo y a una supresión de la voluntad. Jacinto y Lu se dejan llevar por los acontecimientos en una descendente disparatada. Es el absurdo llevado a su nivel más alto: el de la incompetencia.

En el libro de Kafka, el castillo, simboliza el poder de las autoridades, reflejando, en su inaccesibilidad para el protagonista, la correspondiente imposibilidad de acceder. En la novela que presentamos el castillo se ve reflejado en los diferentes niveles, que a manera de colores, se distinguen como pasos a seguir para la consecución del objetivo final. Es la representación de la Administración lo que sustituye al castillo.

Sin embargo, es la burocracia y el sinsentido lo que marcan en ambas obras el escenario donde se presenta el eje principal del argumento; un escenario sórdido, miserable y mezquino, que lleva a los protagonistas a un punto en el que pierden el sentido de la realidad.

En suma, una historia bien empaquetada y estructurada, donde la diatriba, el sarcasmo y la ironía son la base en la que oscila el argumento. El análisis del autor es fino y atractivo a veces, otras, rudo y agrio, como la vida misma. En un momento dado, nuestros intérpretes se encuentran en un pozo, dando vueltas como el cangilón de la noria. No tienen salida a su problema. Al final la realidad se confunde con la ficción, como tantas veces en la vida nos sucede, en las que no sabemos distinguir donde acaba la verdad y donde comienza la quimera. Al final es la propia imaginación la que da solución al problema.

Antonio Bascones, Catedrático de la UCM,
Académico Numerario de la Real Academia de Doctores de España
Académico Correspondiente de la Real Academia Nacional de Medicina

En un momento tan importante recuerda cómo era feliz, al jugar con escayolas y ceras, cuando siendo un niño de apenas nueve años visitaba la clínica de su abuelo don Servando Albar Villarjubín, ubicada en la calle de la Chístera 36, en la cual el viejo odontólogo tenía junto a ella un



ASISTENCIA LEGAL Y ECONOMICO-FINANCIERA
PARA SU CONSULTA

www.controllerjuridico.es

necesitaba dejarle algunas horas, una vez que lo había recogido del colegio de San Francisco. María necesitaba trabajar como

Notas del autor

La acción transcurre en un futuro próximo, en el que una pareja de dentistas formada por un español y una italiana, que acaban de terminar sus estudios en una universidad privada, deciden unir sus vidas de forma sentimental y profesional. El protagonista proviene de una familia con tradición odontológica, pero económicamente venida a menos, y su novia de una familia de la alta burguesía italiana. Jacinto hereda de su abuelo, don Servando, una antigua clínica ubicada en el centro de Madrid. Los problemas surgen cuando Jacinto y su novia Ludovica quieren refloatar la vieja clínica del abuelo. En el tiempo en el que se desarrolla esta ficción, todos los ayuntamientos, autonomías y otras entidades actuales han sido abolidas para ser sustituidos por organismos oficiales, totalmente dominados por una Europa de dos velocidades, en la que incluso la moneda del euro tiene la mitad de valor en la zona mediterránea. La burocracia y los burócratas se han implantado de tal modo que conseguir cualquier permiso no deja de ser un gran reto.

Las barreras burocráticas que los protagonistas deben superar para lograr legalizar la antigua clínica constituyen el principal motivo del argumento de la novela. En el primer capítulo se hace una descripción bastante pormenorizada de todos los papeles necesarios que se piden para, en ese tiempo cercano, poder solicitar la legalización de la clínica.

Como autor de la novela, que a fin de cuentas es lo que he pretendido que esto sea, debo advertir al amable lector, que cuenta con mi autorización para cuando llegue a esa zona en la que se enumeran de forma profusa todos los papeles necesarios para superar el nivel amarillo, pueda leerlos o pasar por encima de ellos sin ninguna piedad. El hecho es que tal colección de permisos no distan mucho de los que se piden en la actualidad para poder «legalizar» un piso o antigua clínica que se quiera transmitir de padres a hijos, o como en el caso de la novela, de abuelo a nieto. Para ello, como autor lo he tenido bastante fácil, la acción de copiar y pegar normas y permisos desde los boletines oficiales a las primeras páginas de la novela ha sido bastante sencilla

gracias a la tecnología digital. Evidentemente, tales normas han sufrido un proceso de adaptación narrativa, por el que están referidas a oficinas y entidades europeas no existentes en la actualidad.

Una parte de los nombres y estructura de la novela se encuentran ligados expresamente a la odontología. Existe un juego con los lectores a través de dobles sentidos y un cierto grado de nombres encriptados, que se entrelazan con la dualidad del bien y el mal, que aparece desde de un principio en la novela. Los personajes y su psicología evolucionan según avanzan los capítulos. Los «buenos» resultan no ser tan buenos, ni los «malos» tan malos. La trama discurre por diferentes lugares del mundo, aunque la ciudad protagonista es Madrid, en la que por tratarse de un futuro cercano, me he permitido describir algunos lugares, existentes en la actualidad, junto a otros ficticios, o ya desaparecidos, como es el caso del Café Comercial, que fue incluido en la trama y he preferido dejarlo en la novela como homenaje nostálgico hacia un lugar que debía haber permanecido durante muchos años como santo y seña de un auténtico Madrid bohemio e intelectual, insuficientemente protegido por sus regidores. Soy consciente de que mis descripciones en algunos casos pueden parecer demasiado prolijas e incluso excesivas, pero qué le voy a hacer, yo soy así, y quizá este sea el único medio del que dispongo para tratar de transmitir unos escenarios basados en vivencias personales mezcladas con otras imaginarias. Para su adecuada puesta en es- cena, he tomado como modelo la tramoya teatral, o quizá, por ser más ambicioso, la cinematográfica, en algunas de los capítulos. Tal acción de algún modo trata de justificar el barroquismo imperante en algunos de los pasajes.

Durante el desarrollo del argumento, en un determinado momento, se hace una alusión retrospectiva hacia la figura de don Florestán Aguilar, creador de la odontología en España, y cómo pudo ser su estrecha relación con el pintor Julio Romero de Torres y otros intelectuales, que como Ramón María del Valle Inclán, frecuentaban habitualmente el estudio del pintor. La relación, puede comprobarse en una foto en la que estos dos últimos se encuentran en el estudio del pintor, en la fecha en la que este lo tenía ubicado en el palacio de Grases, lugar que era la residencia y clínica de Florestán Aguilar.

Algunos personajes aparentemente secundarios, poco a poco, van tomando cada vez más protagonismo. En ocasiones se muestran inseguros y contradictorios, se mueven en círculos de relación entre ellos cada vez más complejos que muchas veces interactúan en busca de su propia satisfacción. Una extraña pulsera aparece como un objeto de deseo, capaz de apoderarse de la voluntad de la protagonista. El mundo onírico de las ensoñaciones en el que sutilmente se roza el erotismo o el deseo por satisfacer, se contrapone a una hiperburocracia corrupta, capaz de desviar a los protagonistas hacia un lado oscuro y maligno al cual se ven inexorablemente abocados.

En definitiva, he pretendido hacer un relato novelado, escrito por un dentista que va destinado especialmente a todos los profesionales del sector dental, pero que puede leer todo el mundo, sin que nadie quede indiferente.

Por otro lado, como autor de esta novela destinada especialmente al sector dental, entiendo que algunos encriptamientos, nombres y homenajes alusivos pueden resultar ajenos a los lectores no relacionados con esta área. Por ello, me gustaría aclarar al respecto algunos detalles que pueden facilitar su mejor comprensión a todos los lectores ajenos al «noble arte de la ciencia odontológica».

En este sentido, los colores aludidos a las barreras que deben ser superadas por los protagonistas, se refieren a los diámetros codificados por colores que habitualmente los dentistas aplican de forma secuencial y repetitiva, durante los procedimientos de endodoncia, comenzando por el color blanco para las limas de diámetro inferior y terminando por el negro, para las limas de mayor calibre. Pero al jugar la codificación tan sólo con seis colores, cuando se llega a la primera lima de color negro, marcada como del número cuarenta, para poder seguir la secuencia de colores, la siguiente lima a utilizar de un calibre mayor, que sería la del número cuarenta y cinco, ya vuelve a ser de color blanco y la siguiente amarilla, y así sucesivamente hasta alcanzar nuevamente el color negro. En un ciclo que sólo termina cuando el conducto del diente en el que se utiliza queda perfectamente ensanchado y limpio.

En lo que respecta a algunos nombres y frases como es el caso del apellido Buonocuore, en el que aparte de su traducción del italiano como «persona de

buen corazón», he querido homenajear a un importante dentista, cuyos estudios fueron de gran importancia en la adhesión de materiales al diente natural y cuyo primer trabajo fue publicado en el año mil novecientos cincuenta y cinco.

El apellido Villarjubín hace referencia a un bisabuelo mío, que fue dentista y cuya clínica se encontraba ubicada en la calle de la Montera nº36 y que allá por el año 1894, ya tenía anuncios en la revista Blanco y Negro de la época. (Para encontrar dichos anuncios, tan sólo basta poner las palabras clave en cualquier buscador de internet: Silverio Villarjubín dentista y el año 1894).

En la definición, que se hace del Club de Arquitectos del Pensamiento Luminoso se utiliza la frase «protección mutua» en alusión a una forma de oclusión dental, en la que los caninos tanto superiores como inferiores impiden que en determinados movimientos la mandíbula se lesione.

A lo largo de toda la novela una parte de los nombres, símbolos y números se relacionan con la lucha del bien y el mal, que es tan antigua como los orígenes del hombre. Sirvan de ejemplo:

- Antonio Luz y Fernando Dos Santos. (Lucifer)
- Loki, el nombre del chiguagua, es el nombre de un dios embaucador de la mitología nórdica.
- Sigyn es precisamente la esposa de Loki, con quien tuvo dos hijos Nari y Vali.
- El apellido del psicólogo Dubois (en francés significa «del bosque») y su segundo apellido, López, según algunas referencias etimológicas, puede proceder del latín lupus, cuyo significado es «lobo».

La mayoría de los personajes y nombres de la novela, no son meramente casuales, así que es misión del lector que quiera profundizar algo más sobre el sentido de esta novela- ensayo buscar sus relaciones y posibles significados.

En fin, espero haber facilitado con estas notas la lectura de todo aquel, que pacientemente sea capaz de aguantar hasta el final, mi primera incursión en el mundo de las ficciones de largo recorrido.

Capítulo 1 El comienzo de una ilusión

Para Jacinto Fresneda Albar por fin había llegado el día de su graduación como odontólogo. La universidad había montado una ceremonia de entrega de diplomas y becas cargada de tópicos, invitación a los familiares más allegados, desfile del claustro de profesores con togas agrupados por colores, bienvenida del rector y discurso cargado de positivismo hacia su futuro profesional, a cargo de don Mattias Klunt Fernández de Alaya, seleccionado por ser un ilustre magistrado de gran fama por su lucha contra los casos de corrupción y fraude entre políticos y constructores. No faltó, por supuesto, el discurso del alumno distinguido, en el que por supuesto aparecían junto al reconocimiento por los esfuerzos a sus padres amigos y familiares, recuerdos y anécdotas relativos a alguno de sus profesores, con cierto grado de comicidad y algo de mala leche acompañada de risas y algarabía por parte de sus compañeros, mientras que en la mesa presidencial sólo se esbozan sonrisas discretas. Una vez habían finalizado los discursos, se procedió a la entrega de becas. El protocolo se fue desarrollado de acuerdo al plan previsto, pero debido al gran número de alumnos que se graduaban, y a pesar del empeño empleado por los decanos, vicerrectores y demás autoridades, que colocados unos junto a otros, iban nombrando en primer lugar las carreras y luego a gran velocidad los nombres de los alumnos graduados, el resultado en algunas ocasiones no fue del todo satisfactorio. Al entregarse simultáneamente las distinciones de diez en diez, la coincidencia temporal entre el nombre del alumno y la entrega del diploma no dejó de tener ciertas dificultades, para algunos de los graduados, que recibían un diploma que no les correspondía. Una vez terminó la imposición de becas, el rector anunció que se iba a proceder a cantar *Gaudeamus Igitur*. Todo el mundo se puso de pie y el coro, junto al claustro de profesores, procedió a interpretar tan bello canto. El rector dio por finalizado el acto y los alumnos presentes en la explanada irrumpieron entre gritos y alborozos a la suelta de sombreros pañuelos y objetos diversos, que eran arrojados hacia el aire como

símbolo de alegría. Por fin se había acabado la etapa estudiantil y comenzaba la profesional. Tras estos momentos de alegría, Jacinto notó cómo la nostalgia e inseguridad sobre su futuro se apoderaban de él.

En un momento tan importante recuerda cómo era feliz, al jugar con escayolas y ceras, cuando siendo un niño de apenas nueve años visitaba la clínica de su abuelo don Servando Albar Villarjubín, ubicada en la calle de la Chistera 36, en la cual el viejo odontólogo tenía junto a ella un pequeño taller que utilizaba fundamentalmente para retocar y reparar las prótesis que había colocado a sus pacientes. En esta pequeña habitación, por lo demás oscura y sin apenas ventilación, existía una pulidora con piedra pómez y cepillos diversos, un viejo torno muy ruidoso y una mesa de mármol en la que se ubicaban tazas de goma negra y espátulas de acero y madera de diferentes tamaños. Jacinto permanecía en este espacio muchos ratos, debido a que María, su madre, necesitaba dejarle algunas horas, una vez que lo había recogido del colegio de San Francisco. María necesitaba trabajar como librera en una editorial, muy próxima a la clínica. Había enviudado con apenas treinta años. Mientras tanto, don Servando pasaba consulta en el gabinete dental del antiguo y destartado piso de maderas crujientes y olor a eugenol. Hasta su muerte, el viejo odontólogo tuvo un notable éxito profesional, toda vez que parte de su formación fue en Estados Unidos, en una época en la que no era ni frecuente ni fácil, salir al extranjero con fines formativos.

A su regreso, sus nuevas técnicas, junto a su buen aspecto y sociabilidad, hicieron que se tratara con lo más granado de la sociedad de la época. Incluso la marquesa de Veralba y don Ricardo Arencivia (fundador de los grandes almacenes El Corte Francés), fueron pacientes suyos. Las visitas al Círculo de la Amistad y las tertulias de café con ilustres personajes, facilitaron su fama como un hombre culto, simpático y sobre todo un gran profesional. Estos esfuerzos de capacitación habían conducido a don Servando a obtener un buen capital, que a su muerte permitió que su hija María pudiera matricular y costear los estudios de su único hijo en una universidad privada.

Fue en segundo de odontología, cuando Jacinto, durante las prácticas de materiales dentales, había quedado totalmente enganchado por una

compañera de origen napolitano, que había conocido con anterioridad durante un hecho casual, que más adelante será relatado.

Se trataba de Ludovica Fornarelli, una bellísima estudiante de talle esbelto, ojos verde esmeralda, cabellos largos y ondulados de color moreno con reflejos rojizos. Además, la naturaleza había dotado a Ludovica con una gran inteligencia y una simpatía natural que cristalizaba en una agradable sonrisa, en la que se entreveían unos dientes blancos perfectamente alineados. En las primeras prácticas de utilización de los instrumentos rotatorios sobre muñecos de simulación, los profesores indicaban que para poder ser eficaces desde un punto de vista ergonómico, se necesitaba aprender trabajar a «cuatro manos», de forma que los alumnos se emparejaban de dos en dos. De este modo, uno de ellos actuaba como dentista y el otro como auxiliar, para posteriormente cambiar los papeles. Las posiciones preconizadas por los profesores tanto para el dentista como para el auxiliar son siempre sentados, uno frente al otro y con las piernas por debajo del paciente, cuando está tumbado el muñeco de simulación y lo más cerca posible de la boca del paciente ficticio. Es decir, la proximidad física durante estas prácticas entre el señor Fresneda y la señorita Fornarelli hizo que Jacinto quedara absolutamente obnubilado y aturdido. Pero Jacinto era también un alumno ciertamente atractivo, de complexión atlética, cabellos negros ondulados, mirada penetrante y despierta. Aunque su estatura era similar a la de Ludovica, su mirada y fuertes manos transmitían seguridad, con lo que la bella italiana también se vio atraída por Jacinto. Al principio comenzaron a salir, en compañía de otros compañeros, para tomar unas cañas o para ir a alguna discoteca en fin de semana. Jacinto y Ludovica terminaron apartándose del grupo y comenzaron a quedar solos para pasear, estudiar y compartir todo tipo de experiencias vitales, como cualquier pareja de su edad. Según la carrera iba avanzando, la relación entre ambos se iba consolidando, y ya en los últimos cursos tenían un proyecto de vida en común, que no descartaba su futuro profesional.

A medida que había pasado el tiempo, la herencia recibida por la madre de Jacinto fue disminuyendo. Parte de las inversiones realizadas por María no fueron lo suficiente mente lucrativas. Además, su trabajo como librera apenas cubría los gastos más elementales de subsistencia. Pero aún conservaba la

vieja clínica y unos cincuenta mil euros que don Servando había depositado en su testamento. Tal cantidad iba destinada al primer descendiente que terminara la carrera de odontólogo.

Jacinto ha oído hablar de los bajos emolumentos que en general pagan a sus compañeros en las compañías y franquicias dedicadas a la atención bucodental, por lo que decide aprovechar la vieja clínica de su abuelo. Habla con Ludovica, que piensa continuar sus estudios de posgrado en ortodoncia y que promete su colaboración en la clínica. La familia de la italiana, a pesar de su muy saneada economía, no pone un solo euro en el proyecto. Pero esto no es una barrera para el joven odontólogo.

Lo primero que hace es acudir a la Asociación Profesional Odontológica. Le reciben muy amablemente y le indican que para poder disfrutar de los servicios de la misma debe asociarse a ella. Debe cumplimentar una solicitud, adjuntar un certificado de estudios de la universidad, dos fotos y toma de imagen de su huella ocular. Trascurridos unos días, recibe en su smartphone una clave de aceptación que debe validar mediante un mensaje electrónico.

¡Por fin se considera como odontólogo en ejercicio!

Vuelve a llamar a la asociación de dentistas, pidiendo asesoramiento sobre su caso concreto. Le indican que todo el proceso está informatizado, por lo que deberá buscar el enlace correspondiente a la continuidad de acción para clínicas de familiares.

Desde hace más de veinte años las legislaciones y autorizaciones en el país siguen las normativas europeas de unificación internacional. Han desaparecido todas las normativas de ayuntamientos, comunidades, diputaciones y requerimientos del ministerio de sanidad. Todo el sistema de control y autorización se basa en una serie de trazados e inspecciones avalados por la Comunidad Europea (sector mediterráneo).

El sistema consiste en cumplir una serie de normativas codificadas por colores y niveles, de forma que para poder pasar al siguiente nivel debe haberse sobrepasado el anterior. Al finalizar cada nivel de normas y requisitos se realiza

una inspección tanto burocrática como de cumplimiento. Los niveles que deben ser superados por orden de complejidad son los siguientes:

- 1) Nivel blanco.
- 2) Nivel amarillo.
- 3) Nivel rojo.
- 4) Nivel azul.
- 5) Nivel verde.
- 6) Nivel negro.

En el nivel blanco, los requerimientos para montar una clínica sanitaria sólo piden razones y posible justificación social de lo que lleva al emprendedor a montar una clínica de gestión privada. Este nivel se puede superar rellenando una solicitud que se manda on-line y una justificación de pago de 200 euros mediterráneos (equivalen a 100 euros centro-norte europeos). Una vez ingresada la cantidad se debe pulsar un botón virtual marcado como «Start». El problema surge porque el espacio debe limitarse a sólo doscientas palabras exactas, ni una más ni una menos, y el tiempo de cumplimentación no debe superar en ningún caso los tres minutos. Si se supera el tiempo, todo lo escrito se borra y debe comenzarse nuevamente. Para el nuevo comienzo el coste se incrementa, se pide un ingreso previo de 400 euros mediterráneos. Sólo se admiten tres intentos y en el último el ingreso previo se eleva a 800 euros mediterráneos. El proceso advierte de que no se admite ningún tipo de reclamación sobre las cantidades aportadas y que en caso de resultar un informe desfavorable no se podrá reclamar nada al respecto. Si el informe resulta desfavorable, no se admitirá una nueva solicitud hasta después de la reunión general de estados y nacionalidades de la Comunidad Europea, que dada su complejidad y costes se celebra cada cinco años. Es precisamente en esta reunión donde se proclaman todas las leyes, tanto económicas como políticas, que de forma inamovible se aplicarán durante un quinquenio. Cuando el informe resulta favorable, es comunicado al solicitante mediante la aparición en la pantalla del ordenador de un inspector virtual vestido totalmente de blanco y montado sobre un caballo blanco, que al grito de Well Done celebra

con una sonrisa la superación de este nivel por el solicitante. Si el informe resulta desfavorable, el inspector blanco aparece en la pantalla a pie y sin apenas gesticular indica portando un cartel “Start again”. Cuando tras el tercer intento no se consigue un informe favorable, el inspector virtual camina de forma compungida desde el fondo de la pantalla y mediante una cara llena de pena, prácticamente llorando, comunica con voz llorosa que se debe esperar al menos cinco años para poder volver a intentar superar esta primera solicitud.

Jacinto queda con Ludovica y consiguen al segundo intento la aprobación virtual de esta primera solicitud. A la pareja de jóvenes graduados les invade una sensación de felicidad por este resultado. Ese día se van a celebrar con los amigos la buena noticia. El grupo queda en la cervecería de los Cubos Mágicos. Es un lugar con ambiente juvenil y botellines de cerveza servidos en cubos de hielo. La noche en la gran ciudad está poblada de gente bulliciosa con ganas de diversión. La cervecería se encuentra abarrotada, la proximidad y la desinhibición causada por la bebida hace que las conversaciones cruzadas entre jóvenes de diferentes grupos sea lo habitual. En uno de estos encuentros fortuitos, Jacinto tropieza sin querer con un hombre de edad indeterminada, muy alto, de aspecto lánguido, pelo liso moreno y piel blanquecina sobre la que resaltan unos fríos ojos grises. Va vestido con pantalón y camisa negra. Tras pedirle disculpas, el joven le indica que en la parte derecha de la barra existe un pequeño espacio donde pueden dejar los cubos de cerveza de los que son portadores. Una vez ubicados los cubos, surge la charla y las presentaciones. Jacinto le presenta a su novia y al resto del grupo, se desarrollan una serie de conversaciones intrascendentes: «¿Venís mucho por aquí? El ambiente es colosal. Quizá el sitio es demasiado ruidoso...».

El recién llegado se llama Antonio Luz y Fernán dos Santos, es de origen brasileño y les dice que se dedica a temas de tramitación y gestión de solicitudes de empresas. Tras un rato de animada charla, en el que Jacinto y Ludovica le cuentan sus deseos de montar una clínica dental, este les entrega una tarjeta con el siguiente contenido:

Antonio Luz y Fernán Dos Santos
Tramitador Europeo de Gestión Sanitaria nivel negro.
E-mail: aluzyfernan@agencuropttram.com
Tel: 0033 999666999

Han pasado algunos minutos cuando Antonio recibe una llamada en su teléfono móvil. Se excusa y se marcha, no sin antes haber prometido que se pondrá en contacto con ellos por si necesitan su ayuda en la tramitación del proyecto.

Jacinto y Ludovica ya habían pasado la primera barrera. Era el momento de enfrentarse al nivel amarillo. La tramitación del mismo continúa siendo telemática y para poder seguir adelante se piden los siguientes documentos:

—NIFE (Número de Identificación Fiscal Europeo) o el de la sociedad que va financiar la clínica.

—Estatutos de la sociedad.

—NIFE del representante.

—Representación que ostente el solicitante.

—Acuerdo de creación, modificación, asunción de titularidad o cierre del centro.

—Documento justificativo del abono de las correspondientes tasas de solicitud obtenidas tras ingresar 666 euros mediterráneos en el número de cuenta 303 606600666 999MSP-IG a nombre del Registro Auxiliar de la Consejería de Sanidad Europea.

—Documento acreditativo de la titularidad de la disponibilidad jurídica del inmueble.

—Memoria explicativa de la naturaleza, fines y actividades del proyecto presentado, firmado por el Director Técnico exponiendo:

Cartera de Servicios o Relación de Especialidades del Centro

Si se realiza actividad quirúrgica y/o de radiodiagnóstico

Si es o no productor de residuos biosanitarios

—Oferta de servicios y previsiones de plantilla desglosada por grupos o categorías profesionales. Cualquiera que vaya a ser su vinculación jurídica. No es necesario especificar nombre y apellidos.

—Proyecto técnico, incluido el certificado de dirección de obra, firmado por técnico competente y visado.

—Memoria del Proyecto Técnico que es conforme a ley en materia de urbanismo, construcción, instalaciones y seguridad.

—Documentación acreditativa del cumplimiento de la normativa sobre protección de incendios.

—Planos de conjunto y detalle que permita la perfecta localización del centro, así como la localización del mobiliario.

—Planos de instalaciones teniendo en cuenta la Ley

9/2023 (Promoción de accesibilidad y Supresión de barreras arquitectónicas).

—Unidades móviles de atención sanitaria, se incluirá memoria con especificaciones técnicas, permiso de circulación e inspección técnica de los vehículos.

—Relación del equipamiento.

Además, la página de instrucciones advertía lo siguiente: Para presentar la solicitud y documentación por Internet, a través del Registro Telemático de la Consejería de Naciones Europeas (sector Mediterráneo) es necesario disponer de uno de los Certificados Electrónicos reconocidos por la Consejería de Sanidad de las Naciones Europeas.

Al ser la presentación de solicitudes por registro telemático, se pueden anexar a la solicitud copias digitalizadas de los documentos requeridos, cuya fidelidad con el original se garantizará mediante la utilización de firma electrónica avanzada. Con carácter excepcional, se podrá requerir al particular la exhibición del documento o de la información original. La aportación de tales copias implica la autorización a la Administración para que acceda y trate la información personal contenida en tales documentos, acuerdo con el artículo

36.9 de la Ley 11/2020, de 22 de junio, de acceso electrónico de los ciudadanos a los Servicios Públicos.

También podrán aportarse documentos, durante la tramitación del expediente, a través del servicio de aportación telemática de documentos, y enviar comunicaciones referidas a expedientes abiertos, accediendo a través de la consulta de expedientes, dentro de la página de Administración Electrónica.

Así mismo advierte que, si se trata de un cambio de titularidad, deben recogerse los siguientes requisitos:

- Documento notarial (notario europeo) de que se ha efectuado la transmisión.
- Documento de titularidad de la disponibilidad jurídica del inmueble.
- Seguro de continente y contenido a nombre del nuevo titular.
- Inscripción en la Agencia de Protección de Datos a nombre del nuevo titular.

En su caso:

- Contratos con otros servicios a nombre del nuevo titular.
- Informe preceptivo del Consejo de Seguridad Nuclear Europeo o inscripción en el Registro de la D.G. de Industria, Energía y Minas a nombre del nuevo titular (sólo en España).
- Inscripción en el Registro de Pequeños Productores de Residuos Peligrosos (Consejería Medio Ambiente Europeo) a nombre del nuevo titular.
- Contrato con empresa autorizada para retirada de residuos biosanitarios a nombre del nuevo titular.
- En caso de utilización de nombre comercial o rótulo aportarán Certificado del Registro de la Propiedad Industrial (emitido por La consejería de Industria, Turismo y Comercio Europeos) donde figuren los datos de la inscripción y su vigencia (Art. 5.3 de la Orden 696/2023, de 8 de agosto por la que se modifica la Orden 333 /2019, de 16 de marzo que regula el Registro de Centros, Servicios y Establecimientos Sanitarios de la Comunidad Europea.

Una vez acreditado figurará en el Registro de Centros Sanitarios (art. 5.1 de la mencionada Orden), que al ser público facilitará a los ciudadanos la identificación del centro.

- Modelo de conformidad para los titulares de los centros sanitarios (personas Físicas). Se proporcionará al Titular del centro con la información para solicitar la autorización, para que si lo estima oportuno lo entregue con la solicitud de autorización y la documentación requerida, autorizando la publicación de su nombre y apellidos en la web del Registro de Centros Sanitarios.

La documentación requerida deberá presentarse en soporte de archivo digital, indicando claramente en el nombre de archivo el tipo de documento del que se trate.

Cuando el nivel amarillo es superado, un hombre virtual indica que el nivel ha sido conseguido. En el caso de no haber sido cumplidos los requisitos en alguno de sus peticiones, el sistema responde con un frío «Lo sentimos, puede volver a intentarlo» cuando se cumplan los plazos establecidos por las leyes según normativa (333-111-A-M-A2). El problema surge porque sólo se puede saber que todo es correcto cuando toda la documentación haya sido entregada on-line, sólo entonces es posible conocer el resultado. Otro problema viene derivado de que el tiempo de presentación nunca debe exceder treinta y tres días desde que se superó el nivel blanco. Cualquier solicitud posterior a esta fecha invalida el nivel anterior, por lo que se debería volver a comenzar el proceso.

Después de conocer la complicada y farragosa tramitación, Jacinto queda con su novia en una antigua cafetería de la calle de la Chistera. Ludovica acude a la cafetería con un espectacular traje ceñido de color granate, tacón de aguja y pelo recogido en una coleta que hace resaltar sus bellos ojos verdes. A pesar de que se conocen hace tiempo, Jacinto queda impresionado por la imagen de su novia. Nota como se encuentra inmerso en uno de esos escasos y relampagueantes momentos en los que uno parece haber atrapado gotas de felicidad.

— Ciao, come stai. —Cuando Ludovica, quería ser más atractiva empleaba su lengua materna en frases alternadas con español.

—Hola, Lu. Estás bellísima —dice Jacinto—. Te he citado aquí para ver cómo metemos mano a la «jodida tramitación del nivel amarillo».

—Bien, ¿por dónde empezamos? —respondió ella.

—Creo que debemos tomar algo para coger fuerzas.

Se acerca un camarero mayor con chaqueta y camisa blancas, desgastadas con lazo negro algo torcido.

—Buenos días, ¿qué desean tomar?

— ¿Qué quieres, Lu?

—Un café bien cargado —responde la italiana.

—Que sean dos, aunque el mío con leche y unas gotas de brandy —le dice al camarero. Y a continuación se dirige a su novia—: He traído las llaves de la clínica de mi abuelo para buscar en su despacho los papeles que en su día necesitó para su legalización y funcionamiento.

Tras terminar de tomar los cafés, la pareja se dirige al número 36 de la calle de la Chistera.

El edificio donde se encuentra la clínica de don Servando fue construido en los años 60, sustituyendo un edificio anterior que fue derribado en aquellos primeros años en los que la «modernidad» que en ese momento se aplicaba no respetaba demasiado la herencia histórica recibida. La calle de la Chistera era una vía con enorme interés comercial; por ella transitaba un gran flujo de gente, especialmente desde que la hicieron totalmente peatonal.

Al llegar al portal Jacinto, antes de penetrar en él, le dice a su novia:

— ¿Qué te parece la zona, Lu?

—Algo ruidosa, ¿no? Aunque creo que tiene muchas posibilidades —contesta Ludovica.

—Bien, entremos a ver qué papeles y autorizaciones tenía mi abuelo. Ya sabes, Lu, que tras su muerte mi madre en respeto a su memoria ha conservado todo tal como él lo dejó.

Jacinto abre el portal. La entrada es estrecha y conduce hasta una cabina donde se encuentra alojado el conserje. Es bajito y delgado, con poco pelo, liso, muy canoso peinado hacia atrás, tiene un rictus severo y aspecto avejentado.

— ¿Dónde van? —pregunta con voz firme.

—Nicasio, ¿no me conoce? Soy Jacinto, el nieto del doctor Albar.

— ¡Ah! Perdón, don Jacinto, hacía mucho que no lo veía—dice el trasnochado conserje—. Ya sabe, cosas de la edad. Acabo de cumplir los setenta y siete años y aún me queda un año para jubilarme.

—Las últimas leyes que nos regala Europa a los países como el nuestro —contestó Jacinto.

Aunque al final de la escalera había un ascensor metálico estrecho y un montacargas, como la clínica estaba en un primer piso, Jacinto propone subir andando por las escaleras.

La pareja sube hasta la puerta B del primer piso, donde se encuentra la clínica. Nada más penetrar en ella un suave olor a madera y eugenol impregna el ambiente.

—Aún huele a «dentista» —dijo Lu.

—No se te olvide que mi abuelo trabajó durante más de cincuenta años en esta consulta.

—Ya, pero y tu madre, ¿no viene aquí nunca?

—Ya te conté que mi madre lo pasó muy mal con la muerte de mi abuelo. Sólo se acerca una vez al mes para limpiar y ventilar el piso. Además, ya sabes que alguno de los productos que utilizamos son muy aromáticos y una vez que penetran en las maderas su aroma permanece durante muchos años.

Ludovica, aunque parece conforme con las explicaciones de Jacinto, decide abrir las cuatro ventanas con las que cuenta el piso. Mientras tanto, Jacinto entra en el despacho de su abuelo. Es un despacho con muebles de madera color caoba. En la parte posterior a la mesa había una pared cargada de diplomas y títulos y una orla amarillenta de la promoción de don Servando.

En uno de los cajones del despacho encuentra una carpeta de cartón azul, cerrada con gomas, que lleva pegada una etiqueta rotulada que decía: Papeles y autorizaciones. Nada más abrir la carpeta, Jacinto encuentra un plano de la clínica hecho a bolígrafo, donde aparecen de forma detallada las diferentes estancias que conforman la clínica. El segundo documento que encuentra es un papel amarillo del Ayuntamiento que autoriza la utilización de piso como clínica dental. Debajo aparecen autorizaciones de la asociación de odontólogos, otro de inscripción en el Registro de la D.G. de Industria, Energía y Minas y revisión de los rayos X, así como sus correspondientes revisiones periódicas por parte de una empresa contratada para tal fin. Otro documento encontrado se refería a la recogida de productos biosanitarios. Así como una autorización de la comunidad de vecinos, en la que nadie se oponía al desarrollo de su actividad profesional. Con estas autorizaciones había ejercido don Servando su actividad profesional durante cincuenta años, sin una sola denuncia ni conflicto profesional.

Enseguida Jacinto se da cuenta de que con esos escasos documentos difícilmente va a poder solicitar la superación del nivel amarillo.

— ¡Vaya coñazo, Lu! Creo que debemos primero hacer una lista de documentos que podamos conseguir por nosotros mismos y después dejar pendientes aquellos más difíciles de lograr.

—Me parece bien —contesta Ludovica, que además era una persona muy organizada.

—Es importante que añadamos a la lista un apartado de documentos que no han podido ser conseguidos. ¿Cuál es el problema y cuál puede ser su posible solución?

Los dos jóvenes hacen la lista, y dejan pendientes de resolución entre otros:

- El documento acreditativo de la disponibilidad jurídica del inmueble.
- Todos los documentos relativos al proyecto técnico, incluidos planos, etcétera.
- Promoción de accesibilidad y Supresión de barreras arquitectónicas.
- Y un largo etcétera.

Jacinto y Lu se dan cuenta por primera vez, de que el proceso de autorización y legalización de la clínica de don Servando va a ser muy dificultoso.

— ¿Qué hacemos? —pregunta Jacinto. Ludovica le mira a los ojos y propone:

— ¿Por qué no vendes la clínica y nos vamos a Italia?

—No creo que nos pueda servir de mucho. Ya sabes que Italia también pertenece al área mediterránea y probablemente las dificultades de tramitación pueden ser parecidas. También debemos tener en cuenta que estás matriculada en un máster en España. A lo mejor es la única excusa que impide a tu familia hacerte regresar a Italia. Ya sabes que a mí solamente me toleran.

—Probablemente tengas razón. Creo que existen empresas dedicadas a este tipo de tramitaciones, aunque seguramente no son baratas —contestó Ludovica.

—Yo conozco una que se anuncia periódicamente en la Gaceta Profesional Dental Mediterránea. ¿Qué te parece si intentamos pedir un presupuesto?

Jacinto recuerda haber leído un anuncio de la empresa

Gerardo Rodríguez Pérez «Licencias y proyectos sanitarios para el nivel amarillo», nº de contacto código 093-3636363636.

La llamada fue recibida por un contestador automático, que con una voz femenina y suave, anunciaba que el coste de la misma sería por cuenta del usuario, a razón de un euro mediterráneo cada minuto. Tras una espera con música angelical de dos minutos, el sistema funcionaba con un código numérico entre el uno y nueve de acuerdo al problema planteado. A Jacinto le

tocó pulsar el nueve. Explica a la máquina cuál era el problema y esta le contesta que en fechas recientes recibirá una cita, en la que don Gerardo Rodríguez, previo pago de 200 euros mediterráneos, le recibirá personalmente para intentar buscar una solución acorde con las necesidades relatadas.

La cita la recibieron a los tres días de la solicitud. Les anunciaba que debían traer toda la documentación que tuvieran disponible y presentarse en persona a la una en punto del próximo miércoles.

Gerardo Rodríguez era un tipo bajito y grueso, de calva brillante, nariz chata, ojos negros pequeños y vivarachos, labios finos, barba morena entrecana. Su oficina se encontraba en un bajo del paseo de la calle Báldelas 54.

Tras llamar al portero automático una voz ronca responde:

— ¿Qué desean?

—Somos Ludovica Fornarelli y Jacinto Fresneda, tenemos cita.

—De acuerdo, pueden pasar —respondió Gerardo y añadió—: Pasen sin llamar.

La puerta estaba entreabierta. Nada más pasar, la pareja percibe cómo un profundo olor a tabaco rancio inunda la habitación. Gerardo les esperaba tras una mesa de despacho metálica con tapa de cristal oscuro. Sobre ella descansaban dos pantallas de ordenador junto a varios montones de papeles agrupados de forma aleatoria.

—Hola, soy Gerardo Rodríguez. Encantado de conoceros. Por lo que he escuchado en el contestador la cosa está realmente difícil. Necesito que me dejéis toda la documentación impresa en papel, para que pueda estudiar el problema.

—Bien, aquí en esta carpeta tiene todos los documentos y autorizaciones que hemos encontrado en la clínica de mi abuelo.

—Necesitaré al menos un par de días para poder estudiarlos —contesta el gestor—. ¿Podéis acercaros pasado mañana a las diez de la mañana?

—De acuerdo, yo creo que podré —contesta Jacinto—, pero mi novia tiene que acudir al máster de ortodoncia y no sale hasta las tres y media.

Gerardo hizo una ligera mueca de contrariedad, realmente la chica le parecía muy atractiva y era de ese tipo de hombres a los que la presencia de una bella mujer les agudiza sus sentidos, por lo que no puede evitar dejarse invadir por una turbación un tanto estimulante.

—Prefiero que estéis los dos, pues cuando grabasteis la descripción del problema en el contestador del teléfono dijisteis que pretendíais hacer una codirección de la futura clínica dental. Es importante que compartáis los problemas y soluciones de forma conjunta. No tengo ningún problema para recibirlos el mismo día por la tarde. ¿Qué tal a las cinco y media?

—A mí me parece bien y creo que tú también puedes, ¿verdad Jacinto? —contestó Ludovica.

Los dos jóvenes salen del despacho y se dirigen al pequeño Fiat de Ludovica.

—¿Por qué no vamos a tomar una cerveza a algún sitio? —propone Jacinto.

Era uno de esos días de otoño en los que el sol y el aire se perciben como una agradable caricia sobre la piel.

— ¿Podemos ir a algún quiosco de la Casa de Campo?—propuso la italiana.

—Me parece muy buena idea, Lu. Dada la hora que es, de paso podemos comer algo.

Encontraron un quiosco situado junto al lago, con sillas metálicas de tubo pintadas en azul y algo desconchadas. Las mesas, también metálicas, mostraban en su gastada y rallada superficie un anuncio con letras rojas de una conocida cerveza.

El camarero era un tipo alto y desgarbado de pelo liso y peinado a raya, de edad madura, que sujetaba en la mano izquierda un trapo húmedo que le sirvió para restregar la superficie de la mesa mientras decía con voz chillona:

—Buenas tardes, señores. ¿Qué les pongo?

—Dos cervezas de barril, una con limón para ella —contestó Jacinto—. ¿Qué nos sugiere?

—Hoy tenemos unas magníficas gambas a la plancha.

— ¿Qué precio tienen?

—40 euros mediterráneos —contestó el camarero.

—Bien, traiga una ración y una ensalada.

A los pocos minutos un intenso olor a gambas procedente de la plancha se encargaba de despertar el apetito de ambos jóvenes.

—Qué bien huele, Lu.

—Mejor sabrá —contestó la italiana—. Me recuerda el olor que despiden la pizza “fruti di mare” casera de mi madre —dijo Ludovica con un gesto que revelaba su añoranza familiar del momento.

—No te pongas triste, Lu. El mes que viene tenemos cuatro días en el último fin de semana y si todo va bien podemos ir a Italia y así te quitas «el mono» de ver a tu familia.

—Ten en cuenta que llevo más de tres meses sin ir a mi casa —contesta Ludovica—. Además, estas últimas semanas me encuentro muy nerviosa, con el proceso de legalización de la clínica de tu abuelo.

Jacinto, que se percató de la nostalgia de su novia, le coge la mano, la aprieta con ternura y le besa suavemente en la mejilla.

Blah BLAH BLAH Blah BLAH BLAH Blah blAH
 BLAH BLAH Blah Blah BLAH Blah Blah BLAH
 Blah BLAH BLAH Blah BLAH BLAH Blah blAH
 BLAH BLAH Blah Blah BLAH BLAH Blah blAH
 BLAH BLAH Blah BLAH Blah BLAH Blah blAH
 Blah BLAH BLAH Blah BLAH BLAH Blah blAH



Capítulo 2 Sobrepassar el nivel amarillo

Habían transcurrido dos días cuando, a las cinco y media de la tarde, Jacinto y Lu acuden a la cita con Gerardo Rodríguez. Este les recibe en mangas de camisa y con corbata azul de grueso nudo suelta sin apretar, sobre una camisa de cuadros marrones, que le dan un aspecto ciertamente desaliñado.

—Hola, ¿qué tal va todo? Me alegro veros —continúa Gerardo sin esperar respuesta.

—Estamos bien—contesta Jacinto—. Bueno, en realidad estamos preocupados, pues nunca pensamos que la tramitación de este nivel fuera tan compleja.

—En fin, he revisado toda la documentación y el principal problema surge derivado del acceso a la clínica para minusválidos. Necesitáis un buen proyecto refrendado por un arquitecto autorizado por la Comunidad Europea para avales sanitarios mediterráneos. Si queréis, yo conozco uno muy bueno, aunque no es barato.

Ludovica mira a Gerardo de forma severa. Le cuesta reprimir la sensación de asco que percibe cuando está frente a él. El ligero olor a sudor mezclado con el aroma de colonia barata junto con su aspecto desarrapado y seboso hacen que esta lo perciba como una persona ciertamente desagradable.

— ¿Cuánto nos va a costar el proyecto? —apostilla la italiana de forma seca.

—Por mi experiencia creo que de quince a veinte mil euros mediterráneos.

—Eso es carísimo —interrumpe Jacinto que ha permanecido callado todo el tiempo.

—Ya, pero es lo que hay —contesta Gerardo, esbozando una ligera sonrisa mientras que mira sin demasiada discreción a Lu—: Pero todo podría

abaratarse si Ludovica quisiera. Mi amigo es muy sensible a la belleza femenina.

Ante tan grosera insinuación, Jacinto se queda prácticamente sin entender si lo que ha oído es real. Le dice a Gerardo que si es verdad lo que ha oído.

Este, de forma un tanto tosca, le contesta que en ocasiones la gente necesitada de ayuda, no tiene tantos reparos, pero claro que no le extraña que unos pijos como ellos pongan tantas trabas.

Ante tamaña grosería, Jacinto no puede reprimirse, se levanta bruscamente y agarra por el cuello al gestor mientras grita:

—Eres un miserable. ¿Cómo te atreves?

Jacinto continúa apretando el cuello del seboso. Ludovica grita:

—Jacinto, ¡déjalo que lo vas a matar!

El grito de Lu consigue que Jacinto disminuya la presión de sus manos sobre el cuello de Gerardo. El color pálido que estaba alcanzando su cara vuelve a tornarse rosado, mientras tose y carraspea y trata de recuperar la respiración.

—Vámonos de aquí, Lu. Todo esto huele a podrido.

—Menos mal que paraste.

—No sé cómo he podido contenerme. Ese tipo es ciertamente nauseabundo.

Mientras se dirigen a la puerta, Gerardo alza su mano derecha y con el dedo índice extendido, sin mediar palabra, les hace una señal de amenaza.

Una vez la pareja llega a la calle comienza a andar rápidamente hasta alcanzar el Fiat de Lu, que estaba aparcado a pocos metros de las oficinas de Gerardo.

Una vez dentro Jacinto exhala un fuerte suspiro:

— ¡Uf! Vaya mal rollo, ¿no? Lo siento, pero no he podido contenerme.

Ludovica, a pesar de que detesta la violencia, se siente orgullosa de cómo ha reaccionado su «caballero andante» y le dice:

—El tipo ese es realmente detestable. Ya sabes que no me gusta nada llegar a esos extremos, pero entiendo perfectamente tu reacción. De todos modos, no creo que presente ninguna denuncia, la gente como él casi siempre tiene asuntos turbios y suele evitar tratos con la policía. Sin embargo, existe un problema: tiene toda nuestra documentación y veo muy difícil que nos la devuelva.

—Por eso no te preocupes, sólo le entregué fotocopias. Los originales permanecen en mi poder.

—Ya, pero debemos pensar en una alternativa, el tiempo de tramitación se nos va echando encima —contesta Ludovica, mientras arranca el coche y conecta la radio. Suena “Beautiful people” de Marilyn Manson.

—Por favor, Lu, ¿puedes quitar esa música? En este momento me pone muy nervioso.

—Lo siento, ha salido sin buscarla, al poner la radio. Conectaré el MP3.

Lu selecciona la canción de Franco Battiato, “Il cielo in una stanza”. El sonido de la suave y romántica música inunda el interior del pequeño coche. Jacinto percibe cómo su agitación se va alejando y cómo su cariño hacia Lu aflora por todos sus poros.

—Creo que eres la mujer de mi vida. Realmente tuve mucha suerte el día que perdiste las llaves de tu apartamento.

—Sí, realmente fue sorprendente que aquel frío día, a esas horas de madrugada, aparecieras en el portal cargado de maletas y una de ellas era una maleta de herramientas igual a la que yo tenía.

La escena recordada había transcurrido de este modo:

— ¡Hola! Soy Jacinto, ¿te pasa algo? ¿Cómo estás en el portal, con la noche tan horrible que hace?

— ¡Hola! Me llamo Ludovica, y tengo alquilado un apartamento desde hace unos días compartido con otra chica. Creo que he perdido las llaves, mi compañera de piso está de viaje, y no llega hasta mañana. Justo mañana

comienzo mis estudios de odontología en la Universidad Internacional de Madrid.

—Qué casualidad. Yo también comienzo mañana mis estudios de odontología en esa universidad. Precisamente vengo de vacaciones con todo el equipaje. Creo que he apurado demasiado mis días libres.

Ludovica le sonríe y le mira con sus intensos ojos verdes. Jacinto queda totalmente turbado ante la mirada de la italiana y balbucea con cierto nerviosismo:

—Puedes pasar la noche en mi casa, el piso en el vivo con mi madre es bastante grande y siempre tenemos una habitación preparada.

—De verdad, ¿no le molestará a tu madre que traigas a dormir a una desconocida?

—Por favor, no existiría ningún problema, además ella se ha quedado en casa de unos amigos unos días más de vacaciones.

—Bien, ese caso aceptaré tu oferta, pero sólo hasta mañana. Además, así podremos charlar sobre nuestros futuros estudios.

Desde aquel fortuito encuentro Jacinto quedo hechizado por Lu. Ella fue progresivamente acostumbándose y ¿quizás enamorándose de él? Pero como en todas las parejas, Jacinto se había volcado en su relación de una manera aparentemente más apasionada. Se podía afirmar que era un poco «Ludovico-dependiente».

El caso es que al final de su carrera decidieron, no sólo compartir su vida sentimental, sino también su vida profesional.

Después de que los recuerdos habían aflorado en ambos, Ludovica había conducido el coche hacia una plazoleta próxima a la Castellana. Tras aparcar el coche y realizar el correspondiente pago por estacionamiento en zona morada desde su smartphone.

— ¡Hemos tenido suerte de encontrar aparcamiento!—comenta alegre la italiana.

—Desde luego; a estas horas es prácticamente imposible. Especialmente desde los últimos acuerdos con las empresas localizadas en esta zona. Ya sabes que negociaron todas las plazas azules y verdes para su utilización prioritaria a unos precios casi irrisorios.

—Sí, pero como pagaban cinco años por adelantado, la Comunidad Europea autorizó el negocio y el resultado ha sido que sólo han quedado unas pocas plazas para los particulares señaladas con color morado. Además muy caras y con un tiempo limitado máximo de una hora.

—Bien, aprovechemos y demos una vuelta por la zona de esta plazuela. Esta zona es francamente agradable —propone Jacinto.

Durante el paseo, surge nuevamente la conversación referente a qué deben hacer para continuar con la legalización de la clínica.

Lu recuerda que tiene una compañera conocida de Nápoles que había terminado dos años antes que ella y que había conseguido montar una clínica con varios odontólogos españoles.

— ¿Te acuerdas de Eleonora Pietrangelli?

—Claro que me acuerdo, estuvimos con ella en las fiestas de Majadahonda. Era muy simpática y divertida.

—Podemos pedirle que nos indique a quién tuvo que acudir para sobrepasar el nivel amarillo. Creo que tengo su teléfono en mi móvil.

—Llámalas, cualquier solución siempre será mejor que la ofrecida por el seboso.

Ludovica llama a Eleonora. La llamada tras seis tonos es recogida por el contestador. Surge de fondo una música de piano new age y una voz agradable y optimista: «Hola soy Eli. Ahora estoy en otra cosa. Dime lo que quieres y en seguida contactaré contigo».

La italiana deja el siguiente mensaje:

—Eli, soy Lu. Jacinto y yo necesitamos hablar contigo. De todos modos nos gustaría quedar. Llámanos y concretamos.

Eli es una odontóloga italiana que había estudiado la carrera en Madrid en la Universidad Autónoma de La Sapiencia (UAS). Esta universidad era la competencia de la UIM, en la que Jacinto y Lu se graduaron.

Eleonora tiene unos treinta y tantos años, es bajita morena con curvas pronunciadas, ojos marrones grandes e intensos, sonrisa amplia y fácil. Siempre suele vestir de negro. Se podría decir que su estética era algo gótica. Bueno, realmente en los últimos tiempos era muy gótica, incluso se maquillaba la cara con polvos de arroz y se pintaba los labios en tonos muy oscuros. Gracias a ello, había logrado tener un grupo de pacientes que compartían ese tipo de opción.

Vivía en un ático de 150 metros cuadrados en la zona de Lavapiés. Actualmente no tenía pareja estable, aunque tenía una intensa vida social casi siempre con gente bohemia y variopinta.

El ático estaba decorado con toques de estética gótica, vidrieras emplomadas que dividían parcialmente las estancias, candelabros con velas sobre las mesas, sobre todo destacaban dos grandes candelabros de calamina, con cinco brazos apoyados directamente sobre el suelo, que se encontraban a ambos lados de un enorme cuadro. En él aparecía representado un personaje alado con túnica de seda hasta los pies, y con embozo sobre el que se descubren unos ojos grises de fría mirada. Estaba situado en una de las paredes de la zona del comedor. En el comedor había una larga mesa de madera marrón apoyada sobre nueve patas con forma de columnas salomónicas.

Aunque algunas paredes estaban pintadas de color gris, siempre había algún contraste de color o de iluminación procedente de una claraboya central, que hacía que el apartamento no resultara demasiado tenebroso. Incluso algunos lo encontraban muy agradable y, por supuesto, original.

Eli se refería a él como su «nido bohemio». Le gustaba promover reuniones de fin de semana en las que se oía música y se proyectan videos de Adrián Von Zeigler, Brunuh Ville y Agellos entre otros. Se realizaban cenas informales, en las que la comida tenía una función de intercambio cultural. Cada invitado

debía traer un plato elaborado por él mismo, aunque también se admitía comida preparada, siempre que fuera fría.

Son las diez de la noche y Eleonora llega a su apartamento tras una larga jornada de atender pacientes periodontales (esos que pierden los dientes debido a la enfermedad de sus encías y tienen tan mal aliento). Está bastante cansada, pero se da cuenta de que había dejado olvidado el móvil en su casa, lentamente lo coge y se dispone a atender los mensajes y llamadas perdidas.

Después de contestar el resto de llamadas, Eli marca el número de Ludovica.

— ¿Hola? ¿Quién eres?

— ¡Lu! Soy Eli. Me dejaste un mensaje. ¿Qué tal estás?

¿Tienes algún problema? En tu mensaje noté en tu voz una cierta angustia.

—Qué alegría volver a saludarte, Eli. En realidad sólo es un problema de papeleo de la clínica del abuelo de Jacinto. No sé si sabes que lo nuestro marcha muy bien y hemos decidido montar una clínica juntos. Pero los trámites nos están volviendo locos.

—En efecto, son muy pesados. Nosotros tardamos tarde casi dos años en legalizar nuestra consulta. ¿En qué nivel estáis?

—Estamos intentando sobrepasar el nivel amarillo, pero hemos tenido muchos problemas.

—En ese nivel es imprescindible contratar un gestor.

—Y así lo hicimos.

— ¿Entonces?

—Ese es nuestro problema actual. El tipo era rastroso y nauseabundo. Jacinto tuvo una gran enganchada con él. Casi lo mata.

—Ese nivel me lo resolvió con cierta facilidad una amiga de uno de los grupos con los que quedo algunos fines de semana. Se llama María Amor y es encantadora. Precisamente este fin de semana he quedado con ella y con el resto del grupo en mi apartamento. ¿Podríais acercaros a nuestra reunión y de paso cenamos?

—Cuenta con nosotros.

—La costumbre es que todo el mundo trae un plato guisado o comprado para compartir.

— ¿A qué hora quieres que vayamos?

—Creo que a las nueve es buena hora. Terminada la cena, siempre hacemos una tertulia sobre algún tema que se propone, pero de una manera sorpresa. De este modo los invitados opinan sobre el tema propuesto de una forma más espontánea y no condicionada por una preparación quizás demasiado exhaustiva del mismo. Me gusta conseguir que mis invitados se expresen libremente de acuerdo a sus convenciones reales y que no haya opiniones de otros recogidas a última hora fruto de la búsqueda en Internet.

—Bien, ¿y quién propone el tema? —contesta Ludovica.

—Todos los invitados deben llevar el tema escrito en un papel que a la entrada se mete en un sobre. Los sobres quedan cerrados y se introducen en una caja para que luego al final de la cena se escoja al azar un solo sobre.

—¿Y qué se hace con el resto?

—El resto son quemados. Todo queda muy ceremonioso y divertido.

—Perfecto, Eli, allí estaremos.

El viernes por la noche, en casa de Eleonora, todo se encontraba preparado para recibir a los invitados: la música de fondo era de Enya, un olor a sándalo, manzana y cera impregnaba todo el apartamento mientras las velas rojas de los dos grandes candelabros iluminaban la imagen del ser alado. Eli iba vestida con un pantalón negro ajustado y una amplia camisa también negra de seda, que dejaba entrever un sujetador de encaje negro capaz de resaltar sus pálidos encantos ya no tan ocultos. Tanto su cuello como su cintura estaban ceñidos por una correa negra de unos cuatro centímetros de ancho remachada con adornos plateados en mate con forma piramidal. En definitiva, el aspecto de Eleonora, junto a su maquillaje habitual, para algunos podría ser calificado como atractivo, mientras que para otros sería simplemente inquietante.

Eli había invitado a diez amigos, muchos de ellos habituales en sus reuniones. Eran de diferente pelaje y procedencia. Entre ellos, se encontraba María Amor. Era una mujer madura, no muy alta, con mechas rubias y con pelo liso, nariz proporcionada, intensos ojos azules y gestos comedidos. María era una de esas mujeres a las que los dioses han dotado de una elegancia natural. Para ella la discreción era una norma que debía ser respetada. Siempre optaba por vestir tonos pastel, aunque nunca faltaba algo de contraste en el color de sus complementos. Cuando se desplazaba trasmitía una cierta sensación de ingravidez. María había trabajado durante una década en la Comunidad Europea, en la sección de tramitaciones para la Salud (subsección pueblos mediterráneos). Durante ese tiempo había estado casada con un holandés de origen rumano. Después de haber tenido varios intentos de maternidad fallidos, la relación con su marido fue decayendo de forma paulatina hasta que llegaron a un acuerdo de separación amistosa. María era consciente de las dificultades y barreras burocráticas que cada vez complicaban más y más a aquellos profesionales que se atrevían a montar pequeñas clínicas buscando ejercer libremente su profesión. Justo después de vivir el efecto de «libertad recuperada» que muchos divorciados perciben, decidió regresar a España y montar una gestoría de ayuda a la tramitación de solicitudes para clínicas privadas, especializándose en el nivel amarillo. Además de su propia experiencia y hablar cinco idiomas, contaba con muchos contactos en las oficinas centrales europeas que hacían que sus resultados para pasar la barrera del nivel amarillo fueran muy elevados. Era tan hábil que en su lema de trabajo su apellido era utilizado en sus tarjetas como una inyección de optimismo:

«Con amor no hay barreras que impidan tu futuro» María Amor

Gestora Internacional Europea. Nivel amarillo. Paseo de los Melancólicos 31.
mraconamor@gien.net

Las tertulias en el ático de Eleonora contaban siempre con un total de doce invitados, y aunque las personas podían variar, a ella le gustaba que el número permaneciera inalterable. Así, además de María Amor, de Jacinto y Ludovica en esta ocasión había invitado a:

Gabriel. Un bombero joven y atlético, de fácil sonrisa, que hacía que la mayoría de las mujeres volvieran la cabeza cuando pasaba por su lado. En fin, un tipo capaz de recordar aquel obrero que salía hace años en los primeros anuncios de promoción de la Coca-Cola Light.

Ariazna. Una joven de cabeza rapada y cresta verde, pantalones cortos sobre medias negras con grandes agujeros, botas cortas negras de cuero vuelto y camiseta beis suelta sin sujetador, que dejaba adivinar unos pechos pequeños y firmes. A pesar de su aspecto perroflauta; era graduada en ciencias políticas y medioambientales por la Universidad de la Sorbona. Ariazna había cambiado la «D» de su nombre por la «Z» para resaltar el origen vascofrancés de su familia.

Víctor Gómez de Alarcón y Teixeira. Un tipo maduro, elegante y aristocrático, que vestía habitualmente chaqueta y corbata. Tenía un cierto amaneramiento en sus modales que algunos malintencionados atribuían a una reprimida homosexualidad. Mientras que otros, dado que había tenido dos matrimonios cuatro hijos y varias amantes, lo atribuían a la elitista y selecta educación que había recibido desde pequeño en Suiza. Víctor había heredado de su madre el título de marqués de Teixeira. Su profesión de médico y odontólogo la ejercía de forma libre y cada vez más altruista.

Wenceslao Delgado de Ayala. Un viejo abogado de apariencia y modales impecables, que había trabajado en un importante bufete, pero que debido a su afición a la bebida y a una vida disipada y bohemia fue cayendo poco a poco en prácticas profesionales muy poco éticas. Se podía decir de él que era un auténtico timador de poca monta. Utilizando su buena formación, modales y apariencia de buena persona captaba sus víctimas en las tabernas más populares del Barrio de las Letras. A pesar de todo era un tipo que caía simpático, siempre que no fueras una de sus víctimas. Era un coleccionista compulsivo y desmedido de libros, documentos y objetos antiguos, aunque su vida itinerante había hecho que parte de sus colecciones resultaran perdidas. Wenceslao era un auténtico desastre y había resultado desahuciado en varias ocasiones de los apartamentos en los que algún incauto casero había confiado

en su aparente educación y buen porte y se lo había alquilado sin contrastar suficientemente sus referencias. Su engaño consistía en ofrecer el pago por adelantado de seis meses, a partir de los cuales ya no volvía a realizar ningún pago de forma regular. Cuando cogía algún dinero, en lugar de pagar el alquiler, lo gastaba especialmente en la búsqueda de libros descatalogados y en invitar a los parroquianos en alguna de las tabernas que frecuentaba prácticamente todas las noches. En una de ellas, había conocido al grupo de amigos de Eleonora. A lo largo de varios encuentros y tertulias había conseguido las simpatías de casi todos.

Li Ming. Era un comerciante chino original de Shanghái, dueño de tres restaurantes chinos convertidos en asiáticos y un bazar de todo a cien. Pero su gran afición era el flamenco. Había conocido a Eleonora en unas clases de guitarra flamenca, antes de que esta se aficionara al mundo gótico, que se impartían en una academia de la calle Mediodiagrande. Li era un hombre muy respetado en la comunidad china de Madrid.

Isabel de Gazteluz. Era una marchante internacional de arte moderno, con amplio reconocimiento tanto a nivel nacional como internacional. Se trataba de una mujer madura que había dedicado toda su vida a la promoción de nuevos valores del arte moderno. Se la considera una la principal impulsora de ARCE (arte renovador para las comunidades europeas). Isabel mantenía gran fuerza en su mirada y dicción envidiables, a pesar de que su edad cronológica lindaba la séptima década. Habitualmente llevaba el pelo totalmente teñido de un color bermellón, lo cual le daba un aspecto atrevido y trasgresor para su edad. Solía vestir con blusas y pantalones negros y casi siempre complementados con chaquetas atrevidas con estampados de animales. En los últimos años había conseguido reunir una gran colección de pinturas, dibujos y fotografías dedicadas a ángeles y otros seres alados mitológicos. Precisamente conoció a Eli cuando esta visitaba una de sus galerías en la que se exponía el retrato que presidía el salón y como el precio era muy elevado, pero a Eleonora le había hechizado la mirada desconcertante del personaje, decidió pedir a Isabel facilidades para poder adquirirlo. Isabel percibió que su potencial cliente quería adquirir la fotografía, porque le gustaba de verdad y no como una mera inversión especulativa (como últimamente hacían algunos nuevos ricos

surgidos al amparo de la crisis). Así que Isabel, después de charlar con ella, aceptó un aplazamiento parcial del coste durante seis meses. A lo largo de ese tiempo, Eli visitaba la galería de Isabel periódicamente, para darle la cantidad pactada, siempre en metálico. Al mismo tiempo aprovechaba para visitar las distintas exposiciones que la galerista iba trayendo. La amistad entre las dos mujeres surgió de un modo espontáneo y paulatino hasta el punto que Isabel le invitaba a todas sus inauguraciones y Eleonora a muchas de las cenas tertulia que cada mes organizaba.

Eulogio Vives Rosado. Se trataba de un antiguo profesor de instituto, que en su juventud había sido marino con un bagaje cultural que podríamos tildar de enciclopédico. A pesar de que ya había cumplido con creces los sesenta años, lucía una brillante calva con pintitas solares, pero aún permanecía sensible a los encantos femeninos. Además era un gran experto en películas antiguas. A Eulogio le encantaba sembrar la polémica, se podía decir de él que era un provocador, capaz de defender una postura o incluso la contraria, siempre y cuando lograra el desconcierto de sus interlocutores. Sin embargo, todas sus afirmaciones siempre iban apoyadas por datos aparentemente fidedignos. A pesar de todo, era un tipo con gran sentido del humor, capaz de contradecirse a sí mismo y animar cualquier velada o tertulia. Fue introducido en el círculo de Eleonora por Isabel, ya que esta fue una gran amiga de su difunta esposa y a partir de su muerte surgió una fuente de simpatía y admiración mutuas que les llevo durante un periodo ya pasado a compartir algo más que una mera amistad. En la actualidad, aunque ya no eran amantes, el rescoldo de su intimidad compartida permanecía en ellos y en este caso había cristalizado en una buena amistad y en un cierto grado de complicidad ante las provocaciones verbales de los argumentos esgrimidos por Eulogio en las diferentes reuniones en las que ambos coincidían.

Mariska Kartorisky. Era una artista de origen polaco, mezcla de cantante, poetisa y bailarina ligada totalmente a la estética gótica. Fue paciente de Eleonora y poco a poco la convergencia de gustos e inquietudes terminó cristalizando en una gran amistad, que superó netamente la mera relación profesional. Era una mujer de mediana edad auténticamente escultural, de bellos ojos verdes que resaltaban poderosamente sobre su cara maquillada en

tonos pálidos y labios pintados en rojo oscuro. Vivía en una buhardilla pequeña situada cerca de la plaza de la Paja. Obtenía parte de sus ingresos de sus pinturas y fotografías, siempre fieles a su estética neogótica, que vendía en exposiciones. La otra parte de los ingresos los obtenía por acudir a fiestas y tertulias como poetisa y bailarina. Su técnica consistía en proyectar videos y danzar sobre ellos o recitar poemas sobre fondos musicales tenues y cadenciosos. Todo ello lo hacía con una estética y coordinación admirables que solía dejar asombrados a todos los que presenciaban una de sus actuaciones por primera vez. En esta ocasión Mariska anunció que asistiría a la cena como una invitada más y que por tanto renunciaba cobrar sus emolumentos.

Antonio Cifuentes. Un funcionario bajito y enclenque de pelo negro engominado, que siempre llevaba gafas oscuras incluso cuando estaba en espacios cerrados. Decía que las utilizaba porque cualquier luz le producía una intensa ftofobia. La realidad es que se estaba quedando ciego poco a poco. Su progresiva pérdida de visión había dado lugar a que el resto de sus sentidos estuvieran agudizados. Tenía una enorme capacidad auditiva y olfativa. Antonio era vecino de Eleonora y vivía solo desde que enviudó hace algunos años. La amistad de Eli con el señor Cifuentes procedía del interés, ya que Antonio trabajaba en la oficina Europea de Recaudación de Impuestos de Actividades Sanitarias. En un determinado momento, Eli, cuyo trato sólo se ceñía a las juntas de vecinos (aunque había notado como Antonio la miraba de forma furtiva a pesar de sus gafas), tuvo un problema en la declaración bimensual de impuestos de la clínica y a sabiendas del trabajo de su vecino, decidió acercarse a su casa para pedirle ayuda. Eleonora se perfumó con unas gotas de Poisson de Christian Dior, y se vistió con un traje ceñido que marcaba profusamente sus formas, abrochado hasta el cuello y con la espalda totalmente descubierta. Eli era una mujer absolutamente liberada y segura de su atracción personal, por lo que una vez abrió la puerta el funcionario, desplegó todos sus encantos femeninos y procedió a contar su problema con voz y tono de mujer desamparada y sexi.

Se podría decir, salvo por el color de su pelo, que Eli interpretó a las mil maravillas el papel habitual de Marilyn Monroe en alguna de sus comedias. El pobre funcionario, que percibía el olor del intenso perfume junto a las palabras

de Eli, quedó auténticamente aturrido y con ciertas esperanzas de concretar sus deseos. A la semana siguiente del encuentro, Eli recibió una carta de la Oficina Europea de Recaudación en la que todos los problemas se atribuían a un error de formas fácilmente subsanable. Desde entonces Eli, agradecida, le invitaba de vez en cuando a sus reuniones, donde este ejercía de protector celoso de Eleonora. Aunque muchas veces, cuando Eli decidía, nada ni nadie podía evitar que terminara su jornada con quien y donde ella quisiera.

En la entrada del apartamento, en la zona del recibidor, sobre una consola barroca dorada no muy grande, había una caja de madera con tapa que simulaba un libro antiguo de aspecto apergaminado con unas medidas de 16'2 centímetros de ancho por 23'5 de alto, además de 5 centímetros de grueso. Junto a la caja había trece sobres idénticos de color negro, destinados a cada invitado para que pudiera depositar en su interior el tema de sus preferencias. La tapa permanecía abierta y los invitados según llegaban cogían, por indicación de Eli, un sobre e introducían en su interior el papel en el que traían escrito el tema propuesto. Esta recogía el sobre y lo depositaba en el interior de la caja.

Todo en el apartamento de la joven italiana estaba pensado hasta el último detalle, desde el timbre digital que reproducía un fragmento de la Sinfonía de los juguetes de Mozart, hasta el olor a sándalo que despedía la puerta de entrada. Eleonora se prepara para recibir al primero en llegar, (que como suele ser habitual suele el que menos apetece que llegue pronto). Eli tenía un truco que consistía en sonreír durante un minuto frente al espejo de la entrada, de este modo la sonrisa le quedaba como más natural a la hora de recibir a los invitados, entre los cuales y de forma inevitable, siempre se colaba alguno no especialmente agradable.

Llaman al timbre y al observar por la mirilla comprueba que el primero en aparecer es Antonio Cifuentes. Aparece trajeado de negro y con olor a colonia trasnochada. Eleonora, diplomáticamente, hace como si estuviera encantada y le recibe juntando su mejilla y lanzando un beso al aire.

—Hola, Antonio. ¡Qué puntual eres!

—Ya sabes que por mi profesión me he vuelto una persona de costumbres un poco inflexibles. Como soy muy mal cocinero he traído unos sándwiches de Rodilla. Y esta es mi propuesta para el tema de esta noche.

—Muchas gracias, a la mayoría nos gustan mucho. Puedes introducir el papel en este sobre.

Eleonora toma el sobre y lo introduce en la caja con forma de libro. Vuelven a llamar, pero esta vez esta vez es el timbre del portero automático.

— ¿Quién es? —pregunta Eli

—Hola, soy Gabriel.

Al oír su nombre a Eleonora se le ilumina la cara, en ese momento pierde su palidez estudiada.

A la entrada el bombero, que trae un extintor, besa a Eleonora en la boca y Antonio el funcionario, que se encuentra a su lado, no puede evitar un gesto de contrariedad, aunque trata de disimularlo haciéndose el amable con Gabriel.

— ¡Hola, Gabi! ¡Qué alegría verte! Pensé que no ibas a venir.

—Al final he podido arreglar la guardia con un compañero y aquí me tienes. Siento no haber traído nada más que el extintor que me pediste.

—No te preocupes, casi siempre sobra comida. Toma este papel y escribe el tema que te gustaría debatiéramos hoy.

Eli lo introduce en uno de los sobres negros y luego en la caja.

—Mira, es Antonio, un vecino y ya amigo, que me ha hecho un gran favor de forma desinteresada. Ya casi no queda gente así.

— ¿Cómo está usted? —dice Antonio.

—Muy bien, encantado de conocerle. Me llamo Gabriel.

Al mismo tiempo, Gabriel proporciona un fuerte apretón de manos al funcionario, que siente como su mano palidece por la falta de sangre y nota un dolor intenso que cede cuando el saludo ha terminado.

Poco a poco, los invitados van llegando y la escena de entrega de viandas y recepción de sobres se produce de una forma casi ritual en cada llegada. Eleonora se muestra encantada y encantadora.

Cuando llega Ariazna, trae bocadillos vegetales con pan integral a base de zanahoria, tomate col y cebolla cultivados de forma ecológica en la gran terraza de su pequeño apartamento. La cresta verde de su cabeza ha sido teñida de naranja y los pantalones cortos son de color negro sobre medias naranjas. Al entrar y ver a Antonio y a Gabriel, después de besar a Eli que los presenta, los saluda con la mano y un « ¿qué tal estáis tíos?». Sin esperar respuesta, en un alarde de sinceridad no pedida, con una gran ironía dice: «No os conocía de otros encuentros, pero por el físico no se puede negar que sois hermanos». Antonio tuerce el gesto y Gabriel esboza una amplia sonrisa.

El siguiente en llegar es Wenceslao. Aparece con camisa negra sin corbata, tirantes y un traje crema que le da una apariencia distinguida. Sin embargo, el desgaste de sus zapatos, a pesar de su intento de mejora con sucesivas capas de betún, revelan que probablemente ha pasado tiempos mejores. Tras saludar cortésmente a todos los invitados, entrega a Eli su propuesta y una bandeja de cartón envuelta con papel blanco manchado en superficie por la grasa de su contenido.

—He traído unas tajadas de bacalao de Casa Labra. Creo que os van a gustar a todos. Además, debido a la crisis y a un problema de herencias, creo que el negocio cierra la próxima semana. Así que puede que sea la última oportunidad de comerlas.

—Muchas gracias, Vence —contesta Eleonora—. ¡Qué pena que cierren! Es un sitio con mucho encanto.

La llegada de Jacinto y Ludovica es celebrada por Eli con grandes muestras de alegría. Nada más traspasar la puerta da un fuerte abrazo a Lu y un cariñoso beso a Jacinto.

—Querida Lu, cuánto tiempo sin verte, y tú Jacinto, estás estupendo.

—Tú también estás espectacular —dice Jacinto—. Hemos traído una bandeja con lasaña de carne y champiñones. Se puede calentar en el

microondas y sigue estando muy buena. La receta es napolitana y estas son nuestras propuestas para el tema de la tertulia.

Eleonora les hace pasar y les presenta a todos los invitados que habían llegado antes. Antonio Cifuentes hace un comentario referente al agradable olor que ha percibido procedente de la bandeja de Jacinto y Lu.

—La receta era de mi abuela y lleva muchas hierbas aromáticas como el cilantro, romero y el orégano.

A continuación, Eleonora procede a enseñar las diferentes zonas de su ático a los recién llegados.

—Me parece un lugar original y sorprendente, no esperábamos un apartamento tan especial —comenta Lu.

Sin embargo, al pasar frente al retrato del ser alado, Jacinto, tras observar su fría mirada durante unos segundos, comenta discretamente a Lu que ha sentido una especie de escalofrío al contemplarlo

—Es como si hubiera visto este retrato anteriormente.

—A mí me parece inquietante —comenta la italiana. Eleonora, que no ha podido evitar oír el comentario, responde:

—Veo que este retrato os ha sorprendido. Se lo compré a Isabel de Gazteluz en la primera exposición de ella a la que yo acudí y gracias a que me dio facilidades de pago lo pude adquirir; desde entonces somos amigas. Debo confesaros que la primera vez que vi este retrato, la sensación que me produjo fue muy parecida a la vuestra, sin embargo, la necesidad de adquirirlo se apoderó de mí de una forma irracional. Era como si una fuerza superior me empujara a su compra. Una vez colocado junto a los candelabros da un aspecto misterioso que, no obstante, a una parte de mis invitados les gusta. Creo que por el contrario a la otra parte no les agrada demasiado.

Los siguientes en llegar son Víctor Gómez de Alarcón y Li Ming, que han coincidido en el portal. Tras saludarse han subido juntos al ático.

Víctor aparece con traje príncipe de Gales en tonos grises, con cuadros muy marcados y corbata de tonos verdes, que para cualquier otro, tal conjunto

hubiera podido resultar muy exagerado, pero que a él le quedaba impecable. Trae unas codornices escabechadas por su cocinera. Li Ming viste de sport y trae una enorme bandeja de shusi y sasimi de uno de sus restaurantes. Se muestra muy sonriente y cordial, saluda siempre dando la mano y con una ligera inclinación de cabeza.

Eulogio Vives Rosado viste con vaqueros, camisa blanca abotonada y chaqueta azul de terciopelo. Acude acompañado de Isabel Gazteluz, que fiel a su look habitual vestía camisa y pantalón negros y una chaqueta de tela que imitaba piel de tigre. Eulogio trae unos botes de conserva de ventresca de atún y de pimientos, que elaboraba de forma casera algún fin de semana. Eulogio era un experto en elaborar conservas. Las que mejor le salían eran las mermeladas de frutas. Le encantaba regalar a sus amigos y conocidos series de pequeños botes con diferentes sabores, entre los que nunca faltaba la mermelada de manzana verde. Esta vez había traído una caja con botes para cada uno de los invitados. Los diseños de las etiquetas estaban elaborados a mano por él y los presentaba en unas cajas de cartón negro perfectamente alineados. Por su parte, Isabel Gazteluz traía un tarro de caviar Sevruga Malossol, y unas botellas de vodka que le regalaron en la última exposición que había montado en Rusia.

A su llegada, María Amor, que viste un traje de chaqueta azul azafata y un pañuelo al cuello en tonos que hacen juego con sus ojos, saluda dando dos besos a todo el mundo. Entrega un bizcocho al limón elaborado de forma casera. Es presentada por Eleonora a Jacinto y Ludovica.

—Encantada de conoceros. Ya me ha advertido Eli de vuestro problema con la legalización de la clínica.

—Es un placer saludarte, María. Nos gustaría ponernos de acuerdo contigo para poder seguir avanzando en la farragosa tramitación.

—No creo que tengamos problemas para ponernos de acuerdo, sobre todo siendo amigos de Eleonora. Pero si os parece creo que debemos disfrutar de tan grata velada y al final concretamos cuándo podemos vernos.

—Totalmente de acuerdo —contesta Jacinto—. Creo que la noche promete. Al final quedamos.

—Tomad de todos modos mi tarjeta.

Al leer la tarjeta de María, Jacinto resulta impactado.

— ¡Desde luego el eslogan no puede ser más original! Es agradable y transmite confianza y seguridad —afirma Jacinto.

A María le gusta el estilo y aparente sinceridad de Jacinto y la armonía que Jacinto y Lu emanan como pareja.

Por último, llega Mariska Kartorisky. Viene envuelta en una capa negra de raso, que le cubre hasta los tobillos. Debajo trae un ceñido pantalón de cuero negro y un jersey de cuello alto que resaltan su escultural cuerpo. A su llegada todo el mundo la recibe con besos y abrazos, especialmente efusivos por parte del sector masculino.

—Siento haberme retrasado, pero ya sabéis como está el tráfico en esta ciudad.

—No te preocupes, Mariska —contesta Eli—. Aún no habíamos empezado. Además, ya sabes que tú siempre eres una de las piezas más importantes en nuestras reuniones.

¿Verdad que Mariska está espectacular? —proclama Eleonora al resto de los invitados.

Todo el mundo jalea y aplaude a Mariska de un modo desenfadado. Sólo Antonio Cifuentes permanece callado, pero asevera con la cabeza, de una forma tan entusiástica que casi se le caen las gafas.

La mesa queda montada con todas las viandas extendidas en platos de porcelana blanca, de diferentes tamaños, con una veta dorada en sus bordes que resaltan sobre el color granate del mantel. En la parte central aparece un adorno de plantas y flores que da un toque colorista a la composición. A cada lado de la mesa se encuentra un candelabro de tres brazos y cuatro velas blancas que termina de resaltar todo el conjunto.

La variedad y tonalidades de los alimentos colocados en los platos hacían que su aspecto fuera original y francamente apetecible. Además del centro floral, se habían puesto en los extremos de la mesa cestas de mimbre, profusamente adornadas con todo tipo de frutas.

Junto a la mesa, dos cubiteras de pie con hielo enfrían las dos botellas de la caja de excelente vino blanco que Víctor Gómez de Alarcón había mandado llevar un día antes. La cena comienza, a petición de Isabel, con un chupito de vodka helado y unas pequeñas blinis con caviar y nata agria. Con la comida y excelente bebida poco a poco, todo el mundo se anima, las conversaciones y risas cruzadas surgen de un modo espontáneo.

Durante la cena los invitados se colocan en las sillas de modo libre. Pronto surgen las primeras afinidades. María Amor se sienta junto a Jacinto y Ludovica, hablando sobre recetas de cocina de los diferentes países, que por su profesión había conocido. Gabriel, Mariska y Eli no paraban de compartir una animada charla maliciosa de doble sentido sobre la capacidad del bombero para «apagar incendios», mientras que Antonio Cifuentes observaba al trío tratando de disimular la envidia.

En el otro sector de la mesa, Eulogio, Wenceslao, Isabel y Víctor charlan a cerca de la crisis política que reina en Europa y cuáles podrían ser sus posibles soluciones. Li Ming tiene una charla un tanto agria con Ariazna, que culpa a China y a sus leyes de una parte muy importante en la responsabilidad de la contaminación mundial.

La cena transcurre y los manjares van disminuyendo poco a poco, hasta que se da formalmente por finalizada. Llegado este momento, los que ya tiene experiencia por haber participado con anterioridad en las cenas tertulia de Eleonora, ya saben que lo que sigue a continuación pasa por recoger los restos del banquete con rapidez y eficacia. Para ello se han dispuesto en la cocina varios cubos blancos de plástico con tapa que en su día fueron contenedores de veinticinco kilos de escayola dental. En cada cubo se especifica con un letrero pegado el tipo de basura que debe recoger:

«restos orgánicos, plásticos, vidrios y papeles».

—Podéis echar los restos en estos cubos, luego se pueden transportar muy bien hacia el reciclaje selectivo de basuras —dice Eleonora, sin permitir el más mínimo despiste por parte de ningún invitado. Es una ecologista convencida.

Después de la recogida colectiva, Eleonora hace sonar una copa con el mango de un tenedor para pedir un momento de atención.

—Queridos amigos, ¡ha llegado el momento de elegir el tema de la tertulia de esta noche!

Los reunidos callan. Eli se dirige a la entrada, donde se encuentra la caja de los sobres, y la lleva al centro de la mesa. Pide un voluntario para extraer uno de los sobres de la caja. Los invitados se ríen señalándose unos a otros, para decretar finalmente por unanimidad, que debe ser María la que realice la extracción. Esta, tras protestar, con una sonrisa y un «siempre me toca a mí» termina aceptando. Procede a extraer uno de los sobres e inmediatamente se lo entrega a Eleonora, que reserva el sobre sin abrirlo.

— ¡Hoy he decidido destruir los sobres no escogidos de una manera más original! Y aprovechando que está Gabriel con nosotros, creo que podemos quemarlos con cierta seguridad.

Para quemar los papeles, Eleonora escoge un ánfora metálica dorada de boca ancha decorada con motivos árabes contrastados con damasquinados azules, que había traído en alguno de sus habituales viajes a Marruecos. El ánfora era bastante grande y se encontraba colocada directamente en el suelo justo debajo del grifo de una fuente decorativa de cerámica blanca y decorados azules, con pila y colocada directamente en la pared.

—Necesito que alguien me ayude a separar el ánfora de la pared
—solicitó Eleonora.

—Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites. ¿Dónde quieres que la ponga? —dijo Gabriel mientras levantaba el ánfora sin ninguna dificultad.

—Ponla en el centro de la mesa de latón.

Junto a una zona de sofás de piel de tonos blancos, existía una mesa octogonal baja de latón dorado, en el centro de la cual quedaba un espacio vacío de forma también octogonal, donde se alojaba una maceta con diversas plantas de interior, a las que les llegaba la luz de la claraboya del techo de forma directa. Gabriel retira el macetero central y coloca en su lugar la pesada ánfora, que se acopla casi como si hubiera estado hecha a medida. A continuación, Eleonora pronuncia unas palabras extrañas, vierte un líquido aromático y prende fuego. Del interior del ánfora surge una llama azulada y un intenso aroma a incienso. Todo el mundo se levanta y alza su copa señalando a la anfitriona.

Se apagan todas las luces excepto las de las velas. El proyector del techo se enciende y surgen sobre la pared blanca una serie de imágenes abstractas de un video acompañadas de la envolvente música del Bolero de Ravel.

En ese momento surge desde el recibidor Mariska. Va embozada en su capa. Lentamente, al ritmo de la música, comienza a desprenderse de ella hasta dejarla caer grácilmente en el suelo. Los movimientos de la polaca son progresivos y desprenden una enorme sensualidad. La silueta de la bailarina se sobrepone sobre la geometría de las proyecciones dando una imagen bellísima y misteriosa. En la primera parte, sólo mueve los brazos marcando trazados simétricos y sinuosos, para poco a poco ir incorporando movimientos de sus piernas de forma grácil y elegante. Según progresa la pieza musical, Mariska va aumentando la longitud, fuerza y sensualidad de sus movimientos. Llegamos un momento en que la música, que progresivamente ha ido subiendo de intensidad, envuelve toda la reunión. Primero las mujeres comienzan a acompañar los acordes de forma suave con los brazos, después, tras unirse Gabriel al baile, el resto de los participantes masculinos también intentan acompañar con sus movimientos más o menos acompasados a la danzarina. La música, junto a los olores y aromas del ambiente, hace que nadie pueda escaparse del momento. Mariska termina dando vueltas sobre sí misma, rodeada por todos los asistentes que acaban aplaudiendo de forma entusiasta la actuación de la polaca.

Se podría decir que el espectáculo de la señorita Kartorisky había dejado hechizados a todos los presentes, especialmente a los caballeros, que

quedaron ciertamente alhelados. De hecho, tras la actuación y las correspondientes celebraciones de la misma, nadie despegaba los labios. Todos permanecen en silencio como si esperaran una continuación del espectáculo ofrecido.

Eleonora interviene:

—Bueno, chicos, el espectáculo ha terminado. Te agradezco Mariska los inolvidables momentos que nos has transmitido. Cada vez te superas más. Es un placer contar contigo en mis tertulias.

Mariska hace una elegante reverencia y recibe nuevamente los brindis besos y felicitaciones de todos.

Eli continúa:

—Creo que ha llegado el momento de comenzar la tertulia.

—En esa mesa tenéis todo lo necesario para que os hagáis las copas a vuestro gusto.

En la mesa auxiliar se encontraban trece copas «balón» y varias cucharas mezcladoras, junto a ellas, un recipiente de cristal transparente con bastante hielo limones, limas y una caja con diferentes especias y aromas. También había varios tipos de ginebras, rones y wiskis de excelente calidad, así como todo tipo de refrescos y tónicas.

Eleonora abre el sobre negro y recuerda que para evitar conversaciones cruzadas se necesita un moderador.

—Bien, Eli, pero ¿puedes decirnos ya cuál es el tema?—proclama Antonio que parece impacientarse.

—El tema elegido es: «La burocracia y el ser humano. Una relación en crisis». Creo que en ese tema tú debes ser un gran experto.

—Pero antes de comenzar propongo que modere esta tertulia Víctor.

Todos los invitados asienten y comienza la tertulia. Víctor interviene:

—Podemos comenzar identificando al autor o autora de la propuesta y que nos diga por qué ha elegido ese tema. Esto nos puede servir de introducción.

Jacinto y Ludovica se declaran responsables del tema elegido, pero advierten que deben confesar que han hecho una pequeña trampa, puesto que ambos entregaron el mismo tema en cada sobre, con lo cual la posibilidad matemática de que este pudiera salir era algo mayor.

—Concretamente de dos entre trece —responde inmediatamente Antonio Cifuentes.

—Desde luego, Antonio, no se puede ser más preciso. Cómo se nota que te gusta mucho tu trabajo —dice no sin cierta sorna Ariazna.

Para quitar tensión en el comienzo de la tertulia, Víctor continúa:

—Creo que Antonio debe ser un perfeccionista en su trabajo. Pienso que nosotros no somos quién para criticar ningún trabajo.

— ¡Uy! Cuánta seriedad —contesta Ariazna, mientras se toca la anilla que perfora una de las alas de su nariz.

Víctor pregunta a Jacinto y Ludovica:

—¿Por qué teníais tanto interés en que saliera vuestro tema en la tertulia?

Lu contesta, mientras Jacinto afirma con la cabeza.

—Nos encontramos en una situación crítica en la que para poder ejercer libremente nuestra profesión, nos estamos topando con una serie de barreras burocráticas, de las que no éramos conscientes mientras estudiábamos odontología. Además, creo que en esta reunión existe mucha gente con mucha experiencia en solventar todo tipo de dificultades y quizás del debate puedan surgir ideas sobre cómo enfrentarse al problema.

—De haber sabido vuestra inquietud, podríamos no haber sorteado el tema —interviene Víctor.

— ¡Ya!, pero eso hubiera alterado el bonito protocolo casi litúrgico de esta reunión —replica Jacinto.

—De cualquier modo, la suerte, aunque con un poco de ayuda, os ha favorecido y por tanto el tema elegido será el que habíais propuesto. ¿Alguien quiere intervenir? —propone el moderador.

Eulogio levanta la mano y comienza diciendo que se muestra defensor a ultranza de la burocracia como motor de la humanidad. Pone ejemplos de cómo la burocracia estalinista fue necesaria para el control del proletariado y de los medios de producción. Al oír esta primera afirmación, una parte de los asistentes sonrían sin decir nada. Ariazna, por el contrario le contesta:

—Pero ¿cómo puedes defender ese sistema ya caduco que tras la caída del muro demostró claramente su total fracaso e ineficacia?

—Estimada Ariazna —continúa Eulogio—: ¿Me puedes decir si estás de acuerdo con el control burocrático ecológico de los medios de producción?

—Por supuesto, nuestro futuro y el de nuestro planeta dependen de ello.

— ¡Ya! Me esperaba una respuesta parecida.

Eulogio, dirigiéndose a su interlocutora, le comenta que según su punto de vista los cultivos ecológicos privados como el de su terraza, también deberían tener unas fuertes leyes y no las actuales excesivamente permisivas, con ese tipo de productos, incapaces de garantizar la auténtica calidad de los mismos.

—A ver, Ariazna, ¿me puedes indicar qué controles han seguido las verduras que has metido en los bocadillos?

En ese momento Ariazna, se pone de pie y grita:

—Me parece, Eulogio, que te has pasado siete pueblos. Precisamente tú que has comido más bocadillos vegetales que nadie, y encima has elogiado su sabor como algo perdido y recuperado.

En ese momento interviene Isabel:

—No le hagas caso Ari. Ya sabes que Eulogio es un provocador.

—¡Ya! Pero debería ser menos ofensivo.

—En fin, Ariazna no es nada personal —contesta sin alterarse Eulogio.

Por su parte, Wenceslao pide la palabra y continúa:

—Creo que las raíces de la burocracia son ciertamente tan viejas como nuestra civilización, o incluso más viejas todavía, pues se hallan enterradas en la frontera entre la tribu primitiva y la sociedad civilizada. Es ahí, en donde encontramos el más remoto, aunque muy distante antecedente de los masivos, elaborados y burocráticos procedimientos de nuestra época.

Víctor interviene:

—Entonces, de acuerdo con tus palabras, se puede afirmar que la burocracia aparece en el preciso instante en que la comunidad primitiva empieza a darse cuenta de que la división del trabajo aumenta el dominio del hombre sobre la naturaleza y su capacidad para hacer frente a sus necesidades, descubrimos entonces que estos primeros gérmenes de burocracia son, de algún modo, el más temprano preludio de una sociedad clasista.

— ¡Qué bonito discurso! —interrumpe Eleonora, dirigiéndose a Wenceslao—: Te felicito por tu erudición, pero me gustaría saber si independientemente de sus orígenes estáis o no a favor de la burocracia que actualmente nos invade.

Wence se da cuenta de que la parrafada ha podido quedar un tanto pedante y para dar una nota de humor al respecto, recuerda que en su colección de vinilos existe uno muy antiguo que contiene dibujos y letras del humorista Forges.

—Os recomiendo que escuchéis una canción incluida en le LP de vinilo Forgesound titulada La ventanilla, interpretada por Luis Eduardo Aute, que hace alusión y crítica a la burocracia española de la época franquista. Os podéis dar cuenta de que la situación es prácticamente la misma, salvando, que antes se luchaba contra ventanillas reales y ahora contra ventanillas y barreras digitales, pero las consecuencias son las mismas. Realmente creo que Europa, y en general el mundo, se encuentra en un momento de hiperburocracia. No sé si con esto he respondido a tu pregunta.

—Perfectamente, pero ¿dónde podemos escuchar una canción tan antigua y prácticamente descatalogada? —pregunta Eleonora.

—Todo está en la red, no creo que exista ninguna dificultad para encontrarla —contesta Víctor.

A continuación Isabel toma la palabra e interpela a Eulogio sobre una película muy antigua que vieron juntos hace unos años de un autor cubano del año 1966, que surge como una crítica mordaz e inteligente contra la burocracia castrista.

— ¿Cómo se llamaba Eulogio? Eulogio contesta:

—Creo que se llamaba “La muerte de un burócrata” y era de Tomas Gutiérrez Alea. En ella se describe los problemas burocráticos que surgen cuando un trabajador ejemplar es enterrado con su carné laboral a modo de homenaje. Una vez enterrado, la viuda necesita el carné para poder cobrar su pensión. El desenterramiento del muerto y los diferentes permisos y trámites necesarios dan lugar a una serie de situaciones llenas de un humor mordaz e inteligente absolutamente «berlanguiano». Aparecen diálogos absurdos, escenas corales de forma que el guion se va retorciendo cada vez más y siempre, siempre es divertido. Me parece que es una auténtica obra de arte. Os recomiendo que si podéis que no dejéis de visualizarla.

— ¡Qué bárbaro! En temas de cine antiguo no hay quien te gane. Eres una autentica enciclopedia viviente —interviene María Amor, mientras dirige su mirada de un modo cálido y casi maternal hacia Eulogio.

Gabriel pide la palabra y dice añorar una película de dibujos animados, que había visto de pequeño que se llamaba Las doce pruebas de Astérix.

—En ella Julio César propone deponer sus armas frente a los Galos del pueblo de Abradacucix, para ello deben emular las pruebas que tuvo que realizar Hércules para que le admitieran en el Olimpo. Astérix y Obélix son elegidos para tratar de superar la serie de doce pruebas preparadas por los romanos —continúa Gabriel—: Recientemente, al hacer zapping en la televisión he coincidido precisamente con una emisión de la película en la que aparecía la llamada «prueba de la Casa que enloquece». La prueba

aparentemente sencilla, consiste en que Astérix y Obélix deben entrar en el mencionado edificio para conseguir el impreso modelo A38. Cuando entran en el edificio les recibe un ujier decrépito y sordo, que no se entera de nada pero que de forma malhumorada los manda hacia un sinfín de ventanillas ocupadas por personajes variopintos, de forma que terminan subiendo y bajando escaleras de un sitio a otro encontrando cada vez respuestas más delirantes. La ventanilla dos se encuentra inexplicablemente al lado de la veintiséis. El brebaje mágico no sirve aquí. Es la prueba que más dificultad les causa hasta que una triquiñuela burocrática de Astérix interrumpe la pax romana de los burócratas que terminan volviéndose locos atrapados por su propia red. Es francamente divertida y el problema es que creo que está caricatura de la burocracia sigue plenamente vigente.

Víctor Gómez de Alarcón, continúa:

—Me gustaría resaltar cómo creo que la gente percibe la burocracia. Para la mayoría es un mal absolutamente enraizado en nuestra sociedad, desde los tiempos más remotos, como muy bien ha dicho Wenceslao con anterioridad, pero que sufre un incremento importante desde las monarquías absolutistas francesas.

—Muy bien, Víctor —apostilla Ariazna—. Es magnífico que un aristócrata convencido como tú, reconozca como culpables del desarrollo burocrático a una parte de esa endiosada y estúpida aristocracia absolutista francesa, que creo que se ganó a pulso su paso por la guillotina.

Víctor responde:

—Ariazna creo que has generalizado demasiado, quizás enfocada directamente por la corrupta y estereotipada clase social de «luises» y «marionetas» —En este sentido prosigue Víctor—: Me gustaría destacar cómo en una sociedad como la inglesa, de larga y reconocida tradición aristocrática, se puede decir que uno de los factores del éxito y perdurabilidad del régimen aristocrático en Gran Bretaña no ha sido sólo la sabia combinación de monarquía, aristocracia y democracia, sino también la flexibilidad operativa, aunada a la firmeza de principios que ha exhibido su nobleza durante largos siglos. Me parece que fue Benjamín Disraeli quien logró una coalición entre el

pueblo llano y la clase alta, en contra de las clases medias ascendentes, groseras y materialistas, enemigas de la verdadera distinción y del buen gusto. Esta burguesía exitosa no era partidaria de suprimir jerarquías sociales y menos aún de mejorar la suerte de proletarios y campesinos, aunque aprovechándose de una dilatada retórica populista, fue capaz de urdir estrategias y fraguar intrigas de cierta complejidad.

—Es decir, capaces de manipular al pueblo llano y poco instruido —contesta Ariazna—. Y eso, ¿te parece bien Víctor?

—En absoluto, sólo he tratado de reflejar públicamente el hecho de que todo lo que se considera como aristocracia no es exactamente igual. Evidentemente, independientemente de la cuna, pienso que se deben distinguir varias aristocracias, incluyendo la del conocimiento, pero de todas ellas, quizás la mejor es la del buen comportamiento para los demás. De cualquier modo creo que nos estamos desviando del tema, por lo que como moderador prefiero parar en este punto.

— ¡Querido marqués! —interrumpe Isabel de Gazteluz, subiendo algo el tono—: Aristócratas como tú, capaces de ejercer tu profesión de forma altruista en diversas fundaciones dedicadas a la atención de los más desfavorecidos, dan un talante diferente de la aristocracia. Pero sabes perfectamente que esto no es así en todos los casos. Aunque precisamente me gustaría resaltar cómo del intento de aplicación de las ideas comunistas más recalcitrantes surge la aristocracia del partido en la cual aparece una clase de funcionarios burócratas con privilegios tanto mayores cuanto más elevada era su jerarquía funcional. A este respecto, es un buen momento para recordar una película clásica del director Bill Wilder me refiero a Uno, dos, tres. Se estrenó en los años sesenta del pasado siglo, en la época de la guerra fría entre Estados Unidos y Rusia. En su guion un alto directivo de la compañía Coca-Cola, que es destinado al Berlín Occidental, debe cuidar temporalmente a la fogosa y consentida hija del gran jefe de la compañía con sede en Atlanta. En ella, tras varias escapadas clandestinas y nocturnas de la joven al Berlín Oriental (antigua RDA) esta se enamora perdidamente de un joven comunista absolutamente convencido de sus ideas. El directivo hace caer en una trampa al joven y consigue que lo detengan acusado de ideas contrarrevolucionarias. Para terminar de complicar

la situación, la joven queda embarazada de su novio justo cuando sus padres anuncian su inminente llegada a Alemania. Tratando de solucionar el problema de una forma lo más estética posible, el directivo realiza la compra de un título nobiliario para el joven, procedente de un conde arruinado dispuesto a firmar cualquier papel que permita su subsistencia. Las situaciones y el ritmo de la película son absolutamente hilarantes. La crítica hacia las barreras y documentos por triplicado de los rusos son siempre superadas, ya que el trío de altos directivos comunistas que aparecen como representantes de la alta aristocracia burócrata de los países comunistas son absolutamente corruptos.

Interviene Eleonora y señalando al chino, que permanece todo el tiempo callado:

—Creo que Li debería decirnos algo sobre la evolución de la burocracia en su país. Venga Li no seas tan reservado, danos tu punto de vista al respecto.

Li se muestra un tanto azorado, pero sin embargo, después de dar un pequeño trago a su whisky de Malta, comienza a hablar:

—Ya sabéis que me gusta más escuchar que hablar, pero al tratar de este tema no puedo por menos recordar cómo la burocracia ha influido en mi familia, especialmente desde la llegada al poder de Mao. Mi abuelo fue un alto cargo del partido comunista se llamaba Chueng Keung y desde los dieciséis años se apuntó al Partido Comunista chino.

Mi abuelo siguiendo a Mao Zedong participó en las asambleas que tomaron el poder sobre el Kuomintang en 1949. Participó durante la «larga marcha» en la guerra contra el ejército republicano de Chang Kaichen. En definitiva, intervino siempre a favor de las ideas de Mao, que criticaba abiertamente la corrupción derivada de la burocracia soviética. En este sentido, Mao lanzó, creo que fue en 1956, la denominada «campana de las Cien Flores». En ella animaba a los intelectuales a que denunciaran a los funcionarios comunistas corruptos. Como prueba de la liberación de la Rusia soviética, mi abuelo guardaba celosamente un billete con la efigie de Lenin, emitido por la república soviética de China. El aislamiento internacional del régimen chino y las luchas por el poder marcarían la evolución del Partido Comunista durante los años 60 y la primera mitad de

los años 70. Según el análisis maoísta, la experiencia soviética mostraba cómo la burocracia enquistada en el aparato estatal podía convertirse en una burguesía de nuevo tipo y restaurar el capitalismo. Evitar que esto sucediese en China fue la principal razón por la que se organizó la Revolución Cultural, en la cual Mao llamó a profundizar en el socialismo y desenmascarar a los revisionistas que se encontraban dentro del partido. La principal consecuencia de este movimiento fue la salida del poder, tanto del Partido como del Estado, de dirigentes tan importantes como Deng Xiaoping y el encarcelamiento de algunos de sus seguidores entre los que se encontraba mi abuelo.

Ariazna interviene:

—Desde luego Li, tu abuelo debió haberlo pasado bastante mal, vi un documental en la que los seguidores de Mao de esa denominada revolución cultural eran unos auténticos cafres.

Li, continúa:

—Tienes razón realmente debió de sufrir mucho en ese periodo. La joven Guardia Roja no respetaba nada, eran unos auténticos fanáticos. Ese movimiento tan extremista sólo logró una China debilitada, en el plano económico y escarmentada de las aventuras revolucionarias. Sin embargo, tras la muerte de Mao, el sucesor elegido por éste, Hua Guofeng, permitió el regreso al poder de algunos de los dirigentes que habían sido apartados durante la Revolución Cultural. Precisamente, el principal de estos dirigentes, Deng Xiaoping, que gozaba de una base de apoyos mucho mayor que el casi desconocido Hua, acabó haciéndose con el poder en el Partido y en el Estado. A partir de entonces mi abuelo fue rehabilitado en sus cargos. Se mostró como uno de los dirigentes más aperturistas hacia Occidente. Creo que mi abuelo hasta su muerte y otros como él contribuyeron al desarrollo de la actual China.

La alta posición de mi abuelo consiguió que su único hijo, mi padre, lograra estudiar en Occidente, pero eso ya es otra historia y no quiero salirme del tema.

—Muy interesante Li, pero me gustaría saber cómo se encuentra el problema burocrático en la actual China. ¿Sigue siendo necesaria esa

combinación de falta de libertad política frente una economía prácticamente capitalista? —continúa preguntando Eleonora.

— ¡Intentaré contestarte, Eli! Esta apertura económica de las últimas décadas ha alterado la base ideológica del Partido, que ha ido abandonando las ideas comunistas tradicionales representadas por el pensamiento de Mao y asumiendo como válido el modelo económico capitalista. La ideología del Partido ha derivado en este sentido hacia un modelo autoritario con un fuerte componente nacionalista. Los burócratas chinos, a todos los niveles del gobierno, dirigen empresas, sacan ganancias de ello y son raramente llevados ante los tribunales, porque la burocracia ha monopolizado totalmente el poder del estado, lo que le permite elevarse por encima de todas las clases. Se podría incluso decir que la burocracia ha privatizado el estado.

Ariazna, vuelve a intervenir:

—O sea, que más de lo mismo, los hipócritas no entienden de razas ni de religiones. Me parece que la libertad en China continúa siendo una quimera. Todos hemos visto alguna vez al chino ese, enfrentado a un tanque en la famosa plaza de Tiananmen, reclamando su libertad. Ese tío sí que los tenía bien puestos. No obstante, me parece que la situación actual es muy diferente, en el mundo globalizado en el que nos movemos, provisto de redes de comunicación instantánea. Puedes decirme Li, ¿cómo intentan controlar las redes digitales?

—Intentaré contestarte —dice Li—: Ese es uno de los principales problemas del partido. A pesar de su intenso y férreo control sobre los medios de comunicación, la actual tecnología hace muy difícil poner puertas al campo. Han surgido redes de comunicación al margen de los canales oficiales. Una de las más importantes fue la denominada Sina Weibo que con más de quinientos millones de usuarios, capaz de desafiar hasta el más sofisticado sistema de control estatal. Recientemente se ha conocido que el Estado chino emplea a varios millones de personas para monitorear la actividad on-line: los llaman «analistas de opinión en Internet», y se pasan toda la jornada mirando las redes sociales utilizando palabras clave para escribir sus informes.

Antonio Cifuentes, ajusta la montura de sus gafas con los dedos e interviene:

—Me parece muy interesante la evolución económica y burocrática de China, pero por lo que dices, es posible establecer un paralelismo en lo que ocurría en España durante la segunda época de la dictadura del General Franco, en la llamada «época de los tecnócratas». Mi padre decía que si no te metías en política, en España se podía triunfar con la fuerza del trabajo.

Al oír estas palabras Ariazna no puede más se pone de pie e interrumpe la exposición del funcionario.

— ¡Y una mierda! ¿Cómo puedes comparar la dictadura de ese asesino con la evolución de la China Moderna?

Antonio le responde:

—No todo el mundo pensaba como tú del General Franco, para algunos fue un héroe, que impidió la barbarie y anarquía en la que había caído la República española. Concretamente después de que ganara la guerra civil española, poco a poco la gente se fue haciendo más tolerante con el franquismo. Especialmente a medida que la situación económica mejoraba.

— ¡Ya, los fachas ganadores!—contesta Ariazna mirando severamente a Antonio.

—En absoluto Ariazna —replica Antonio—. Durante los años 60 y 70 no sólo estaban de acuerdo con el régimen político franquista de los «ganadores», resulta que gran parte de los «perdedores» se fueron integrando en el sistema, algunos de forma más que entusiasta. Muchos que después han reivindicado su lucha contra la dictadura, cuando eran los primeros que iban a la plaza de Oriente para vitorear y aplaudir al dictador en alguna de las manifestaciones que desde el poder eran promovidas. El único grupo político que realmente siempre estuvo haciendo una oposición y continuó durante toda la dictadura fue el partido comunista de Santiago Carrillo.

—De cualquier modo creo que nos estamos nuevamente desviando del tema —apunta Víctor, tratando de serenar la tensión surgida entre Antonio y Ariazna—. ¿Alguien quiere aportar algún dato referente al tema de esta noche?

Wenceslao revuelve en su bolsillo y saca un papel en el que figuran una serie de libros «de viejo» que el timador va tachando, según los va consiguiendo y señala con orgullo de coleccionista uno de los títulos:

—Ayer precisamente conseguí en la cuesta de Moyano una edición de *Vuelva usted mañana* de Larra junto a la revista satírica de costumbres *El Pobrecito Hablador*, el nº 11, de enero de 1833 firmado por Larra con el seudónimo «El bachiller don Juan Pérez de Munguía». En este relato se describe la historia de un francés que ingenuamente pensaba resolver sus problemas burocráticos en quince días con el fin de invertir sus vastos caudales en nuestro país. El francés necesita buscar un genealogista para aclarar sus papeles, le hacen volver una y otra vez sin solucionarle nada. También necesitaba un traductor que nunca tenía tiempo de solucionar nada. Le fallaban todos por impuntualidad, el sastre, el zapatero, e incluso conocidos y amigos. Expedientes e informes tardaban meses en resolverse, errores repetidos. El expediente nunca llegaba de un lugar a otro. Durante seis meses el extranjero no logra otra cosa en los diferentes ámbitos en los que se mueve que un «vuelva usted mañana», que se repite en casi todas las situaciones sin resolver nada. Se va tan quemado que llega a comparar a los oficinistas con diablos.

María Amor interviene, con su agradable y timbrada voz, que trasmite a sus oyentes la seguridad y sosiego de esas mujeres acostumbradas a organizar, mandar y solucionar problemas.

—Te felicito, Wence, por ese magnífico ejemplar que has conseguido. Espero que esta vez no lo olvides y lo guardes bien —afirma mientras esboza una suave sonrisa llena de bastante ironía. Y continúa—: En mi opinión, a pesar de la mejora aparente de la administración pública respecto a la de aquellos años, la imagen del «empleado público ocioso» y de la «burocracia inoperante» sigue muy arraigada en nuestro subconsciente colectivo. En la era de los trámites por Internet, de las gestiones por teléfono y del pago domiciliado, por mencionar sólo algunas comodidades modernas, sigue lamentablemente existiendo el «vuelva usted mañana». Las expectativas previas de los ciudadanos antes de usar un servicio público siguen siendo pesimistas. Aún es motivo de sorpresa el trámite administrativo que se resuelve en pocos minutos, pocas horas o pocos días. Cuando esa interacción positiva

se produce, el ciudadano lo atribuye a la suerte, a una casualidad o a la diligencia particular del empleado que lo ha atendido, pero casi nunca a una mejora generalizada de la calidad de los servicios. A mi entender, nuestra integración en Europa no ha mejorado esto. El crecimiento de la burocracia digital está llegando a unos límites de deshumanización alarmantes. Antes se acumulaban los asuntos sin resolver en los cajones, estantes o mesas; actualmente muchos de nosotros guardamos los asuntos sin resolver en carpetas digitales, que van creciendo y creciendo incluso unas en el interior de otras, hasta lograr que muchos de esos asuntos queden olvidados y sin resolver en el interior de los discos de almacenamiento de nuestros ordenadores.

— ¡Efectivamente! —interrumpe Eleonora—. Creo que muchos nos estamos convirtiendo en auténticos «Diógenes electrónicos». Nos da miedo tirar a la papelera de reciclaje datos y correos electrónicos por si alguna vez son necesarios.

—¡Gracias por tu aportación! Eli. Pero me gustaría continuar exponiendo mi punto de vista, especialmente en lo que a leyes y regulaciones europeas se refiere. La mayoría conocéis que durante una etapa muy importante de mi vida la he desarrollado en Bruselas trabajando para la Comunidad Europea. Hubo un momento en que la hiperburocracia, que en ocasiones era contradictoria, me sumió en un estado de confusión intenso. Tal fue el problema que un día al volver del trabajo, cuando me encontraba en la calle, ni siquiera sabía volver a mi domicilio. Por suerte, finalmente recordé dónde vivía y de forma lenta y casi automática conseguí llegar a mi casa. Al día siguiente me levanté pesadamente con una sensación de derrota y cansancio intenso que me impedían realizar hasta las labores más básicas. Confieso que me llegaron pensamientos sombríos de autodestrucción. Pero por suerte, en mi interior permanecía una luz que me dio fuerzas para superar esta grave situación. Reflexioné sobre cuál era realmente el principal problema que me había llevado a tal situación. La respuesta parecía bastante clara: ese tipo de trabajo me transmitía una enorme tensión y aquella crisis fue la alarma que mi organismo ejerció para pedir un cambio antes de romperse. Por suerte pude darme cuenta a tiempo y parar. Gracias a la magnífica remuneración y prebendas que los burócratas

destinados en la Comunidad Europea teníamos, mi situación económica era bastante desahogada. Pero, por otro lado, tampoco quería perder toda la experiencia acumulada en las oficinas europeas. Por lo que me presenté a unas oposiciones internas para gestor de autorizaciones externo, que dada mi experiencia y contactos saqué sin ninguna dificultad. Además, esta nueva situación laboral me permitió volver a España para trabajar de un modo libre admitiendo sólo una cantidad de trabajo limitado. Al mismo tiempo, creo que con mi trabajo, ayudo a mucha gente a superar las cada vez más intrincadas y complejas barreas que la Comunidad Europea pone, especialmente a los jóvenes que, como Jacinto y Lu, quieren comenzar llenos de ilusiones su vida profesional.

—Apoyo y admiro tu decisión —dice Isabel—. Llega un momento en que la lucha con tus actividades cotidianas puede llegar a supérate. Me gustaría resaltar cómo las híper regulaciones pueden derrumbar incluso a personas de tu valía. En este sentido, no parece en absoluto exagerado afirmar que el abuso de la regulación repercute negativamente en la credibilidad, legitimidad y efectividad de la misma, así como los objetivos que la política subyacente persigue respecto a su aplicabilidad final. Para mí la híper regulación no es más que una disfunción grave y perniciosa capaz de entorpecer las mejores iniciativas. Las magnitudes de la híper regulación en la UE lastran el desarrollo económico, ya que las empresas se encuentran obligadas y confrontadas con unas exigencias administrativas que implican costes económicos, cargas, gravámenes y tasas que entorpecen las posibilidades de nuevas inversiones.

Pide la palabra Eulogio, que se muestra inquieto y a continuación afirma:

—Desde luego que exista una manzana podrida no quiere decir que todo el cesto lo esté. La híper regulación burocrática es una perversión de la buena burocracia, que sigo considerando imprescindible, para el correcto funcionamiento de nuestra sociedad. En el otro extremo tenemos la concepción anarquista de la burocracia, el Estado, en la cual la burocracia y el Estado son considerados como la encarnación misma de todo mal, algo que según sus valores no puede erradicarse más que mediante la abolición del Estado y la destrucción de toda burocracia. Me gustaría preguntaros: pero ¿de verdad creéis que se puede funcionar sin Estado y por tanto sin burocracia?

—Yo creo que sí —contesta Ariazna.

—Venga ya, Ariazna, no seas utópica. Dime cómo puedes organizar el funcionamiento de una sociedad sin un estado que la controle —la desafía nuevamente Antonio Cifuentes.

—A ver, Antonio, desde que Rousseau enunció su teoría sobre la naturaleza bondadosa del hombre y sobre la organización cooperativista y desinteresada de las sociedades primitivas, se fueron cimentando las ideas actuales del anarquismo moderno. Una organización anarquista debería fundarse sobre la plena autonomía, independencia y responsabilidad de los individuos y del grupo. Yo creo en un anarquismo verde o eco anarquismo como la única una corriente de pensamiento dentro del anarquismo que pone énfasis en los temas medioambientales. Muchos eco anarquistas prefieren no enfocarse en temas filosóficos futuros, e implicarse en la defensa de la tierra y la revolución social en el presente, y en crear maneras de vivir alternativas y sostenibles. Hay corrientes que comparten posturas con ramas radicales del movimiento ecologista, en sí mismas con fuertes características anarquistas, y que son defendidas por mucha gente, aun desconociendo dicha tradición. Para muchos verdes, en todos los países, una futura sociedad sostenible pasaría por la eliminación del Estado y la creación de una red de comunas autosuficientes, basadas en la igualdad, participación y democracia directa. Para mí las demás corrientes del anarquismo están totalmente trasnochadas.

—Sí, sin embargo, muchos eco anarquistas militan en las filas e inspecciones de la Comunidad Europea. Es decir, se han integrado plenamente en el entramado burocrático administrativo que tanto criticáis —contesta Antonio.

Ariazna responde de forma airada:

—Creo que tipos como tú nunca entenderán nada. Viendo la tensión que se ha generado entre Antonio y Ariazna. Víctor interviene:

—Bueno, creo que el tema ha sido suficientemente debatido y como casi todos los temas han quedado conflictos sin resolver, ideas contrastadas y sí

que os pido que como siempre terminemos el debate sin personalizar nuestras discrepancias y pidiendo un aplauso a nuestra anfitriona.

Tras estas palabras todos intercambian todo tipo de saludos variables según la mayor o menor afinidad existente y se despiden apuntando los teléfonos y e-mails, de los que como Jacinto y Ludovica se han incorporado por primera vez a la tertulia. La mayoría deseando verse pronto.

Los dos jóvenes dentistas quedan con María Amor en visitar lo antes posible su oficina para intentar solucionar su problema.

Capítulo 3 El sueño de María

María Amor esa mañana se había levantado a las siete y media de la mañana, como todos los días en su piso de El Escorial. Era otoño y la lluvia replicaba suavemente sobre la ventana. Nada más levantarse le gustaba tomar un fuerte café solo, sin azúcar y una tostada con mantequilla y mermelada. Solía recorrer las cortinas de encaje mientras contemplaba la soberbia fachada del monasterio. El problema era que se trataba de un sábado, y sin saber por qué, se había despertado como cualquier otro día laborable. Las primeras luces de la mañana comenzaban a clarear lentamente, dejando un sombrío y plomizo día, por lo que decidió volver a la cama sin desayunar, quedándose profundamente dormida. María soñó que se encontraba subiendo una escalera apoyada por un extremo en el suelo, mientras que la parte superior se sujetaba en una puerta iluminada. Según iba subiendo por la escalera, la puerta se alejaba cada vez más y más, sin embargo, sentía la necesidad de alcanzar la puerta. Pero comprobaba que al aumentar sus esfuerzos la visión de la puerta y su luz se hacían cada vez más pequeñas. La sensación de frustración era intensa, así que decidió incrementar el ritmo de subida. A medida que aumentaba su esfuerzo, notaba como cada vez los latidos de su corazón eran más y más intensos, hasta que la víscera parecía querer escapar de su pecho, a pesar de todos sus esfuerzos la puerta se había convertido prácticamente en un punto y la escalera se mostraba interminable. María decide parar, mientras nota cómo un sudor frío le invade todo el cuerpo. Está parada en medio de la escalera, totalmente desnuda, y no sabe qué hacer. El impulso de buscar la puerta sigue en ella pero los resultados de sus intentos de subida la desaniman profundamente. En ese momento nota cómo por la parte baja de la escalera, otra persona sube a buen ritmo los peldaños, según se acerca lo reconoce. Es Gabriel, el bombero que había conocido en casa de Eleonora. Al llegar a su lado la rodea sin apenas rozarla, procurando mantenerse firmemente agarrado en la escalera y sin mediar palabra, cuando se encuentra algunos peldaños por encima de ella, le lanza una túnica blanca de seda con la que cubre su desnudez; a continuación le hace señales con el brazo derecho para que le siga. María, que se encuentra recuperada desde la llegada de Gabriel, sigue

sus indicaciones y consigue mantener a duras penas el fuerte ritmo de subida que marca el bombero. A partir de la llegada de Gabriel, nota como en la subida logra acercarse a la puerta cada vez más, de modo que poco a poco consigue distinguir más su forma y su luz. Al llegar a la puerta, Gabriel la abre y se encuentra con un perro de tres cabezas que ladra y gruñe amenazadoramente. El musculado bombero saca una daga, que mantenía debajo de la gabardina, y mediante varios tajos aplicados de forma violenta consigue decapitar al perro, que muere desangrado. María queda espantada, pero Gabriel mediante señas le indica que puede continuar y traspasar la puerta. Nada más traspasar la puerta María intenta buscar a Gabriel, pero nota que este ya no está. Vuelve a encontrarse sola en una amplia sala de la que parte una nueva escalera que apoyada en el suelo se dirige hacia una inmensa estantería llena de libros con lomos de cuero y aspecto de ser muy antiguos. María decide subir por la escalera hasta llegar a una estantería, donde coge un libro con tapas marrones muy desgastadas. Al abrirlo ve imágenes de animales extraños junto a plantas raras, escrito en un idioma absolutamente incomprensible. María continúa ojeando el libro sin bajarse de la escalera, cuando de repente oye un sonido intenso y agudo que le hace caer de la escalera. Nota cómo el sonido se hace más melódico y se da cuenta de que se trata del sonido de su teléfono móvil. María despierta sobresaltada y coge a trompicones el teléfono:

—¿Quién es? —pregunta con voz afónica.

—¡Hola María! Soy Lu, no te habré despertado.

—La verdad es que estaba profundamente dormida. Pero no te preocupes, pues estaba teniendo un sueño muy extraño e inquietante, por eso me has notado la voz un tanto alterada. ¡Uf! Menos mal que me has despertado. ¿Qué tal estás? ¿Y Jacinto?

—Muy bien, María. Disculpa que te haya llamado en sábado, pero ya sabes que estamos muy preocupados por los trámites de la legalización de la clínica. Jacinto no ha podido pegar ojo en toda la noche. Y me gustaría que nos recibieras en tu despacho lo antes posible.

—Bien, creo que podréis venir el próximo martes por la mañana. Si queréis que avancemos en el tema os recomiendo que me mandéis por e-mail toda la documentación que os pidió aquel canalla de Gerardo Rodríguez. ¿Tenéis la dirección y el e-mail de mi oficina?

—Sí, nos lo diste en una tarjeta durante la tertulia de Eleonora.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! Entonces nos vemos el próximo martes por la mañana a las doce. ¿Os parece bien?

—De acuerdo, allí estaremos, un beso María.

—Un beso para ti y Jacinto, hasta el martes.

La oficina de María Amor se encontraba situada en un quinto piso del paseo de los Melancólicos 31. Se trataba de una casa de ladrillo visto que daba directamente a una amplia acera en la cual crecía una hilera de árboles. La situación de la oficina permitía ver desde su amplia cristalera, sorteando alguna de las ramas de la copa de los árboles, varios edificios lindantes con la ribera del río Manzanares, así como el cauce del propio río y el llamado pasillo verde que transcurre junto a él. Toda la oficina se encontraba pintada en tonos blancos, excepto el suelo que era de tarima flotante jaspeada en tonos grisáceos. Una vez traspasada la puerta de entrada, se encuentra un recibidor con una consola de madera barroca plateada, sobre ella aparecían varios espejos circulares sin marco, colocados sobre la pared a modo de burbujas, justo en el lateral del amplio recibidor se situaba un mostrador curvo casi semicircular con faldones ligeramente ondulantes en colores grises plateados en dos tonos. Frente al mostrador se encontraban situados en hilera cuatro sillones de Mies van der Rohe, modelo Barcelona en piel Blanca. Sobre ellos había un póster grande con una imagen de un símbolo trazado en negro circular con letras y frases, en cuyo centro aparecía una pequeña estrella de David sobre un fondo amarillo apergaminado.

Por delante de la hilera de sillones, se ubicaba una mesa baja rectangular que seguía las proporciones de un rectángulo de dimensiones áureas, transparente en metacrilato con tapa de cristal que dejaba ver una segunda tapa de espejo

sobre una peana central sin patas que daba a la mesa un aspecto de estar flotando.

Algunas plantas tropicales de interior se agrupaban en un macetero grande, colocado en el suelo en una de las esquinas libres del recibidor. Un ligero olor a rosas procedente de unas velas aromáticas perfumaba el ambiente de toda la oficina.

El despacho de María se encontraba al fondo de una habitación contigua dividida en tres partes por tabiques totalmente transparentes, de forma que dejaba un pasillo central y a cada lado aparecían dos pequeños despachos con mobiliario de cristal. De este modo, era tres veces más grande que los otros dos, además estaba dotado de una gran luz debido a que el cerramiento de la terraza había dejado una gran cristalera a espaldas de la mesa. Esta última tenía una tapa de cristal terminada con bordes redondeados y pulidos que se apoyaba sobre unas patas plateadas curvadas en espiral de acero brillante. Nada más entrar en él, lo que más llamaba la atención era el trazado del suelo, en el que nueva- mente se repetía la imagen del póster de la entrada marcado en negro. Detrás de la espectacular mesa se situaba un sillón en cuero blanco con tapizado de cebra y a cada lado de la mesa se encontraban dos lámparas con forma de figura fe- menina de color marfil, que recordaban a las cariátides, mantenían sobre su cabeza con ambas manos un globo iluminado. Junto a la puerta de entrada se encontraban situadas dos acuarios con peces de colores, que podían ser observados en cada uno de los pequeños despachos que escoltaban al principal. Todo ello dotaba al despacho un aspecto muy original, aunque un tanto desconcertante.

María tenía trabajando con ella dos ayudantes. Cada una se encontraba ubicada en uno de los despachos transparentes. La primera de ellas se llamaba Magdalena. Era una joven andaluza de larga cabellera pelirroja, que recordaba en sus facciones a Rita Hayworth. La segunda se llamaba Sigyn; era una mujer sueca de mediana edad, delgada y bastante alta, con pelo cortado en media melena rubio casi blanco, que se correspondía con el estereotipo que los latinos solemos tener de los nórdicos. Durante bastante tiempo, fue la secretaria adjunta de María en la oficina de tramitaciones de la Comunidad Europea. Cuando se separó de su esposo Sigmund Karlsson, decidió emigrar hacia

España trayéndose con ella a su hijos Nari y Vali, dos adolescentes de catorce y dieciséis años que enseguida se adaptaron al modo de vida madrileño. Su exmarido era el jefe de seguridad de la Oficina de Tramitaciones Sanitarias Euro- peas. Se podía decir que Sigyn era en cierta medida la confidente de María. El equipo formado por las tres atractivas mujeres trasmitía a los clientes una sensación agradable de seguridad y trato humano personalizado.

El martes por la mañana Ludovica y Jacinto se presentaron en la oficina a la hora convenida. Tras llamar a la puerta, sale a recibirlos con una amplia sonrisa Magdalena.

—Hola, soy Magda, ¿vosotros me imagino sois Jacinto y Lu? Os estábamos esperando.

—Encantados de conocerte —contesta Jacinto, que lleva de la mano a Lu.

—Si no os importa María está terminado un asunto, pero me ha dicho que enseguida os recibirá. Podéis sentaros unos minutos. ¿Os apetece tomar un café o algún refresco?

—No, muchas gracias, hoy hemos desayunado muy tarde —contesta Lu, que no puede evitar sentirse algo celosa ante la presencia de la secretaria.

—Entonces si no queréis nada, ruego disculpéis que vuelva a mi despacho.

Una vez que Magdalena regresa a su despacho Ludovica comenta a Jacinto:

— ¿Qué mujer tan guapa, verdad Jacinto?

—Sí, no está mal —responde Jacinto de forma displicente.

—Pues he notado como te la comías con los ojos.

—¡Venga Lu! No seas celosa.

—Todos los hombres sois iguales, os puede el espíritu de conquista — contesta la italiana.

Jacinto, para cambiar de conversación se levanta y tras mirar el póster de la estrella, le comenta a Lu:

— ¿Has visto que póster tan extraño?, ¿qué representará?

—No lo sé, pero la verdad que queda muy bien sobre los sillones.

En ese momento aparece Magda e indica que ya pueden pasar al despacho de María.

Al pasar entre los dos despachos transparentes saludan con la mano a Sigyn, que les devuelve el saludo y continúa trabajando.

María los recibe de pie en la puerta del despacho. Tras los besos de cortesía, se sienta en su sillón y les indica se sienten en las dos sillas volantes que tapizadas en tonos blancos, negros y grises combinan perfectamente con el resto de la decoración de la oficina. Una discreta y suave música de piano transmite serenidad a la estancia.

—Bien, me alegro mucho de volver a veros. He recibido toda la documentación por e-mail, y una vez revisada, creo que el principal problema radica en la difícil accesibilidad de la clínica para pacientes minusválidos. Se necesita una modificación de la escalera y también del ascensor. Todo ello debe venir avalado por la comunidad de vecinos de la finca. Por experiencia, sé que a veces no es fácil conseguir tal tipo de autorización. ¿Cómo os lleváis con los vecinos?

—La verdad es que no tengo ni idea, hasta la fecha la única que acudía a las juntas de la comunidad era mi madre, y casi nunca hacía comentarios al respecto.

—Evidentemente, tenéis que lograr que la comunidad asuma los costes de la obra lo cual lo hace aún más problemático.

— ¡Ya! Pero habrá que llevar alguna estrategia que permita convencer a los vecinos más reticentes —propone Lu, mientras Jacinto observa discretamente el dibujo del suelo del despacho.

—Creo que podéis «vender» que en el futuro puede ser necesario tener un paso que facilite el acceso de sillas de ruedas y carritos de la compra, que es probable que las personas de mayor edad vean con buenos ojos.

Ludovica apostilla:

—Además, sí proponemos un cuarto para guardar bicicletas que necesiten pasar por la rampa, probablemente nos habremos ganado a la gente joven.

—Me parece una buena idea —interviene Jacinto. A lo que le contesta María:

—Bajo mi punto de vista puede ser una buena estrategia, pero existe otro problema: en el centro de Madrid viven personas mayores con pensiones muy escasas, lo cual puede añadir bastante dificultad a la posible autorización. No obstante diré a Sigyn que estudie las posibles ayudas europeas al respecto.

—Bien, entonces quedamos pendientes de tu aviso antes de proceder a la solicitud de inclusión en el acta de la próxima junta de vecinos —contesta Jacinto y continua—: Perdona María, pero antes de irnos, nos gustaría saber el significado del extraño dibujo del póster que luego esta repetido en el suelo.

—¡Ya! Prácticamente me lo pregunta todo el que viene. Se trata de un dibujo denominado La Nómima. Este símbolo fue encontrado suelto junto a los libros que un médico falsamente judeoconverso al cristianismo, que ejercía su profesión en Barcarrota, allá por el año 1557, había escondido en una falsa pared, para evitar el rigor de la persecución inquisitorial de la época. Junto con otros libros, esta una pieza, quizás denominada como La Nomina; se trata de un círculo de papel manuscrito en anverso y reverso, de 11 centímetros de diámetro. En el anverso puede verse una estrella de cinco puntas y el nombre TETRAGRÁMMATON, alusión críptica al nombre de Dios en hebreo. Hace especial referencia a las cuatro letras que, en hebreo, componen y expresan el concepto de Dios. Estas cuatro letras: Y H V H (yod, hé, vau, hé), escritas en caracteres hebreos (de derecha a izquierda), se consideran la representación de la divina voluntad, la creación, el intelecto y la acción, y se transliteran en español como YHWH, YHVH, o JHVH, leído como Jehová o Yahvé.

— ¡Qué interesante, María! ¿Pero estos símbolos, dada la época, suelen tener más de un significado? —interviene mostrando su interés Jacinto.

—Tienes razón, los diferentes estudiosos del símbolo han determinado que el grabado en sí mismo, no sólo debe entenderse como un reconocimiento

hacia Dios, sino que además puede considerarse como un amuleto de protección ante las enfermedades y con invocaciones hacia la curación de la mismas. La estrella de cinco puntas o pentagrama del Tetragrammaton representa al ser humano (de pie con brazos y piernas extendidas, como el hombre de Vitrubio), que se siente identificado con las fuerzas del universo. Se trata por tanto de un talismán de protección personal que expresa el concepto de unión con Dios. Gracias a Wenceslao Delgado de Ayala y a sus trapicheos pude conseguir la colección completa de los facsímiles de Barcarrota a un precio bastante razonable. Enseguida quedé fascinada por este grabado y lo utilizo como un modo de identificación con la suerte que queremos transmitir a todos los asuntos que llegan a esta oficina.

—Esperemos que la suerte nos acompañe, especialmente en la junta de vecinos, —dice Ludovica.

—Estoy segura de que lo podremos resolver —contesta

María dirigiendo su serena mirada azul hacia Lu.

—Yo también —responde la italiana—, pero aún no nos has dicho cuánto nos va costar la tramitación.

—Todavía no he evaluado los gastos, pero debéis estar tranquilos, sois amigos de Eleonora, y ya os considero de nuestro círculo. Con lo cual ajustaré el precio lo más que pueda y antes de proceder a la tramitación definitiva os lo haré saber.

—Bien, María, ha sido muy interesante la entrevista. En cuanto sepamos algo referente a la solicitud de la junta de vecinos te lo comunicaremos inmediatamente.

La pareja se despide de María y de sus secretarias y se dirige hacia el portal. Una vez fuera del edificio Lu le comenta a Jacinto:

— ¿Por dónde crees que debemos empezar para contactar con la comunidad de vecinos?

—Habrá que avisar a la empresa que administra el edificio para que incluya en el orden del día las solicitudes de reforma, necesarias. ¿Tú sabes cuál es?

—La verdad es que estoy totalmente perdido y cuando revisé los papeles de las carpetas había un gran lío y no pude ordenar nada, con lo cual tardaríamos bastante en averiguar cómo se llama la empresa y cuál es su teléfono o e-mail.

—En definitiva, lo mejor será contactar con Nicasio, que seguro que tiene todos los datos y sabe las fechas previstas para la próxima junta de vecinos

Esa misma tarde Lu y Jacinto llegan al portal de la clínica de don Servando. Tras llamar insistentemente responde una voz femenina con acento del este de Europa.

—¿Quién es?

—Hola, soy Jacinto, el nieto de don Servando Albar. Quería hablar con Nicasio.

—Lo siento, pero Nicasio fue hospitalizado la semana pasada. Yo estoy cubriendo su trabajo.

—¿Me puede abrir? Me he dejado las llaves en mi casa. Actualmente soy el propietario del piso de don Servando.

—Lo siento —contesta la voz femenina, con un tono bastante seco—. Me han indicado que no abra a nadie si no está perfectamente identificado.

— ¿Quién le ha dado esa orden?

—La empresa que administra la finca.

—Bien, ¿me puede decir qué empresa es?

—¡No me diga que no lo sabe! —contesta la rumana.

—Precisamente quería hablar con Nicasio, para que me diera ese dato. ¿Me puede decir el nombre de la empresa de administración o algún teléfono o e-mail de contacto?

—Imposible, sin una autorización de la empresa no puedo dar ningún tipo de datos ni abrir a ningún desconocido.

—Pero vamos a ver, ¿no le estoy diciendo quién soy?

—Ya pero me puede engañar. Necesito la autorización de la empresa o un e-mail que les autorice.

— ¡Pero cómo voy a conseguir la autorización si ni siquiera me da el nombre de la empresa!

—Es inútil, más vale que volvamos mañana con las llaves para demostrar a esta cafre que somos los propietarios del piso —dice Ludovica.

—Está bien, mañana nos veremos. ¡Simpática! —se despide Jacinto.

Al día siguiente por la tarde, Jacinto y Lu van nuevamente por la tarde a la clínica. Esta vez Jacinto lleva las llaves del piso y una carpeta con documentación que lo acredita como nieto de don Servando. Abre el portal con la llave y de repente oye la voz de un hombre que grita:

— ¡Adónde van!

Jacinto reconoce la voz.

—Caray Nicasio ¡Qué alegría volver a verle! Sigue sin reconocerme. Soy Jacinto. ¿Qué le ha pasado?

—Lo siento, don Jacinto, otra vez me ha costado reconocerle, pero es que acabo de salir del hospital y aún me encuentro desorientado. Tuve una aparente subida de tensión y perdí el conocimiento. El otro día me encontré tirado en el suelo la chica encargada de ayudarme en la limpieza de la escalera. Tuvo que llamar al servicio de urgencias y decidieron hospitalizarme. La verdad es que no saben lo que me pasó pero se ha agotado la semana de hospitalización urgente, y como no puedo continuar con el copago, creo que por eso me han dado el alta. De cualquier modo, no me encuentro mal del todo y no me queda más remedio que seguir trabajando hasta alcanzar la jubilación.

—Ánimo Nicasio, que ya le queda menos. ¿Podría darme el teléfono y los datos de la empresa que lleva la administración de la finca?

—Claro que sí. La empresa se llama EAFU, Ecogestores Administrativos de Fincas Urbanas. —Nicasio saca una libreta de su bata azul—. Apunte, su e-mail es: ecogestadmfinurb@finc.com. El teléfono sólo lo dan tras contactar con ellos a través de la página. Creo que es una empresa que presume de reciclar más de un ochenta por ciento de su material.

— ¡Ya!, pero realmente lo hacen por ideología o quizás sólo por la leyes y regulaciones actuales que producen grandes descuentos fiscales —interviene Ludovica.

—Poderoso caballero es don dinero, señorita —contesta Nicasio.

Ludovica y Jacinto suben al piso y se conectan a Internet a través del smartphone. En la búsqueda marcan las siglas EAFU y rápidamente encuentran la página de la empresa, en la cual tienen que dejar todos sus datos, incluido un teléfono de contacto y marcar el motivo de la solicitud. La empresa promete ponerse en contacto con ellos en la mayor brevedad posible.

A los pocos minutos reciben en el teléfono un mensaje con una clave de nueve letras y números alterados, que deben repetir marcar en un espacio marcado como clave de primer acceso cuando abran de nuevo la página web de la empresa. Jacinto abre nuevamente la página y siguiendo las instrucciones marca los nueve símbolos y da al botón de aceptar. La página marca un error e indica que vuelvan a realizar la solicitud. Repite la operación y a los pocos minutos vuelve a recibir un mensaje en el móvil con otros nueve números y letras formados con las mismas indicaciones del primer intento. El problema de falta de reconocimiento de la clave suministrada se repite durante cinco veces más, hasta que por fin la página se abre en todo su esplendor. Y en la zona derecha inferior aparece el teléfono de contacto.

— ¡Por fin! —exclama Jacinto—. Ya tenemos el teléfono. Nunca pensé que pudiera costar tanto trabajo.

Jacinto marca el teléfono y una voz metálica repite de forma automática: «Ha contactado con Ecogestores Administrativos de Fincas Urbanas». La voz

clasifica las llamadas de forma numérica según su diferente consulta del uno al nueve. Jacinto marca el nueve, que es el número que se corresponde con la frase «Si su llamada no está relacionada con ninguno de los asuntos previstos marque el nueve y será atendido por un operador».

Después de escuchar una música reiterativa y un tanto desquiciante durante cuatro largos minutos, una voz de hombre atiende la llamada.

—Le atiende Benjamín, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

— ¡Eureka! Un ser humano que habla. Disculpe, pero no sabe lo que me ha costado contactar con ustedes —dice Jacinto con un cierto tono irónico.

—Le comprendo caballero, pero la estructura de atención no la he diseñado yo. ¿Qué necesita de nosotros?

—Soy Jacinto Albar, el actual propietario del piso 1º letra B de la calle de la Chistera 36. Creo que ustedes administran esta finca.

—Espere un momento que lo confirme. —Tras unos segundos de espera, Benjamín contesta—: Sí, nosotros administramos esa finca, pero no hay ningún piso a su nombre.

—Claro, es probable que algunos de los papeles de inscripción continúen a nombre de mi abuelo.

— ¿Cómo se llamaba su abuelo?

—Servando Albar Villarjubin.

Después de una pausa el operador continúa:

—Disculpe un momento, estoy comprobando ese nombre. —Otra pausa—: En efecto, ese piso está a nombre de don Servando Albar Villarjubin.

—¡Menos mal! —responde Jacinto, suponiendo que ya ha alcanzado un entendimiento con Benjamín.

—¿Qué es lo que quiere relativo a esa finca?

Jacinto explica a Benjamín que quiere volver a poner en marcha la antigua clínica de su abuelo y que para poderla tener suficientemente autorizada

necesita siguiendo las ultimas normativas europeas, realizar algunos cambios a nivel de la entrada, portal escalera y ascensor. Por ello necesita el permiso y la aprobación de la comunidad de propietarios de la finca.

—En fin, Jacinto, podría no seguir hablando con usted, puesto que no figura como propietario, pero si me manda usted escaneados algunos documentos que le acrediten como legítimo heredero de don Servando, intentaré, una vez hable con el presidente y secretario de la comunidad, que su solicitud de obra sea incluida en la primera junta que se celebre. De cualquier forma, debe mandar un proyecto de obra con fecha y costes posibles por al menos tres empresas. Así como una justificación de los beneficios que el proyecto para la finca. Pero le voy a ser sincero, menudo problemón tiene usted.

— ¿Por qué? —interrumpe Jacinto.

—En esa finca una parte de los vecinos están peleados entre sí, por un asunto de unos tendederos para la ropa de los patios interiores. Puedo decirle que incluso algunos llegaron a las manos y terminaron en los juzgados. Desde entonces las posibilidades de acuerdo entre ellos son prácticamente nulas.

—Ya, pero no queda otro remedio que someter el proyecto de actualización de mi futura clínica a esta furibunda junta de vecinos. En la mayor brevedad le mandaré todo lo que me pide —apostilla Jacinto—. Muchas gracias de todos modos.

—Me gustaría animarle, pero las cosas están así. Sólo hay algo que puede resultar favorable a sus intereses. Recientemente ha cambiado la presidencia de la comunidad de vecinos y el cargo ha recaído en un vecino joven con ganas de mejorar la finca, creo que es psicólogo. El viernes pasado se presentó en nuestra oficina y resultaba un tipo muy simpático. Se llama André y es francés.

— ¿Me puede dar su teléfono o su e-mail?

—Se lo daré cuando mande la documentación requerida. —Benjamín vuelve a sacar fuera su lado burocrático.

—Está bien —contesta Jacinto—, de todas formas ha sido usted muy amable.

—Hasta pronto. Espero serle útil —contesta el burócrata.

Al día siguiente, Jacinto manda a EAFU por e-mail el testamento de su abuelo y otros documentos que lo acreditan como heredero y usufructuario del piso, siempre que lo dedique a su utilización como clínica odontológica. Benjamín contesta en seguida el correo indicando que ya ha incluido su solicitud en el orden del día de la próxima junta de vecinos y el teléfono del presidente de la comunidad.

Jacinto llama a André por teléfono:

A la sexta llamada, una voz jovial y desenfadada grabada contesta la llamada: «Salut, je suis André ¿peux vous laisser votre marque? Je ne suis pas chez moi mais. Je contacterai bientôt avec vous». Tras una pausa vuelve a repetir la frase en español.

Jacinto se presenta como un odontólogo que quiere poner nuevamente en marcha la clínica de su abuelo, le deja un mensaje en el que le indica que necesita contactar con él como presidente de la comunidad lo antes posible. Ese mismo día por la tarde Jacinto recibe una llamada de André:

—¿Hola, quién eres?

—Hola, soy André. ¿Eres el dentista que me ha dejado el mensaje?

—Sí, me llamo Jacinto y quería hablar con usted de un asunto referente a los permisos que tengo que solicitar en la junta de vecinos. Me han dicho que existen muchos problemas entre los vecinos. Por eso he preferido contactar previamente con usted.

—Por favor, tutéame. Creo que te han informado bien, yo acabo de llegar al «carguito de presidente» y ya me están volviendo loco. ¿Qué te parece si quedamos?

—De acuerdo, estas cosas se hablan mejor cara a cara. Estoy bastante harto de tanto e-mail, mensajes etcétera.

—Sólo falta decir cuándo y dónde.

—Tengo mañana libre a partir de las seis de la tarde—dice André.

— ¿Podemos quedar en la terraza del Café de Oriente?

¿Qué tal a las seis de la tarde?

—Bien, ¿y cómo nos reconocemos?

—Nos llamamos al móvil. El primero que llegue indica la situación de la mesa, y así creo que no habrá ningún problema. De todas formas iré con mi novia e intentaré que se acerque con nosotros la persona que nos está tramitando las autorizaciones.

—De acuerdo, allí nos vemos.

André Dubois López era un psicólogo clínico de padre francés y madre andaluza, que había recibido la primera parte de su educación en Francia y la carrera de psicología la había cursado en España. Se podía decir que André era una de esas personas capaces de heredar cosas de las dos culturas. En Francia su familia le llamaba «el españolito» y sus primos españoles le conocían como el primo «franchute». Se trataba de un tipo cercano a la cuarentena, delgado, de talla mediana, con pelo rizado y gafas de montura de concha que enmarcaban unos ojos castaños vivarachos, de intensidad variable. André tenía la capacidad de modular la intensidad de su mirada de acuerdo a las necesidades del momento. Vestía casi siempre de modo desenfadado pero su delgadez junto a su aparente desaliño indumentario le conferían un aspecto bohemio neorromántico «intelectualoide» que gustaba mucho a la mayoría de las mujeres. Profesionalmente era una autoridad reconocida internacionalmente en la interpretación de sueños de los pacientes. Primero había hecho un máster en interpretación freudiana de los sueños y actualmente estaba colaborando con el laboratorio de neurociencia computacional de Tokio. Uno de los laboratorios que investigan sobre la visualización de los sueños de los pacientes en reconstrucciones de imágenes por ordenador. Se podía decir de él que era una persona que en sus relaciones sociales no podía dejar de ser psicólogo, por lo que inevitablemente utilizaba

sus herramientas conductuales en cualquier momento. En su contra, se podía argumentar que era algo ensimismado y bastante distraído. Pero en general siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás.

En esa tarde de octubre los reflejos de los últimos rayos solares se filtraban agradablemente por las cristaleras que recubrían la terraza del Café de Oriente. Mientras, los árboles que rodean la terraza mostraban sus hojas en diferentes tonalidades cromáticas con predominio de los tonos dorados y algo rojizos especialmente cuando el sol se desprendía de las nubes y proyectaba su luz sobre ellas. El cielo multicolor de la despedida del sol enmarcaba con enorme belleza la silueta de fondo del palacio real.

Jacinto y Lu habían conseguido convencer a María Amor para que los acompañara a su reunión con André. Al llegar los tres a la terraza observan que en una mesa se encuentra un hombre de pelo rizado y gafas con una cazadora de piel envejecida color marrón y foulard al cuello ligeramente suelto.

Jacinto se dirige hacia la mesa, al llegar a ella pregunta:

—Hola, disculpa, ¿tú eres André?

—En efecto, me imagino que tú eres el dentista. ¿Te llamas Jacinto, verdad?

En ese momento se acercan Ludovica y María a la mesa.

—Sí, soy Jacinto Albar Fresneda y esta es mi novia Ludovica Fornarelli y ella es María Amor.

— ¡Qué par de bellezas! —exclama André que se ha puesto de pie, mientras su mirada se cruza con la mirada azul de María.

—Muchas gracias, tú tampoco estás nada mal —contesta Ludovica mientras sonríe maliciosamente a Jacinto.

André mueve dos sillas y hace espacio para que Lu y María puedan sentarse alrededor de la pequeña mesa redonda de tapa de mármol verde. Una vez los cuatro están sentados se acerca el camarero y tras pedir cuatro cafés André comenta:

—Este es mi tercer café del día, soy un poco adicto a la cafeína, pero no me puedo resistir a su aroma.

Ludovica comenta:

—Yo también soy muy adicta al café, y eso que en España se preparan algo peor que en Italia.

—No en todos los sitios —se defiende patrióticamente Jacinto.

—De acuerdo, Jacinto, ¡no te piques! —continúa la italiana—. Evidentemente yo me refería a la mayoría de los sitios, aquí por ejemplo preparan muy buen café.

María y André se sonríen con una cierta complicidad, durante la disputa cafetera de los dos novios.

Jacinto toma la palabra y después de agradecer tanto a María como André el haber podido acudir a la reunión dice:

—El principal problema para la legalización de nuestra clínica surge del acceso para minusválidos. De acuerdo a la normativa vigente, deben eliminarse todo tipo de barreras arquitectónicas para estos pacientes. Se va a necesitar hacer obra y me imagino que la comunidad tendrá problemas económicos, y todo serán pegas al respecto.

—Aunque parezca mentira, el dinero no es el principal problema de la comunidad de vecinos. Intervienen más los factores personales de intolerancia entre ellos —dice André, mientras añade algo más de azúcar en su taza—: Gracias a una donación que un vecino destinó a la comunidad al morir sin hijos hace muchos años, los dos locales comerciales de la finca son propiedad de todos los vecinos. Tales locales están alquilados y por ello las cuotas que se pagan son muy bajas. Incluso se ha logrado debido a los profundos desacuerdos entre los vecinos tener unas cuentas más que saneadas. Las desavenencias entre vecinos han conseguido que no haya progresado casi ninguna mejora, salvo aquellas estrictamente necesarias para poder cumplir con las normativas de permanencia y habitabilidad para edificios del casco histórico de ciudades europeas. Sin embargo, existe un porcentaje elevado de gente muy mayor, que en cualquier momento puede necesitar silla de ruedas.

Además, a la mayoría de los que hemos llegado hace poco al edificio, nos gustaría mejorar especialmente el portal que tiene una apariencia bastante deplorable. Creo que vuestra solicitud puede ser una buena excusa para romper esta situación tan negativa y prolongada en el tiempo.

La reunión de vecinos se planificó para un lunes, justo quince días después del encuentro del Café de Oriente. Estaba convocada a las ocho y media en el local de la pizzería Il Buon Amico, situado en uno de los bajos alquilados a la comunidad por Carolina Romanelli, una española que había estado casada con un italiano y que tras su divorcio mantenía comercialmente el apellido de su exmarido. Tenía una edad indeterminada cercana a la cincuentena pelo teñido de rubio, voz grave de fumadora empedernida y cara surcada por profundas arrugas como rúbrica de una vida intensa y difícil. Era una gran cocinera especializada en pasta y en ensaladas que solía llenar el local todos los fines de semana. Por el contrario, el resto de la semana el negocio se mostraba bastante irregular. Este hecho, junto con su afición al bingo, hacía que algunos meses Carolina tuviera dificultades para el pago del alquiler. La cocinera inteligentemente, ofrecía su local de forma altruista los lunes, día que cerraba por descanso, a la comunidad de vecinos cuando esta necesitaba reunirse, ya que de este modo conseguía que la mayoría de los vecinos fueran condescendientes con los retrasos de pago. A pesar de ello, la señora Romanelli siempre pagaba aunque fuera a veces casi a mes vencido.

Carolina, ese lunes, como casi siempre que había junta, especialmente si el retraso en el pago era amplio, había preparado unas pizzetas y una bandeja de costrinis con tomate mozzarella y orégano, que aromatizaban el local de un modo agradable. También había provisto varias jarras de agua y vasos cortos de vidrio transparente grueso y rústico. Ese día, dado que el retraso en el pago de la mensualidad superaba la veintena de días, tenía preparadas muy frías unas cuantas botellas de vino lambrusco.

La dirección de la comunidad estaba compuesta aparte de André como presidente por Elisa De la Roca, una azafata treintañera morena, muy feminista, peleona, de carácter reivindicativo y difícil, que había adquirido el piso hacia menos de un año y que estaba elegida por turno como vicepresidenta de la comunidad. Lo que no la hacía precisamente feliz. Entre el

resto de los vecinos también había un par de chicas veinteañeras rubias y delgadas de esas que aparentan una talla treinta y seis y se alimentan sólo de ensaladas, parecían hermanas, por su aspecto, aunque sólo eran buenas amigas. Se habían conocido en la Facultad de Periodismo y su afinidad de caracteres las había llevado a comprar un piso en la finca, que después de una obra habían subdividido en dos apartamentos interiores, lo cual aseguraba una convivencia con garantía de privacidad a cada una de ellas. Además, a ambas les gustaban los animales. Pero aquí era donde existía quizás el único punto de discrepancia entre ambas: a Lali le gustaban los gatos, mientras que a Loli le apasionaban los perros. En su apartamento Loli tenía un pequeño chihuahua negro de ojos saltones con un carácter endiablado, que respondía al nombre de Loky. El perrillo no paraba de ladrar cuando se cruzaba con algún vecino en la escalera, pero se deshacía en cariños y demostraciones de alegría cuando Loli estaba con él. Con Lali convivía una gata siamesa grandota de pelo largo blanco y un ojo verde y otro azul de carácter bonachón, que pomposamente había sido bautizada como Artemisa. La paz de la gata sólo se veía alterada cuando por alguna circunstancia Loky conseguía colarse en el apartamento y le ladraba con enorme energía, aunque sin atreverse a nada más dada la diferencia de tamaños entre la gata y el chihuahua. A las juntas de vecinos solían acudir las dos chicas, pero aunque ambas tenían derecho a voz, no se les reconocía más que un voto, pues el piso no estaba legalmente dividido.

En otro piso vivía un viejo coronel retirado, que durante una parte importante de su vida militar había estado destinado en Melilla. El coronel Luís Serrano era un sordo ilustre que pasaba largamente de los noventa años y vivía amancebado con su criada marroquí, mujer muy simpática, recién llegada en los setenta, entrada en carnes, aunque con ciertos problemas de movilidad derivados de una artrosis que atacaba especialmente a las rodillas. Sus rasgos permitían suponer que en su juventud fue una bella mujer. Al coronel, hombre chapado a la antigua, de cara a la vecindad le gustaba decir que se trataba de su sobrina. No era el único nonagenario del edificio, también estaba doña Virtudes, una vieja y empolvada señorita solterona, que de vez en cuando aporreaba un desafinado piano de pared que había heredado de una tía suya hacía más de cuarenta años, realmente siempre había vivido sin trabajar, a partir de las

rentas de un «capitalito» que le dejaron sus padres y su tías. Pero con el paso del tiempo, la herencia recibida hizo que la rentabilidad que producía el plazo fijo en el banco fuera poco a poco disminuyendo y algunos habían visto por la noche a la pobre mujer hurgando entre los cubos de basura. Aunque aún mantenía su orgullo y altivez totalmente intactos de cara a sus convecinos. La anciana tenía puesto su piso en venta y mientras lo vendía, para poder pagar la comunidad, solía alquilar a estudiantes algunas de las habitaciones del amplio piso que habitaba.

El ático derecho era propiedad de una treintañera muy perfeccionista, siempre muy bien arreglada cuasi pluscuamperfecta, de profesión logopeda, cuyos niveles de auto exigencia la habían llevado a rechinar por la noche de forma inconsciente unos dientes contra otros dejándolos tan desgastados que sus visitas al dentista eran bastante frecuentes. A pesar de sus bonitos ojos castaños y de su más que correcta presentación, Genoveva había tenido varios novios, pero su relación con los hombres nunca terminaba cristalizando bien del todo, cuando tocaba formalizar su convivencia con ellos, siempre por una causa u otra todo terminaba desbaratándose.

En el segundo piso, justo encima de la clínica, vivía un matrimonio que sobrepasaba con creces los ochenta años. Don Gervasio y doña Ceferina llevaban juntos más de sesenta años y tenían tres hijos que apenas los visitaban. La convivencia diaria y las rutinas junto con el carácter cada vez más intransigente y huraño de Gervasio, hicieron que su relación con su mujer se fuera distanciando cada vez más, de forma que tras pasar un periodo de violentas discusiones en la actualidad apenas se dirigían la palabra, y cohabitan en el piso como si fueran dos extraños. A las juntas siempre iba Gervasio, que a pesar de no hablarse apenas con ella, no perdía ocasión para acusar a Ceferina ante el resto de los vecinos como una mujer infiel capaz de irse con cualquiera ante cualquier insinuación. La pobre mujer, con sus ochenta y tantos, su artrosis de cadera apenas podía andar, y era evidente que no estaba para seducir a nadie. Pero su marido tenía permanentemente un delirio de celos que lo centraba fundamentalmente en todo aquel que llamara a su puerta, especialmente si no era conocido. Unas veces el cartero, otras el repartidor de la tienda, o incluso un monja amiga de toda la vida, que alguna

vez visitaba a Ceferina, para darle consuelo. A esta última la acusaba de estar compinchada para favorecer los encuentros de Ceferina con sus amantes. Sin embargo, Gervasio, en el resto de sus relaciones con los demás era aparentemente normal y si alguien no sabía de qué iba el tema podía incluso compadecerse del viejo.

El resto de los pisos de la finca hasta completar un total de doce vecinos, estaban vacíos y habían sido comprados por una agencia inmobiliaria que pensaba transformarlos en apartamentos de alquiler con división oficial de la propiedad, y aunque llevaban cerca de tres años de tramitaciones y permisos todavía no habían declinado el proyecto y mandaban siempre un representante, que casi nunca se oponía a cualquier mejora general del edificio.

El primero en llegar a la pizzería como representante de la EAFU fue Benjamín. Realmente siempre era él el que acudía, pues la empresa que tan pomposamente se llamaba Ecogestores Administrativos de Fincas Urbanas sólo estaba formada físicamente por él y por un militante ecologista, que realmente no hacía nada pero que necesitaba tenerlo en nómina para que la empresa contara con todos los beneplácitos de la administración burocrática europea. También es verdad, que la empresa tenía una amplia red de colaboradores on-line, que sólo cobraban de acuerdo a los servicios prestados, es decir, los diferentes colaboradores no se conocían entre sí. Sin embargo, a pesar de su enorme deshumanización, la empresa había logrado algunos premios internacionales.

Nada más entrar en el local, Benjamín cuelga la gorra de cuadros escoceses en el perchero de la entrada y descubre su calva morena que contrasta con sus pequeños pero intensos ojos azules y tras una sonrisa saluda:

—Hola, Carolina, ¿cómo te va?

—Bien, como siempre luchando por la supervivencia, pero tal y como están las cosas, creo que no puedo quejarme. A propósito, me ha dicho Nicasio que hoy va acudir a la junta el nieto de don Servando, que se ha hecho dentista.

—Desde luego este Nicasio no puede guardar nada para él —comenta Benjamín.

— ¿Y qué es lo que quiere?

—Pedir permiso para realizar una obra en la escalera.

— ¡Lo que me faltaba, una obra pegada al restaurante! Pero en fin, no creo que lo consiga —comenta la cocinera, que aunque no interviene nunca en las juntas, por no ser propietaria, sí lleva ya muchas reuniones vistas y oídas, por lo que tiene una idea bastante aproximada de las muchas dificultades de entendimiento que hay entre los vecinos.

Poco a poco van llegando todos los vecinos: André, Elisa, Lali y Loli, el coronel Serrano, que a pesar de su edad, su mostacho canoso y bastón con cabeza de perro de marfil, todavía le dan un aspecto impresionante. Don Gervasio, que aparece malhumorado y taciturno. Luego llega doña Virtudes, con su cara delgada arrugada y pálida, que enmarca una sonrisa de persona muy educada y agradable. Genoveva, con su sonrisa de cartón, que como siempre llega perfectamente conjuntada y oliendo a Chanel nº5. Y por último se incorporan Jacinto y Lu, un tanto apresurados pidiendo disculpas por su ligero retraso.

André toma la palabra e indica que la sociedad inmobiliaria propietaria de los pisos había delegado sus votos en el gestor Benjamín, diciendo que cualquier acción que se tome, sobre todo de mejora de la finca, contaría con su total respaldo.

Elisa de la Roca, como secretaria, procede a leer el acta de la junta anterior donde se refleja claramente el apercibimiento por parte de la junta a Loli, derivado de la fogosidad de su perrillo, pues Loky cuando baja la escalera tiene la costumbre de ladrar furibundamente a cualquier vecino que ose cruzarse con «la fiera» en la escalera. Loli para evitar la denuncia se comprometió a consultar con un adiestrador de perros, con el fin de solucionar el problema. Durante la lectura de estos párrafos algunos vecinos no pueden evitar realizar algunos comentarios al respecto:

—Desde luego, ¡habría que matar a ese asqueroso bicho! Un día casi me muerde —dice con palabras secas y llenas de odio contenido don Gervasio.

—Además, la escalera siempre huele a pis, esto es realmente intolerable —añade la «hiperpulcra» Genoveva.

—Pues a mí ese perro no me ladra —comenta el coronel Serrano.

—Lo que pasa es que tú no lo oyes, Luis —añade don Gervasio.

—Pues a mí Loky me resulta muy simpático y cariñoso. Siempre que me ve acude a mí para que lo acaricie —dice doña Virtudes—. Espero que no le pase nada.

—Algunos animales son más listos que las personas—interviene Lali mientras Loli acompaña a su amiga afirmativamente con la cabeza.

Don Gervasio se levanta iracundo y dirigiéndose a Lali dice:

— ¡No estoy dispuesto a tolerar que me insulte una famélica tontalaba como tú!

— ¡Desde luego este hombre está cada día más loco! —responde enfadada Loli.

Viendo el cariz que van tomado los acontecimientos André interviene:

—Creo que debemos calmarnos, y con insultos y mal rollo no vamos a solucionar nada. Además, Loli se ha comprometido a solucionar el problema. Y por lo que me ha dicho el entrenamiento ha conseguido milagros sobre Loky.

— ¿Alguien ha tenido algún altercado con Loky en el último mes? —pregunta Loli.

Todo el mundo calla, y André vuelve a intervenir:

—Entonces si Loli está cumpliendo su compromiso creo que podemos continuar con el acta.

Elisa continúa leyendo el acta de la junta anterior, mientras casi todos aparecen calmados, y tras proponer la aprobación de la misma. Todos los asistentes incluido don Gervasio asienten por unanimidad.

André toma la palabra:

—Estimados amigos, quiero presentaros a Jacinto y Ludovica, dos odontólogos muy jóvenes como veis, pero por sus trayectorias parecen suficientemente preparados para ejercer su profesión, contactaron conmigo como presidente de la comunidad y me expusieron sus planes para intentar reflotar la antigua consulta dental que tenía en este edificio el abuelo de Jacinto.

—Me acuerdo muy bien de don Servando —interrumpe doña Virtudes—. Era muy apuesto y simpático y además muy buen dentista. Me extrajo una muela que se me movía y apenas lo noté.

— ¿Pero usted no fue novia de don Servando? —Pregunta con gesto irónico el coronel Serrano.

—Imposible, ya era un hombre casado cuando montó la clínica —responde titubeando, un tanto azorada la anciana—. Sólo éramos buenos amigos.

— ¡Ya, ya! Disculpe doña Virtudes, es que como nunca vi a su mujer, creía que era viudo.

—Lo cierto es que su mujer doña Balbina estuvo mucho tiempo imposibilitada por una grave enfermedad que la tuvo recluida en una residencia. Por lo menos eso era lo que me contaba.

—Es cierto —interviene Jacinto—. Mi abuela sufrió una grave enfermedad degenerativa, que progresivamente la iba paralizando hasta que necesitó ayuda para casi todo. Mi abuelo encontró una residencia ligada a una fundación en la que atendían a ese tipo de pacientes. Realmente creo que hizo que no le faltara nada, pero según mi madre no sé si se portó muy bien con ella.

André viendo que la conversación empieza a desviarse del motivo de la reunión, decide aplicar suficiente modulación en la voz mientras mira intensamente sobre el conjunto de vecinos y continúa:

—Me gustaría exponer el primer y único punto del orden del día. Si habéis leído la circular que nos mandó Benjamín, se refiere a la necesidad de remodelación del portal escalera y ascensor, con el fin de adaptarse a la

normativa europea sobre igualdad y movilidad de todas las personas. He pensado que como el portal, la escalera y el ascensor llevan muchos años sin renovarse, este puede ser un buen momento para abordar por fin este asunto pendiente.

— ¡Ya! ¿y qué tiene que ver eso con la propuesta del dentista? —dice Genoveva.

—Evidentemente, a Jacinto le exigen, entre otras muchas cosas, una entrada que esté acondicionada para poder atender a pacientes minusválidos, por lo que se necesita crear una rampa y el ascensor debe abrir de forma que permita la entrada y salida de una silla de ruedas, junto al menos un posible acompañante de pie.

—Pero eso costará un dineral, y no tenemos por qué hacerlo en este momento —refunfuña el coronel Serrano—. Siempre hemos pasado las revisiones de la finca sin ningún problema.

—Efectivamente —contesta Elisa, la secretaria—. Pero sin embargo, en la última revisión se nos dijo que si no cambiábamos el ascensor y arreglábamos la escalera, no nos darían el visto bueno y de esto hace ya casi un año y la autorización europea de habitabilidad temporal para edificios históricos está a punto de caducar. Sólo se permite alguna demora si se comprueba que las obras de mejora recomendadas están siendo puestas en marcha.

— ¡Ya! Me parece muy bien, pero ¿cuáles serían los costes y cómo se pagarían? Mi situación económica actual no es como la de antes, bastantes esfuerzos hago para pagar las cuotas comunitarias —dice doña Virtudes, mostrando un cierto descontento.

—O sea, que la propuesta es que le paguemos la obra al dentista —interviene con desprecio don Gervasio—. Desde luego yo no estoy dispuesto.

—Yo tampoco estoy dispuesta a pagar las obras de nadie—dice Genoveva sumándose a la intervención de Gervasio.

Benjamín pide la palabra y dice:

—Me gustaría intervenir en mi calidad de administrador para indicarles el estado actual de las cuentas, y que todos tengan suficiente información antes de aprobar o denegar la propuesta de obras de adaptación y modificación del ascensor y escaleras. En este sentido, debo decir que en este momento la comunidad tiene en su cuenta la cantidad de tres- cientos mil euros mediterráneos.

— ¡Qué barbaridad! Y aún nos cobra cuotas todos los meses. Propongo que no se paguen cuotas durante un año—dice doña Virtudes.

— ¡Eso, eso! ¡Totalmente de acuerdo! ¡Para qué vamos a pagar si tenemos tanto dinero! —intervienen de forma entusiástica los vecinos de más edad. Mientras que Elisa, Genoveva, Lali, Loli y André le piden a Benjamín que aclare el motivo del mantenimiento de unas cuotas mensuales relativamente elevadas.

Benjamín vuelve a tomar la palabra, e indica que su empresa estaba al corriente del plazo dado por la Oficina Europea para la conservación de edificios Históricos y sabiendo por sus antecedentes los problemas sobre la falta de acuerdos que existían en la comunidad, prefirió establecer unos balances provisionales que evitaran que el dinero se gastara, como en otras ocasiones, en abogados, que muchas veces debían defender a la comunidad de las denuncias de unos y otros. Ya que por absurdo que parezca, los denunciantees contra la junta respectiva también debían costear los gastos de defensa de la propia comunidad. Es decir, pagaban la defensa en las cuotas contra su propia denuncia.

A continuación toma la palabra André y prosigue:

—Hace unos días le pedí a Benjamín que pidiera unos presupuestos a varias empresas sobre la obra de modificación de la escalera. De ellos hemos seleccionado tres que se ajustan bastante al proyecto. Les he pedido que me hicieran un proyecto tridimensional de la obra y sólo una de ellas, precisamente la más económica, me lo ha enviado sin ningún coste.

— ¿Cómo se llama la empresa? ¿Y cuáles son los costes presupuestados? —pregunta Genoveva.

—La empresa se llama EISA (Eurosoluciones Inmediatas Sociedad Anónima), la encontré por Internet. Me decidí por ella, sobre todo porque mi socio dijo que la conocía y que nunca tenía problemas de permisos, ya que contaba con el aval y reconocimiento de la asociación de la EUE (Ecogestores Unidos Europeos)

—Al igual que la nuestra —contesta Benjamín sin poder disimular su auto propaganda y continúa—: Los costes presupuestados están en torno a los cuatrocientos cincuenta mil euros europeos.

— ¡Qué barbaridad! Eso es carísimo —exclama doña Virtudes.

—¿Cómo vamos a pagar ese dineral? Nosotros los pensionistas —interviene el coronel Serrano.

Ante el revuelo suscitado por el presupuesto André interviene:

—Una vez que Benjamín me dio la cifra de los presupuestos nos imaginamos que algunos vecinos tendrían problemas para financiar sus costes. Por lo que decidimos buscar alguna solución. Benjamín ha encontrado en el apartado de garantías sociales de las comunidades europeas, unos fondos europeos destinados a la ayuda de pensionistas con problemas de financiación para el mantenimiento de su vivienda habitual. Lo que ocurre es que casi nunca se conceden, debido a que los trámites de petición son sumamente complejos. Sin embargo, cuando hablamos con la empresa EISA, esta nos dio a entender que si se hacía la obra con ellos los fondos europeos de ayuda para los pensionistas estaban prácticamente garantizados.

— ¡En fin, como siempre todo está podrido!—dice Gervasio de forma seca.

Benjamín contesta:

—Sí, pero creo que de ese modo la financiación de la obra tendría un coste real de unos doscientos cincuenta mil euros mediterráneos, con lo cual

continuaríamos teniendo aún cincuenta mil euros mediterráneos de fondo y las cuotas podrían seguir iguales a las que pagamos en la actualidad.

—Eso es otra cosa —interviene Genoveva. Elisa propone:

—Si todos estamos de acuerdo propongo que aprobemos la obra con la empresa EISA.

El coronel Serrano sugiere que se apruebe la obra, pero condicionada a la concesión de las ayudas y que no comience hasta que las ayudas no estén concedidas. Todos los asistentes a la junta aprueban la propuesta del coronel Serrano y por primera vez en muchos años parece que reina la cordialidad en la junta de vecinos. En ese momento, Carolina Romanelli aprovecha para abrir las botellas de lambrusco y ofrecer las pizzetas y costrinis a todos los asistentes. A continuación, Jacinto y Ludovica alzan sus copas y agradecen con un brindis a todos los presentes su comprensión y ayuda. Todos alzan sus copas y responden al brindis con sonrisas y algún «Ya veremos, a ver si es verdad eso de las concesiones» por parte del malhumorado Gervasio.

Antes de que todos comiencen a irse André dice:

—Un momento, por favor, sólo hemos aprobado las obras de la escalera, pero Jacinto y Ludovica también necesitan que en la comunidad les aprobemos el permiso de reforma de la clínica. ¿Hay algún voto en contra a tal aprobación?

Nadie dijo nada.

—Entonces entiendo que si nadie levanta el brazo, ni hace ningún comentario en contra de la aprobación el permiso queda aprobado por unanimidad.

La mayoría asienten con la cabeza y continúan brindando y celebrando con el frío lambrusco oportunamente servido por Carolina.

Capítulo 4 Los padres de ella

Después de obtener el permiso de obra, tanto para la escalera como para los trabajos de reforma necesarios para acondicionar la clínica a las nuevas normativas, Jacinto y Lu mandan por correo electrónico las actas de la junta a María Amor.

Quince días después de que María Amor hubiera tramitado y cumplimentado los múltiples papeles requeridos para conseguir el nivel de aprobación amarillo, recibe un e-mail en su oficina que indica que el resultado le será comunicado en veinticuatro horas desde la recepción del presente aviso, para ello debe introducir hasta cuatro claves previas de esas que tienen caracteres distorsionados. Al día siguiente, nada más entrar en la oficina y conectar la red de ordenadores, Sigyn, la secretaria, comprueba cómo entre los mensajes recibidos aparece uno procedente de la Comunidad Europea sección de autorizaciones sanitarias. Después de realizar otra vez una serie de pasos de seguridad, por fin consigue abrirlo. La pantalla del ordenador se oscurece desde sus márgenes hasta el centro hasta que queda un punto central totalmente brillante, que se despliega rápidamente dando lugar a la aparición de una carretera por donde aparece un pequeño coche de color amarillo que para lentamente cuando ocupa casi toda la pantalla. Se abre su puerta derecha y desciende un hombrecillo pequeño vestido totalmente de amarillo. El hombre virtual con una voz monocorde y un tanto robótica aunque esbozando una amplia sonrisa indica nuevamente “Well Done nivel superado”. La secretaria penetra en el despacho de María Amor y la deja un pósit pegado en el borde de una de las pantallas del ordenador que esta maneja sin teclado.

Trascurridos veinte minutos María llega acompañada de Magdalena, ambas al entrar saludan a Sigyn.

— ¡Buenos días! Sigyn, qué pronto has llegado — saluda María.

— ¡Buenos días! La verdad es que a partir de las cinco de la mañana me desperté sobresaltada con una pesadilla. Por lo que decidí acercarme un poco antes a la oficina. Pero tú María tampoco tienes buena cara.

—Yo también me he despertado sobresaltada, creo que a esa misma hora y desde entonces a pesar de permanecer acostada, no he conseguido volver a conciliar el sueño.

—Ahora sólo falta que las dos hayamos soñado lo mismo. ¿Con qué soñaste? — pregunta María.

—La verdad es que me acuerdo solamente de que un hombre con cabeza de perro me atacaba y quería devorarme y a partir de ahí no me acuerdo de más. Bien, ¿cuál fue tu pesadilla? —pregunta Sygin a María. Mientras, Magdalena se dirige a su despacho mostrando ningún interés por la conversación surgida entre ambas.

— Mi sueño se refiere a que subo por una escalera en busca de una luz pero nunca consigo llegar al final. Lo que pasa es que este sueño lo he tenido ya más veces y siempre acabo despertándome empapada en sudor.

— Quizás deberías consultar a alguien. Creo que cuando un sueño se repite casi siempre está relacionado con algún problema no resuelto, que de algún modo se encuentra agazapado en nuestro subconsciente.

— Me parece que puede que tengas razón, precisamente hace poco he conocido un psicólogo encantador; intentaré consultar con él. Además, esta puede ser una buena excusa para volver a verle. ¡Es un tipo muy interesante! —comenta María mientras esboza una sonrisa maliciosa dirigida con complicidad a su secretaría, que le responde con otra sonrisa de iguales características y añade:

— Vamos, ¡que el tío está buenísimo!

— No vas del todo desencaminada en tu apreciación, Sigyn. Pero mejor nos ponemos a trabajar, tenemos bastantes asuntos pendientes.

— A propósito, te he dejado un pòsit sobre el ordenador. Han concedido el permiso para continuar la tramitación a Jacinto y Ludovica.

María llama a Jacinto:

— Hola Jacinto, soy María Amor, hemos conseguido superar el nivel amarillo.

— ¡Qué buena noticia! Se lo diré enseguida a Lu, seguro que se pondrá muy contenta.

Jacinto al recibir la noticia se alegra, pero se da cuenta de que aún le queda mucho camino por recorrer. Él pensaba que cuando consiguieran superar esta fase de permisos, el mundo se le abriría como una fruta madura que espera ser comida. Pero sin embargo, la sensación de haberlo conseguido le deja un tanto despistado. En realidad, se da cuenta de que debe volver a planificar cuáles van a ser sus acciones inmediatas en busca de la meta final. Curiosamente nota un cierto nivel de insatisfacción que se contrapone con el éxito burocrático logrado. Llama a Ludovica. Esta recibe con enorme alegría la buena noticia e inmediatamente de forma bastante pragmática, indica a Jacinto que no deben bajar la guardia y que cree que deben aprovechar el comienzo de las obras aprobadas en la comunidad para realizar al mismo tiempo las modificaciones necesarias para el acondicionamiento de la clínica. Ambos coinciden totalmente en el enfoque. El problema sobre cómo seguir adelante se plantea entre ambos:

—pregunta Ludovica.

— La verdad es que estoy un tanto perdido al respecto — contesta Jacinto sin ningún entusiasmo.

— Creo que debemos contactar nuevamente con María y que esta nos indique los pasos a seguir.

Jacinto telefonea a la oficina de María Amor. Contesta Magdalena.

— ¡Hola! Ha contactado con Gestores Internacionales Europeos. Soy Magda, ¿en qué puedo ayudarle?

Jacinto recuerda lo guapísima que le pareció Magda y no puede evitar un cierto desasosiego al escuchar su cálida voz.

— Hola Magda, soy Jacinto, no sé si te acuerdas de mí.

— Claro, eres ese dentista tan guapo que tiene una novia italiana. ¿Qué deseas?

— Quiero hablar un momento con María para hacerle una rápida consulta.

— Espera un momento, Jacinto. Le paso una nota y te digo.

Tras pasar la nota María le indica a Magdalena que enseguida se pondrá en contacto con él. Pasados diez minutos llama a Jacinto.

— ¡Hola! Jacinto, soy María Amor, me alegro saludarte nuevamente ¿Te faltaba algo de la tramitación?

—No, María, está todo correcto. El problema está en que Lu y yo estamos un poco perdidos sobre cómo debemos

— El siguiente nivel a superar es el nivel rojo. Pero creo que se puede comenzar la obra y cumplir en ella toda la normativa relativa seguridad. De todos modos, el exmarido de Sigyn creo que fue un alto directivo en Europa en la oficina de tramitaciones europeas. Como aún les une una buena amistad, es posible que le pueda consultar vuestro problema y que de este modo nos aconseje cuál es el camino más conveniente para superar el nivel rojo.

Siguiendo las instrucciones de María, Sigyn llama por teléfono a su exmarido Sigmund. Tras saludarse con fría cortesía, la secretaria le pone en antecedentes sobre el nivel de tramitación en que se encuentran Jacinto y Lu. Este le contesta un tanto contrariado:

— Querida Sigyn, me ha alegrado mucho volver a oír tu voz. Pero debo confesarte que ya suponía que me llamabas por algún tema en el que tendrías algún interés personal y no por saber de mí.

— Mira Sigmund, nuestra historia fue muy bonita mientras duró, y yo te sigo queriendo, aunque de una forma diferente. Creo que no debemos hurgar en un pasado del todo irrecuperable, no se me olvida que me la estuviste pegando muchos años con Berta, esa mosquita muerta de secretaria que te asignaron en los comités europeos de seguridad.

— Ya, pero fueron muchas horas de trabajo las que nos mantuvieron separados, y poco a poco nos fuimos distanciando. Actualmente no estoy con

nadie y los únicos recuerdos buenos son los tuyos. No me importaría que volviéramos a vernos algún día.

— No creo que este sea el mejor momento. No obstante, te repito que aún conservo un gran cariño y muy buenos recuerdos de nuestra relación. Es mejor que no estropeemos los buenos recuerdos.

— ¡Bien! Te entiendo perfectamente, pero el tiempo me ha hecho reflexionar y creo que tú realmente has sido la mujer de mi vida.

— Te agradezco el halago, pero me parece que siempre fuiste un seductor empedernido. Así que permíteme que dude de la sinceridad de tus palabras. Si hasta coqueteaste con Magdalena el día que se inauguró la oficina de María Amor.

— Realmente lo hice para darte celos, recuerda que en ese momento estábamos separándonos.

— Sí, pero yo aún mantenía esperanzas de que lo tuyo con Berta sólo hubiera sido un desliz pasajero. Pero ese día intentaste ligar de forma descarada con Magda. En ese momento me di cuenta de que lo nuestro no tenía ya ningún futuro.

— ¡Está bien! No insistiré más, de momento. Te voy a responder sobre el problema de tramitación que me has planteado: La tramitación del nivel rojo va encaminada a la instalación y superación de una inspección de sistemas de protección contra incendios, terrorismo productos químicos, biológicos, e incluso catástrofes naturales etcétera. La comunidad Europea exige que todos esos controles se realicen a través de unos sistemas de protección automatizados, que obligatoriamente deben ser instalados sólo por empresas autorizadas.

— ¿Conoces alguna empresa que puedas recomendarles?

— Sí, conozco una con cuyos promotores me une una buena amistad, puedes recomendársela a tus clientes, creo que saldrán satisfechos de ella, además también se encargan de realizar proyectos de centros sanitarios que tengan aprobados en el nivel amarillo. El único inconveniente es que no es precisamente barata y que tiene mucha demanda. La empresa se llama

SCCCS, Soluciones y Contratas de Controles para Centros Sanitarios. Os aconsejo que mandéis toda la documentación directamente desde vuestra oficina indicando qué vais de mi parte. El presupuesto del estudio creo que ronda los mil euros mediterráneos, que deben ser abonados por transferencia bancaria.

— Muchas gracias por tu ayuda, Sigmund.

— Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. Inolvidable
Sigyn — contesta con cierta ironía Sigmund.

— Adiós y muchas gracias.

— Hasta pronto, Sigyn.

La secretaria se pone en contacto con Jacinto, le transmite toda la parte técnica de la conversación mantenida con su exmarido y les pregunta si están interesados en continuar la tramitación con la empresa propuesta por Sigmund. No obstante, Sigyn les advierte, que su exmarido es un tanto peculiar y es posible que se lleve alguna comisión con la empresa recomendada, pero por otro lado, es un experto burócrata, que se mueve como pez en el agua en ese tipo de papeleos, por lo que a pesar de lo dicho; les aconseja que si no tienen otra oferta mejor, que deberían probar con la empresa sugerida por Sigmund.

Jacinto tras consultar con Ludovica, comunica a la sueca que está de acuerdo con la propuesta, y la autoriza a mandar todos los papeles. Sigyn le manifiesta que debe mandar una autorización por correo electrónico con firma, para poder cumplir con la normativa europea de ley de protección de datos. Jacinto así lo hace y todos los documentos son transferidos a la empresa SCCCS. La empresa, a los tres días de haber recibido la documentación, manda un correo electrónico a Jacinto donde le indica un número de cuenta con veintiocho dígitos donde deben ingresar dos mil euros mediterráneos para poder continuar con el proyecto. Las cuentas bancarias en Europa se han ido haciendo más complejas, cada vez más, y se ha pasado de los veinticuatro dígitos que comenzaron a regir en febrero de 2014 a veintiocho dígitos según normativa del 2022.

Jacinto llama a Ludovica, por teléfono:

— ¡Hola! Lu. ¿Cómo estás, amor?

— Bien, ¿contactaste por fin con la empresa esa?

— Sí, pero nos piden que les ingresemos dos mil euros mediterráneos para darnos el presupuesto.

— ¡Qué ladrones! Poco a poco nos estamos quedando sin dinero — apunta la italiana.

— ¡Ya!, pero me parece que no nos va a quedar más remedio que tragar si queremos continuar con nuestro proyecto — dice Jacinto.

— Tendremos que buscar alguna solución. Precisamente el mes que viene vienen mis padres. Van a venir a Madrid a pasar las navidades conmigo. Puede ser un buen momento para pedirles ayuda.

— Mira Lu, creo que tus padres, a pesar de que siempre son muy amables cuando estoy con ellos, solamente me toleran. Para ellos la bimbina de sus ojos podría haber aspirado a algo mejor que un «dentistilla» español recién terminado.

— Algo de razón puede que tengas, pero a mí me da la sensación de que cada vez te aceptan más.

— No perdemos nada por intentarlo. Pero mientras tanto, como disponemos de ese dinero, creo que para no retrasar más el comienzo de la obra debemos realizar el ingreso solicitado — contesta Jacinto.

— ¿Y si el presupuesto se sale de lo previsto, qué hacemos? ¿Buscamos otra empresa? — dice Lu con tono inseguro.

— Realmente el problema es ese. Va a ser muy difícil no aceptar el presupuesto. ¡En fin! Quizás no nos queda más remedio que confiar en Sigyn — dice Jacinto, esta vez con tono resignado.

— Bien, haz el ingreso y ya veremos después cómo nos apañamos.
— Termina la conversación Ludovica.

La empresa SCCCS, una vez recibió el dinero hizo un diseño y un plan de obras intachable, que aparentemente cumplía todos los requisitos para superar

el nivel rojo. Tal plan lo manda por correo electrónico tanto a Jacinto como a la oficina de María Amor con un video virtual de simulación, donde se mostraba cómo podía quedar la clínica y los accesos al portal y escalera una vez la obra estuviera finalizada. Además estaban dispuestos a coordinarse con las obras que, según la información recibida por ellos, se iban a realizar sobre el portal ascensor y escalera, a través de la empresa EISA que estaba previsto fuera contratada por la comunidad de vecinos. El coste de las obras de acondicionamiento presupuestado era de quinientos mil euros mediterráneos e incluía conexiones automáticas antincendios, antirrobo, anti-ataques químicos y bacteriológicos e incluso se mostraba un pequeño refugio antinuclear con comida deshidratada y bebida para cuatro personas durante tres meses. Cuando Jacinto abrió la información procedente de SCCCS en su ordenador tuvo varias sensaciones contrapuestas. Por un lado observa cómo se prevé que puede quedar la clínica una vez finalizada la obra de acondicionamiento. Pero por otro lado, comprueba la cantidad de peticiones un tanto sobrepasadas e injustificadas que es necesario realizar para poder cumplir con la legislación europea. Así en sus reflexiones se pregunta quién iba a atacar su clínica con armas químicas o biológicas. O aún peor, ¿qué pacientes no satisfechos con el servicio recibido, estaban dispuestos a emplear armas nucleares. Además, ¿dónde iban a encontrar ese tipo de armas? En definitiva, Jacinto era cada vez más consciente de que la legislación y normativa relativa a los permisos, especialmente en este nivel, había crecido de una forma desbocada y totalmente irracional, pero sin embargo, tales normas estaban aprobadas y sin su cumplimiento no se podía conseguir la legalización de las clínicas sanitarias privadas. Todo ello hacía que los costes de la obra fueran mucho más elevados de lo que en un principio Ludovica y él tenían previsto invertir. La necesidad de conseguir dinero para poder financiar la obra de la clínica parece inevitable. Jacinto y Lu realizan una revisión utilizando un buscador de hipotecas electrónico. Lo primero que pide es el precio aproximado del local o piso que se va a hipotecar y el número de años hasta un máximo de cuarenta. A partir de estos primeros datos el buscador da una idea aproximada de cuánto hay que pagar mensualmente una vez que la hipoteca haya sido concedida. Pero el problema surge, primero porque se requiere una valoración oficial del inmueble, y después se exige estabilidad laboral, y avales sobre la cantidad solicitada.

Además, en el momento de pedir el préstamo hipotecario no se debe figurar en un listado de morosidad o será denegado automáticamente. Jacinto y Lu deciden hacer una simulación al respecto, tasan el precio del piso en setecientos cincuenta mil euros mediterráneos aunque estiman que probablemente vale más, e indican de forma ficticia que tienen unos ingresos mensuales de cinco mil euros mediterráneos y entre los dos, piden quinientos mil euros mediterráneos. La simulación les sale que la hipoteca tramitada en el Banco Europeo de Inversión y Desarrollo, tiene un coste mensual de 1969 euros mediterráneos durante los próximos cuarenta años, siempre sometida a los posibles cambios en los tipos de interés. La cantidad a pagar les parece razonable pero al no tener ningún sueldo fijo, la posibilidad de que les concedan un préstamo sólo depende de los posibles avales que puedan conseguir.

Cuando Alfredo Fornarelli y Constanza Colombo aterrizan en el aeropuerto de Madrid-Barajas, la sensación de alivio de Alfredo es grande. Nunca terminará de superar su miedo a volar.

Ese día, a pesar de ser primeros de diciembre, se muestra soleado y bonito. Madrid aparece libre de nubes y contaminación. Los días anteriores habían sido muy aireados y lluviosos. La boina de contaminación, procedente de las calefacciones y tráfico rodado, había dado una ligera tregua. Desde los lugares más elevados de la ciudad se podían ver las montañas de la sierra de Guadarrama totalmente nevadas e iluminadas por una luz invernal de tonos amarillo anaranjados que contrastaba con un cielo de color azul claro capaz de conferir al día una apariencia esplendida. Era uno de esos días en que la energía parece bañarlo todo, transmitiendo optimismo incluso a los espíritus más apesadumbrados.

— Menos mal que hemos aterrizado — comenta Alfredo. Mientras, tras exhalar un profundo suspiro, suelta la mano de Constanza que había mantenido apretada durante el des- censo del avión.

— Desde luego siempre lo pasas fatal. Me has dejado la mano blanca de tanto apretar.

— ¡Sabes que no puedo evitarlo!

— Deberías hacer uno de esos cursos para perder el miedo a volar.

— Tienes razón, pero realmente dispongo de muy poco tiempo.

— ¡Excusas! — continua Constanza, que haciendo honor a su nombre persevera una vez más en la necesidad que tiene Alfredo de resolver su problema.

— ¿Has visto que tiempo tan bueno hace? — comenta Alfredo, tratando de evitar continuar con la conversación que comienza a molestarle.

Constanza, que entiende que su marido no quiere seguir en el debate, le sigue la corriente por él marcada.

— Sí, la verdad es que después de tantos días de lluvia en Roma se agradece el cambio de tiempo. — El tono y la sonrisa de Constanza desactivan totalmente el malestar de su marido.

— Por cierto, he notado que Ludovica tiene esta vez un interés especial en vernos — comenta Alfredo con cierta ironía.

— Seguro que se trata de algún problema relacionado con el «dentistilla» ese del que se ha encaprichado — dice Constanza con cierto desencanto.

— No parece mala persona — afirma Alfredo —, además creo que es muy trabajador y sobre todo me da la sensación de que quiere mucho a nuestra hija.

— ¡Ya!, puede que tengas razón, pero la niña tenía muy buenos amigos en Italia, de familias muy cercanas a la nuestra.

Ludovica era la hija única, y muy deseada, del matrimonio formado por Alfredo Fornarelli y Constanza Colombo Di Veintimiglia.

En la actualidad Alfredo era un reputado cirujano cardiovascular, de talla media, pelo canoso y largo peinado hacia atrás, cara morena, y labios finos, en el que un rasgo resaltaba especialmente sobre los demás: sus intensos ojos azules, enmarcados por unas gafas sin montura, que cuando los fijaba en alguien casi siempre producía la zozobra del inspeccionado. Realmente era un

hombre maduro con un gran atractivo personal. Le gustaba siempre que podía vestir de sport, con ropa de marca. Las cazadoras de cuero, especialmente marrones, eran su debilidad. Gran aficionado al golf, había conocido a Constanza cuando siendo ya médico se decidió a practicar «el juego del palito», que atrapa a tantas y tantas personas y predispone a negocios muy importantes, casi siempre libres de toda parafernalia burocrática; al menos en su comienzo. La conoció, durante sus primeras clases, en el club de golf Castelfalfi, en la Toscana.

Constanza y sus pijo-amigas se reían de forma descarada de las primeras evoluciones y desvíos inesperados de la bola cuando el atractivo médico lograba por fin impactarla. Alfredo no podía impedir que en su cara se marcara el reflejo de su desagrado, cuando al golpear sobre el césped artificial del campo de entrenamiento la bola apenas avanzaba, o lo hacía dirigida a direcciones totalmente imprevistas. En uno de los drives, la bola de una forma totalmente inusual, salió disparada lateralmente hacia la terraza donde Constanza y sus amigas tomaban el vermut, mientras emitían risitas provocadoras hacia el novato. La suerte hizo que el impacto rompiera uno de los vasos, que al estallar empapó la camisa blanca de seda natural de Constanza. La chica quedó totalmente mojada, manchada y sin saber qué hacer. Al principio tanto ella como sus tres amigas se habían quedado lívidas y sin apenas reacción ante el impacto repentino, pero una vez que la situación se despejó y apareció claramente el origen del impacto, las cuatro amigas se transformaron en una especie de fieras, cuyo objetivo prioritario era ese novato inexperto que de forma brusca había osado interrumpir las jocosidades de las cuatro bellas coquetas. Alfredo, nada más comprobar que el efecto del proyectil sólo había quedado en un susto, se dirige rápidamente a la terraza-palco de las cuatro jóvenes y procede a pedir sus más humildes disculpas, al mismo tiempo que distribuye su mirada entre las cuatro chicas, para finalmente mantenerla especialmente sobre Constanza, y su blusa, que por el efecto del líquido vertido sobre ella había adquirido algunas transparencias muy interesantes para el joven médico, que no podía evitar mirar de soslayo. La doma de las «fieras», que Alfredo con sus halagos zalamerías y actitud de preocupación había logrado conseguir, hizo que este pasara de ser el enemigo público número uno

a ese joven encantador que tan mal lo había pasado por las consecuencias de un maldita bola, que debido a su inexperiencia no había podido controlar. Desde entonces, Alfredo y Constanza se hicieron inseparables, el buen porte de él y la elegancia y belleza de ella, les habían hecho ser una de las parejas más queridas y admiradas de la neo dulce vita italiana. Les invitaban constantemente a fiestas y eventos de todo tipo. Desde el nacimiento de Ludovica, la pareja había distanciado sus salidas y reuniones sociales, para dedicarse por entero a la educación de su única hija. A pesar de haber ido a los mejores colegios, Ludovica no había logrado el nivel de notas que se requerían para acceder a los estudios de odontología en Italia. Una vez analizadas las escasas posibilidades de conseguir realizar la carrera elegida por ella en Italia, decidieron enviar a su bambina a España, ya que por referencias de amigos, sabían que el proceso de entrada en la carrera de odontología en España continuaba siendo menos restrictivo que en Italia, aunque al final la formación recibida era de alto nivel. Especialmente desde que se adoptaron medidas de *numerus clausus* en las universidades privadas derivadas de las protestas formuladas por algunos países europeos, que como Italia, Alemania o Francia, eran especialmente rigurosos en sus procesos de selección, sobre todo para las profesiones relacionadas con las ciencias de la salud.

Jacinto y Ludovica habían quedado esa mañana con Alfredo y Constanza, que los esperaban en el hotel en el que se alojarían durante un fin de semana. La espléndida y lujosa decoración de la rotonda del Palace, con la cristalera y la magnífica alfombra circular que cubría su parte central había dejado impactados a los dos italianos. La cúpula interior lucía en todo su esplendor.

Nada más llegar al hotel, al ver a sus padres, los ojos de Ludovica adquieren un brillo intenso capaz de eclipsar la más bella esmeralda. Alfredo abraza tiernamente a su hija y Constanza la besa y abraza, mientras le recrimina que la encuentra muy delgada. Jacinto espera a que terminen las efusiones y saluda cortésmente a ambos, sin dejar de percibir la distancia que Constanza le marca desde que le conoció.

— ¡Qué alegría que estéis aquí! — exclama Lu, llena de satisfacción por el reencuentro.

— Desde luego, Lu, a pesar de que tu madre te encuentra más delgada, yo te veo estupenda !Estas guapísima! No te tratan nada mal estos españoles —dice Alfredo, sin poder ocultar su orgullo, mientras guiña un ojo a Jacinto.

— A ti también te veo muy bien —afirma Constanza dirigiéndose a Jacinto sin mucho entusiasmo, mientras se mesa el pelo hacia su coleta.

—Vosotros también estáis magníficos —contesta Jacinto con una leve sonrisa destinada a Constanza.

—No te preocupes que prácticamente sólo nos quedamos un par de días — dice Constanza dirigiéndose a Jacinto.

Ludovica, que percibe la tensión contenida que se genera de forma espontánea entre Jacinto y su madre interviene cambiando de conversación:

—Me ha dicho papá que últimamente te estás volviendo una gran cocinera.

—Muy cierto, ¿no has notado como tu padre está más fuerte de cintura? —contesta sonriendo maliciosamente la aristócrata. Mientras Alfredo hace una mueca de resignación, ante la «puyita» de su esposa.

—Pues yo le veo más guapo que nunca —contesta Lu, alegre por haber conseguido desviar la conversación.

—Realmente tu madre ha realizado últimamente varios cursos gastronómicos, on-line y la verdad es que los resultados son muy buenos —apunta Alfredo mirando con orgullo a Constanza.

—Uno de ellos estaba dedicado en exclusiva a la elaboración de tapas españolas — dice la señora Fornarelli y continúa—: Yo al principio creía que eran una especie de costrinis, pero me he dado cuenta de que últimamente en España se ha logrado llegar en algunos casos a tapas que lindan con la alta cocina internacional. De cualquier modo, a Alfredo y a mí nos apetecería comer de modo informal en este primer día de estancia en Madrid, pero como estamos algo cansados del viaje no nos gustaría alejarnos mucho del hotel para poder descansar lo antes posible.

Jacinto cree que ha llegado su momento de limar asperezas con su suegra e interviene:

—Querida Constanza, precisamente nos encontramos muy cerca del Barrio de las Letras y desde hace algunos años es uno de los mejores sitios para tapear de Madrid. Así que sólo tenemos que subir por la calle del Prado para encontrarnos inmersos en él.

Jacinto hace de guía acompañando a su suegra. Constanza parece menos borde con el spagnolo, de forma que se muestra algo más resignada a admitir su compañía. Justo detrás de ellos, marchan Lu y su padre, que no paran de reírse mientras comparten confidencias y miran cómo Constanza sube por la calle del brazo del dentista, que les conduce hasta la plaza de Santa Ana. Al asomar a ella, aparece la espléndida fachada de toques modernistas del Hotel Reina Victoria, con su bonito pináculo en forma de torreón- esquina, que a modo de atalaya aparece como vigilante de todos los visitantes que transitan o permanecen en la plaza. Justo enfrente, la fachada del teatro español de corte neoclásico con su frontón triangular y sus balcones acristalados forma el cierre de la plaza. Además, en ambos lados, las estatuas de Calderón de la Barca y de García Lorca contribuyen a dibujar un ambiente bohemio-intelectual que puede favorecer el intercambio de emociones e ideas. En fin, una vez logrado el escenario adecuado llega el momento de conquistar voluntades, pensó Jacinto, mientras dirige los pasos de la comitiva hacia la taberna taurina de la viña, situada en unos laterales de la plaza. Al llegar al bar, explica a los italianos que la costumbre del tapeo requiere en muchas ocasiones la bipedestación y aunque se puede realizar sentado, es mucho más típico hacerla de pie en la barra de los diferentes bares (parroquias) que se visitan.

La pequeña barra curva de la tasca se encontraba abarrotada de gente, pero Jacinto y Lu logran un espacio como de medio metro cuando una panda de jovencitas escandalosas que se encontraban justo delante de ellos, la abandonan una vez pagadas sus consumiciones. Uno de los camareros encargados de atender la barra era un experto en el manejo y exhibición de un afilado cuchillo de cocina que utilizaba con increíble destreza. Manejaba esta herramienta para cortar todo tipo de alimentos con una rapidez y habilidad dignas de un malabarista. Era capaz de trocear un tomate, una cebolla y una

lechuga, en menos de dos minutos, preparando una magnífica ensalada en la barra, una vez añadidos dos espárragos, aceitunas verdes, huevo cocido y atún de primera calidad. El secreto estaba en el aliño empleado (una mezcla de proporciones casi perfectas formadas por aceite de oliva virgen extra, vinagre de jerez, y sal disuelta), que tenía preparado de antemano en una botella de cristal. La verdad es que aunque una ensalada mixta no sea precisamente una tapa típica española, mucha gente la pedía junto con otras viandas, sólo por ver al hábil camarero en acción.

Tras alcanzar la ansiada barra, Jacinto, sin dejar que sus acompañantes opinen, solicita del camarero una ensalada mixta, un plato de jamón de bellota y una botella de manzanilla bien fría. El camarero coloca cuatro catavinos de tamaño mediano sobre la barra y tomando la botella de manzanilla, vierte su contenido hasta llenar las copas hasta la mitad, como si la acción formara parte de un ritual largamente ensayado. Coloca un pequeño plato de aceitunas amargas muy aliñadas, junto a las copas y se gira hacia una pata de jamón que descansa sobre su soporte mostrando un corte en su superficie perfectamente recto, de aspecto brillante que dejaba entrever unas vetas amarillas entreveradas, que destacan sobre el rojo oscuro de su carne curada. Toma el cuchillo jamonero y con la precisión de un cirujano y el arte de un violinista comienza a deslizar el filo sobre la superficie logrando extraer con suma eficacia unas virutas finas de la preciada carne, que va depositando una sobre otra, hasta cubrir un amplio plato plano de loza blanca. Una vez ha terminado de llenar el plato de jamón, lo coloca en la barra y agarra su «cuchillo especial» iniciando la exhibición de preparación de la ensalada, que justo a los dos minutos, se encuentra colocada y servida en un plato junto al plato de jamón y un cestillo de pan y colines, de los que están preparados para acompañar cualquiera de las tapas que se ofrecen en la barra. Al terminar de servir las viandas el camarero anota con tiza sobre la superficie de la barra todo lo que se ha tomado.

Constanza, que ha quedado impactada por la habilidad y soltura del camarero no se reprime y exclama dirigiéndose a él, mientras aplaude sus acciones:

—¡Bravo, bravísimo per camarieri!

El aludido responde al cumplido de la dama con una sonrisa y una ligera inclinación de cabeza. En ese momento, Jacinto alarga el plato de jamón hacia Constanza, que coge una fina loncha y la introduce en su boca con delicadeza. El estallido lleno de matices dulces y salados que el derivado ibérico produce en las papilas gustativas de la italiana, la induce a realizar una mueca de agrado y aprobación. Ludovica y Alfredo levantan las frías copas y proponen un brindis para celebrar su reencuentro. Los cuatro beben y comen, cada vez más distendidos. La frescura y el contraste del vino hace que la botella se quede un tanto escasa, especialmente después de que Jacinto haya pedido una verbena de canapés ahumados, que son preparados con suma presteza y celeridad por el hábil camarero.

— ¿Habrá que pedir otra botella? —señala Alfredo, que disfruta del momento, sin apenas intervenir. Mientras, observa cómo su mujer se encuentra cada vez más alegre y distendida.

—Desde luego está estupendo —afirma Lu dando la razón a su padre.

Mientras, Jacinto vierte las últimas gotas de la botella sobre la copa de Constanza.

Los cuatro terminan los canapés y la segunda botella de manzanilla. Alfredo pide la cuenta pero Jacinto hace una señal al camarero, tras la cual se niega a cobrar al italiano.

—Lo siento señor, pero el joven es un amigo de esta casa, tenemos la costumbre de respetar los deseos de nuestros clientes habituales.

Al comprobar que cualquier intento de abonar la cuenta sería inútil, Alfredo acepta con una sonrisa la explicación del camarero, que rápidamente suma todos los apuntes de tiza, y cobra a Jacinto del billete que este le ha ofrecido previamente. El italiano propone seguir el tapeo, pero sólo sí esta vez se le permite invitar.

— ¿Dónde vamos ahora? Yo no puedo beber mucho más — indica la dama italiana, que nota como los vapores de la manzanilla la transportan hacia un cierto estado de bienestar y relajación similar al que adquiere cuando se toma en fin de semana un par de Martini rosos.

—Un día es un día. Además estamos muy cerca de vuestro hotel y no hace falta conducir para nada —apunta Jacinto, que sonrío con complicidad a Lu.

—Venga mamá, no te hagas de rogar, que tú eras el alma de todas las fiestas.

—Está bien, bambina, avanti.

—Lu nos ha dicho que cerca de aquí hay un restaurante servido por camareros filipinos al que vais con cierta frecuencia —interviene Alfredo.

—Ya, pero entonces, ¿lo del tapeo? —dice Jacinto.

— No va a poder ser. Al menos de modo tradicional — afirma Alfredo, mientras contempla a su mujer, que se agarra cariñosamente a su brazo.

—Va bene — continua Lu —. Andiamo a Ginger. Me imagino que os va a gustar, y además estaremos más tranquilos. Lo que ocurre es que en este restaurante no admiten reservas, y adjudican las mesas por orden de llegada y según el número de comensales que se necesitan para llenar las mesas que van quedando vacías. Sin embargo, una vez sentados, el servicio es rápido y muy profesional. Llevan ya más de cuarenta años en el mismo sitio y continúan dando una relación precio-calidad, excelente para la gente que como nosotros no disponemos de mucho dinero.

Jacinto percibe que su novia ha lanzado una primera andanada económica sobre la línea de flotación de Constanza.

La mamma responde ipso facto con cierta displicencia:

— Todos los jóvenes al principio suelen tener problemas económicos. ¡Es lo más natural!

— Ya, pero en tu caso creo que no tuviste demasiados, por lo que me ha dicho la abuela.

— Eres un poco insolente, Ludovica —replica Constanza mientras esboza en su cara un gesto de altanería absolutamente estudiado.

Jacinto, que observa cómo transcurre la conversación, opta por cambiar de tercio, por emplear un símil taurino. Así que, decide llamar a Ludovica con la excusa de ir pidiendo mesa en el restaurante.

— Lu, ¿por qué no me acompañas y vamos adelantándonos?

— Vale, espérame un momento que les diga a mis padres donde está el restaurante.

Aunque el restaurante estaba bastante cerca de la taberna, Jacinto aprovecha el trayecto para hablar con su novia acerca de cómo y cuándo deben plantear la solicitud de ayuda a Constanza.

— Mira Lu, creo que has sido demasiado directa con tu madre.

— Ya, pero es que se pone muy trascendente y me exaspera.

— Debemos tener más paciencia, ¿y si lo intentamos por el terreno sensible?

— Probablemente no lograríamos nada. Mi madre, su parte filantrópica y de moral aparente, la tiene absolutamente llena con su pertenencia a la asociación de Damas de la Perpetua Caridad (Donne della Carità Perpetua).

Constanza era un destacado miembro de la misma. Resultaba muy respetada por su capacidad para organizar eventos con los que cubrían ampliamente todas las campañas de ayuda desinteresada y aún sobraba algo de dinero que permitía sufragar los gastos de alguno de los desayunos o meriendas de trabajo, donde se planificaban las diferentes campañas de ayuda a los necesitados.

— Bien, me parece que debemos ir a comer, dejando que los acontecimientos trascurren. No podemos forzar la situación. Al final estoy seguro de que tus padres comprenderán y nos darán el aval que necesitamos.

— Desde luego, Jacinto, me encanta tu fe en mis padres. Cómo se nota que no conoces a mi madre.

Jacinto y Lu tras haber realizado la petición de mesa, salen a la puerta del restaurante a esperar a Alfredo y Constanza. Al llegar a una hora relativamente

temprana, para las comidas pudieron acceder, sin espera, a una mesa redonda en el centro del restaurante.

El restaurante Ginger había conseguido mantener desde su fundación una decoración que de algún modo recordaba a los restaurantes coloniales franceses. Su suelo cubierto de baldosas blancas y negras alternadas y colocadas en diagonal, junto a las columnas labradas de tonos oscuros, contrastaba con luces indirectas, cristaleras de cuadros y espejos estratégicamente colocados que daban al recinto un aspecto espacioso y acogedor. Los camareros y camareras en su mayoría filipinos, llevaban uniformes abotonados hasta el cuello, que contribuían a reforzar el aspecto neocolonial del recinto. Las mesas se encontraban vestidas con impecables manteles y servilletas de hilo y las centrales tenían unas pequeñas butacas vintage con apoyabrazos que se continuaban con el respaldo, lo que lograba un resultado cómodo y estético, probablemente buscado.

Mientras se dirigían hacia la mesa, a Alfredo y Constanza les llama la atención cómo uno de los camareros transportaba cerca de treinta copas de cristal sujetadas con ambas manos sin bandeja, que se mantenían unidas de forma con- trapeada haciendo variar las orientaciones de sus mangos y sus cálices hasta formar una torre geométricamente equilibrada.

— ¡Qué habilidad! ¿Has visto Constanza? —exclama Alfredo.

— Certo é increíble —contesta Constanza mientras se sienta en la mesa y continúa—: El lugar es muy agradable y original.

— Me imaginé que os gustaría —responde Jacinto.

— El ambiente es bastante acogedor, seguro que la comida también lo acompaña —interviene Alfredo, como siempre, cargado de positivismo.

Los cuatro se sientan en la mesa, mientras Lu y Constanza intercambian una sonrisa, cómplice. La tensión entre ambas parece haber desaparecido.

—Después de lo que hemos tomado en la barra de la taberna, casi no tengo hambre —indica Lu, mirando a Jacinto.

— ¿Qué os parece si pedimos algunos platos para compartir? —propone Jacinto.

— Confiamos en ti tanto en comida como en bebida. ¿No es verdad, mamá?

—Por supuesto, bambina —contesta Constanza sin perder la sonrisa.

Jacinto pide una botella de albariño bien fría, que es traída con aires displicentes y presteza por el camarero filipino, que luce de forma orgullosa sus aires sexualmente indeterminados. El camarero coloca la botella sobre un pie de acero, que sujeta un cubilete lleno de hielo, coge la botella sujetándola con una servilleta y tras descorcharla, rellena con una pequeña cantidad de vino una copa de cristal que acerca hacia Constanza, buscando su aprobación. Tras saborear el frío y aromático líquido, la italiana emite un sonido que indica su agrado. A continuación el camarero rellena hasta la mitad todas las copas, dejando una pequeña cantidad de vino en la botella, que termina descansando en el interior del cubilete. Los cuatro brindan y beben, mientras el ambiente comienza nuevamente a distenderse.

Un segundo camarero se acerca a la mesa y les pregunta si ya pueden tomar nota de la comida. Jacinto toma la iniciativa. Pide un plato de verduras y langostinos en tempura y foie caliente, para untar sobre pan tostado e indica que pueden pedir un segundo plato cada uno, o si lo prefieren, pueden seguir compartiendo platos.

Alfredo indica:

— Puede que lo mejor sea que continuemos pidiendo platos según necesitemos, ¿no te parece, amor? —propone mientras clava tiernamente su enfundada y azul mirada sobre la tez de Constanza, que aparece con una ligera tonalidad sonrosada que resalta su atractivo.

— Me parece muy bien. Así podréis probar más cosas —interviene Ludovica — ¿Qué os parece si probáis un plato de patatas con pulpos encebollados y un tartar de atún con especias? Además, vamos a tener que pedir otra botella de vino.

— Bien, pero esperemos que traigan algo de comida —apunta Alfredo, que nota como su mujer se encuentra a punto de entrar en una fase de «extrema simpatía».

El camarero «indeterminado», trae los platos pedidos y una segunda botella de vino, que es rápidamente distribuida. Los presentes beben con lentitud, mientras dan buena cuenta de los manjares servidos. Parece que les gustaría que ese intenso momento de confraternización gastronómica no terminara nunca. Alfredo, que sabe que Constanza se encuentra con las defensas bajas, aprovecha la ocasión para resaltar lo feliz que ve a su hija junto a Jacinto en Madrid.

— Desde luego, Lu, creo que sois una magnífica pareja. ¿No crees Constanza?

— Cierto, son una bella pareja.

— Claro mamá. La verdad es que Jacinto es un encanto.

— Tú sí que eres maravillosa —afirma Jacinto y a continuación toma de la mano a Lu —. Qué pena que a lo mejor no podamos continuar con nuestros planes.

— ¿Por qué no podéis continuar con vuestros planes? —inquieta la madre italiana.

— Está claro, mamá, no tenemos dinero para poder continuar con la obra de acondicionamiento de la clínica del abuelo de Jacinto.

— ¿Quién ha dicho que no tenéis dinero para continuar? —afirma con una sonrisa Constanza.

Ludovica se levanta y abraza y besa a su madre mientras la mira con los ojos humedecidos y brillantes, que revelan un sincero agradecimiento hacia ella. Constanza, recibe con agrado la efusividad de su hija, pero sin perder la compostura, le pregunta:

— ¿Cómo podemos ayudaros?

— Necesitamos quinientos mil euros mediterráneos para poder continuar con el procedimiento sobre el proyecto de reforma de la clínica del abuelo de Jacinto.

—Es mucho dinero, no sé si en este momento lo tenemos líquido —interviene Alfredo.

— No hace falta que nos lo dejéis. Sólo necesitamos vuestro aval para que el banco pueda formalizar el crédito con suficientes garantías.

— Podéis contar con él— continúa Constanza, que, se muestra encantada con el papel de suegra comprensiva.

Una vez, obtenido el aval por parte de los padres de Lu, Jacinto se conecta con la página del banco europeo de inversión y desarrollo para solicitar un préstamo hipotecario sobre la clínica de su abuelo. La página les pide todos los datos completos de filiación, no sólo de ellos, además de todos los posibles trabajadores que estén previsto contratar en los próximos dos meses. Antes de rellenar el correspondiente formulario, se advierte en una cláusula adicional que en caso de concesión del préstamo este sólo se hará efectivo si en el plazo de cinco días se comprometen a presentar un plan de amortización alternativo por si alguno de los firmantes tiene algún accidente (se recomienda la contratación de un seguro de amortización de capital).

Al día siguiente los padres de Lu les invitan a cenar, a modo de despedida, pero esta vez Constanza le indica a su hija que les lleve a un restaurante italiano. Lu opta por llevarles a la pizzería Emma y Julia de la Cava Baja, que lleva funcionando y elaborando comida italiana casera con un notable éxito desde 1998. La lasaña de verduras, la ensalada de espinacas con queso y champiñones y los excelentes rigatoni a la putanesca, regados por un lambrusco fresco contribuyen a que la cena transcurra agradable y mansamente; a medida que se acercan los postres, aparece un momento nostálgico. Alfredo y Constanza brindan por la pareja de jóvenes:

Alfredo dirigiéndose a Jacinto, levanta su copa y le dice:

— ¡Benvenuto alla mia familia!

Ludovica besa a su padre y Constanza mira con frialdad a Jacinto.

— Mañana regresáis a Italia, qué pena —inquieta Lu—. Podíais haberos quedado algunos días más.

— Imposible, ya sabes que tenemos muchos frentes que atender en Italia. A tu padre lo van a nombrar Comendador en la Ordine al Mérito della Repubblica Italiana en el apartado medicina y tiene que preparar el discurso de aceptación.

Jacinto se muestra correcto y aparentemente comprensivo ante la respuesta de Constanza.

— Por favor, no dejéis de mandarnos un video y fotos de tan importante jornada. —Y continúa—: Desde luego Alfredo, se puede decir que tus esfuerzos profesionales se están viendo justamente recompensados. —No puede evitar mirar a Constanza, que parece estar totalmente ajena al comentario, mientras se recoge el pelo sobre el moño en actitud displicente.

A la mañana siguiente Jacinto y Lu acompañan a Constanza al aeropuerto de Barajas. Cuando el avión despegue la dentista italiana nota como un nudo se agarra a su garganta, que lentamente se diluye comienza a percibir como una sensación de alivio y bienestar la invade poco a poco. A fin de cuentas, nota que ha recuperado su libertad.

Capítulo 5 La obra

La empresa SCCCS una vez aprobado el nivel amarillo y tras haber recibido por transferencia bancaria la cantidad de trescientos setenta y cinco mil euros mediterráneos, manda a un jefe de obras subcontratado, con el proyecto previsto cargado en una tablet. Nada más llegar al portal y apretar el botón del conserje, Nicasio, que ya fue avisado por Jacinto del comienzo inmediato de las obras, lo atiende con cierta frialdad:

— Buenos días, ¿qué desea?

— Soy Jorge Manso, el encargado de realizar las obras de acondicionamiento de la clínica del doctor Fresneda.

— Buenos días, yo soy Nicasio, el conserje del edificio, ¿en qué puedo ayudarle?

— Si me abre creo que podremos entendernos mejor.

— Disculpe, ya le abro. Es la costumbre, ya sabe que vivimos unos tiempos en los que hay que tener mucho cuidado.

— Si quiere le puedo enseñar en mi tablet las autorizaciones correspondientes.

—No hace falta, yo todavía me fío de la cara de la gente. Y usted tiene cara de tío formal. A mí estos últimos artilugios digitales creo que ya me han superado —contesta Nicasio cargado de aparente dignidad.

— ¡Ya, Nicasio! Pero en los tiempos que corren no debería fiarse solamente de las apariencias. Hay mucho timo en casi todo.

— De acuerdo, pero imagínese que yo reviso todo lo que me enseña. ¿Quién me asegura a mí que todo lo presentado no es falso?

— Para eso están los códigos de identificación de documentos, que vienen grabados en los mismos. No tiene más que aplicar el programa lector de identificación, que viene en el pen drive que distribuyeron a todos los empleados de barreras urbanas.

Desde hace algunos años los antiguos porteros de fincas urbanas fueron asimilados a la categoría de empleados de barreras urbanas, en la cual se incluyeron trabajos relacionados con la seguridad privada de diversos edificios, como porteros de discotecas, porteros de seguridad en museos, hospitales, etcétera. A los empleados antiguos como Nicasio, se les obligó a realizar un curso de adaptación modular on-line, cuyas respuestas y superación del mismo eran de obligado cumplimiento para poder conseguir el título. Jacinto lo había logrado, después de haber contratado en el mercado negro, previo pago de seis mil euros mediterráneos, a una empresa pirata que se ofrecía como promoción y preparación para personal auxiliar; pero que en realidad era una empresa especializada en conseguir títulos on-line a cambio de dinero. Al pobre Jacinto el avance digital, le había dejado fuera de onda, por lo que para conservar su empleo no tuvo más remedio que acudir a estos desalmados.

— De cualquier modo, quiero que vea los permisos en mi tablet —insiste el señor. Manso, mientras abre su tablet y dirige la pantalla hacía Nicasio.

— Vale, vale, seguro que está todo correcto —responde el portero sin ningún entusiasmo—. ¿Cuándo comienzan las obras?

— Veamos, hoy es jueves, necesito un par de días para planificar el material equipamiento e instrumental necesario para comenzar la obra. Calculo que con los permisos de los proveedores, verificaciones de plantilla y solicitudes a la inspección europea de trabajo dentro de unos tres meses podremos comenzar la obra.

— ¡Qué bárbaro! ¿Cómo pueden tardar tanto tiempo en las tramitaciones? —contesta Nicasio un tanto asombrado.

—Ya sabe, Nicasio, que la burocracia en Europa aumenta cada vez más.

— Desde luego, así se justifican muchos puestos de trabajo y empresas totalmente inútiles, pero claro nuestros euro políticos tienen que salvar sus privilegios —contesta Nicasio, que no ha podido evitar mostrar un serio cabreo.

El señor Manso eleva sus hombros de forma simultánea y al mismo tiempo realiza una mueca con la boca arqueando sus labios hacia abajo, que revela su aceptación del problema y responde a Nicasio de forma displicente:

— Mire Nicasio, las cosas están como están, y a la mayoría no nos queda más remedio que intentar adaptarnos a esta burocracia interesada, sólo nos queda esperar la llegada de tiempos mejores.

— ¡Ya! Pero yo, que como ve ya tengo muchos años, veo que el problema se va agravando, aumenta más y más. Cada nueva elección surgen un montón de politicastros, salva patrias y vendedores de humo, que con su demagogia consiguen convencer a una parte cada vez más importante de ciudadanos desencantados, que les votan, probablemente, más por despecho que por convicción propia. Una vez que estos se integran en las organizaciones europeas siguen pregonando sus ideas demagógicas por doquier, pero sus actitudes van cambiando y terminan la mayoría, tan o más corrompidos que el resto de los parlamentarios de los partidos tradicionales. En definitiva, ¡un asco!

Jorge Manso, tras escuchar estas palabras de desencanto del portero, intenta animarle diciéndole:

—Todo lo que le he dicho es lo oficial, pero la empresa a la que pertenezco está muy bien considerada por los altos mandos europeos, por lo que en muchas ocasiones, aunque empecemos la obra antes, las autoridades e inspectores suelen hacer la vista gorda. Así que el próximo lunes mandaré los primeros operarios para que comiencen a comprobar y rectificar las mediciones del proyecto de obra.

Nicasio, que jamás ha destacado por sus aptitudes diplomáticas, no puede evitar responder:

— Vamos, que su empresa colabora de algún modo con el sostenimiento vital de esos «pobres funcionarios europeos».

— Mejor no continuamos por ahí, ni usted ni yo podemos cambiar el mundo en este momento —contesta de forma firme Jorge Manso. Y sin dejar que responda Nicasio dice:

— Bien, el próximo lunes vendrán mis operarios, espero que no les ponga ninguna pega.

— Descuide, señor Manso, les estaré esperando.

El lunes siguiente, se presentaron en el edificio dos operarios, con aspecto contrapuesto. El primero, que parecía ser el jefe, era un hombre que rondaba la cincuentena, bajito moreno y regordete, con calva amplia, cuero cabelludo de aspecto grasiento, y boca de labios finos enmarcada por un grueso bigote, que cuando sonreía dejaba entrever unos dientes amarillos totalmente descolocados. El otro era muy alto y delgado, con pelo corto pelirrojo, que en la cabeza presentaba grandes entradas frontales y coronilla despejada. Todo el conjunto de rasgos, junto a su piel pecosa y largas extremidades, le daban un aspecto ciertamente desgarrado. Una vez que Nicasio los había identificado y facilitado el paso, los dos trabajadores comenzaron a realizar las mediciones de comprobación. Durante un par de horas se dedicaron a comprobar utilizando una cinta métrica tradicional, si las medidas digitales anotadas en el plano de la tablet que les habían suministrado, se correspondían con las comprobaciones in situ. Al finalizar las mediciones habían llegado a la conclusión de que una parte de las mediciones que figuraban en el proyecto no eran reales.

— Desde luego, siempre pasa igual —se queja el más desgarrado—. No aciertan ni una, ¡toda medición acorde con la realidad es pura coincidencia! —indica el regordete.

— ¿Qué hacemos? —contesta el pelirrojo—. ¿Llamamos a Manso?

— Yo creo que no —responde el bajito—. Si al final nos va a decir que lo resolvamos como queramos.

— ¡Ya!, pero en caso de problemas nosotros nos comemos el marrón.

— Podríamos activar el protocolo de recuperación de proyectos —contesta el bajito—. La última vez, que lo pusimos en marcha las tramitaciones retrasaron el comienzo de la obra más de tres meses. En este caso, los clientes creo que tienen bastante prisa.

Los dos operarios se ponen en contacto con Jorge Manso y este les comunica que rectifiquen como puedan las mediciones, ya que el acuerdo con los clientes es el de agilizar la obra lo más posible. La recomendación de Sigmund era bastante efectiva en la empresa SCCCS, que había puesto un asterisco en la tramitación del proceso como marca de prioridad en la aplicación de los procedimientos. Con ello, se tomó la decisión de comenzar la obra de acuerdo a las últimas mediciones.

La obra comenzó con varios trabajadores de empresas subcontratadas, que a su vez subcontrataban operarios a otras terceras empresas, con el fin de abaratar costes. El problema surgía derivado de que el origen de los trabajadores era totalmente variopinto. Así en la misma obra, se podían contar con trabajadores rumanos, magrebíes, sudamericanos e incluso españoles. Los denominados subsaharianos (o sea, los de raza negra de toda la vida) debían ser subcontratados a través de una empresa que tuvo alguna discrepancia económica con SCCCS, que no llegó a los acuerdos económicos que los líderes políticos de sus respectivos países sugerían, por lo que desde entonces la empresa prescindió de sus servicios. En definitiva, todos los currantes trataban de hacer sus funciones sin estorbarse unos con otros. He dicho trataban, pero esto no significaba que lo pudieran conseguir. El pobre Jorge Manso lo pasaba en ocasiones realmente mal, para tratar de coordinar esta auténtica torre de Babel.

En la comunidad Europea el nivel de tolerancia y «buenismo aparente» habían oficialmente triunfado. Se intentaba lograr una aceptación religiosa sincrética de compromiso de no efectuar ninguna práctica en el trabajo que pueda atentar contra cualquiera de las religiones que se practican en la Unión Europea. De esta manera, los obreros musulmanes estaban autorizados a parar durante sus rezos preceptivos, aunque el trabajo se viera interrumpido; puesto que el Islam no establece ninguna diferencia entre la religión y la vida cotidiana. Al contrario, para el musulmán, el Islam es la vida misma. Estas paradas eran causantes de una cierta intolerancia e incompreensión por parte del resto de los trabajadores. De vez en cuando se oían frases como estas:

— ¡Desde luego, estos moracos qué cara más dura tienen!

— ¡Ya! Y además les pagan por el tiempo que permanecen con el culo en pompa. No me parece justo. Deberían descontárselo del salario.

— ¡Todo se retrasa con ellos!

El porcentaje de población musulmana en Europa se había multiplicado tanto que su peso político era tal que habían conseguido, a partir de la red internacional Europea de partidos islamistas «moderados», que en todos los trabajos artesanales las empresas debían tener al menos un veinte por ciento de trabajadores que profesaran la religión del profeta.

Algunos de los compañeros se mostraban más comprensivos y manifestaban frases exculpatorias como:

—En general el tiempo que trabajan lo hacen muy bien, y suelen ser muy habilidosos y capaces de solucionar muchos problemas no previstos —dijo un croata bajito de enormes bigotes llamado David.

—También algunos de vosotros hacéis las paradas del cigarrito —afirmó un joven portugués de ojos oscuros, mientras miraba con cierta mala leche a los de los comentarios xenófobos.

De un modo u otro, la obra había comenzado. Todos los días aparecían grupos de obreros, que de forma más o menos coordinada, iban realizando sus cometidos bajo la batuta y atenta mirada del señor Manso. En el transcurso de la obra se podían oír frases como las procedentes de los encargados de la instalación del aire acondicionado, que por su especial léxico nos gustaría reproducir de forma literal:

— «Hay aquí un pequeño contubernio de tuberías».

— «Ahora tiene el chirimbolo metido y esto no rula».

— «Es en el arranque cuando se te ha venido abajo».

— «Si salta y se recupera y a la segunda, seguro que anda bien, déjaselo así».

— «Es normal que en el arranque se te pare el compresor al empezar a funcionar, y hasta que no baje la válvula de expansión pónselo a 45».

— « ¡Ya!, y no tienes el esquema».

— «La maniobra del ventilador se lo pones al control de desescarche».

Jorge Manso, por su experiencia, estaba bastante curado de espanto. Ante este tipo de comentarios de los operarios durante el trabajo, que a cualquier otro le hubiera seriamente preocupado, a él le dejaban bastante indiferente. Siempre que podía, le gustaba añadir una frase lapidaria donde las haya: «No tengo suficiente dinero para trabajar con material barato». Con esta filosofía, el buen Jorge, procuraba emplear los mejores materiales posibles, dentro de los presupuestos establecidos, que, casi la mayor parte de las veces eran bastante escasos. De este modo, la obra iba lentamente avanzando. La burocracia europea obligaba a que cada quince días se rellenaran una serie de boletines de incidencias. Aunque su cumplimentación se realizaba electrónicamente y a pesar de que las preguntas se repetían en su mayoría, cada vez se incluía algún párrafo nuevo, y repetición de claves de seguridad para que su relleno no pudiera hacerse de forma automatizada. En definitiva, todo ello no hacía más que retrasar todo el proceso y evidentemente aumentar los costes de los operarios, que cobraban en su mayoría de acuerdo a contratos de obra y servicio. De ajustar debidamente todo este galimatías de preguntas, estaba encargado Jorge Manso. Así cada quince días su humor sufría un serio descalabro, que hacía que los obreros, conscientes de lo que pasaba con su jefe, durante ese día, que era el tiempo que solía tardar en terminar los boletines, procuraban tratar lo menos posible con él.

Uno de los días en el que todo parecía transcurrir de la forma más habitual, mientras los electricistas montaban los tubos del falso techo, apareció una pequeña mancha de humedad procedente probablemente del piso de arriba. La mancha iba aumentando de forma muy rápida hasta convertirse en un enorme desconchón por el que incluso goteaba agua.

Los electricistas procedieron a cortar el suministro eléctrico y subieron inmediatamente al piso de arriba. Y tras llamar al timbre.

— Nadie contesta.

Golpean la puerta con la mano.

— Nadie contesta.

Mientras tanto, una lengua de agua comienza a salir lentamente por debajo de la puerta. Intentan abrir la puerta a empujones.

No pueden. La puerta es blindada y tiene la cerradura echada. Ante los golpes y los porrazos. Algunos vecinos acuden alarmados.

La primera en aparecer es la vieja doña Virtudes, que muy alarmada y asustada grita casi sin fuerzas:

— ¿Gervasio, Ceferina? Contestad. ¿Os pasa algo? —grita, mientras la palidez de su cara aumenta hasta caer al suelo desfallecida ayudada por los operarios, que se han dado cuenta que la vieja estaba cayéndose.

— Lo que nos faltaba, encima la vieja se ha privado —comenta uno de los electricistas—. ¿Qué hacemos?

—Lo mejor es llamar al servicio de emergencias centralizadas, a través de la tablet.

—Ya, ¿y qué pongo? Pues me pide que ponga el tipo de emergencia.

— Déjate de chorradas y llama directamente, alguien se pondrá al teléfono de emergencias.

— ¡Ya!, pero te acuerdas que los teléfonos directos se codificaron de acuerdo al tipo de emergencia, para las llamadas directas.

—Sí, pero es una codificación muy sencilla. Creo que me acuerdo de ella —contesta el otro operario—: Primero hay que marcar el número del país, en nuestro caso 34; luego el de la ciudad, el 91; y luego el del tipo de emergencia: Policía el 1, bomberos el 2, problemas ecológicos medioambientales el 3, problemas sonoros el 4, problemas de discriminación por género o religión el 5. Problemas médicos el 6.

— Según está la cosa, marcaremos el dos y el seis —dice después de una ligera reflexión el que parece más avisado.

Al realizar la llamada, le contesta una voz electrónica, que le pide indique brevemente el tipo de emergencia que se trata.

— Se está saliendo el agua del piso de arriba y una vieja está desmayada.

— Lo siento, no le entiendo —contesta una voz metálica—. Puede repetir el mensaje de forma lenta y clara.

El empleado carraspea, como para aclararse la voz y repite la frase lo mejor que puede.

— Transfiero su llamada a servicios médicos —contesta la voz grabada.

—Servicio de emergencia médica de la Europa del Sur. ¿En qué puedo ayudarle?

— Tengo una anciana desmayada y se está saliendo el agua a borbotones del piso de arriba —insiste nervioso el operario.

— Lo del agua no se atiende aquí. ¿Puede indicarme el nombre de la anciana, la edad, la dirección y algunos antecedentes que usted conozca de la misma?

—Pero bueno, ¡y yo que sé! Le digo que es una urgencia —dice el electricista bastante enfadado—. ¡Y usted casi me pregunta cuándo tuvo su primer novio!

—Está bien, señor, cálmese y deme un número de tarjeta de crédito, para que podamos atenderle o en su defecto el número de la tarjeta club ecológico al que pueda pertenecer. En este último caso sabe que la atención tendrá un descuento del noventa por ciento.

— ¿Qué quiere decir? ¿Que si no le doy un número de tarjeta no nos atienden?

—Exacto señor —contesta el del teléfono.

—Qué vergüenza, ¿desde cuándo esto es así?

—Desde hace un mes que se han aprobado una restricción presupuestaria para la sanidad de la Europa del Sur —vuelve a contestar la voz del teléfono.

Mientras tanto doña Virtudes, que comienza abrir los ojos, mira con gran despiste y pregunta:

— ¿Qué ha pasado? ¿Quiénes son ustedes?

Tras tranquilizar a la anciana y al ver que esta se está recuperando, el otro electricista hace señas al de la llamada y le indica que corte.

Al ver que la vieja se ha repuesto, el electricista aprovecha para llamar sinvergüenzas a todos los que han impulsado ese tipo de leyes.

El del teléfono responde con un «lo siento señor, pero esto no es cosa mía». El telefonista ante semejante actitud corta bruscamente la llamada.

El escándalo de la escalera había hecho que André Dubois abandonara su periodo de meditación que realizaba diariamente tratando de dejar la mente en blanco durante quince minutos antes de cambiar de actividad. Al llegar y enterarse del problema comprueba que el agua continúa saliendo sin parar participa en las dudas surgidas de los operarios.

— ¿Qué hacemos? ¿Repetimos la llamada o lo intentamos nosotros?

— Me parece que dada la experiencia con la llamada anterior lo mejor es que intentemos entrar por nosotros mismos.

— Esperemos que no hayan echado ningún pestillo —dijo uno de los electricistas—. Alguna vez he visto abrir una puerta con una tarjeta de crédito. Yo tengo una caducada, que me la cambiaron ayer —dice André, mientras saca de su cartera una tarjeta azul y blanca algo rayada.

Después de bastantes intentos, el francés consigue introducir con su mano izquierda el borde la tarjeta entre la cerradura y el cerco, al mismo tiempo que con la mano derecha consigue hacer vibrar la puerta mediante la aplicación de pequeños y rítmicos golpes con el puño. De forma sorprendente, tras producir un chasquido la cerradura se abre de forma suave. Mientras los zapatos de

André resultan inundados por el agua, que sale sin contención una vez que la puerta ha cedido.

André y los electricistas entran en el piso y se dirigen al baño donde aparece el cuerpo de Ceferina, reclinada de espaldas, con todo su torso apoyado sobre el borde de la bañera y un profundo corte en el cuello. La bañera aparece totalmente llena de agua mezclada con sangre. Un cuchillo de cocina grande está en el suelo junto al cadáver de la vieja.

— No toquen nada —dice André, mientras provisto de un pañuelo cierra los grifos de la bañera—. ¿Don Gervasio, está usted ahí? —grita André esperando contestación.

Al no obtener respuesta, el francés y los dos electricistas entran con precaución en las habitaciones que permanecen inundadas y con las puertas abiertas, excepto el dormitorio cuya puerta se encuentra cerrada pero sin pestillo. Al abrir la puerta, encuentran a Gervasio ahorcado con un cinturón de cuero alrededor de su cuello que el viejo había sujetado a un gancho del techo encargado de sujetar la lámpara. El potente gancho había aguantado el peso de Gervasio, que se encontraba suspendido en el aire con los ojos abiertos, la lengua fuera y la cara totalmente pálida. El espectáculo era absolutamente desagradable. La llamada a la policía realizada por André fue atendida inmediatamente.

Los sonidos de las sirenas se apoderaban de la calle cuando Jacinto y Lu llegan apresuradamente después que André los hubiera llamado. La italiana no podía evitar evidenciar su desasosiego, se mesaba el pelo hacia arriba con ambas manos mientras sujetaba las sienes con las puntas de sus dedos y permanecía con los ojos cerrados sin decir nada. Al mismo tiempo, Jacinto, muy serio, miraba fijamente al vacío, sin articular palabra, mientras sujetaba a Lu con su brazo derecho. Un policía se les acerca y pregunta:

— ¿Eran ustedes parientes o conocidos de los afectados?

— No, somos los propietarios del piso de abajo.

— Ya, es que como veía a la señorita tan afectada.

— Es que estamos haciendo una obra en el piso para que pueda ser autorizado como clínica dental y lo ocurrido, seguro que nos retrasa todo.

— ¡No me digan que son ustedes dentistas! —exclama el policía mientras abriendo la boca y metiendo un dedo en su interior trata de señalarles una muela que justo ayer había notado que le faltaba un trozo.

Jacinto para no ofender al policía, intenta mirar la boca, haciendo que este se siente en uno de los peldaños de la escalera. Mientras, uno de los operarios que ha oído la conversación, le ofrece una pequeña linterna con forma de bolígrafo, que este llevaba en el bolsillo de su camisa de tra- bajo. Nada más iluminar el interior de la boca Jacinto percibe como la mayor parte de los dientes, se encuentran recubiertos por una materia marrón adherida. No hay ninguna duda, es una boca con muy mala higiene y totalmente llena de sarro.

— ¿Hace cuánto que no va al dentista? —pregunta Jacinto con una cierta autoridad en su tono.

— Por lo menos cinco años —contesta el policía, con tono de disculpa.

— ¡Ya! No se preocupe, les pasa a muchas personas eso de no tomar en serio los problemas de la boca, hasta que se produce algún dolor. —Esta vez Jacinto emplea un tono más conciliador—. En fin creo que lo que le ha pasado en la muela no tiene mucha importancia.

— Pero si yo he visto el trozo de diente desprendido y era bastante grande —contesta el uniformado, mientras le echa una mirada un tanto incrédula al dentista.

— Bien, pero ese trozo probablemente no era más que un pedazo de sarro, que se ha desprendido. Debajo está su muela y por lo que he podido ver no le pasa nada. Sin embargo, ese sarro que abunda en su boca es extremadamente peligroso a la larga, si no se retira. Afecta mucho a las encías y cuando estas se ven agredidas durante mucho tiempo se inflaman y finalmente dejan de sujetar los dientes, que terminan moviéndose y perdiéndose.

— ¿Entonces lo mío no es de preocupar? —contesta el guardia.

— No. Sólo tiene que cepillarse mejor las encías, y aun- que le sangren algo las primeras veces cuando mejoren dejen de dolerle y sangrarle.

— Me deja usted mucho más tranquilo, sobre todo por- que la última vez que fui al dentista me pegaron un palo en la factura que me dejó tiritando.

— Ya, es que a veces la odontología es costosa. ¿Qué le hicieron?
—pregunta Jacinto sin ser consciente que ha destapado el resquemor contenido del policía hacía los dentistas.

—Pues sólo fue una limpieza de boca y siete empastes y al final la broma me salió por mil cuatrocientos euros mediterráneos. Pero lo que más me molesta es que acudí a esa clínica por que anunciaban un montón de prestaciones gratuitas y daban muchas facilidades de pago. Pero empezaron a decir que si quería que los empastes fueran estándar o de ceromeros vitrificados a ultratemperatura, que por supuesto eran mucho mejores y que total era sólo un treinta por ciento más que el primer presupuesto. A lo que yo respondí que estaba de acuerdo. Pero a continuación me ofrecieron sí quería, que la anestesia fuera administrada empleando un temporizador electrónico de aplicación, ya que de este modo sería mucho más eficaz que las técnicas tradicionales y sentiría mucho menos dolor, pero claro tenía un suplemento que incrementaba un quince por ciento del total del presupuesto. Evidentemente conteste que también aceptaba, y así fueron ofreciéndome cada vez más modificaciones del primer presupuesto, que según ellos mejoraría muchísimo los resultados del tratamiento; así hasta llegar a los malditos mil quinientos euros que me dejaron el salario del mes un tanto tocado. Comprenderá que en general los dentistas no me caen especialmente bien —dijo sin ningún tapujo el guardia.

— Me hago cargo —contesta Jacinto empleando un tono de voz bajo y comprensivo — Pero me da la sensación de que usted ha tenido muy mala suerte. Es importante que a la hora de elegir su tratamiento dental no se fíe de algunas publicidades un tanto engañosas que anuncian el todo gratis, o el casi todo gratis y pague en cómodos plazos. Desde hace muchos años este tipo de clínicas vienen utilizando métodos de publicidad muy agresivos y casi siempre rozando la ilegalidad.

—Es decir, que según usted me han timado.

—Necesitaría conocer mejor todo el proceso, pero me da la sensación de que no ha recibido un precio muy acorde con la atención recibida.

— ¿Y usted no podría revisar cómo está mi boca en la actualidad? Ya que después de lo que he escuchado me parece que encima de lo que me ha costado no puedo fiarme de lo que esos vendedores de humo hayan podido haberme hecho en la boca.

— El problema es que, como ya le he dicho —contesta Jacinto—, se deriva en que aún no tengo una clínica dental autorizada, y ya sabe que el proceso de tramitación es largo y tedioso y encima después de lo que ha pasado seguro que los permisos de reanudación de la obra tardarán mucho en concederse.

El policía agradecido con Jacinto, le indica que estaría dispuesto a esperar la inauguración de su clínica, y que de todos modos tiene un cuñado que es juez y por lo que ha hablado hace un momento con él por teléfono será la persona que debe autorizar el levantamiento del cadáver.

— Seguramente podrá influir en que la cosa no se retrase mucho, además da la impresión que lo que ha pasado está aparentemente claro. Estos octogenarios algunas veces se vuelven muy agresivos y suelen tomarla, precisamente, con las personas que conviven más cerca de ellos, ya he visto muchos casos parecidos, según me han dicho se deben en muchas ocasiones a fallos cerebrales derivados del propio envejecimiento.

— ¡Qué bárbaro! Qué bien informado se encuentra sobre estos temas —comenta Jacinto tratando de este modo de halagar al policía.

— Intentaré echarle un cable con mi cuñado. Para una vez que encuentro un dentista en el que confiar será mejor no perderle la pista —dice el policía, no sin cierta ironía.

— Muchas gracias por su ayuda. De todas formas, no todos los dentistas son como usted piensa, yo creo que ha tenido algo de mala suerte.

Había pasado cerca de una semana desde el levantamiento del cadáver, cuando llegó una carta desde el juzgado dirigida a la empresa SCCCS, por la cual se autorizaba la continuación de la obra. Jorge Manso queda impactado por la celeridad con la que se autoriza la reanudación de la obra. Llama a Jacinto para darle la buena noticia y contarle su sorpresa.

— Jacinto, podemos continuar, es la primera vez que después de una parada por motivos policiales puedo continuar antes de tres meses. ¿Usted sabe algo de esto?

Jacinto, que es muy discreto, no cuenta nada de la intervención del policía.

— No tengo ni idea, a lo mejor los últimos planes de mejora burocrática europea han tenido algo que ver.

La obra continuaba de acuerdo a lo previsto, pero especialmente preocupaba realizar todo de acuerdo a las enormes exigencias de prevención anti FBQ (guerra física, química y biológica). Jorge había comunicado a Jacinto que para poder cumplir con estas exigencias legales se necesitaba adquirir tres cabinas especiales de desinfección procedentes de la Agencia de Seguridad Medioambiental Europea, pero que para conseguirlas se necesitaba una gran tramitación y además su coste no estaba incluido en el presupuesto inicial, puesto que los precios eran oscilantes de un día para otro, es decir, dependían de la demanda. Ante esta afirmación, Jacinto transmite su preocupación a Jorge Manso, no sólo por los costes no presupuestados, sino también por los posibles retrasos de tiempo que el problema puede añadir a la conclusión de la obra.

— ¿Y no hay ninguna forma de conseguir las cabinas en un plazo razonable? —pregunta de forma angustiada Jacinto a Jorge.

— ¡Hombre, siempre puede conocerse a alguien que acelere los trámites!

— ¿A quién sugiere? Tengo un asterisco en mi ficha de que usted viene avalado por alguien importante a nivel de las oficinas de tramitación europea. ¿A lo mejor esa misma persona puede ayudarle?

—No sé. Era un conocido de una conocida. Así que no sé si será posible. En fin, nada se pierde por intentarlo.

Había transcurrido una semana sin que Jacinto se hubiera decidido a llamar a María Amor para solicitarle nuevamente su ayuda. En su fuero interno se contraponían la necesidad de pedir ayuda a alguien que ya les había ayudado con anterioridad, junto al deseo de no molestar más allá de la cuenta a una persona que además debía pedir el favor a una segunda persona, para que esta se lo pidiera a otra. A Jacinto, María Amor, le había contado toda la verdad y cómo su secretaría tuvo que ponerse en contacto con su exmarido, cosa que a esta última le desagradaba profundamente, para conseguir la información necesaria sobre cuál era la empresa más idónea para ser contratada como facilitadora de las tramitaciones. Le parecía recordar que aquel tipo se llamaba Sigmund y desconocía como reaccionaría ante un nuevo contacto con su exmujer. Pero aun así decidió llamar a María, para solicitar nuevamente su ayuda.

Parte occidental del Mar Caribe (Isla del Gran Caimán)

Sigmund fumaba lentamente un cigarrillo con la mirada perdida en el horizonte, mientras que con la otra mano acariciaba la mata de pelo rojizo de su última secretaria. El paisaje de las Islas Caimán se había metido en su interior, le parecía que todos sus esfuerzos y maniobras de economía dudosa debían llegar a su fin. Se encontraba bastante hastiado de tantos rejuegos y peligrosos trajines, que en alguna ocasión le habían supuesto incluso algún atentado contra su vida. Sus pensamientos le llevaban a recordar los buenos momentos vividos junto a Sygin. Se preguntaba qué hubiera sido de su vida si su adicción al sexo no le hubiera dominado. Realmente, aunque sus éxitos económicos le permitían una vida lujosa y disipada este se encontraba insatisfecho.

Una serie de ideas contradictorias invadían su mente como caballos desbocados, no lograba controlar lo que le pasaba, por lo que decidió salir a pasear sólo por los pasillos con barandillas, que unían las villas individuales en las que se alojaba. Las pasarelas se apoyaban directamente sobre el fondo marino, por medio de postes de madera dando una imagen auténticamente paradisíaca al conjunto.

Sigmund se había disculpado con la pelirroja aludiendo algo de jaqueca, para poder pasear frente al mar en un intento de recolocar los pensamientos que tanto le agobiaban. Desde allí, las aguas cristalinas y transparentes permitían observar como un conjunto de mantarayas acudía hacia la orilla, donde los monitores de los turistas habían desperdigado trozos de pescado para atraerlas. El elegante desplazamiento de los peces le distrajo por un momento de sus pensamientos negativos. Por unos instantes parecían cesar sus ideas de fracaso y autodestrucción. Era en esos segundos cuando la imagen y los recuerdos de la sueca se hacían más intensos y en lugar de prolongar su desazón, le transmitían una sensación de paz, al menos momentánea, que le permitía recuperarse. Notaba que la necesidad de regresar con el amor de su vida se estaba apoderando de su mente de una manera obsesiva. Se refugiaba de un modo defensivo en sus recuerdos, quizás un tanto idealizados junto a ella. Encendió un nuevo cigarrillo, aspiró profundamente y exhaló lentamente el humo hasta lograr una voluta que al ascender en el aire parecía mezclarse con la suave neblina procedente del mar. Se daba cuenta de que tenía que tomar una decisión capaz de reorientar su vida. Las llamadas telefónicas con las que había tratado de establecer contacto, con su ex habían sido sistemáticamente rechazadas. Sólo en la última, cuando Sygin le habló de aquel problema de tramitación de una clínica dental, pudo dialogar con ella. ¿Quizás esta podía ser la excusa que le permitiera volver a contactar con ella?

Así que decidió llamarla, pero se dio cuenta de que se había dejado el móvil en la cabaña, y de momento no le apetecía regresar a ella, no fuera a ser que la chica se le insinuara pidiendo sexo, a lo cual nunca se había podido resistir.

Sigmund optó por continuar hacia la playa, donde a unos cuantos metros se encontraba un bar de madera, de esos que se instalan inmersos en la arena rodeado de palmeras. Al llegar a la barra circular pidió al camarero un vaso de ron añejo con limón. Después de dar un pequeño sorbo, solicitó un teléfono al mulato de la barra, que con ademanes un tanto amanerados, que trataba de no ocultar, le indicó que el bar disponía en la parte posterior de una cabina roja como las de Londres, y que el teléfono, un tanto vintage, funcionaba perfectamente, así que si lo deseaba podía llamar desde ella. Sigmund se

acordaba de memoria del número del teléfono privado de Sigyn. Esperaba que a pesar del tiempo transcurrido no lo hubiera cambiado.

Al descolgar el viejo auricular, notó cómo un cosquilleo procedente del estómago se apoderaba de su pecho, de forma casi agradable, experimentaba la misma sensación que cuando consiguió quedar a cenar a solas con Sigyn por primera vez y esta apareció con su pelo rubio, peinado a lo garçon, una camisa de seda blanca y unos jeans ceñidos que resaltaban su espléndida figura. Su imagen le dejó deslumbrado y desde entonces pasaron algunos meses inolvidables, de amor, viajes y complicidad hasta que aquella mulata se cruzó en su vida.

Habían estado paseando por la orilla del Sena, después de haber visitado el museo de Orsay y tras una agradable comida en su romántico, aunque un tanto decadente, restaurante. Sigmund sugirió a la sueca la posibilidad de una siesta compartida en la habitación del pequeño hotel con encanto que ocupaban cerca del Sena. Esta se excusó de forma un tanto rutinaria aludiendo el comienzo de una de sus consabidas falsas jaquecas, le indicó que prefería darse una vuelta por los Campos Elíseos, y que de paso se acercaría a visitar a su octogenaria tía Greta.

La tía Greta era una encantadora anciana que había sido una reconocida pianista internacional y que tras su retirada, gozaba de una situación económica bastante desahogada. Vivía en un espléndido apartamento del centro de la ciudad enmarcado por una de esas fachadas del siglo diecinueve que hacen que los turistas no puedan pasar cerca sin fotografiarlas.

La anciana sentía auténtica adoración por su sobrina, por lo que en las escasas visitas que esta le prodigaba, siempre trataba de prolongarlas el mayor tiempo posible. Sigmund sabía que lo más probable era que Sigyn se quedara a dormir en casa de su tía, por lo que decidió acercarse al hotel a descansar o quizás a aliviarse solo de sus no atendidas demandas sexuales.

Camino del hotel, al atravesar el barrio de Pigal, un cartel le llamó poderosamente la atención. En el mismo, aparecía la silueta de una bella mujer, vestida con una ceñida malla negra que marcaba sensualmente sus insinuantes contornos y aunque la cara se encontraba tapada por un velo

semitransparente se distinguían perfectamente sus intensos ojos verdosos. La función comenzaba en treinta minutos y decidió posponer su vuelta al hotel paseando por el barrio. La imagen de las aspas del Moulin Rouge, con sus luces de neón parecía llenarlo todo, pero a él, lo que realmente le atraía, era el sensual cuerpo de la bailarina anunciado en aquel pequeño local.

El sitio era realmente rancio, oscuro y un tanto tenebroso, pero a pesar de ello estaba atestado de gente. El viejo entelado rojo de las paredes apenas podía distinguirse, pues reinaba una semioscuridad, un tanto buscada, que le daba un cierto halo de misterio. Fue allí donde comenzó todo. Las luces se apagaron y el proyector marcó sobre la pared una película en la que una silueta difusa de mujer, bajo una neblina, parecía acercarse hacia los espectadores paseando por un jardín otoñal cubierto de árboles que se cimbreaban suavemente mientras las hojas doradas caían lentamente al final de la tarde. Poco a poco, el sonido de la canción Striptease, de Juliet Greco, parecía inundar todo de una sensualidad prohibida. La luz y proyección, se fueron haciendo cada vez más tenues, para ir dejando poco a poco el local totalmente a oscuras.

Progresivamente, un foco comienza a iluminar el pequeño escenario, sobre el que aparece, de espaldas, una silueta que se acopla a la de la proyección, como si hubiera salido directamente de la película. La bailarina, sin volverse, se contonea sin desembozar la capa de raso negro que la envuelve y de forma lenta pero rítmica, se va volviendo hacia el público, mientras que la capa es apartada hacia atrás, mostrando su espléndida figura, ceñida por la malla semitransparente que le había inducido a entrar en el local. El striptease continúa siguiendo los acordes de la música hasta que la chica quedó totalmente desnuda, tras lo cual hizo una reverencia elegante desapareciendo enseguida entre las bambalinas. Nada más entrar en la trastienda del escenario, el empresario de fino bigotillo y aires afectados, felicitó efusivamente a la bailarina con un:

— ¡Bravo, Mariska! Has estado sensacional.

— Es mi trabajo, Giuseppe, es mi trabajo —repitió María Kartorisky, sin mostrar ningún entusiasmo.

En el abarrotado bar del teatrillo, la gente que rodeaba a Sigmund gritaba, silbaba y aplaudía en un intento vano de que Mariska volviera a aparecer en el escenario.

Una chica mulata de cuerpo espectacular, que se encontraba a la caza de algún cliente despistado, se fijó en la cara de Sigmund, que parecía absorto tras la desaparición de la bailarina. Esta, intenta pasar por el estrecho pasillo en el que se encontraba el sueco, para rozar su cuerpo, de forma aparentemente distraída, contra él. Mientras pasa le dice de forma insinuante:

— Creo que estas un tanto perdido rubito. Si quieres puedo ayudarte.

— ¿Cuánto me va a costar tu ayuda? —responde Sigmund siguiendo el juego a la muchacha.

—Trescientos euros mediterráneos pueden ser suficientes, la verdad es que me gustas mucho —contesta la muchacha mientras se aprieta aún más contra él sueco.

Sigmund nota cómo un deseo irrefrenable se apodera de su cuerpo y de su mente. Se siente esclavo del deseo. No puede decirle que no. Opta por aceptar su proposición y conducirla al hotel.

La habitación del viejo hotel de la Rue des écoles, en el barrio latino, estaba decorada de forma funcional y moderna, a pesar de tratarse de un edificio de fachada neoclásica. El cabecero de la cama se encontraba sustituido por un enorme póster que ocupaba prácticamente toda la pared. En él aparecía representado unos sensuales labios rojos sobre fondo blanco en que se repetían en diversas orientaciones a lo largo de toda la pared.

Cuando la mulata se subió de pie sobre la cama y comenzó a quitarse su insinuante ropa, Sigmund no pudo más y se abalanzó de forma torpe y violenta sobre ella. La chica supo aguantar al energúmeno sexual, no era la primera vez que tenía que lidiar con tipos como él. Así, con un «Tranquilo, cariño, tranquilo, relájate que lo vamos a pasar muy bien», la joven consiguió calmar a Sigmund, que una vez aplacado le pidió perdón, mientras que comenzaba a sollozar mientras repetía: «No sé qué me pasa últimamente que cada vez me controlo peor». La joven, al darse cuenta de la situación, comienza a besarle lenta y

cariñosamente, primero en el cuello, luego en los labios y por último en los pezones. Este empieza a notar como su deseo se plasmaba en una erección, capaz de materializar todos sus anhelos e insatisfacciones ocultas.

Esa tarde ambos hicieron el amor durante varias horas, hasta que la muchacha decidió que tenía que irse. Sigmund le entregó un billete de quinientos euros mediterráneos, no sin antes pedirle su teléfono. Nada más irse la chica, el sueco notó que su deseo, a pesar de la batalla sexual realizada, no estaba totalmente calmado, de algún modo continuaba insatisfecho. Antes, una vez aplacada su habitual fogosidad, notaba cómo su problema se calmaba al menos hasta el día siguiente. Pensó que no tenía demasiada importancia lo que le ocurría, y se autodisculpó.

A la mañana siguiente, cuando Sigyn apareció en la habitación del hotel, algo percibió en el ambiente que la dejó un tanto intranquila. Quizás, un olor difuminado a perfume barato, quizá un excesivo orden en las toallas de cuarto de aseo... En aquella habitación había ocurrido algo la noche anterior que realmente Sigmund debía explicarle. Así que la sueca decidió realizar a su amante una pregunta directa:

— ¿Me puedes decir con quién has pasado la noche? No me des excusas tontas y por favor, dime toda la verdad.

Cuando realizó esa pregunta directa e intensa, Sigyn deseaba que su pareja le diera alguna explicación convincente o al menos una mentira bien estructurada, que pudiera ser creída.

Pero Sigmund reaccionó exactamente lo contrario a los deseos de la sueca, primero intentó justificar que todo eran figuraciones suyas, sin ningún tipo de fundamento, para posteriormente derrumbarse y contar a su amante todo lo ocurrido con detalles un tanto escabrosos, y probablemente innecesarios.

A pesar del aparente perdón de Sigyn, la sombra de la duda se había proyectado de forma dendrítica y continua sobre el futuro de la pareja. Se podía decir que la relación entre ambos había sufrido un grave deterioro. La sueca desde entonces vigilaba de forma discreta el teléfono móvil de su amante. Observaba si este recibía llamadas o mensajes a horas extrañas. Si este daba

explicaciones no solicitadas, sobre algún retraso o ante una llamada no oportuna. Sin embargo, durante varios meses Sigyn no encontraba ningún indicio que refrendara sus sospechas, parecía que Sigmund lo tenía todo controlado o ¿quizá se estaba volviendo paranoica? Todo ello hacía que la relación entre ellos estuviera cada vez más deteriorada, pero sin apenas perder las formas, los dos eran muy educados y aunque cada vez hacían menos el amor, procuraban no perder la compostura. Habían logrado que la complicidad que animaba el principio de su relación se ausentara; pero ambos parecían agarrarse a su pareja, no queriendo admitir que probablemente su vida juntos estaba prácticamente muerta.

Un día Sigmund dejó olvidado el smartphone mientras acudía a realizar su sesión de abdominales en el gimnasio de la urbanización. Sigyn, cuando esto ocurría, revisaba todas las llamadas y mensajes, sin haber encontrado nada resalta- ble, hasta ese maldito día en que encontró un mensaje de llamada de urgencia del Servicio Europeo de Salud, por lo que pensando que podía ser algo importante optó por llamar al número anunciado. Su sorpresa fue mayúscula cuando una voz femenina contesto de forma dulce, pero apresurada:

— Un momento, cariño estoy en la ducha y te llamo enseguida.

Sigyn aguardó la llamada, y a los tres minutos sonaba la Cabalgata de las Valkirias, que Sigmund utilizaba como avisador de llamada en su teléfono. La sueca tomó nuevamente el aparato y escuchó nuevamente a la imprudente muchacha:

—Ya estoy aquí. Dime dragoncito.

Tras escuchar, Sigyn nota cómo una enorme tristeza mezclada con impotencia y rabia se apodera de ella. Cuelga sin contestar el teléfono y se sumerge entre nubes de oscuros pensamientos que inevitablemente la invaden sin pedir permiso. A pesar del revés recibido, aunque en su interior de algún modo lo que estaba ocurriendo era esperado. Sigyn es una mujer muy fuerte y tras superar esos primeros angustiosos momentos, decide actuar de un modo frío y calculador, deja el teléfono en el mismo lugar donde lo encontró.

Cuando regresa Sigmund, al darse cuenta de que había dejado olvidado su móvil, lo recoge de modo rutinario, sin aparentar ninguna inquietud, mientras que Sigyn, lo observa y con una cínica sonrisa le inquiere:

— A propósito, amor, han llamado de la oficina del Servicio Europeo de Salud. Querían hablar contigo.

La cara del sueco palidece, mientras balbucea:

— ¿No sabes exactamente qué querían?

— Era una chica muy dulce que creo que se estaba duchando —contesta Sigyn sin apenas mostrar sus sentimientos. Mientras continúa—: Creo que ha llegado el momento de que vayas haciendo las maletas, ¿verdad, querido? Espero que no intentes darme ningún tipo de explicación, me temo que ya has sobrepasado todo lo admisible.

— Pero yo sólo te quiero a ti —contesta desesperada- mente él, sin ninguna convicción—. No me puedes hacer esto.

— Claro que puedo, hace tiempo que debíamos haber terminado, lo nuestro no tiene ningún futuro.

Después de aquel violento episodio, Sigmund aceptó abandonar el apartamento, que habían compartido durante más de cinco años. Este se había transformado en un personaje cada vez más inestable y carente de todo tipo de escrúpulos. Era capaz de promover sobornos, aceptar comisiones y en general realizar todo tipo de rejugos y chanchullos, siempre que estos le proporcionaran buenos emolumentos. Su afición por la prostitución de lujo había dejado de ser algo anecdótico para convertirse en una necesidad prácticamente diaria. Pero es que además, sus pulsiones incontroladas, fumador y bebedor habitual, le llevan no sólo a consumir sexo profesional, sino que además, de vez en cuando, coqueteaba con la cocaína. A pesar de su vida disipada y de las marcas que esta le había producido en su rostro, el sueco continuaba siendo un tipo alto y atractivo con ese aspecto un tanto canalla que tanto gusta a algunas mujeres. Precisamente se encontraba en las Islas Caimán realizando un encargo de blanqueo de dinero, que le había proporcionado unos pingües beneficios. A pesar de sus enormes gastos, tenía

mucho dinero, pero internamente se encontraba muy insatisfecho. Esa insatisfacción junto a la apreciación de que de continuar con ese ritmo de vida la cosa no podía terminar bien, le había llevado a añorar los tiempos en los que junto a Sigyn acariciaba momentos efímeros de felicidad. Se encontraba frente al teléfono con aquel cosquilleo de las primeras citas y aún dudaba si llamar.

Por fin, se decidió y marco el número, se lo sabía de memoria, presionando sobre las viejas y desgastadas teclas del teléfono. Mientras el sonido de espera impregnaba sus oídos de un zumbido agudo y repetitivo, notaba cómo su corazón se aceleraba de una manera incontrolada.

— ¿Quién es? —interpeló la voz de Sigyn, un tanto acelerada.

— Soy yo, Sigmund. ¿Qué te pasa?

— Es que acabo de abrir la puerta y no he tenido tiempo para quitarme el abrigo. Qué bien que me has llamado, precisamente quería hablar contigo.

Le sorprendió el tono receptivo de la sueca. «Qué raro que no me corte la llamada», pensó. Entonces aprovechó para hacerse el interesante y de este modo no revelar el motivo real de su llamada, de modo que preguntó:

— ¿Para que querías hablar conmigo, adorada Sigyn?

La sueca que quiere ir al grano para tratar lo menos posible con su examante, opta por plantear directamente el problema sobre la adquisición de las cabinas de desinfección, y si sabe cómo se pueden conseguir lo antes posible. A lo cual Sigmund, responde que él sabe cómo adquirirlas, pero que prefiere no hablar a través del teléfono, por lo que podían quedar en tres días, ya que en esa fecha tiene previsto ir a Madrid y además de ese modo también le dirá cuál era el motivo de su llamada.

El Café Comercial fue el lugar elegido para la cita. El viejo Café, a pesar del tiempo transcurrido, era un sitio que seguía teniendo la misma estética de siempre. Las mesas mantenían el clásico mármol gris, las sillas de madera y los asientos corridos de piel marrón, junto a los grandes ventanales, columnas y espejos se encontraban impregnados por el olor del café con leche servido durante toda su prolongada supervivencia. A pesar del tiempo transcurrido

desde su inauguración, se había logrado mantener un ambiente que invitaba a la charla y la tertulia.

Cuando Sigmund llegó las luces de la Glorieta de Bilbao ya habían comenzado a encenderse. Nada más entrar por la puerta, le pregunta a un camarero de rasgos asiáticos si puede sentarse en la mesa que acababa de quedar libre junto a uno de los espejos de la parte central, junto a dos ancianas de pelo blanco que permanecen calladas una frente a la otra sin decirse nada, mientras sus cafés permanecen a medio consumir totalmente fríos.

Sigmund se sienta sobre el banco corrido de cuero, de forma que le permite observar la puerta de entrada, mientras que aquel remusguillo procedente del estómago se vuelve a apoderar de su cuerpo sin que pueda controlarlo. Las sensaciones de inseguridad vuelven a atenazarle. La percepción de paso del tiempo transcurre para él muy lentamente. Pide un café, que es servido con prontitud por el camarero. Han transcurrido sólo cinco minutos desde su llegada, pero el tiempo de espera se hace para el sueco insoportable. Se ha bebido el café en apenas tres sorbos, por lo que decide pedir al camarero una copa de brandy. Cuando acaba de tomar el primer sorbo, observa la puerta giratoria, que se mueve para dejar pasar a una pareja de japoneses. Después de otros cinco minutos, algunos tragos de brandy y varias parejas y personas observadas en su entrada, por fin visualiza la imagen de Sigyn, a través de una de las amplias cristaleras que circunscriben la fachada del café. La sueca entra de forma apresurada y se dirige hacia su mesa. Lo besa en la mejilla y se disculpa:

— Lo siento, pero a veces todo se complica. Ha ocurrido un accidente a la salida de mi garaje y no he podido sacar el coche. He tenido que coger un taxi.

— No tiene importancia —responde Sigmund ya calmado y mirándola directamente a los ojos—. ¿Qué ha pasado?

— La verdad es que vengo un tanto sorprendida. Cuando salía una moto se ha cruzado a toda velocidad y ha arrollado a una anciana, que ha caído al suelo de bruces, mientras el motorista se daba a la fuga. Todos los que estábamos allí, en ese momento nos hemos acercado a socorrerla. La verdad

es que parecía estar muerta, no tenía pulso y se mostraba con la piel pálida y fría. Hasta que ha llegado un tipo alto y desgarbado vestido de negro con acento portugués, que acercándose a su oído le ha susurrado unas palabras para después colocar las dos manos abiertas sobre sus sienes. Tras lo cual la anciana ha recobrado el color y el pulso e incluso se ha levantado lentamente y, aunque aturdida, preguntando que le había pasado. Mientras tanto, el que la auxilió ha abandonado discretamente el lugar, después de disculparse diciendo que tenía mucha prisa. Ya comprenderás que con todo este lío me haya retrasado.

— No te preocupes, Sigyn, ya sé que eres una persona extremadamente puntual y precisamente por ello me encontraba algo preocupado —afirmó Sigmund encontrando de este modo una coartada para paliar su aspecto algo tenso y alterado, que no podía disimular.

— ¿Por qué querías verme? —pregunta en primer lugar Sigmund.

Entonces, la sueca le recordó aquellas gestiones y consejos en los que había intervenido para la legalización de la obra de la futura clínica odontológica de esa pareja de jóvenes dentistas que acudieron a la oficina de María Amor y de la necesidad de conseguir con la mayor brevedad posible las cabinas de esterilización, sin las cuales no podrían continuar su camino para conseguir una clínica legalizada y suficientemente avalada por todas las normativas europeas actualmente vigentes. Al oír esto, Sigmund se sintió por un lado reforzado, pero por otro se dio rápidamente cuenta de que el interés de su expareja era en este caso meramente profesional.

De las dos formas de reacción que tienen los seres humanos: una de pensamiento caliente y otra de pensamiento frío, el sueco optó por la segunda, con lo que antepuso su necesidad de reconquistar a Sigyn por encima de lo que realmente le hubiera podido decir, si realmente su ex, no le importara tanto. Así que se decidió por no revelar sus sentimientos y ante la pregunta de por qué la había llamado, prefirió dar una respuesta un tanto evasiva, diciendo que estaba comprobando y autenticando la agenda de su móvil, especialmente de aquellos números que como el suyo utilizaba menos. Además, le dijo que después de haber hablado con ella, realmente le apetecía

saludarla en persona, pero esto lo consiguió decir de una forma displicente, como sin darle apenas importancia. De alguna manera, al escuchar ese tono, Sigyn se sintió por un lado un tanto aliviada, mientras que por otro un tanto decepcionada de que Sigmund no intentara coquetear con ella. Los rescoldos de su anterior relación podían no estar totalmente apagados. Así que decidió comprobarlo concertando una nueva cita con Sigmund, con la excusa de la tramitación de la compra de las cabinas.

— ¿Qué tal si nos vemos cuando el proceso de compra esté terminado?
—propuso Sigyn con una sonrisa maliciosa.

— Perfecto, así podremos comprobar que todo ha ido correctamente
—contesta esta vez con un brillo en los ojos un tanto especial Sigmund, que vuelve a notar cómo el cosquilleo interior se apodera de él. Nunca hubiera imaginado hasta qué punto le importaba Sigyn.

— Llámame cuando esté todo resuelto o si existe algún problema.

—De acuerdo, así lo hare. Hasta pronto.

Un par de llamadas de Sigmund a alguno de sus contactos bastaron para que las cabinas estuvieran disponibles en quince días. Sigyn comunicó rápidamente a María Amor la buena noticia, y esta la trasladó inmediatamente a Jacinto y Lu. El éxito en la tramitación reforzó de alguna manera los deseos de ver nuevamente a su examante, por parte de la sueca, que en su fuero interno pensó: «Este Sigmund busca algo, pero realmente es un hombre con un grave problema de adicción al sexo, por lo que debo ir con mucho cuidado y no dejarme arrastrar por mis sentimientos de añoranza de un pasado, ¿quizás, muy difícil de recuperar?». Decidió, por tanto, volver a quedar con él y averiguar cuál era la auténtica razón de su llamada.

Tardó un par de días en decidirse a llamarle, necesitaba averiguar en qué estado real se encontraba Sigmund, el resquemor y la incertidumbre de un posible retorno también habían prendido en la sueca, por lo que prefirió llamarlo esta vez para quedar y charlar sin ningún tipo de cortapisa.

Volvieron a quedar en el Café Comercial y tras sentarse ambos uno frente a otro, el interés mutuo hacía que ambos apoyaran sus antebrazos sobre la fría

tapa de mármol de la mesa, mientras sus miradas se cruzaban de forma intensa hasta que Sigyn se decidió a interrogar directamente a Sigmund.

— Bien, ¿quieres decirme por qué me llamaste la primera vez desde las Islas Caimán?

— ¿No te creíste lo del ajuste de la agenda?

— Era bastante difícil de creer, ¿no te parece?

— Sí, realmente era una excusa muy pueril, pero necesitaba verte. Realmente estaba muy hundido y desengañado de la vida que llevaba, las ideas de autodestrucción se habían apoderado de mí. Incluso pensé en el suicidio. Desde que te perdí, no soy feliz.

Sigyn, que a pesar de las palabras de sinceridad del sueco, aún permanecía sin bajar sus defensas, observaba sus palabras, tratando de mantener la distancia, y aunque su fuero interno la empujaba inexorablemente hacía él, optó por preguntarle directamente cómo llevaba su problema sexual. Ante la andanada de la sueca, Sigmund le confiesa que continúa sin superar su adicción, pero que piensa que con su ayuda puede lograrlo. De algún modo, la aparente sinceridad de Sigmund, logra romper en parte la barrera preventiva que la sueca había edificado frente a su expareja.

Sigyn, a pesar de todo, no puede olvidar los múltiples perdones y promesas incumplidas en las que el sueco había caído constantemente, de forma que antes de darle una nueva oportunidad, piensa que este debe intentar resolver su problema. Le sugiere a Sigmund que para intentar algo lo primero que debe hacer es tratar de poner fin a sus adicciones, y para ello puede contar con toda su ayuda. Sigmund, que se muestra totalmente receptivo a sus propuestas, le pregunta que de qué forma cree que puede demostrarle sus deseos de cambio. La contestación de la sueca es precisa:

— Mira, Sigmund, de algún modo creo que seguimos ligados por una fuerza superior a la racionalidad. Pero eso no impide que me encuentre muy insegura a la hora de volver a retomar nuestra relación.

— Yo también comparto tu sensación de atracción irremediable, pero debo confesarte que también temo profundamente volver a defraudarte. ¿Qué crees que podemos hacer?

— Para mí, tu principal problema viene de tu excesiva atracción por las mujeres, posiblemente de ahí derivan gran parte de tus adicciones. Lo primero que debes reconocer es que tienes un grave problema y en segundo lugar es importante que pidas ayuda profesional.

— Bien, puede que tengas razón, pero no sé si seré capaz —contesta sin poder disimular su ansiedad Sigmund.

—Piensa que no sólo lo haces por volver a nuestra relación, sino por recuperar nuevamente el control sobre tu vida.

— ¿Conoces algún psicólogo, de confianza, que me pueda ayudar?

Sigyn recuerda que su jefa le había comentado que había conocido un psicólogo clínico, que le pareció muy profesional y sobre todo encantador, pero claro, su nivel profesional y competencia, le resultaban totalmente desconocidos.

— Déjame unos días e intentaré comprobar si una persona que conozco por referencias puede ser la más adecuada.

Pasados unos días, Sigyn había comunicado a María Amor su nuevo encuentro con Sigmund y cómo este había aceptado someterse a terapia de sus adicciones.

A María la posibilidad de volver a contactar con André, le pareció ideal, desde que le conoció, la necesidad de tener una excusa para volver a verle siempre había estado revoloteando por su mente. Realmente le gustaba mucho. Pero además también María necesitaba contactar con él para pedirle su opinión profesional sobre ese sueño recurrente que había empezado a preocuparle.

Después de haber contactado telefónicamente con André, ambos habían quedado en la cafetería del Gran Hotel Velázquez. Nada más entrar por la puerta, André, que era la primera vez que acudía al local, no puede dejar de mirar la enorme cabeza de ciervo que preside la puerta de acceso hacia el

interior del hotel, que parece observar todo lo que acontece en el interior de la ya decadente y un tanto decimonónica cafetería. La madera de las paredes, las pequeñas mesas, cómodas sillas junto con la retroiluminación del espejo situado detrás de la barra que resaltaba las botellas de las bebidas que se sobreponían de forma más o menos ordenada en varias estanterías conseguían un clima agradable para el diálogo.

María se había vestido con un traje de gasa verde con reflejos azulados que resaltaba sus claros ojos. No habían pasado más de cinco minutos, cuando esta llegaba a la cafetería e inevitablemente miraba la cabeza del apolillado ciervo, para posteriormente dirigirse a la mesa, donde la esperaba de pie el siempre atractivo y amable psicólogo. Tras besar a María en la mejilla, y colocarla el asiento, André, hace un cumplido comentario:

— ¡Desde luego María, estas impresionante con ese vestido!

— Muchas gracias, tú siempre tan amable —responde con falsa modestia María Amor.

Después de que el camarero les sirviera dos gin-tonics de Tanqueray, algunos cumplidos y requiebros mutuos, André toma la palabra:

— Me dijiste que querías verme por motivos profesionales.

— La verdad es que uno de los motivos de la cita es una consulta sobre un problema del exmarido de una de mis secretarias. Creo que es adicto, entre otras cosas, al sexo, y ambos han decidido intentar volver a tomar su relación, si consigue desengancharse.

— ¿Y el otro?

— Se refiere a un sueño que tengo de forma repetida, y que en ocasiones me hace despertarme con sudores y sobresaltos.

— Bien, sobre lo del exmarido de tu secretaria, realmente no sé si podría atenderle de forma apropiada, pero conozco un centro muy adecuado para su problema. Se llama CETA proyecto 96. Es el centro europeo de terapia sobre adicciones, está subvencionado en parte por los fondos de garantía y libertad para la Europa del Sur. Su director fue compañero de carrera, creo que

podía llamarle. Por el contrario, en el tema de los sueños y sus interpretaciones vengo trabajando desde hace muchos años sobre él. Si quieres puedes contarme el contenido.

María mira con intensidad directamente a los ojos de André mientras comienza a relatar los pormenores de su sueño. Describe cómo se encuentra en la escalera totalmente desnuda, la sensación al principio de no poder acercarse hacia la luz del final, la aparición del perro de tres cabezas y por fin la llegada y ayuda de Gabriel. Para terminar subiendo por una segunda escalera hacia la biblioteca donde encuentra un manuscrito lleno de imágenes de animales con caligrafía incomprensible y cómo el sueño, que se ha repetido varias veces, suele terminar de forma brusca haciéndole despertar casi siempre sobresaltada y llena de sudor.

André, que ha escuchado muy atentamente el relato onírico descrito por María, y que esta ha contado con algo de sobreactuación, toma un pequeño sorbo de su gin-tonic, extrae de su bolsillo un bolígrafo y una pequeña libreta, que apoya en la mesa y comienza a dibujar el esquema de una escalera sobre la cual anota, con una letra bastante legible, para su rapidez en el trazado, algunas palabras que posiblemente le ayudarán a desentrañar la interpretación del sueño. Una vez terminado el rápido esquema, comienza a explicar:

— Verás, María, durante el sueño parece que se nos abran otros mundos. Con frecuencia, nuestros sueños nos transportan a tiempos y lugares remotos; nos encontramos a nosotros mismos entre personas y cosas que nos son familiares, aunque extrañamente transfiguradas. Hacemos cosas que nos resultarían imposibles estando despiertos, o nos encontramos paralizados e incapaces de realizar la más simple de las acciones. A veces, tenemos la sensación de poseer un conocimiento profundo que daría sentido a toda nuestra vida, conocimiento que olvidamos al despertar o que nos parece incoherente. Y quizás, a veces, los sueños nos proporcionan un conocimiento real, una visión de un futuro que acontecerá en realidad.

María, que siente cómo poco a poco se va dejando envolver por las palabras del psicólogo pregunta:

— Realmente es muy interesante todo lo que me estas contando, la verdad es que, desde siempre, la interpretación de los sueños es algo que me ha resultado muy atractivo, por lo que siempre he procurado leer cosas al respecto. Así, en algún lugar he leído que la naturaleza de los sueños ha desconcertado a la humanidad civilizada desde los primeros tiempos. Alrededor de los sueños se han desarrollado innumerables creencias y cultos.

—Efectivamente —contesta André gratamente sorprendido por los conocimientos de María—. En la Edad Media el sueño podía ser castigado, considerándolo pecaminoso o incluso se creía que su origen se debía a influencias demoníacas. Me parece recordar un pasaje del Génesis en la Biblia precisamente en el que se alude a una escalera. Cogiendo su smartphone realiza una rápida búsqueda, que le lleva al pasaje 28,10-16 que lee directamente de la pantalla: «Llegado a cierto lugar, Jacob pasó allí la noche, porque ya se había puesto el sol. Y tomando una de las piedras del lugar, se la puso por cabezal, y acostó se en aquel sitio. Y tuvo un sueño: he aquí una escalera que se apoyaba en la tierra, y cuya cima tocaba el cielo; y ángeles de Dios subían y bajaba por ella. Y sobre ella estaba Yahvé, que dijo: la tierra en la que estás acostado, te la daré a ti y a tu descendencia».

— Pero a pesar de todo y de las teorías de Freud, ¿es verdad que ninguna teoría del sueño y de los sueños es aceptada universalmente? —pregunta María cuya mirada se ha desviado durante un momento hacia la cabeza del ciervo.

— ¿Era inevitable que habláramos de Freud? —contesta un tanto parsimoniosamente André, que había continuado bebiendo pequeños sorbos de su copa, mientras que la de María aparecía prácticamente intacta—. Pues bien, te daré mi versión al respecto, espero no ser demasiado grandilocuente, en caso de necesidad me haces una señal y paro. Según Freud, los sueños sirven para comunicar todo aquello que la mente consciente no puede aceptar. Deseos inconscientes que no se quieren reconocer y que por este motivo aparecen en los sueños representados de forma simbólica. Es decir, los sueños son la vía de expresión de algunos deseos reprimidos que tiene la persona.

— ¿Me estás llamando reprimida? —dice María mientras le dedica una amable sonrisa.

— No exactamente, sólo trato de resumir las opiniones de Freud.

— Tan solo era una broma —contesta María con gesto de complicidad.

— Ya me imagino, pero de cualquier modo los sueños han estimulado la imaginación humana como pocas cosas, tal vez porque cualquier teoría sobre ellos es virtualmente irrefutable. Mensajes adivinatorios del futuro para unos, reverberación interna del mundo según otros y narrativas enigmáticas para el común, los sueños parecen exactamente la clase de experiencia subjetiva que permanecerá siempre oculta, inaccesible al escrutinio público e impermeable a la ciencia empírica. Sin embargo, esto está cambiando a pasos agigantados. La neurología ya está muy cerca de poder visualizar los sueños.

— ¿Cómo? ¿Quieres decir que pronto se van a poder observar los sueños, como en algunas películas de ciencia ficción?

— No exactamente, pero desde que Yukiyasu Kamitani y sus colegas del Laboratorio de Neurociencia Computacional ATR, en Tokio, inventaron una especie de diccionario que traducía la actividad cerebral de varios voluntarios humanos durante el sueño, consiguieron que los registros gráficos fueran traducidos a un lenguaje muy distinto, pero que nos resulta mucho más próximo y fácil de interpretar en relación con la secuencia de imágenes que se esté soñando en ese instante.

— Es decir, que casi se puede ver lo que uno sueña.

— Sí, pero el principal problema radica en que no se puede programar lo que el sujeto va a soñar, y además, nunca las imágenes generadas son exactamente iguales a lo que uno sueña. Los ordenadores sólo pueden utilizar las imágenes previamente programadas que más se aproximan a lo que el sujeto sueña.

— ¿Habría alguna forma de acceder a esa máquina que estudia los sueños? —pregunta María, mientras que por fin da el primer sorbo de su copa, mientras exclama—: ¡Mmm! Está buenísimo este gin-tonic.

—No sé, yo he estado en Japón, y desde entonces vengo colaborando con el profesor Yukiyasu, durante años, pero para poder acceder a la visualización de un determinado sueño sería necesario mantener un control diario de todos los sueños, hasta que el sueño pueda repetirse. Me parece, por las últimas noticias recibidas, que están desarrollando un programa capaz de establecer una monitorización a distancia. De cualquier modo la visualización mediante reproducción digital del sueño no aportaría realmente mucho a su posible interpretación.

— Es decir, que al final volvemos nuevamente a la teoría de Freud.

— Más o menos

— ¿Entonces?

— Intentaré explicarte mi interpretación de tu sueño de acuerdo a lo que me has relatado del mismo.

Para ello, André despliega su libreta y repasa las anotaciones que previamente había tomado, antes de comenzar a interpretar el sueño de María. Va a aplicar la técnica de asociación de símbolos. Pero antes pregunta a María si reconoce al personaje que le ayuda en la subida de la escalera. María contesta que sí, que se trata de un amigo, que es bombero y se llama Gabriel.

— ¿Es una persona agraciada físicamente? —pregunta el psicólogo.

— Está tremendo —responde María, sin ningún pudor.

— Vamos, que te gusta mucho.

— ¿Y a quién no? —contesta María mientras cruza su mirada con la de André.

— Perdona María, pero debo continuar en la misma línea de preguntas. ¿Hay alguna otra persona, en este momento, que te guste mucho?

María no puede evitar ruborizarse, mientras contesta afirmativamente, aunque aclara que la persona que le gusta no lo sabe. Por lo que tiene serias dudas sobre si existirá reciprocidad, una vez que este lo sepa. «Si es que alguna vez se entera», piensa sin decir nada.

André decide continuar explicando el sueño y prosigue:

— Creo que el bombero representa un deseo carnal sexual puro y duro, pero este aparece como un camino contrapuesto en tu posible deseo de alcanzar un amor más elevado. De alguna manera, representa la necesidad de cubrir una necesidad básica. El perro de tres cabezas viene a representar como una barrera que revela tu inseguridad de poder alcanzar ese amor ideal, que en cierto modo la mayor parte de las mujeres siempre han deseado y que en este momento creo que tú centras en el rival de Gabriel. ¿Creo que así dijiste que se llamaba el bombero.

— Sí, pero por favor, continúa.

— La ascensión por esa escalera simboliza la dificultad para alcanzar algunas metas. En tu caso se corresponde con un amor un tanto idealizado. Además por lo que me has dicho, notabas como la escalera se tambaleaba durante la subida. Esto puede tener relación nuevamente con un cierto grado de inseguridad y quizás una bajada, me imagino que momentánea, en tu nivel de autoestima. La luz y la puerta final representan nuevamente la meta a alcanzar.

— ¿Y el libro incomprensible? —interpela María, que se muestra subyugada por la interpretación del psicólogo. Nota cómo las palabras de André la van desnudando. Se siente un tanto indefensa ante él.

— El libro creo que revela que la persona a la que estamos aludiendo, probablemente tiene un alto nivel intelectual y eso te genera de alguna manera un cierto grado de inseguridad en contactar con él. También me gustaría comentarte algo sobre la forma de despertarte. Me dijiste que era brusca y empapada en sudor.

— Sí, la mayoría de las veces.

— Pues bien, esto es algo que en gran parte de los casos suele también relacionarse con deseos sexuales básicos insatisfechos. De algún modo, yo creo que en tu sueño tiene que ver con la aparición del bombero.

— Al final me vas a decir que soy una reprimida.

— No exactamente, sí que es verdad que estas en un momento especialmente difícil.

— ¿A qué te refieres? —pregunta María, de una forma ya no tan desenfadada.

— La verdad es que aparte de tus deseos básicos, poco satisfechos, eres una persona de muy alta sensibilidad y educación, que tiene sus instintos más primitivos tapados por una losa que impide su desbordamiento. Probablemente como la mayoría de nosotros —añade André tratando de disminuir la dureza de las palabras empleadas—. Además es posible que te sientas especialmente atraída por esa segunda persona, que quizás has idealizado en demasía.

— ¿Tú crees en el amor? —responde María, sin poder ocultar su nerviosismo.

André, que ha notado que María se refiere a él, se muestra un tanto azorado y prefiere ocultar su apreciación. Así que decide contestar de un modo poco comprometido y responde:

— Efectivamente, claro que creo en el amor, pero mi concepto del amor ha ido variando con el tiempo. No obstante, quiero que sepas que eres lo suficientemente atractiva para interesar a cualquiera de los dos hombres que aparecen simbólicamente en tu sueño.

— Eso no son más que palabras de ánimo y de ayuda, que quizás tienes técnicamente calculadas —contesta María, que percibe cómo André la esquivo de un modo correcto y poco comprometido.

Sin embargo, André, en su interior, nota cómo su atracción por María crece de forma incontrolada, pero su deseo de no encadenarse a ninguna mujer le lleva a no comprometerse con ella. Piensa en su libertad y cómo esta puede resultar cercenada ante una mujer tan encantadora.

El lobo solitario frío y calculador que habita en el interior del amable psicólogo prefiere evitar que los barrotes procedentes de la tremenda sensualidad de María crezcan a su alrededor. Así que opta por cambiar de tema de conversación:

—Por cierto, María, ¿qué tal va el asunto de esos dos jóvenes dentistas que están tratando de legalizar la clínica del abuelo de uno de ellos?

— En ello estamos, la cosa no es nada sencilla, la burocracia ha crecido a límites insospechados. En este momento les piden unas cabinas de desinfección que eran muy difíciles de conseguir, pero gracias al exmarido de Sigyn, la tramitación va bastante bien.

— ¡Ya! Seguro que habrá tenido que pedir algún favor y eso queda apuntado. En fin, nada sale gratis. Favor con favor se paga. Ya sabes cómo se mueven los asuntos europeos. La verdad es que muy poca gente se mueve si no tiene algún tipo de recompensa, ¿o crees que esa tal Sigyn lo ha hecho de forma totalmente desinteresada?

— En parte, sí. Sigyn es una excelente persona, siempre dispuesta a ayudar a todo el mundo.

— Y especialmente a ti, que eres su jefa. El caso es que la tramitación sigue adelante. Estos dos jóvenes dentistas son una pareja encantadora, creo que merece la pena ayudarles a superar las múltiples barreras con las que se encuentran —afirma André mientras coge una mano de María.

Al notar la mano del psicólogo, María se estremece y la aprieta, haciendo que este se note algo turbado al percibir cómo su habitual autocontrol ha sido superado por la enorme atracción que siente por ella.

Capítulo 6 Superar el nivel rojo

Las gestiones de Sigmund, a nivel de la Agencia de Seguridad Medioambiental Europea, habían logrado que las cabinas llegaran a la clínica en un corto plazo. María Amor había comunicado a Jacinto y a Lu la buena noticia, y estos le habían expresado su satisfacción al respecto, pero querían de algún modo reconocer los esfuerzos de la gestora, por lo que Ludovica decidió invitarla a una reunión con otros amigos, aprovechando que el próximo quince de abril Jacinto cumpliría veinticinco años. María había aceptado gustosa tal invitación, aunque preguntó si iba a asistir mucha gente. Lu contestó que era una cena de poca gente, a la cual tan sólo la había invitado a ella y a otra pareja que también conocía, pero prefería no decirle quiénes eran, pues sabía que iba a ser una agradable sorpresa para todos, pues Jacinto no estaba enterado de nada, por lo que le haría pensar que había quedado con él para una cena íntima de los dos.

Los otros invitados eran Gabriel y Eleonora, que continuaban siendo pareja ocasional, es decir, que mantenían viajes, cenas y encuentros fortuitos pero no habían tomado la decisión de vivir juntos, pues ambos eran partidarios de no forzar su relación más allá de lo aparentemente necesario. Es decir, ambos mantenían una libertad absoluta en su relación y quizá por eso ninguno de los dos la había ejercido desde que decidieron mantener una amistad más íntima.

Lu había decidido celebrar la cena en un restaurante mexicano situado en la plaza del Almilló, que desde su inauguración mantenía una comida muy auténtica, junto a unos cócteles de tequila de fácil entrada y a veces difícil salida. Lu, que actuaba como gancho, le había dicho a Jacinto que tenía que hacer unas compras por el centro y que la venía bien quedar sobre las diez en la taquería; a lo que Jacinto contestó que por él no había ningún inconveniente, pero que por favor no se demorara mucho, que ya sabía lo que tardaba cuando iba de compras por el centro.

La italiana había citado a María Amor, Eleonora y Gabriel a las nueve y media. Para ello había reservado una mesa para seis personas, con asiento corrido en el fondo del local, que se continuaba con dos mesas más, separadas y prepa-

radas para atender a parejas, enfrente del asiento se colocaban sillas de madera individuales. Todo el local estaba pintado en un color amarillo ocre degradado. Los asientos corridos tapizados en tela, con colores mates de anchas rayas en tonos grises, rojo pálido y blancos, les conferían aspecto de colchón antiguo, se encontraban situados junto a la pared, logrando así un bonito contraste con las mesas vestidas con manteles de tono amarillo acorde con la pintura de todo el local. La mesa reservada por Lu era quizás la más acogedora del local, pues la pared donde se apoyaba el asiento corrido había sido vaciada de forma que permitía alojar dos columnas que dividían el fondo de pared en tres espacios, el primero, más ancho, estaba dividido por un balda central que servía para alojar diversos utensilios de cocina y piezas de aspecto precolombino. Los otros dos espacios se encontraban ocupados por una figura del dios Huitzilopochtli y por un jarrón de piedra volcánica lleno de flores.

En el asiento corrido, Gabriel se había sentado entre María Amor y Eleonora. Mientras que la mesa de al lado permanecía vacía.

Lu había comprado a Jacinto, por su aniversario, una moderna tableta multifunciones con proyector de imágenes incorporado, que era lo último conseguido por la tecnología de la empresa de la manzana.

Una espléndida sonrisa, un cóctel margarita y un beso cítrico y salado son el primer regalo que recibe Jacinto nada más traspasar la puerta del restaurante. La italiana ha conseguido que Jacinto quede un tanto fuera de juego, de modo que cuando intenta reaccionar, las felicitaciones a copa alzada de sus invitados consiguen hacerle regresar a la tierra.

Todos estaban de pie, pero Gabriel, con su metro noventa y su pedazo corpachón, destacaba especialmente. El resto de los ocupantes de las mesas miraban con curiosidad, algunos con esas ligeras sonrisas cumplidoras que mostramos cuando en el restaurante en el que nos encontramos aparece la clásica mesa que está celebrando un cumpleaños. Mientras que otros con sus caras no pueden ocultar su fastidio ante mesas que, como esta, suelen conllevar bastante algarabía.

Jacinto, feliz y emocionado por la sorpresa, besa a todas las chicas, abraza a Gabriel y continúa:

— ¡Vaya pedazo de bruja que estas hecha, Ludovica! ¿Así que querías que celebráramos mi cumpleaños con una cena íntima? —dice esgrimiendo una mueca de falso enfado, seguida de una abierta sonrisa.

—Pero bueno, ¿no me dices en privado que soy tu hechicera? —responde Lu, sin dejar de sonreír de forma coqueta, mientras le entrega un paquete con un enorme lazo de raso que confiere al envoltorio un aspecto bastante cursi.

Jacinto abre el paquete y se encuentra con una tablet de última generación totalmente extraplana, que tienen uno de sus bordes un pequeño orificio capaz de proyectar imágenes de hasta cien pulgadas en alta definición, sobre cualquier pared blanca.

—Magnífico, Lu, ¿cómo sabías que este era el modelo que más me gustaba? Pero te habrás gastado un dineral, y ya sabes que andamos un poco justos.

—Déjate de tonterías y pruébala a ver si funciona. ¿Por qué no la apoyas un momento sobre la mesa y conectamos el proyector?

Al desplegar la pantalla, Lu hace una señal al encargado del local, las luces se apagan y el aparato comienza a volcar sus imágenes sobre la pared de enfrente, en la que se había preparado una pantalla blanca y se habían apartado las mesas del fondo. La proyección muestra una tarta gigante empujada por unos cocineros y al encender las velas de su interior surge la silueta de una bella chica, con un cartel de «Feliz cumpleaños», que en este caso mediante un montaje digital aparece con la cara de Lu. Todos en el restaurante, incluidos los cara de acelga, aplauden y vitorean a la pareja. Jacinto se siente muy satisfecho y mirando a Lu le dice:

—Hace tiempo he estado soñando todas las noches con la misma persona, una persona que me quisiera, me amara, me apoyara... y hasta este momento creo que por fin la encontré. Te agradezco, amor mío, por estar a mi lado realmente, tú eres esa persona que todas las noches me quitaba el sueño y me hacía sonreír y aprovecho esta ocasión, rodeado de estos buenos amigos, para decírtelo públicamente.

— ¡Qué bonito! —dice Lu mientras besa en los labios a su novio.

— ¡Qué cursi! —comenta sin poderse reprimir su opinión Eleonora.

—Desde luego, Eli, no te cortas nunca, ¿no ves que están muy enamorados?, —comenta Gabriel, mientras observa la aquiescencia en forma de sonrisa comprensiva de María Amor.

—Ya, y estoy encantada de que se quieran tanto, pero perdonadme, a mí me ha hecho recordar a esas declaraciones públicas de amor que aún triunfan en algunos programas de televisión basura, como los que tantas veces hemos criticado —contesta Eleonora. Y continúa—: Venga, Jacinto, ¿de dónde has sacado la frasecita? Parece un pastiche de esos que algunos cuelgan en Facebook.

—La verdad es que miré algunas frases ideales de agradecimiento en la red para buscar una adecuada para decírsela a Lu, hoy, el día de mi aniversario. En fin, Eli, me has pillado, pero lo importante es que refleja perfectamente mis sentimientos hacia Lu.

La mayoría apuraban sus cócteles de Margarita y algunos tomaban los nachos del aperitivo, en espera de los platos principales, cuando un exabrupto procedente del sonido de una potente moto al aparcar, junto a los gritos procedentes de una fuerte discusión entre dos mujeres, les hace descorrer las cortinas de la ventana para observar cómo en la acera una chica con aspecto gótico, aunque con pelo teñido de rojo, discutía con otra con pinta de perroflauta de lujo y cresta verde.

— ¡Pero si es Ariazna! —comenta mostrando su asombro Eleonora nada más verla.

—No me lo puedo creer —apunta Lu.

—También es casualidad—dice Jacinto, mientras observa que la discusión para, y ambas se dirigen hacia el res-

Nada más entrar, Ariazna sonríe y sin mostrar ninguna discreción comenta en voz alta:

—Pero bueno, anda que avisáis. ¿No habíamos quedado en vernos?

—Lo siento, Ariazna —contesta Eleonora, mientras observa cómo la mirada penetrante de la del pelo granate se clava en ella.

—Nos alegramos mucho de volver a verte, nos divertimos mucho en la última reunión en casa de Eli —afirma Jacinto, mientras las invita a sentarse en la mesa de al lado.

La cena había comenzado, los platos de cochinita pibil, quesadilla flor, molcajete en sábana con queso, chile en nogada, tacos de pollo campana y guacamole con nachos y salsas, regados por cervezas, negra modelo y cocteles de tequila iban entrando en todos los reunidos. En la medida que el tiempo transcurría, los asistentes iban bajando sus defensas y así Eleonora, que venía especialmente gótica en su aspecto, se mostraba un tanto despegada de Gabriel, mientras que este departía entusiásticamente con María Amor. Las desavenencias entre Ariazna y su amiga habían hecho que esta última se marchara del restaurante de modo intempestivo. Ariazna, una vez que su acompañante se había ido se mostraba mucho más distendida y poco a poco comenzaba a charlar y a compartir gracietas y secretitos con Eleonora, que parecía ensimismada con las chanzas compartidas con la ecologista. Jacinto y Lu, por su parte, apreciaban cómo la reunión se había fragmentado. A medida que el tiempo transcurría, la intimidad de Ariazna con Eleonora se iba haciendo cada vez mayor. La ecologista había deslizado discretamente una mano por debajo del mantel de la mesa, que de forma aparentemente casual, rozaba el borde externo del turgente muslo de Eli, vestido por una media de malla negra, para continuar poco a poco, con la punta del dedo índice recorriendo de forma muy suave y circular toda la superficie del muslo; bajando lentamente hacia la rodilla, para luego subir progresiva y muy lentamente hacia el interior de la pecaminosa pierna. Al mismo tiempo que maniobraba, Ariazna iba observando, sin decir nada, cómo la cara de Eleonora no podía apenas disimular las sensaciones que estaba experimentando. Jacinto y Lu, a su vez, estaban tan acaramelados entre sí que apenas se enteraban de nada, hasta que Eleonora cierra los ojos y tras un suspiro profundo, curva su cabeza hacia atrás hasta chocar con las protuberancias de la estatua de Huitzilopochtli, que cae violentamente al suelo y se hace añicos.

— ¿Pero qué ha pasado? ¿Te encuentras bien, Eli? —pregunta un tanto sobresaltado Gabriel.

—Creo que me he mareado —asegura Eli. Mientras no puede evitar ocultar «el corte» que siente por lo acontecido y que se traduce en una cara totalmente acalorada, que resulta especialmente evidente, en una persona en la que su tez, bien por la utilización de cremas de alta protección, o por maquillajes de polvo de arroz, suele estar siempre muy cercana a la blancura marmórea.

—Posiblemente el calor y el tequila —insinúa María a modo de disculpa.

Jacinto pide algo de hielo, lo lía en una servilleta de tela y lo coloca sobre la frente de la accidentada.

Ariazna, mira con complicidad a Eleonora, y continúa:

—Me parece que estás mucho mejor. Con lo bien que lo estábamos pasando.

—Sí, creo que ya se me ha pasado.

Tras el incidente, la cena continuó sin más sobresaltos, parecía hacer honor a la consabida frase «después de la tempestad viene la calma». Todos ellos conversaban entre sí, de forma ligera, como para no hacerse daño. Jacinto había pedido la factura indicando que incluyeran los desperfectos ocasionados. El encargado del local le comentó que de momento no se lo reflejaría, pues aunque la figura era muy grande y espectacular, no era más que una reproducción, eso sí, traída de México, por lo que consideraba que su valor no era excesivo y además pensaba que el seguro del restaurante se haría cargo de la misma. Solo acordó, ante la insistencia de Jacinto, comunicarle su importe si el seguro no la pagaba.

—Bien, ¿por qué no vamos a tomar algo a las cuevas de Sandó? —sugirió Gabriel, mientras agarraba por la cintura a María, que trataba de que no se le notara cómo le agradaba la presencia cercana del bombero—. No sé si conocéis el sitio.

—Claro —contesta Ariazna—. Es un bar de copas que surgió allá por el comienzo de este siglo, y que se ha vuelto a poner de moda. Se trata de una construcción que pertenecía a la Inquisición, sobre la que se levanta en la actualidad el Hotel Mercure. Realmente es un sitio muy original. Las paredes son de ladrillo visto y los suelos son transparentes con cables de colores.

—Además, podemos ir dando un paseo, está relativamente cerca de aquí —apostilla el bombero, que sigue manteniendo agarrada a María.

Estando todos de acuerdo, se encaminan hacia el bar, formando una hilera en la que van hablando emparejados Gabriel y María, Ariazna y Eleonora, y cerrando Jacinto con Lu. La noche es fresca y agradable, los primeros olores primaverales comienzan a difundir de forma discreta su mensaje renovador. A medida que avanzan, las parejas formadas se van distanciando poco a poco, sin apenas darse cuenta, enfrascadas cada una en sus conversaciones particulares. En una de las revueltas Ariazna y Eleonora deciden perderse sin decir nada a nadie. Ariazna manda un mensaje a Gabriel, como excusa: «Eli, esta algo traspuesta, por lo que ha preferido ir a su casa, no os preocupéis, que yo la acompaño. Divertíos: la noche es joven y huele a Jazmín».

Gabriel espera que Jacinto con Lu se acerquen y les informa del mensaje recibido.

—Desde luego no me esperaba que estas dos reaccionaran así —comenta Lu un tanto contrariada.

—No pasa nada, yo creo que han bebido mucho —contesta Jacinto tratando de disculparlas.

—¿Y tú qué opinas, Gabriel? —pregunta Lu, que sigue un tanto mosqueada.

—A mí no me importa lo que hagan esas dos esta noche. Eleonora y yo sólo somos amigos, por lo que nuestra relación está totalmente libre de malentendidos. Además, esta noche creo que salgo ganando —afirma el bombero mientras esboza una sonrisa maliciosa dirigida hacia María, que le mantiene la mirada y le sonríe con aparente complicidad.

Los cuatro se reúnen y juntos se dirigen ya formalmente emparejados hacia las profundidades de las cuevas de Sandó. Jacinto y Ludovica piden dos gin-tonics de Martin Miller, Gabriel pide una Coca-Cola light y María un cóctel morado, que le atrajo por sus colores al contemplar las fotos que se mostraban en la carta de bebidas. La música, junto a la iluminación procedente de los cordones luminosos de colores cambiantes que discurrían como serpientes interminables a lo largo del suelo excavado y transparente del local, lograba un ambiente agradable y ciertamente estimulante. María y Lu comienzan a seguir el ritmo de la música, al principio suavemente, para poco a poco ir incrementando su sensualidad al mismo tiempo que tomaban con sus manos las de sus parejas. Tanto Jacinto como Gabriel, casi sin darse cuenta, se encuentran bailando con sus acompañantes, cada vez más pegados. María discretamente roza intermitentemente sus encantos, de forma aparentemente casual contra el bombero. Gabriel, ante los agradables estímulos recibidos, tensa su corpachón y atrae, ya sin ningún disimulo, a María. La abraza con seguridad y firmeza, pero sin brusquedad. Realmente, el tipo era un maestro en esto de «abrazar a las mujeres, que habitualmente imploraban su salvamento».

El deseo interno que habita en la aparentemente recatada María, le pide ser liberado. La atracción que siente en ese momento por Gabriel parece diluir la imagen idealizada de André. Las fuertes manos del bombero, y un discreto olor a paja y heno, mezclado con los suaves efluvios de la gota de Paco Rabanne que este se había puesto después del afeitado parecían impregnar y nublar toda su conciencia. El cóctel con flores de violeta elegido por María termina por des- armar cualquier defensa. María se siente como flotando, necesita el contacto del corpachón duro y musculado de Gabriel. Por lo que, después de provocar algunos roces, insinuaciones e inmersiones sobre la mirada del bombero, logra que la bese suavemente en el cuello, para terminar juntando sus labios. Mientras, aparentan bailar agarrados al compás de la música, que en esos momentos se estaba proyectando sobre los sentidos de la pareja. Finalmente, María y Gabriel, después de algún rato en el que apenas han hablado con Jacinto y Lu, se despiden de ellos con la increíble excusa del cansancio acumulado para ir a tomar la clásica última copa en la casa del

bombero. Para ello, deshicieron el camino andado y volvieron abrazados hacia la taquería, donde Gabriel había dejado aparcada su Harley.

La potente moto del bombero rugía con un sonido bronco, amordazado por un silenciador, que no impedía que la vibración penetrara de forma acompasada en los exacerbados poros de María, que al mismo tiempo notaba cómo el aire penetraba por sus pantalones, hinchándolos durante la marcha, mientras abrazaba fuertemente el torso de Gabriel, con la manida excusa de mantener el equilibrio durante las curvas.

La casa del bombero era prácticamente un templo de culto al cuerpo. Pertenecía a una de esas urbanizaciones del sector norte de las afueras de Madrid que tienen piscina en su parte central, rodeada de soportales y pequeños jardines individuales, a los que les habían vendido la planta baja. Una de las puertas de los soportales conectaba directamente con un gimnasio bastante grande en el que se encontraban todo tipo de máquinas de musculación, pesas, mancuernas y camillas con soporte para halterofilia.

Eran las cinco de la mañana y el patio de la urbanización se encontraba totalmente desierto. Gabriel, nada más entrar, se empeñó en enseñar a María el gimnasio. Abrió con una pequeña llave la puerta metálica. Encendió las potentes luces hasta que toda la sala quedó iluminada y llevó a María hacia una de las espalderas de madera que abundaban en la pared. María no opone ninguna resistencia y nota cómo los potentes brazos del bombero elevan los suyos, y los colocan hacia atrás de forma que esta pueda sujetarse abrazando las barras superiores de la espaldera de madera con sus manos. En ese momento, Gabriel la abraza con seguridad y firmeza, presionando totalmente su cuerpo contra el de ella. El gozo de María fue tan intenso que casi le hizo perder la conciencia. Desde aquel encuentro María, entró en una relación con Gabriel, como las que al bombero le gustaba tener con sus amantes, es decir, encuentros o viajes pactados, pero sin reproches y con libertad total. De alguna manera, María era consciente de que había sustituido a Eleonora desde aquella noche. Pero María a pesar de que su sexualidad había sido totalmente liberada por Gabriel, notaba que le faltaba algo.

En una tarde como cualquier otra, María había quedado con una íntima amiga, de la infancia. De esas pocas personas en las que uno confía y que sólo llama en caso de necesidad y justo ese, era uno de esos momentos, que necesitaba compartir la zozobra interior que la atormentaba.

El lugar era una pequeña cafetería del centro, de esas que tienen mesas de mármol, cafés y pasteles y están llenas de un público ciertamente variopinto, una de esas, en las que el revuelo de sonidos solapados aseguran de alguna manera la intimidad de las conversaciones. En este clima, y trascurrido un rato de charla intrascendente, por fin María dirigiéndose a su amiga con los ojos vidriosos le cuenta la doble atracción que siente por un lado hacia el bombero y por otro hacia el atractivo psicólogo. Tras describir cómo percibe las particularidades de cada uno continúa ya abriéndose hacia su amiga:

—Estoy luchando en la oscuridad y sólo yo sé lo que sufro, he perdido el sentido. Realmente me encuentro desconcertada. Cuando me encuentro con Gabriel, mis deseos más primitivos me salen a flor de piel. El recuerdo del olor de sus encuentros enerva totalmente mis sentidos y noto cómo la humedad del deseo inunda mis entrañas. No lo puedo remediar, pero sin embargo cada vez que termino mi batalla sexual con Gabriel, casi inmediatamente, mis pensamientos se dirigen a André. Es como si deseara que hubiera sido André el protagonista de los momentos vividos. De alguna manera me siento culpable.

— ¿Hasta dónde has llegado con André?

—Realmente he sentido por él una gran atracción, creo que correspondida, pero sin más que algún roce con las manos. Me parece que André no quería llegar más allá. Es como si a los dos nos diera miedo profundizar en nuestra relación.

— ¡Ya! —contesta la amiga, sin poder ocultar su escepticismo, y continúa—: Mira, María, me parece que lo que tienes que hacer es desentrañar de una vez cómo te puede ir con André. En definitiva, creo que debes materializar el amor platónico que sientes hacia el psicólogo.

—El problema es que yo veo a André como algo más que un mero amante ocasional.

—De acuerdo, pero no puedes continuar así. ¿Y si le llamas y le cuentas lo que te pasa?

— No sé si me atreveré. Además, tampoco sé si debo contarle mi relación con Gabriel con pelos y señales. Puede que esto le produzca un cierto rechazo hacia mí. A lo mejor no lo entiende.

—Tal vez eso sea lo mejor, además, ¿no me has dicho que André es psicólogo? Pues entonces entenderá mejor que otros lo que te pasa.

Había transcurrido tres días desde la charla de María con su amiga sin que esta se hubiera decidido a contactar con André, cuando recibió un mensaje en su smartphone. Era de Gabriel, le proponía un viaje a Marrakech, pues la Comisión Europea de Inspectores de Seguridad Sanitaria, a la cual pertenecía Gabriel, había aprobado unos fondos destinados a la integración normativa con los países emergentes africanos y la convención se desarrollaría en esta mágica ciudad. Nada más leer el mensaje, María nota cómo se le acelera el corazón. Nuevamente surge la tentación en forma de bombero. El primer impulso era rechazarlo y llamar a André para aclarar sus sentimientos, sin embargo, prefirió esperar a darle su respuesta después de haber contactado con André. Después de muchas dudas, se decide y telefonea a André. Tras varios tonos, contesta una voz femenina, que no puede evitar que se note que ha contestado el teléfono de forma apresurada.

—Sí, dígame.

—Hola, quería hablar con André.

Y con un descarado «¡Amor, te llaman al teléfono!», la chica de la voz ajetreada avisa a André, que desde lejos no puede evitar decir:

—Desde luego hay gente oportuna. ¿Quién es?

La mujer no había tenido la precaución de tapar el teléfono, con lo que María pudo oír la última frase, por lo que decidió no contestar cerrando bruscamente la llamada. Se sentía mal y muy decepcionada, aunque esto facilitó bastante su

decisión. Sin dudarlo decide aceptar el ofrecimiento de visitar Marrakech junto Gabriel.

El avión de las líneas aéreas Royal Air Maroc había partido a las seis de la tarde y después de dos horas, estaba a punto de aterrizar en el aeropuerto de Menara. Gabriel se encontraba adormilado mientras María leía tranquilamente una revista, aunque entre línea y línea, de vez en cuando miraba las perfectas facciones del bombero, mientras este exhalaba un pequeño y desagradable ronquido agudo que le hacía perder parte de su encanto. María le intenta despertar suavemente y este responde bruscamente con un pequeño sobresalto:

— ¿Qué pasa?

—Nada, que ya estamos llegando. Creo que estabas soñando.

—Es que he tenido una semana muy intensa de trabajo para preparar la ponencia que tengo que presentar. Normalmente suelo ir solo a este tipo de eventos y aprovecho el tiempo que permanezco en los aviones para echar una cabezada. Disculpa mi desconsideración hacia ti.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente. Yo también he aprovechado y mientras hojeaba la revista creo que también he perdido un poco el contacto con la realidad.

—El caso es que ya estamos en Marrakech. ¿Estás contenta?
—pregunta Gabriel, buscando la aquiescencia de María.

—Sí, por supuesto, me ha hecho mucha ilusión que me invitaras a venir
—contesta María con tono bajo, pícaro y discreto, junto al oído, mientras roza con su mejilla la del bombero.

—Debo confesarte que tenía mis dudas sobre que aceptarás venir conmigo —dice Gabriel, que se muestra satisfecho del tono suave y envolvente, que emplea María—. Lo digo porque últimamente te notaba un poco distante. ¿No habrás estado enfadada conmigo?

—Por supuesto que no. La verdad es que he estado un poco confusa. Como decís algunos, cosas de mujeres.

— ¿No lo dirás por mí? No me considero nada machista.

—La verdad es que no es nada personal hacia ti, pero aún en estos tiempos, la mayoría de los hombres tenéis un cierto toque... un tanto machista. Me parece que no lo podéis remediar, son muchos siglos los que hay que corregir.

—Ya, pero luego os quejáis si no somos galantes con vosotras.

—Desde luego, y esto lo digo por mí, nos suele gustar la galantería bien entendida. Vuestros detalles de consideración dirigidos a nosotras nos aseguran que la persona con la que estamos es sensible a nuestros esfuerzos por gustaros.

—Estoy en parte de acuerdo contigo, pero sólo en parte, de alguna manera muchas mujeres sois ciertamente, en mayor o menor medida, esclavas de vuestra imagen, no sólo para gustar a los hombres. Realmente os interesa mucho gustaros en primer lugar a vosotras mismas y en segundo lugar a otras mujeres. Posiblemente el máximo crítico de una mujer, suele ser otra mujer. He observado que muchas de vosotras mantenéis una cierta preocupación por vestir adecuadamente vuestros pies. Pues bien, el porcentaje de hombres que se fijan en los pies de una mujer cuando la conocen es realmente bajo. La realidad es que, a excepción de un diseñador de zapatos o de un fetichista de los pies, los hombres no nos fijamos en el calzado. Eso sí, notamos si la mujer está incómoda, o le están destrozando los pies, o no sabe caminar con ellos.

—Tengo que darte la razón, vosotros nos juzgáis, al menos al principio, más por nuestro físico que por otras virtudes que podamos tener. Yo también podría simplificar mucho la cosa diciendo que los hombres os fijáis básicamente en nuestro pecho y en nuestro trasero. Algunos sois más de fijarse en la delantera y otros en la retaguardia.

—Veo que estamos entrando en el mundo de los tópicos, aunque tengo que decirte que sí, que tienes bastante razón —dice Gabriel empleando un tono ya jocoso—. Algunos nos fijamos en las dos cosas. Bien, bromas aparte, sí que es verdad que, en general, el físico nos importa bastante a la mayoría de los hombres, pero también nos influyen otras cosas como la sonrisa. La boca

de una mujer es lo que primero suele llamar la atención de un hombre. No sólo por los labios o los dientes, también expresa mucho de ti, de tu personalidad e intenciones. Una risa femenina es quizás uno de los sonidos más sexis que un hombre puede escuchar. La otra gran atracción proviene de los ojos. La mirada de una mujer puede llegar a engancharte. De hecho, una de las mayores atracciones que siento por ti proviene de tu dulce, cálida y en ocasiones picante mirada.

Durante un breve instante María no puede evitar recordar la mirada modulada y cambiante que empleaba André en sus encuentros con ella. Pero tras autocensurar su recuerdo continúa su conversación con Gabriel.

—Desde luego no sabía que supieras tanto de la psicología femenina —dice aplicando su azul mirada, en esos momentos picara, sobre el bombero.

—No puedo remediar mi admiración por las mujeres, he tenido bastantes experiencias y no siempre positivas. Pero me parecen unos seres fascinantes, que tiene toda mi admiración. Aunque debo confesarte que en muchas ocasiones no os entiendo.

—Seguimos hablando de tópicos y más tópicos —interviene María, que no puede reprimir su contestación—: Lo cierto es que tú sabes perfectamente que eres un hombre francamente guapo y atractivo, es decir, tu éxito está garantizado. Es más, podrías estar conmigo o con cualquier otra.

¿Qué habrías hecho si te hubiera dicho que no quería acompañarte a Marrakech?

—Me hubiera venido solo y muy triste —contesta Gabriel, sin poder evitar que en su contestación se trasluzca un cierto cinismo.

Ante esta última contestación, María prefiere no continuar con la conversación, pues ella sabe que en el fondo comparte con el bombero en este viaje, la idea de pasarlo bien sin más transcendencia ni compromiso.

El comandante del avión informa de que tomará tierra en cinco minutos en el aeropuerto de Menara, y tras las consabidas frases de bienvenida y saludos de toda tripulación, anuncia que hay una temperatura de veinticuatro grados y que está lloviendo de forma moderada. Nada más bajar del avión, Gabriel cubre

con su chaqueta la cabeza de María. Una vez más, el comportamiento del seductor bombero continuaba siendo el esperado. Lograba acentuar su atracción física con un carácter francamente encantador. En definitiva, tenía a María con esa sensación de ser tratada como una princesa. Pero sin embargo, continuaba sin poder eliminar de su mente la figura de André. Este viaje podía ser la prueba de si iba a ser capaz de superar la decepción sufrida tras su llamada a André.

De los hoteles que habían sido ofertados para la reunión, Gabriel había escogido un hotel céntrico. Los Jardines de la Kotubia era un hotel de cinco estrellas capaz de transportar a sus clientes a un entorno de palacio de Las mil y una noches.

La entrada del hotel tenía una apariencia discreta. Se encontraba en una pequeña calle cercana a la archiconocida plaza de Yamaa el Fna. Seguía, de alguna manera, los principios de la antigua filosofía árabe que tratan de mantener la belleza y el lujo en el interior. Nada más llegar el taxi a la puerta, un enorme botones de color cetrino, perfectamente uniformado les abre la puerta, les da la bienvenida en español y descarga las maletas en un carro de tubos dorados preparado para tal fin, para posteriormente arreglar el papeleo, entrega de pasaportes en recepción y acompañarles hasta la chambre.

La habitación era enorme, se podía asimilar a cualquier suite de los mejores hoteles del mundo, pero con ese toque especial capaz de recordar el lujo más sofisticado de la cultura árabe. Junto al sofá habían preparado, sobre una mesa baja y grande de cristal con labrados dorados de motivos florales, una cesta de frutas y una botella de agua mineral muy fría. En la zona del dormitorio había una enorme cama vestida con una sencilla pero impoluta colcha blanca, en la que se habían vertido artísticamente pétalos de rosa en forma de corazón. Y en el centro de ella destacaba una sobre colcha colocada en forma circular coronada por una flor amarilla. Las diferentes estancias que componían la habitación estaban diferenciadas por amplios arcos de herradura, que conferían al conjunto un cierto halo misterioso y acogedor. De alguna manera, recordaban las películas de lujo e intriga, rodadas en el Hollywood de los años 60, que basadas en las novelas de Agatha Christie o de Alfred Hitchcock, se desarrollaban en lugares exóticos. Un enorme ventanal permitía ver el patio

ajardinado del hotel rodeado por arcos de gran belleza y altura, alguno de ellos polilobulado, que daban paso a diversas estancias de apoyo, como los comedores, bares, salas de estar o de juego. En el centro, una piscina con dos rectángulos de diferente tamaño, se encargaba de transmitir los reflejos nocturnos de una iluminación perfectamente estudiada.

Una vez entregada la propina en monedas de euro mediterráneo, el botones se despide con una ligera inclinación cerrando la puerta con suavidad.

— ¡Qué bonito, Gabriel! —exclama María, mientras se cuelga literalmente del corpachón del bombero.

—Me habían hablado muy bien de este hotel, pero desde luego la primera impresión supera todas mis expectativas —contesta Gabriel mientras mantiene abrazada a María.

—Habrá que salir a cenar —propone María, sin despegarse de Gabriel.

—¿Tú crees? —contesta el bombero, mientras comienza a acariciar suavemente con un dedo los labios de María, que cada vez aprieta más su cuerpo contra el de bombero.

Ambos se funden en un prolongado beso. Gabriel eleva a su delicada y atractiva compañera, tomándola a horcajadas, liberando sus pies de cualquier apoyo sobre el suelo. María siente que vuela y se abandona ante el empuje y fogosidad de su amante. El encuentro sexual se prolonga durante varias horas, es intenso, y lleno de sensaciones hasta que ambos caen rendidos sobre la superficie de la cama y se duermen abrazados.

Habían transcurrido algunas horas desde que la pareja se había deslizado suavemente en los brazos de Morfeo, cuando un sonido agudo y penetrante al principio, para luego continuar jadeante y entrecortado, despierta bruscamente a María. El sonido procede de Gabriel, que está tumbado boca arriba letárgicamente dormido y emitiendo unos ronquidos que podrían asimilarse a los de un oso enfurecido.

María se levanta de la cama, bebe un vaso de agua fría, nota que está cansada, los ronquidos del bombero no le permiten conciliar el sueño, así que decide quedarse sentada en el sofá Chester de cuero, arropada con una

exótica manta, de imitación piel de pantera, que se encontraba doblada en uno de los brazos del mismo. A pesar de los desagradables sonidos que continúan llegando desde la cama, el cansancio la puede y termina dormida, pero mal tumbada en el sofá.

La mañana aún no había comenzado a clarear cuando los sonidos de los muecines desde los minaretes llamando a la oración se prodigan por toda la ciudad a partir de los diversos altavoces colocados en las torres más elevadas. María se vuelve a despertar, esta vez totalmente contracturada y dolorida. Nota un intenso dolor en la zona cervical, cuando intenta mover el cuello. Mira el reloj que marca las cinco y veinte. Mientras, Gabriel continúa con su concierto nocturno de sonidos disonantes, que María percibe como muy desagradables. Está muy cansada, necesita dormir pero se encuentra totalmente desvelada. Recuerda tener en su bolso marrón un tubo de pastillas contra el insomnio, que sólo toma de forma ocasional, cuando se encuentra tensa antes de dormir. Tras mirar en la maleta buscando sin éxito el bolso, un vago recuerdo sitúa el añorado objeto cerca de la maleta antes de cerrarse, probablemente se ha quedado en Madrid. Continúa desvelada y se vuelve a tumbar en el sofá, dejando que el tiempo transcurra, pero sin poder dormir. Mientras está acostada, a pesar de haber cerrado los ojos, no puede evitar volver a pensar en André, ¿Quizás tomó la decisión de aceptar el viaje de una forma precipitada? Si por lo menos hubiera podido hablar con André, a lo mejor este le habría dado alguna explicación. Pero por otro lado, ¿qué derecho tenía ella a pedir algún tipo de explicación al psicólogo? Si ni tan siquiera eran pareja ocasional como con Gabriel. En definitiva, las nieblas de la duda se iban apoderando de ella sin que en este caso la almohada le diera ningún tipo de respuesta. Sin apenas darse cuenta, vuelve a caer rendida por el cansancio, hasta que la voz varonil y agradable de Gabriel, le susurra suavemente al oído:

—María, cariño, ¿qué te ha pasado? ¿Qué haces en el sofá?

— ¡Uf!, qué mal he dormido. Anoche me desvelé y no he pegado ojo. Me encuentro fatal.

—Con lo bien que lo pasamos. ¿Tienes algún problema?

—No, realmente no. Solamente que anoche roncaste bastante y no pude conciliar el sueño.

—Cuánto siento haberte despertado —responde Gabriel un tanto atribulado.

—Ya, pero en otras ocasiones que hemos dormido juntos nunca había notado tus ronquidos.

— ¿Eran muy fuertes? —pregunta con cierta preocupación el bombero.

— ¿Te soy sincera?

—Sí, por favor.

—Eran auténticos bramidos. Realmente pensé que te pasaba algo. A punto estuve de despertarte.

—Yo sabía que desde hace tiempo respiro peor por la noche, pero no me imaginaba hasta qué punto esto se podía translucir en ronquidos.

— ¿Desde cuándo has tenido esos problemas al respirar por la noche?

—Me parece que desde que tuve complicaciones con un implante dental, que terminó provocándome una sinusitis, que fue tratada con antibióticos, durante más de un mes.

— ¿Y qué paso con el implante?

—Lo perdí. Y tuvieron que hacerme un puente desgastando algunas piezas.

—Pues realmente te ha quedado bastante bien. No se te nota nada —afirma María, tratando de animar al apesadumbrado Gabriel.

—Ahora lo más importante es tratar de solucionar lo que te pasa. Seguro que después de haber mal dormido encogida en el sofá tienes algún dolor. ¿Te duele el cuello?

—No lo sabes tú bien, no sólo me duele el cuello. Podría afirmar casi sin equivocarme, que me duele todo el cuerpo, o mejor que no sé cuál es la parte que no me duele.

—Me parece que puedo tener la solución a tus problemas. ¿Qué tal si bajamos a desayunar al comedor y te voy contando?

—De acuerdo, bajemos —acepta María, encantada por la aparente preocupación de Gabriel por sus algias diversas.

El comedor del hotel podía ser para muchos una auténtica delicia, con un lujo absolutamente indiscreto y barroco plagado de orientalismos, que sin embargo habría espantado a cualquier fanático del minimalismo. Las paredes se encontraban totalmente enteladas en seda con brocados geométricos de tonalidades carmesí hasta terminar en un alto techo. Sobre ellas se habían puesto cuadros con motivos árabes y bereberes. Presidiendo el centro de uno de los muros, se abría una gran chimenea de ladrillo visto, enmarcada hacia fuera por un arco de medio punto muy ancho de color gris oscuro, que conseguía un gran contraste con los colores de la pared. A ambos lados de la chimenea, dos enormes candelabros dorados parecían custodiar un bonito brasero de latón colocado en su interior. Los suelos estaban cubiertos por gran cantidad de alfombras de diversos tamaños. Mesas redondas y cuadradas se alternaban con sillones tapizados en terciopelo y bancos corridos de respaldo brochado. En todo el conjunto predominaban los colores carmesí. Finalmente, en la pared del fondo se había colocado un gran espejo, circunscrito por un marco de madera con forma de arco árabe que daba la sensación de continuarse con una segunda sala. La bella lámpara central y los exóticos apliques de las paredes, con sus luces indirectas transmitían al salón un aire exótico y de lujo algo decadente. El bufé del desayuno ofertaba todo tipo de manjares y viandas, tanto calientes como frías, incluyendo champagne y derivados del cerdo.

A pesar de la variada oferta gastronómica, María sólo tomó unos dátiles, un cruasán y un café con leche. Mientras que Gabriel desayunó huevos con bacon, zumo de naranja, un plato variado de embutidos y un café con cereales. A propósito del desayuno, nuevamente surge el contraste de pareceres, entre María y el bombero.

—Qué poquito desayunas, María.

—Suelo desayunar algo más cuando estoy de viaje, sobre todo en hoteles tan espectaculares como este. La verdad es que el no dormir me ha dejado hecha polvo. En cambio tú no se puede decir que te hayas quedado con hambre.

—En mí es lo habitual, tengo la suerte de no engordar. Además, mi profesión me hace mantenerme en forma. Es obligatorio que todos los días hagamos dos horas de gimnasio.

—Qué suerte. Nosotras la mayoría de las mujeres, cuando cumplimos cierta edad tenemos que cuidarnos mucho en cuanto a la alimentación para no engordar, aunque algunas les ocurren lo contrario y entran en una fase de adelgazamiento pertinaz. Se suele decir en tono jocoso, que llegadas a cierta edad las mujeres «se ajamonan» cuando engordan o se «amojaman» cuando adelgazan demasiado y adquieren esas arrugas acartonadas que permanecen en el tiempo y las hacen demandar cirugías a veces innecesarias.

—Pero tú estás estupenda, María —afirma Gabriel intentando ser amable.

— ¿No me estarás llamando vieja? —dice sonriendo María, tratando de poner nervioso al bombero, que se queda un tanto desarmado sin saber qué responder.

Al observar que Gabriel esta out María opta por cambiar de conversación.

—Antes de bajar a desayunar me dijiste que tenías una posible solución a la mala noche que he pasado.

—En efecto —contesta ya aliviado por haber podido salir del bucle dialéctico en el que se encontraba—. Estamos en una ciudad famosa por sus Hammamas.

— ¿Qué son los Hammamas? —pregunta mostrando un interés un tanto artificial, María, que el fondo se siente algo decepcionada por la falta de defensa del bombero.

—Tienen su origen en las termas romanas. Un Hammam es un baño árabe tradicional en el que la limpieza se hace básicamente a través de vapor y

exfoliación de la piel, pero también ofrecen masajes. En estos baños trabajan masajistas profesionales. Además es un lugar de reunión, especialmente para las mujeres. Me han informado de que hay dos posibilidades: los llamados tradicionales y otros, que se consideran más turísticos y se parecen más a los tratamientos de spa de cualquier hotel internacional. Los primeros se encuentran situados en cada barrio de Marrakech, generalmente cerca de las mezquitas, ya que tradicionalmente compartían el agua con éstas. Estos baños, tienen distintas estancias para hombres y mujeres o simplemente distintos horarios. La entrada y servicios son bastante baratos.

— ¡ Caray! Cuánto sabes de baños y masajes; seguro que ya los has probado alguna vez —contesta María, que como siempre no puede evitar mostrar un cierto tono irónico, cuando el pobre Gabriel intenta demostrar a su bella acompañante que es algo más que un saco armónico de músculos.

—No tiene ninguna importancia, mis conocimientos vienen de ese señor que nos busca todo lo que no sabemos de modo inmediato.

— ¿A quién te refieres? —pregunta María, de modo aparentemente inocente, para no chafar la «ingeniosa respuesta» del bombero.

—Al señor Google —contesta auto complacido Gabriel, que sigue sin darse cuenta de que en las conversaciones con María, suele terminar casi siempre noqueado.

— ¿Tú vendrías conmigo? —pregunta María, esta vez adquiriendo el papel de rubia desvalida que necesita protección.

—Hoy me va a ser difícil, es el día del congreso en que se presentan las ponencias más importantes.

—Ya, lo comprendo, pero es que en realidad a mí me gustaría visitar un Hammam tradicional, estoy segura de que es mucho más auténtico. Si de verdad queremos converger los europeos con otras culturas, es importante conocer la realidad de las mismas. No debemos estar siempre bajo la protección que nos brindan esas burbujas de los paquetes turísticos que nos alejan de la realidad.

—Totalmente de acuerdo. Algunos viajes se programan como si los viajeros fueran a visitar Disneylandia —contesta Gabriel, esta vez con una respuesta, que por fin satisface a María.

—Me parece que me voy a atrever —contesta una decidida María.

—El señor Google me ha dicho que para visitar un baño tradicional debes llevar toalla, chanclas, jabón negro y un guante de kessa, de todo ello te puedes aprovisionar en cualquier bazar. Una vez dentro, tan sólo tienes que dejarte llevar. Además, tu dominio del francés es muy bueno. No creo que tengas ningún problema —afirma sin demasiada convicción el bombero—. ¿Y cómo piensas ir? ¿Tendremos que contratar algún guía? —continúa preguntando Gabriel.

—Claro, eso es lo fácil, es lo que haría cualquier turista, como los que acabamos de criticar. No te lo he dicho, pero desde muy joven, me ha apetecido tener una cierta aventura en un país exótico, como este. Pediré un mapa e información en el hotel y con eso será suficiente. Primero me acercaré al bazar, que está aquí al lado, para comprar una toalla, las chanclas la manopla y ese jabón tan raro, ¿qué se llama?

—Jabón negro, y el guante es de Kessa. ¡Pero estás loca!, eso que dices es verdaderamente peligroso —contesta un tanto alterado Gabriel—. No puedo entender qué pretendes, María.

— ¿Es que piensas que no soy capaz de resolver ese pequeño desafío? Me llevaré el móvil y avisaré en la recepción del hotel, por si necesito algo. Realmente creo que no debes preocuparte. Vete tranquilo a tu reunión y esta noche nos vemos.

Tras el desayuno Gabriel sube a la habitación para terminar de arreglarse. Elige un espléndido traje gris oscuro camisa blanca y corbata en tonos verdosos, acorde con sus ojos. Se siente seguro de su aspecto y pasa a despedirse de María, que está en ese momento pidiendo un mapa en recepción, antes de subir a la habitación. Espera que esta suba a la habitación, le dice al chofer que está en la puerta, que le espere un momento. No quiere dejar sola a María en el bazar, ni en los baños, pero tampoco quiere ofenderla

tratándola con una protección que la rebelde María podría tildar de machista encubierta. Por lo que decide acudir discretamente al enorme botones, que fue tan amable durante su recibimiento, para proponerle que él o algún conocido, vigilen discretamente a María, en sus primeras andanzas en solitario por el complicado entramado de callejas del gran bazar de Marrakech.

Al salir sola por la puerta del hotel, María tiene una sensación de libertad que hacía mucho tiempo no notaba. Enseguida ve la preciosa torre de la Kotubia, rodeada por nubes, que resaltan la belleza del monumento. Llega a una amplia avenida de suelos embaldosados en colore grises, que contrastan con los colores asalmonados de las fachadas de los edificios circundantes. En uno de los lados, junto a un jardín en el que destacan palmeras diversas, hay una amplia fila de coches de caballos a la espera de los turistas. María siente la tentación de alquilar una de esas calesas, pero desiste de ello, pues su principal reto es el de buscar por sí misma uno de esos baños de masajes tradicionales sin ningún guía o ayuda local de tipo turístico.

Después de girar a la izquierda desde la avenida, María llega a la famosa plaza de Yamaa el Fna, que se muestra como un amplio espacio de forma irregular, de ella parten en todas direcciones una serie de callejuelas que dan como resultado un complicado laberinto. A pesar de que con el paso de las horas, la plaza se irá llenando de vendedores ambulantes, cuenta cuentos, vendedores de agua, vendedores de dentaduras postizas, malabaristas, faquires, etcétera María observa cómo en ese momento de la mañana la plaza aparece tranquila y somnolienta, con un despertar perezoso en el que predominan los coches de los proveedores y el ruido de los puestos de las diferentes descargas de alimentos y frutas. Los comerciantes y sus empleados comienzan a desbrozar sus tenderetes. Una de las muchas callejuelas en la parte norte de la plaza, está señalada en el mapa que le dieron en el hotel como la entrada principal del Zoco.

Al penetrar en ella, algunos vendedores intentan atraer a María hacia sus puestos, la mayoría lo hace de forma amable, y otros quizás demasiado insistente. La ofrecen todo tipo de mercancías babuchas, chilabas, lámparas, muebles, alfombras... El trasiego de personas, junto con los olores, sonidos y colores envuelve a María en una especie de mareo agradable, que la hace

sumergirse en la corriente humana en busca de todo lo necesario para lograr el ansiado masaje. Quiere encontrar uno de esos baños tradicionales que utilizan los habitantes locales. El problema surge porque después de preguntar a varios comerciantes, estos le habían dado instrucciones contradictorias sobre dónde debía acudir para conseguir todos los artilugios que, junto al jabón negro, le había recomendado Gabriel. Casi todos ellos tenían algún primo o hermano que aseguraban tenía los mejores productos por ella requeridos, además de afirmar que si los encontraba más baratos, «era porque no eran de buena calidad». Un simpático comerciante con bigote y pelo rizado de edad mediana, termina ofreciéndose para acompañarla hasta la farmacia de productos naturales que regenta un primo suyo. Después de comprobar las dificultades de orientación que estaba teniendo, decide aceptar la invitación del vendedor. Este llama a un adolescente, que se encontraba en el puesto de babuchas de enfrente, para que vigile su negocio, mientras se encamina a acompañar a la atractiva turista. Tras deambular por varios corredores con puestos y realizar diversos giros por callejas a cual más estrecha, por fin llegan a un portal, donde se agrupan en su entrada algunos europeos y varios japoneses. María siente que a pesar de sus esfuerzos no ha podido escapar a su condición de turista, por lo que opta por seguir las instrucciones de su improvisado guía, para terminar uniéndose al grupo que va a visitar la farmacia tradicional. Una mujer con pañuelo de colores les hace pasar a una habitación con bancos corridos, donde después de sentarse aparece un hombre moreno de pelo liso y mediana edad, que viste una bata blanca recubriendo su chilaba, que sobresale por el cuello de la bata. El presentador vendedor se coloca de pie detrás de un pequeño mostrador transparente lleno de bolsas, con todo tipo de productos cosméticos, aceites, jabones, cremas, perfumes...La pared de detrás se encuentra llena de estanterías que llegan hasta el techo en las que hay una gran cantidad de tarros de cristal, unos con contenido líquido, otros con polvos o triturados y otros con pastillas. Los colores de las sustancias mantenidas en los recipientes variaban desde el líquido más transparente hasta el rojo más intenso, pasando por verdes, marrones, morados anaranjados azules y amarillos. La parte inferior de la misma pared se encontraba también llena de estanterías hasta el suelo, pero en lugar de frascos contenían bolsas de plástico, con los más variopintos derivados tanto minerales como vegetales. El

agrupamiento de productos tan diversos confería al conjunto un aspecto muy exótico y multicolor.

El vendedor comienza la presentación, destacando especialmente los perfumes y los derivados del archiconocido aceite de Argán, para continuar con todo tipo de afrodisiacos y bálsamos «curalotodo». Al final de la exposición, realiza ofertas a los asistentes de lotes de diferentes productos, «Ya que de este modo el precio sale mucho mejor». El hábil charlatán consigue que todos los asistentes adquieran al menos un lote de productos. Al finalizar las ventas, María le indica que ella sólo venía para comprar un jabón negro, unas manoplas y unas chanclas de baño, pero que el resto de productos, aunque le parecen muy interesantes, preferiría adquirirlos otro día. Ante el planteamiento de la rubia, el astuto vendedor le dice que no hay ningún problema, pero que estos productos vienen incluidos en un lote especial de baño formado por dos botes de aceite de Argán, dos perfumes de sándalo y dos pastillas de almizcle de camello. María le recuerda que sólo necesita el jabón, las manoplas y las chanclas. Ante la resistencia de María, el vendedor le contesta que el precio tiene que ser el mismo, pues todo lo demás es de regalo, por lo que piensa que hace muy mal no cogiendo la totalidad de los productos. Ante el cariz que toman los acontecimientos, esta admite comprar todo y por fin sale de la farmacia con una bolsa llena de productos, sintiéndose de algún modo engañada. Fuera la está esperando Mohamed, el vendedor, que la había conducido hasta la farmacia.

— ¿A qué baños vas a ir? —pregunta el árabe con algo de descaro.

—La verdad es que no tenía pensado ninguno en particular, pero me gustaría que no fueran el clásico baño de masajes para turistas —contesta no sin cierta ingenuidad María.

—Yo conozco unos muy buenos, tú sígueme.

María duda en su respuesta. ¿A lo mejor se está pasando en su autosuficiencia? ¿Por qué va a confiar en ese improvisado guía, que además le ha llevado a una farmacia para turistas? Así que decide no seguirle.

—Lo siento, pero prefiero ir por mi cuenta —indica a Mohamed.

—Bien, bien, como quieras.

Acto seguido, el guía desaparece rápidamente entre el gentío que puebla la estrecha callejuela.

María se da cuenta de que está nuevamente perdida en el Zoco, pero se dice para sí misma sin perder el sentido del humor: «Desde luego estoy perdida en la Kasbah, como en uno de esos anuncios de perfumes. Sólo falta que venga rescatarme el macizo de turno». Pero el «macizo de turno», o sea Gabriel, se encontraba en ese momento reunido en la conferencia de integración Europa-África en la que participaba. Así que María, dadas las circunstancias, decide adentrarse en el Zoco, renunciando a la búsqueda de los baños y poniéndose esta vez como reto más asequible el de intentar salir de este complicado laberinto por sí sola, dejando el tema de los baños para cuando Gabriel pueda acompañarla. Comienza a caminar, esta vez sin ninguna prisa, dejándose arrastrar por la corriente humana, que se desliza bulliciosa por la intrincada red de calles. El espectáculo es muy variado. La mayoría de los vendedores se encuentran sentados en las puertas de los diferentes comercios, mientras las mercancías más llamativas se muestran colgadas o apiladas en las entradas y sus alrededores, a modo de reclamo. Algunas de estas tiendas parecen no terminar nunca, tienen una puerta de entrada, pero pueden tener otra de salida, que se comunica a su vez con pasillos, en los cuales aparecen a su vez nuevas entradas a otros comercios y almacenes. María entra en uno de ellos, que ofrecía babuchas, chilabas y túnicas diversas. Las babuchas aparecían apiladas a lo largo de toda la parte izquierda del pasillo, mientras que en la parte derecha, estaban colgadas todo tipo de prendas de colores y tejidos diversos. Los suelos eran de cerámica antigua con motivos diferentes; los del pasillo en cuadros de ajedrez y los otros de dibujos estrellados. A pesar de todo, había una especie de entropía controlada a partir de la cual los vendedores de la tienda eran capaces de localizar cualquier producto casi instantáneamente. Un muchacho de pelo rubio estropajoso, piel cetrina y ojos negros se dirige a María:

—Bienvenida, ¿eres española?

—Sí, qué bonitas babuchas.

—¿Te gustan?

En ese momento el joven saca tres pares de babuchas unas azules, otras verdes y otras rojas. Todas ellas llevaban dibujos dorados perfectamente repujados.

—Todas valen trescientos dírhams. ¿Cuántas quieres? Esta las mira sin mucho interés. El chico parece notar la falta de entusiasmo de la turista, entonces le propone que entre con él hacia el interior de la tienda, donde su tío tiene unas especiales que sólo enseñan a los clientes muy exigentes. Penetra hacia el fondo de la tienda, donde el suelo de estrellas apenas es perceptible por la gran cantidad de mesas paralelas. Unas llenas de más babuchas y otras con todo tipo de prendas, a cual más llamativa. Entre las mesas quedan unos estrechos espacios que obligan a transitar entre ellos de lado para poder pasar con un mínimo de soltura. El muchacho le indica que le siga por uno de esos pasillitos, hasta llegar a una mesa aún mayor donde se encuentra un hombre de media edad, vestido con una chilaba de rayas beis, hasta los pies, barba canosa, nariz aguileña, ojos negros intensos ,y cabeza coronada por un tarbush granate oscuro con borla negra. Al llegar cerca de la mesa de las babuchas, este la recibe con una sonrisa. Amablemente le indica que puede mirar y probarse cualquiera de ellas. María comienza a revolver y a preseleccionar aquellas que considera más bonitas, se entretiene pensando que este puede ser un buen momento para comprar algunos regalos. Mientras el vendedor, que ha salido a buscar una taza de té para obsequiarla, le ha prometido ofrecerle un buen precio si se lleva más de tres pares. Durante unos instantes y sin apenas darse cuenta, ella, que siempre se había comportado como una persona extremadamente meticulosa, se encontraba rebuscando de forma un tanto compulsiva entre la montaña de babuchas que se apiñaba sobre la mesa. Le gustaban muchas de ellas, unas por su bonito contraste de colores, otras por sus dibujos, otras por sus relieves. De alguna manera trataba de buscar «la babucha ideal». Posiblemente ese era uno de los problemas de la dulce María. El tiempo transcurría sin que terminara de decidirse, cuando nota por detrás cómo algo duro parece clavarse en su vestido. Se vuelve bruscamente y ve cómo el hombre de la chilaba esgrimía una sonrisa maliciosa de dientes amarillos, mientras le ofrecía una taza de té caliente, y mostraba sin

ningún pudor el abultamiento en «tienda de campaña» que resaltaba de su chilaba. María reacciona, intentando salir por una de las estrechas separaciones de las mesas. En su precipitada huida, derriba una de las tablas llena de piezas de telas, y por efecto dominó, arrastra a otras improvisadas mesas que sólo estaban sostenidas por endeble caballetes. El resultado es de tal magnitud que todo el suelo de la trastienda aparece lleno de todo tipo, de babuchas, telas, incluso algunos tarros de cristal, que contenían aceite de Argán, resultan derramados. María, asustadísima, logra alcanzar la puerta de salida a la calleja de la entrada, no quiere ni mirar hacia atrás. Las voces del vendedor y el muchacho que la persiguen están cada vez más cerca. De repente nota cómo unas fuertes manos la agarran por la cintura, y la arrastran hacia una de las tiendas adyacentes. El corazón parece querer salirse por la boca, mientras sus perseguidores pasan de largo por la puerta. Está sin habla y casi a punto de marearse, se encuentra totalmente desconcertada. Una voz ronca, con acento, le habla en un perfecto francés:

—Je viens pour aider, envoyez. Moi votre ami

El abrazo de su salvador ha cesado; al mirarle reconoce al enorme botones que les recibió en el hotel, que con su blanca sonrisa, y ya en español le dice:

—En qué lío se ha metido, señora. No se preocupe; esta tienda es de un primo mío y tiene una salida por la otra calle. Si quiere puedo llevarla al hotel.

María afirma con la cabeza, está tan asustada que apenas puede pronunciar palabra.

El botones la conduce por las galerías internas del zoco hasta una pequeña plazuela donde hay varios taxis Mercedes un tanto destartados, toman uno y ya camino del hotel la rescatada comenta a su salvador:

— ¡Qué suerte que estuviera! Muchas gracias por tu ayuda.

—Fue cosa de su guapo amigo. Cómo está el tío—afirma sin ningún rubor el moreno y grandote botones.

— ¡Ya!, su machismo no le permitía concebir que una «frágil mujer» saliera airosa de una pequeña aventurilla como es ir sola a unos baños en el zoco de Marrakech.

—Señora, con todo mi respeto, creo que su amigo tenía bastante razón. Estamos en un país musulmán.

—En fin, pero yo creía, que estando ya prácticamente en la mitad del siglo XXI esto ya no ocurría. Al menos las noticias que nos llegan a Europa hablan de una cada vez mayor integración y tolerancia entre culturas.

— Como ha podido comprobar la realidad es otra a lo difundido en las noticias oficializadas —contesta el botones, transmitiendo la sensación de que no es la primera vez que ha tenido esta conversación con algún visitante despistado.

Por fin llegan al hotel, nada más subir a la habitación, María experimenta una sensación primero de relajación y luego de cierto nerviosismo. Decide tomar un baño con agua muy caliente a la que añade algunas de las esencias de los tarros que rodean la inmensa bañera. Tras algunos minutos, el calor y los vapores aromáticos la llevan a cerrar los ojos, quedando en un estado de desconexión, rayando con el nirvana. A penas sin salir de su «éxtasis» se tumba en la cama, quedando profundamente dormida.

Gabriel regresa al hotel y nada más verle el botones le cuenta todos los pormenores de la aventura de María en el Zoco. Cuando sube a la habitación, la encuentra comenzando a salir de su letargo. Después de un discreto, pero inevitable bostezo exclama:

— ¡Ya estás aquí! ¿Qué tal la conferencia?

—Muy bien. ¿Y tu masaje tradicional? —contesta el bombero, sin poder evitar una media sonrisa de autocomplacencia que María percibe como innecesaria.

—Ya te lo han contado, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas, haciéndote el interesante?

—Desde luego, María, encima de que me preocupo por ti.

— ¿Por qué mandaste al botones para que me vigilara?

—No es que no me fiara de tu capacidad para resolver conflictos y para salir del paso en los momentos más complicados. Pero el país en el que estamos tiene otras raíces culturales en relación con el trato de la mujer. A pesar del tiempo transcurrido esto no ha sido superado.

—Qué me vas a decir, después de lo de esta mañana. De todos modos muchas gracias por preocuparte por mí.

—Esta vez María emplea una sonrisa y un tono dulce, que tranquilizan al bombero.

—Por cierto, ¿qué tal tus contracturas y dolores?

—Han desaparecido. El baño y el descanso me han dejado como nueva.

—Entonces esta noche podemos salir por Marrakech—interviene Gabriel, que vuelve a sentirse con esa sensación de macho alfa, que tanto le gusta y continúa—: Hoy puede ser una tarde magnífica para visitar la plaza de nombre impronunciable, que tenemos al lado.

—Estupendo. Además iré acompañada de mi «caballero andante», con lo cual no creo que nadie se atreva a molestarnos —contesta María, empleando un tono dulce y pícaro, que sabe agradará a su compañero.

Había transcurrido cerca de una hora, cuando una pareja atractiva de turistas alegres y desenfadados, salen por la puerta del hotel. Son Gabriel y María, que se dirigen a pie a la cercana plaza de Yamaa el Fna. Llegan justo en el mejor momento para visitarla, al anochecer. La plaza aparece como un enorme escenario al aire libre en el que multitud de personas pasean y contemplan a malabaristas, músicos, faquires, encantadores de serpientes, juglares, cuenta cuentos y mercachifles de toda condición. En el centro de la plaza se instalan decenas de tenderetes-restaurantes que sirven pinchos y otros platos tradicionales cocinados en el acto. El bullicio reinante, los aromas desprendidos, junto a los colores e iluminaciones, mezclados con un cielo completamente cómplice con la estética de la plaza confluyen en una macedonia de sensaciones inenarrable que merece la pena ser vivida. Al verla, tanto María como Gabriel quedan totalmente impactados. Comienzan a recorrer los diferentes corros, pero sin centrarse en ninguno, hasta que uno de

ellos les llama poderosamente la atención. En él, acaba de llegar un personaje que con una vara a modo de cayado traza un círculo imaginario en el centro del cual marca un punto con una tiza. Se trata de un hombre muy alto vestido con túnica y turbante de un azul tan oscuro, que parece negro, tiene todo el aspecto de un tuareg. Va embozado, de forma que de su cara sólo se pueden ver unos ojos grises fríos y penetrantes, lleva un saco de tela negro que sujeta por uno de los extremos. Va acompañado por un ayudante que viste con chilaba, lleva la cara descubierta y porta una cesta de mimbre con tapa. Tras situarse en el punto marcado, sin mediar palabra comienza a extraer del saco un arco de arpa sin cuerdas que coloca de pie en el suelo. Tras chascar los dedos, de la zona inferior del arco aparecen unos finos rayos de luz roja, que a modo de cuerdas completan el extraño instrumento. Con un suave gesto indica al ayudante que abra la cesta de mimbre. De ella sale una cobra, que dirigiéndose al arpa comienza a retorcerse entre los rayos de luz del arpa. Del instrumento parece surgir una música que acompaña de forma acompasada y rítmica los movimientos del ofidio. Al poco de haber empezado, llega un tercer personaje con chilaba y flauta y al siguiente minuto otro provisto de un tambor, para continuar añadiéndose cada minuto uno más, hasta completar un total de doce músicos, que hacen sonar instrumentos de todo tipo, desde los más tradicionales marroquíes de cuerda y percusión hasta algunos pequeños engendros electrónicos. Los que se van incorporando lo hacen primero de forma cadenciosa, pero siempre siguiendo el primer ritmo marcado por el arpa, para progresivamente ir incrementando su intensidad y participación.

Durante varios minutos, los sonidos se difunden al principio por todo el primer círculo de espectadores, para finalmente extenderse cubriendo la espiral que rodea el espectáculo. La música parece penetrar en todos, que sin darse cuenta terminan bailando primero con ligeros movimientos que acompañan las primera melodía de forma suave, para finalmente sumergirse en una tormenta de ritmo frenético, como si no pudieran parar. María y Gabriel han quedado atrapados por la música, de forma que hasta que esta no finaliza no han dejado de moverse.

Cuando el espectáculo llega a su fin, el extraño personaje de oscuro, da una palmada, los rayos del arpa desaparecen, la serpiente es asida por el cuello y

recogida por el ayudante que la vuelve a introducir en la cesta. El resto de los músicos se agrupan, formando una especie de empalizada de espaldas al público, mientras guardan sus instrumentos. Al mismo tiempo, el tuareg, recorre el primer círculo formado por un asombrado público, portando un saco abierto decorado con raros signos, y lo acerca a cada uno de los espectadores en busca de su recompensa. Al pasar delante de Gabriel y María, este la mira fijamente a los ojos. María, experimenta un escalofrío, como si el extraño personaje se hubiera apoderado de sus más ocultos pensamientos. Nota que durante un instante ha quedado como desnuda ante el mago. Gabriel, que no se ha dado cuenta de nada, introduce algunas monedas en el saco, mientras el oscuro personaje ha mantenido su heladora mirada sobre la de María. Para finalizar, el inquietante desconocido alza sus brazos al cielo y tras pronunciar unas palabras indescifrables, toma de la bolsa un puñado de algo, que al soltarlo crea una amplia nube, que como una estela le sigue mientras este se dirige a una de las puertas de las escaleras que suben a la terraza de uno de los bares para turistas que rodean la hermosa plaza. El ayudante y el resto de los músicos siguen la estela marcada por «el cadí». Durante el revuelo de la despedida, Gabriel ha visto cómo una pulsera de plata labrada se le cae al tuareg. La recoge del suelo, quiere devolvérsela, por lo que parte tras la comitiva que rápidamente ha entrado por la pequeña puerta. Nada más entrar, por ella aparece una escalera con una indicación de subida a la terraza. La escalera aún mantiene en su ambiente parte de la estela del polvo azul de la nube provocada por el mago y su séquito. El bombero sube la escalera de forma precipitada hasta llegar a un primer rellano, en el que encuentra un muchacho junto a una barra y algunas mesas. El joven se dirige a Gabriel de forma anticipada, para indicarle que todas las mesas de la terraza se encuentran ocupadas, por lo que si quiere conseguir alguna, no le quedará más remedio que esperar a que una de ellas quede desalojada. Gabriel le dice al muchacho que no quiere mesa, y que tan sólo desea devolver un objeto que han perdido los músicos que acaban de subir precipitadamente por la escalera. El chico le mira con cara de asombro, mientras le dice que lleva toda la tarde en su puesto y que por esa escalera no ha subido ningún grupo de músicos, ni nadie, hace más de un cuarto de hora. Gabriel, que se muestra incrédulo ante sus palabras, pide al joven que le permita subir a la terraza, puesto que está

totalmente seguro de que la extraña comitiva había subido por la escalera. El camarero, tras llamar con un teléfono interno al encargado de la terraza, autoriza a Gabriel a subir a la misma. Nada más terminar de subir las escaleras, este encuentra una amplia terraza que ocupa prácticamente todo el tejado del edificio. Todas las mesas están llenas de turistas que se encuentran cenando o tomando infusiones de té con menta, mientras charlan y beben entre risas despreocupadas, pero del tuareg y los músicos no hay ni rastro.

María, mientras tanto, que ha seguido a Gabriel, le está esperando en la puerta y cuando este baja le pregunta:

— ¿Has devuelto la pulsera?

—No.

— ¿Por qué?

—¡No estaban!

—¿Cómo que no estaban?

—No, no sé dónde han podido meterse, pero lo cierto es que en la terraza sólo había turistas y además los camareros afirmaban no haber visto subir a nadie.

—Desde luego es muy extraño. El espectáculo ha sido increíble, pero la mirada de ese hombre me ha producido mucha inquietud —comenta María, que se nota superada por los acontecimientos—. ¿Entonces la pulsera?

—La verdad es que es preciosa. No veo ningún motivo por el que no podamos quedárnosla —afirma el bombero, mientras la coloca suavemente sobre la muñeca derecha de su amante.

Nada más recibir la pulsera María experimenta un ligero escalofrío que poco a poco desaparece, transformándose el primer frío en un calor placentero que parece llegarle a todas las partes de su cuerpo. Nota una sensación de ausencia total de dolor. Unas pequeñas molestias que mantenía en su rodilla desde pequeña por una caída de bicicleta, han desaparecido por completo. Se siente plena, como si el entorno estuviera diseñado para agradarla.

Tras la visita a la plaza, Gabriel y María regresan andando al hotel sin parar de comentar el misterioso e inexplicable espectáculo que han presenciado. Una vez en la habitación, después de arreglarse, deciden ir a cenar a un buen restaurante que les asegure una noche libre de sorpresas. A Gabriel le habían recomendado un lujoso restaurante de las afueras de Marrakech especializado en cordero. Se llama Al Fassia y está cerca del conocido Hotel La Mamunia. Encargan que les recoja un taxi en la puerta del hotel para que les lleve hasta la puerta del restaurante. La entrada del restaurante se hace a través de unos jardines llenos de plantas exóticas que rodean una fuente baja de la que surgen suaves chorros de agua de caída parabólica capaces de transmitir tranquilidad y belleza a todo aquel que cruza este umbral camino del comedor. El restaurante estaba ricamente decorado con las paredes en tonos salmón, ventanas con celosías, todo tipo de cortinas y tapices. Las mesas variaban desde algunas pre- paradas para varios comensales hasta otras con forma de velador circular. Todas ellas están vestidas con manteles blancos, flores y una vela central. La iluminación indirecta, aunque al principio daba la sensación de ser algo escasa, al final conseguía dar al conjunto el ambiente de intimidad buscado por la pareja. El restaurante estaba totalmente gestionado por mujeres que atendían amablemente la más mínima demanda de los comensales. La copiosa cena consistió en cordero al vapor y una variedad de ensaladas marroquíes. Al final unos té con menta endulzaron la romántica sobremesa.

Después de la cena y una vez en el hotel, María siente que un impulso irrefrenable se apodera de ella como nunca antes había experimentado. La presencia en la ducha del atlético compañero exacerba aún más si cabe sus deseos. Se introduce junto al bombero y comienza a prodigarle todo tipo de caricias, bajo la suave lluvia del gran plafón del techo de la cabina. Todo el conjunto de sensaciones logran inmediatamente la apropiada respuesta de Gabriel.

Nada más salir de la ducha, casi sin secarse, continúan en su ardiente batalla, ya encima de la enorme cama, sin que diera tiempo para apartar las flores de adorno que se habían colocado cuando al salir del hotel el servicio de habitaciones había rehecho la cama. El amasijo amoroso de sus cuerpos junto a los pétalos y perfumes de la habitación dio lugar a que durante gran parte de

la noche ambos amantes permanecieran unidos. Durante esta caliente noche, María experimenta una interminable cascada de breves pero epilépticos orgasmos que parecen no terminar hasta que culminan en un éxtasis tan intenso que le hacen caer de la cama con un nada discreto suspiro de satisfacción, que como la traca final de un espectáculo pirotécnico culmina la posiblemente más intensa noche de su vida.

Esa mañana, como cualquier otra, María, nada más levantarse se somete al juicio inexorable del espejo. Al mirarse en él nota como su mirada está más limpia, su pelo brilla como si estuviera recién cepillado, las pequeñas y casi imperceptibles arrugas del contorno de sus ojos y boca, que ella somete a una vigilancia diaria, tanto nocturna como vespertina, que le cuestan un dineral en cremas de rejuvenecimiento, han desaparecido. Se da cuenta que no se ha des- prendido de la pulsera en toda la noche. Nunca había notado una sensación de plenitud y seguridad como aquella, todo le parece más fácil, piensa que no hay nada que no pueda conseguir. Pero justo en ese momento reaparece en su mente de un modo totalmente irracional la imagen de André. ¿Cómo es posible? ¿Será tan sólo un desafío de algo no conseguido?

El resto de los días en Marrakech de la pareja, se deslizaron con suavidad. Visitaron la ciudad nueva en calesa, asistieron a la consabida cena para turistas con la correspondiente danzarina del vientre que nada más terminar la pri- mera parte de su actuación seleccionó a Gabriel como primera víctima para que la acompañara en su sensual baile ante la mirada del resto de los turistas con la diversión y complicidad de María, que se partía de risa ante los intentos del bombero de acompasar las contorsiones y provocadores movimientos con los que la exuberante danzarina rodeaba al desacompasado guaperas. También visitaron el Jardín del pintor Jacques Majorelle que el diseñador Yves Saint Laurent transformó en un mundo azul añil con contrastes de todos los colores como homenaje a su amante y socio Pierre Bergé. Este bello refugio contenía especies de los cinco continentes, desde higueras centenarias a cipreses, cactus, nenúfares y fuentes que marcaban pequeños rincones de estética muy especial. Durante toda la visita a este bello lugar, Gabriel y María transmiten una apariencia de felicidad, María sigue pletórica. A decir de Gabriel, está cada vez más bella y atractiva. Tanto que sin saber por qué Gabriel siente

como en estos últimos días su atracción hacia ella aumenta de forma incontrolada. El seductor no entiende cómo esta frágil pero atractiva mujer haya podido calarle tan hondo. Se da cuenta de que su afinidad con María está sobrepasando la mera atracción física. ¿Pero ella sentirá lo mismo? Hacía mucho tiempo que el bombero se sentía inseguro ante los sentimientos de alguna mujer. Aunque parezca imposible, el curtido galán no se atreve a revelar sus sentimientos a esta renaciente y cada vez más deslumbrante María Amor. Además, ¿realmente está dispuesto a perder su siempre adorada libertad de «machito alfa»?

Al día siguiente, María se había levantado con esa aura que tan especialmente había brillado sobre ella desde el suceso de la plaza. Gabriel apenas había podido dormir, con lo cual su habitual magnífico aspecto se veía ciertamente resentido. Las ojeras de una mala noche marcaban claramente su congestionada mirada, además notaba cómo una sensación de quemazón procedente de su estómago ascendía por su cuello hasta llegar a la boca dándole una acidez y amargor que le obligaron a emitir un gesto de dolor contenido. María, que no es ajena al aspecto de su compañero:

—¿Qué te ocurre, Gabriel? Tienes muy mala cara.

—He pasado muy mala noche. Probablemente fue la cena de la bailarina. Creo que me sentó bastante mal.

—No me extraña, no paraste de moverte intentando seguir el movimiento de sus encantos. Y claro la digestión a veces se resiente.

—Sí, no niego que la cena me sentara mal. Pero tampoco he podido dormir pensando en ti.

— ¿Y eso? —pregunta una escépticamente bella y segura María, que tiene la sensación de tener al pluscuamperfecto varón absolutamente domado.

El pobre Gabriel, absolutamente inseguro, sin apenas atreverse a diluir su mirada en el calmado mar de los ojos de su compañera, decide manifestar sus sentimientos a su amante y le propone estrechar su convivencia viviendo juntos una temporada. El problema era que la seguridad adquirida por María sobre su relación con el bombero le lleva a contestarle:

—Te confesaré algo. El viaje ha sido maravilloso, al igual que tu compañía, pero me he dado cuenta de que somos muy diferentes en nuestros caracteres y formas de entender la vida. Nuestra convivencia no terminaría nada bien. Además, tú tienes un concepto de relación no comprometida que me parece muy respetable pero no es el mío. A lo mejor continúo siendo una romántica inmadura que sigue esperando la llegada de su príncipe azul.

Ante tan contundente respuesta, Gabriel opta por ponerse la careta de seductor imperturbable y ya mirando a su examante le dice:

—Han sido unos días maravillosos en los que tu compañía ha entrado en mí de un modo que me ha hecho bajar mis defensas a niveles de adolescente. Pero ahora que te he escuchado, creo que tienes razón, realmente no soy hombre de una sola mujer y lo nuestro puede que no tenga ningún futuro, o quizás sí. —Esta vez contesta con esa picardía característica que le hace irresistible ante la mayoría de las mujeres.

Gabriel nota cómo después de la confesión y la respuesta de María, a pesar del palo sufrido en lo más alto de su ego, vuelve a controlar sus pulsiones. Se nota liberado, no está acostumbrado a sentirse atrapado por los caprichos de una bella mujer.

Al final de la escapada, ya en la Terminal 5 del Aeropuerto de Madrid, Gabriel y María se despiden como amigos sabiendo que su tormentosa y sexual relación probablemente ha terminado para siempre.

Había transcurrido un mes desde que los obreros de la clínica habían logrado terminar prácticamente todas las instalaciones fundamentales incluidas las cabinas anti FQB cuando los trámites gestionados por una cada vez más eficaz María Amor, en contacto con la empresa SCCCS, lograban conseguir una cita con la Inspección Sanitaria Europea de Seguridad.

Esa fresca mañana de primavera, Jacinto y Lu esperaban, no sin cierto nerviosismo, la llegada de los inspectores en el portal, mientras Nicasio limpiaba parsimoniosamente los cristales de su video cabina.

Los inspectores llegaban en un coche eléctrico rojo, de pequeño tamaño, que funcionaba de forma totalmente silenciosa. Eran dos, uno bajito, moreno y de

mirada penetrante. El otro era alto, atlético, con pelo liso castaño y ojos azules. Nada más llegar cerca del portal colocan la chapa de aparcamiento junto a la zona preparada para vehículos autorizados y se dirigen hacia el número 36 de la calle de la Chistera. En el trayecto, Gabriel le comenta a su compañero que cree que el servicio de inspección que van a realizar lo van a hacer en una clínica dental que conoce y tiene amistad con sus dueños, por lo que le propone que en un principio vaya solo y que les ponga bastantes pegas para posteriormente presentarse él como salvador de los problemas explicando luego que tan sólo se trata de una broma. El bajito le dice que de acuerdo, pero que no aparezca hasta pasados diez minutos. Gabriel se queda en una cafetería mientras que su compañero llega al portal.

El inspector bajito llega al portal. Jacinto y Ludovica le reciben con un saludo y un apretón de manos. Este aparece como muy serio y un tanto circunspecto. La pareja de dentistas comienza a comentar los pormenores de la obra. Este les escucha sin apenas pronunciar palabra. Montan en el ascensor hasta la puerta de la clínica; el funcionario dirige su mirada hacia el techo del elevador evitando cruzar su mirada con las de los dos dentistas. Nada más bajarse del ascensor, el inspector saca de uno de sus bolsillos una tablet y un puntero digital y comienza a tomar notas. A continuación pasan al interior de la clínica. Al llegar al mostrador de la recepción, les solicita todas las autorizaciones previas y los permisos de importación de las cabinas. La empresa SCCCS les había suministrado un link con clave de enlace en el que figuraba una recopilación de los permisos que incluían, incluso las características de las cabinas. Tras meter las claves en la tablet, el inspector revisa lentamente todo, arquea sus finos labios hacia abajo, mientras comienza a menear negativamente la enorme cabeza y ronronea como para sí algo que parece indicar su duda o quizás desacuerdo con lo que está revisando.

— ¿Qué ocurre? ¿Algo va mal? —pregunta Jacinto, de modo amable pero sin poder evitar denotar en su voz un cierto grado de preocupación.

—La autorización de la importación de las cabinas lleva un asterisco rojo que no me permite acceder al histórico de la tramitación realizada. Normalmente los procedimientos de tramitación suelen tardar bastante más. Entonces no entiendo por qué en este caso todo ha ido tan deprisa.

Ante la afirmación del funcionario, las dudas sobre los posibles trapicheos de Sygmund parecen sobrevolar como negros nubarrones en las mentes de los jóvenes dentistas, que optan por hacerse los ingenuos:

—La verdad es que toda la tramitación la hemos delegado en la empresa SCCCS.

—Sí, es lo que figura —contesta lacónicamente el inspector, mientras observa como la pareja, no puede impedir que sus caras reflejen el nerviosismo, que este les está transmitiendo, y continúa—: No voy a poder dar la autorización hasta que no se aclare lo del asterisco.

—Entonces, ¿qué podemos hacer para continuar con la tramitación? —pregunta Lu.

—De momento nada, tengo que transmitir el defecto de tramitación a la oficina central europea.

— ¿Y eso qué puede suponer? —pregunta ya bastante nervioso Jacinto.

—No lo sé, depende de la causa del defecto que generó el asterisco. A veces tardan varios meses en resolver el proceso.

— ¿Qué proceso?

—El que se desarrollará desde que se inicie la petición de aclaración por mi parte.

— ¿Y no podemos evitar de ninguna forma que se abra el proceso? —sugiere Lu.

— ¿No estaréis intentando proponerme algo sucio?

—Por supuesto que no —contesta un ya enfadado Jacinto.

—Pues a mí me parece que sí —afirma el inspector, un tanto iracundo y continúa—: Os voy a denunciar y se os va a caer el pelo. Es posible que hasta se tengan que devolver las cabinas, o incluso se deniegue definitivamente el permiso de autorización de la clínica, aparte de la correspondiente inhabilitación por intento de soborno a un funcionario público.

Jacinto y Lu no entienden nada de lo que está pasando, aún menos cuando el pequeño y malhumorado inspector se va de repente mientras cierra la puerta indicando que por favor no le sigan si no quieren que los acuse además de violencia. La pareja de dentistas ha quedado petrificada, no saben qué es lo que ha pasado, por qué todo se ha trastocado tan de repente. Habían transcurrido apenas unos minutos desde que salió de forma extemporánea el pequeño demonio, cuando sonó el timbre del videoportero. Al mirar Jacinto la pantalla observa que se trata de un sonriente Gabriel, que viene acompañado del bajito, que también aparece sonriendo. Una vez llegan, Gabriel les explica que cuando se dio cuenta de que debía inspeccionar su clínica, se le ocurrió gastarles una broma ayudado por su compañero, dado que sabía por María Amor de las dificultades que habían tenido para conseguir las famosas cabinas, y ya que la casualidad les había llevado hasta ellos, prefirió gastar una bromilla a inhibirse alegando su posible amistad como marca el reglamento. Esto es lo que suelen hacer la mayoría de los inspectores en un caso parecido, de este modo por lo menos les hacen tener algo de miedo burocrático.

Aunque Jacinto y Lu no comparten para nada ni entienden el comportamiento de los inspectores optan por seguirles la corriente, aunque no pueden por menos que manifestarles a ambos lo mal que lo han pasado y lo magnífico actor que es su compañero. A lo cual Gabriel les responde que ese es su comportamiento habitual en la mayoría de las inspecciones que realiza, que se le conoce por el «pequeño demonio», pues suele echar para atrás una parte importante de las inspecciones realizadas. No obstante, Gabriel les dice que aunque lo del asterisco rojo es verdad, ellos pueden quitarlo sin ningún problema y que den por hecho que han superado el nivel rojo. La pareja de dentistas saltan de alegría, Ludovica besa y abraza a un pletórico Gabriel e incluso al compañero bajito, que pasada la tramitación ha adquirido el aspecto de una persona normal.

El informe de Gabriel y su compañero determinó que la Agencia Europea de Acreditaciones Sanitarias FQB les fuera favorable. El hecho les fue comunicado en sus smartphone mediante la aparición de un muñeco de color rojo vestido de bombero, que llevaba una manguera de la cual surgían unas letras FQB seguidas de un lacónico «Red Level Completed».

Capítulo 7 La barrera azul

Después de los atentados integristas sufridos en Europa por parte de los radicales Islámicos a principios del siglo y de la avalancha migratoria y de refugiados procedente de las guerras de Oriente Próximo y África, en el continente se habían llegado a acuerdos de convivencia muy extremos, que incluso cercenaban la libertad de expresión. No se admitían ningún tipo de caricaturas ofensivas, para cualquiera de las religiones: Mahoma, Cristo, Buda. Las penas eran muy fuertes y podían incluir incluso el encarcelamiento o la deportación.

Europa había optado por aceptar todas las creencias religiosas. Se habían promulgado leyes que de alguna manera lograban radicalizarse en la moderación, lo cual podía parecer un contrasentido. Es decir, todo atisbo de radicalidad, en cualquiera de las prácticas religiosas, era fuertemente perseguido hasta el paroxismo. Evidentemente, esto había generado muchas críticas, y tensiones. Se culpaba a los burócratas europeos no creyentes de no dejar libertad de elección a las diferentes etnias, que componían la multicultural Europa de mediados del siglo XXI.

Muchas actividades socialmente relevantes estaban reguladas por requisitos muy estrictos, que trataban de salvaguardar la convivencia entre culturas. Para ello, se habían creado entidades como la Oficina Europea de Convivencia Religiosa, que estaba representada por miembros de la mayoría de las religiones, pero a la que no pertenecieran la clase sacerdotal o de autoridad interna de las religiones. De este modo, se perseguía lograr el diálogo evitando todo tipo de extremismos.

Las clínicas dentales debían obtener un certificado de armonización y tolerancia religiosa (nivel azul), que sólo se podía conseguir después de superar un examen de problemas éticos en el que el máximo responsable de la clínica debía obtener una calificación de un setenta sobre cien para poder optar a la tramitación del certificado. Sólo se permitía un máximo de dos presentaciones en el plazo de un mes. Si no se superaba el examen en dos convocatorias, había que esperar un año más para poder volver a presentarse.

La legislación explicaba que se necesitaba por lo menos un año de reciclado conceptual para poder conseguir una tolerancia religiosa con suficiente raigambre como para poder demostrar en la prueba que tal cambio se había producido.

El temario a estudiar estaba formado por un resumen de las creencias de cada una de las principales religiones practicadas en Europa, pero siempre censurando todos aquellos extremismos e intolerancias que pudieran plantearse entre ellas, o frente a otras creencias, o pensamientos independientes no religiosos. Los contenidos eran impartidos por un profesor especializado en cada una de las religiones. Para superarlo era necesario matricularse en una academia autorizada por la oficina de convivencia religiosa, que además era la encargada de transmitir los resultados.

La delegación europea de la Oficina de Armonización religiosa se encontraba ubicada físicamente en un palacio modernista de Madrid. El edificio que estaba construido a principios del siglo XX había sido mandado construir por Francisco Javier González Longoria, político y financiero al arquitecto José Grases Riera, condiscípulo de Gaudí.

El palacete perteneció al financiero hasta 1912, fecha en la que fue vendido a la Compañía Dental Española, presidida por Florestán Aguilar, un famoso dentista que, tras estudiar medicina en Madrid, se había formado como odontólogo en Filadelfia, había fundado la Escuela de Odontología y tenía entre sus clientes a la Familia Real. Este ilustre personaje creó comités de socorro para ayudar a los heridos de la Primera Guerra Mundial y de la guerra con Marruecos y fue uno de los impulsores de la construcción de la Ciudad Universitaria de cuya junta nacional, que presidía el rey, fue secretario. En reconocimiento a su labor fue nombrado vizconde de Casa Aguilar.

Durante la época de don Florestán, el lugar tuvo doble uso. En la planta baja estaba ubicada la consulta y en la superior su vivienda. También compró la casa anexa de la calle Pelayo, ocupada hasta entonces por vecinos, para ampliar su consulta. Como consecuencia de esta compra, Aguilar se quedó con el garaje de la casa, que daba al jardín del palacio. El afamado dentista, que era un gran amigo del pintor Julio Romero de Torres, permitió que este

instalara su estudio en la cochera, uso que se mantuvo hasta 1929. Aunque el vizconde de Aguilar murió en 1934, no fue hasta 1946 cuando sus herederos vendieron el palacete a una empresa constructora. Años más tarde, el edificio fue adquirido por la Sociedad General de Autores, que después de una serie de escándalos financieros, lo terminó traspasando a la Oficina Europea de Armonización Religiosa. Siendo en este lugar donde se centralizaba todo el control de formación y permisos necesarios para cumplir las normas exigidas para superar los permisos de nivel azul. En este mismo sitio se realizaban tutorías presenciales y por último la prueba escrita de evaluación de nivel. El programa de estudios estaba recogido en un libro, que de forma resumida abordaba las semejanzas y diferencias de las diversas creencias de la población europea, evidentemente el texto hacía un especial hincapié en lo que nos une, aunque respetando las diferencias, siempre que estas no fueran excluyentes del pensamiento de los otros o atentaran en los principios de igualdad declarados en la Constitución Europea aprobada en el año 2023. El libro se suministraba en formato qdf, se necesitaba una inscripción previa digital, que sólo se podía hacer efectiva por medio de una clave suministrada en los justificantes de haber superado el nivel rojo, para poder conseguirlo. También se debía pagar una cuota vía on-line de treinta y tres mil euros europeos, como pago de tasas y derechos de examen.

Madrid, marzo 1916.

Un caballero fino, bien plantado de mirada penetrante y oscura, abre la cochera del local que en el futuro utilizará como estudio. Deja su capa y su sombrero sobre una silla de madera con asiento y respaldo de rejilla, y se dispone a deshacer todas las cajas, paquetes y cachivaches procedentes de la mudanza que el día antes había llegado desde Córdoba. Pinturas, marcos, lienzos, recipientes y caballetes se esparcen por el suelo en busca de su ubicación definitiva; mientras medita sobre su mejor colocación. El ruido de un coche que para en la puerta descompone la concentración del pintor.

Del Hispano-Suiza, baja el futuro vizconde de Aguilar. Es bajito, con bigote y mantiene un altivo porte en su expresión. Se dispone a dar la bienvenida a su amigo el ya famoso y reconocido pintor Julio Romero de Torres.

—Hola, Julio, bienvenido a tu casa. ¿Qué tal fue la mudanza?

—Bastante bien, creo que han traído casi todo.

— ¿También te has traído la modelo? —dice el dentista de forma maliciosa, empleando un tono que deja entrever un cierto grado de complicidad.

—No, Teresa se ha quedado en Córdoba. Ya la llamaré si la necesito para algún cuadro.

—Seguro que tienes más modelos disponibles.

—Amigo Florestán, yo capto mis modelos directamente del pueblo, no todo van a ser las tertulias del Nuevo Café de Levante y del grupo de amigos del Ateneo. Desde siempre me ha gustado perderme solo por las callejuelas de Córdoba y ahora de Madrid. Es ahí, en las tabernas y en los cafés-concierto, donde busco la auténtica esencia de la mujer española.

— ¿Y qué tal lo lleva Paca?

—Creo que con resignación —responde cínicamente el pintor—. Hace como que no se entera de nada.

—Es una gran dama —responde Aguilar mientras coge del suelo un cojín con motivos geométricos de colores llamativos y exclama—: ¡Bonito cojín!

—Lo traje de Marruecos hace algunos años. Me trae muy buenos recuerdos —responde Julio Romero, al mismo tiempo que lo recoge de las manos de Florestán.

—Bien, bien, no pretendía que me lo regalaras —contesta un tanto ofendido el dentista.

—Querido Florestán, quiero que sepas que es para mí un gran honor contar con tu amistad. En desagravio me gustaría presentarte a una de mis modelos. Se llama Teresa Carbonell y es una criatura deliciosa.

Aguilar, que ha quedado un tanto descolocado ante la propuesta del pintor, decide hacerse el despistado y le responde:

—Me parece estupendo, cuando la vayas a pintar avísame y así podré admirar en vivo la presteza de tus pinceles y la indudable belleza de esa joven que me dices. Pero a lo mejor vengo acompañado por María, que ya sabes que admira mucho tu arte, aunque dice que es bastante atrevido.

Habían pasado tres semanas y el estudio del pintor ya se encontraba perfectamente desorganizado, con ese grado de aparente caos en el que a muchos artistas le gusta sumergirse, pero en el que sin embargo, habitualmente consiguen localizar casi todo sin demasiada dificultad a cambio de que nadie les cambie nada el sitio «donde colocaron las cosas», por inapropiado que pudiera ser. Para alguien de espíritu meticuloso y organizativamente intachable, como era el caso de Francisca Pellicer, Paquita, alguna vez había intentado limpiar y organizar la cueva de las pinturas del pintor y sólo había logrado conseguir un aparente agradecimiento por su parte, para a continuación, en pocas horas, volver a dejarlo todo manga por hombro, por ello había tomado la decisión de no visitar casi nunca los lugares donde su marido hacía ejercicio de su arte. Aprovechando la libertad de su estudio, a Julio le gustaba recibir personajes de esa bohemia ilustrada madrileña que tan bien le había acogido. En este espacio recibía visitas a las que les gustaba verle pintar frente a sus modelos, entre ellos uno de sus mayores admiradores era el ilustre y genial barbudo Ramón María del Valle Inclán, que fue nombrado Catedrático de estética de la escuela de bellas artes de San Fernando cuando a Julio Romero le nombraron en el mismo centro Catedrático de ropaje. Ambos se hicieron íntimos amigos compartiendo muchas noches de luces, bohemia y oscuridades de taberna.

Allí estaba ella, con sus labios finos, su pelo moreno peinado con raya en medio y esa mirada enigmática, que de algún modo recordaba la expresión de la Gioconda. Teresa Carbonell posaba sentada frente a Julio Romero, que la escudriñaba con una mirada que parecía querer absorber su esencia. Junto a ellos, callado, permanecía de pie Ramón María del Valle Inclán observando con interés las pinceladas que meticulosamente iba marcando el pintor sobre el lienzo. A los pies del pintor, inmóvil, se encontraba Pacheco, el galgo negro

que, aunque ya era viejo, permanecía siempre en el estudio junto a él. De repente el perro se levanta y corre hacía la puerta, ha oído que alguien se acerca y ladra de forma insistente.

Julio se levanta para tranquilizar al can, mientras Florestán, que acaba de traspasar la puerta, acaricia a Pacheco que muestra su satisfacción dando amplios rabotazos.

—Buenos días, perdonad que os interrumpa, pero acabo de terminar la consulta y me apetecía ver qué estaba pintando el genio que habita en mi garaje —dice de forma pomposa y un tanto engolada el doctor Aguilar. Don Florestán era muy sensible a la presencia femenina y no podía evitar adquirir una pose grandilocuente ante los encantos femeninos.

—Has tenido muy buena idea, así el maestro para un momento —dice Ramón. Además, he traído una botella de manzanilla que me regalaron el otro día que con quien mejor que contigo para ser compartida.

—Has venido en muy buen momento —añade Julio—. Permíteme que te presente a la señorita Teresa Carbonell.

—Encantado de conocer una mujer tan bella —dice a la vez que hace una ligera inclinación y besa su mano. La joven le sonríe y le mantiene la mirada. El dentista no puede evitar quedar tumbado por los encantos de la mujer.

— ¡Bien! Pues sirvamos unas copas de ese vino —dice Julio Romero—. Pero yo aquí no tengo copas.

—No os preocupéis. Enseguida mando bajar unas de mi casa.

Al poco tiempo, Florestán llega acompañado de un sirviente que sostiene una bandeja con asas de plata con cuatro copas de fino cristal y un plato de jamón.

Valle Inclán, que ha captado las particularidades del encuentro, propone un brindis:

—Por ti, Florestán; por ti, Julio; por ti, bella Teresa y sobre todo por el aguante de Pacheco, que nos tolera con paciencia canina, y que conste que lo de canina no tiene nada que ver contigo Florestán.

Los reunidos brindan y disfrutan del agradable momento, mientras la mirada de Teresa ha cautivado al ilustre odontólogo.

Han pasado algunos años y el pintor Julio Romero de Torres sigue teniendo el estudio en el garaje del palacete de Florestán Aguilar, también continua manteniendo las mismas costumbres de tertulias, paseos, modelos y tabernas.

El 15 de abril de 1922, día que don Florestán cumplía cincuenta años, este celebra en su palacio una gran fiesta a la que acude lo más florido e importante de la sociedad madrileña de aquella época. Recibe gran cantidad de regalos y agasajos pero ninguno le hace tanta ilusión como el que Julio Romero le ha entregado discretamente envuelto en un papel beis. Pasada la fiesta, en la intimidad de su despacho, lo descubre. Se trata de un olio sobre cartón de 33x24 centímetros con la imagen de una joven de mirada y sonrisa enigmática, sobre fondo gris, en el que en su parte inferior aparece separada por una banda la dedicatoria: «Para el ilustre doctor don Florestán Aguilar –J. Romero De Torres». Es el retrato de Teresa Carbonell, la modelo que en aquella primera visita, impresionó tanto a Florestán.

El año anterior, el doctor Aguilar había tenido la oportunidad de colaborar con los hospitales de campaña durante la guerra con Marruecos. Durante su visita intervino en diversas operaciones quirúrgicas, atendiendo a pacientes de ambos bandos. Una de las intervenciones se hizo sobre un marroquí que había resultado herido por un profundo corte de bayoneta en el cuello y la mejilla derecha. La meticulosa intervención del doctor Aguilar consiguió que la operación, tras varias horas, superara las mejores expectativas. En uno de los días siguientes, cuando don Florestán y su corte de ayudantes pasaban la visita rutinaria de los enfermos inter-venidos, al llegar a la cama del rifeño, este se incorporó y clavando sus fríos ojos grises sobre Aguilar, pronunció unas palabras extrañas y con una reverencia, le entregó una pulsera de plata damasquinada, marcada con extraños símbolos. En un principio, el dentista trató de rechazarla, pero el empeño del paciente hizo que finalmente la aceptara. Cuando llegó a Madrid, guardó la pulsera en una caja de madera de esas que se tenían en los despachos para almacenar objetos diversos, que uno no sabe qué hacer con ellos, pero que tampoco quiere deshacerse, pues algunos suelen conllevar recuerdos imborrables. Un día en el que Julio

Romero tras terminar su jornada de pintura había subido a charlar con su gran amigo, este le enseñó la caja de los recuerdos. En ella había todo tipo de objetos de la más diversa procedencia, desde botones de gala, condecoraciones, plumas, llaves sin adscripción precisa, algún pañuelo bordado... Pero entre todos resaltaba la extraña pulsera. Al verla Julio Romero no pudo evitar cogerla. Al tener el objeto en sus manos notó cómo un cierto calor, seguido de un escalofrío, le recorría todo el cuerpo, para finalmente quedar con una cierta sensación de incertidumbre.

Florestán al observar el rostro de su amigo, le dice:

— ¿Tú también lo has notado?

— ¿El qué? —responde el desconcertado Julio.

—Los escalofríos y el calor.

—Sí, ha sido una sensación muy extraña. Pero al final queda una cierta relajación agradable.

—Sí, a mí me ha ocurrido alguna vez lo mismo, pero no siempre. El caso es que esta pulsera me da un poco de miedo.

—No me vas a decir que un científico como tú cree en esas cosas.

—No exactamente —contesta un desconcertado Aguilar, que recurre a la consabida frase gallega: “¿Crees en las meigas? Por supuesto que no, pero haberlas, haylas”

— ¿Por qué no me prestas la pulsera?

— ¿Para qué la quieres?

—El caso es que me han encargado realizar un cuadro de una joven de una familia acomodada, que no termino de captar su expresión, pues aunque la muchacha es bastante guapa, le falta bastante chispa. Se me ha ocurrido que a lo mejor si la pinto con la pulsera, puedo conseguir mejorar la expresión indolente que habitualmente tiene.

—Por mí no hay ningún inconveniente. Ahí tienes la pulsera. Considérala como un regalo.

Pasaron dos días cuando Julio Romero había citado a la joven en su estudio para que posara una vez más. Esa tarde, la chica había comenzado a posar con su traje de raso gris plateado, y mostraba como siempre una expresión un tanto anodina, que resaltaba su algo pronunciada barbilla. Julio se acercó a ella y casi sin mediar palabra, le colocó la pulsera en su muñeca izquierda. Al poco tiempo la mirada de la chica se hizo más profunda, y sus rasgos parecieron adquirir una cierta picardía, que el pintor captó rápidamente. Los siguientes días en los que la muchacha posaba, este le colocaba siempre la pulsera, logrando indefectiblemente el efecto deseado. Terminado el cuadro, el artista se quedó la pulsera como recuerdo y talismán, que nunca más empleó para ningún otro cuadro.

Cuando trascurridos algunos años el hígado del pintor protestó de forma alarmante, probablemente por los excesos tabernarios en él habituales, decidió regresar a su Córdoba natal, pero no sin antes dejar, como agradecimiento a su amigo Florestán, el cuadro de la joven dama, que nunca fue recogido por la familia que lo encargó y un cojín de vistosos colores del que en determinado momento se había encaprichado el dentista. La nota que acompañaba al paquete que este dejó en el que había sido su estudio durante esos años, decía: «Para el ilustre doctor Aguilar, con todo mi agradecimiento por tan desinteresada ayuda». Ambos objetos fueron atesorados por el vizconde de Aguilar que los mantuvo escondidos en el sótano de su palacio. No teniendo constancia de su existencia ni tan siquiera sus familiares más allegados. En una de las obras de remodelación interna sufridas por el palacio, apareció la caja y al recibirla sus herederos se quedaron con el cuadro y dejaron el cojín formando parte del resto del mobiliario original de la casa. La totalidad de los muebles y el cojín fueron adquiridos por un anticuario de una de las tiendas de las galerías Piquer del Rastro, donde poco a poco, fueron encontrando nuevos destinos.

Jacinto había metido la clave en su tablet y esperaba la autorización para realizar la transferencia de inscripción, cuando Ludovica apareció con un viejo cojín de colores llamativos.

—Hola Lu, ¿de dónde vienes?

—Terminé pronto la consulta y me fui sola a dar una vuelta por el Rastro.

— ¿Y ese cojín?

—Lo tenían en el escaparate de una de las almonedas, me atrajeron sus colores. Nada más verlo sentí un impulso algo irracional y lo he comprado.

—Es muy bonito, pero ya sabes que andamos bastante justos de presupuesto.

— ¡Ya! No te preocupes no ha sido muy caro —afirma la italiana sin desvelar su precio.

— ¿Has hecho ya la transferencia?

—En ello estoy, me han cambiado las claves de autenticación tres veces.

Tras otros tres intentos y varias hipérboles burocráticas digitales, por fin es alcanzada la deseada inscripción que permitía la descarga del libro. En él venían perfectamente identificados los tutores de cada religión, así como aquellos puntos comunes y cuáles eran más discrepantes entre ellos. Al final, en un apéndice aparecían una serie de casos de problemas prácticos que debían ser resueltos por los alumnos.

Las clases y los ejercicios se hacían vía on-line, pero era obligatorio asistir al examen de forma presencial. Cada día se dedicaba a una de las principales religiones europeas dejando un sexto seminario para tutorización laica y conclusiones.

Jacinto había quedado con Lu esa noche para comenzar a realizar el curso, juntos, en su céntrico apartamento de la calle del Ángel 19. El apartamento estaba situado en una casa de dos pisos con cristaleras de los años 90, y aunque habían pasado casi sesenta años desde su construcción, podía considerarse como relativamente nuevo, ya que era una «casa con garaje», cosa que en el viejo barrio de La Latina, a pesar de sus continuos procesos de rehabilitación, no dejaba de ser un auténtico lujo, especialmente desde que todo el centro de Madrid se había hecho totalmente peatonal. Era un

apartamento de unos cincuenta metros, totalmente exterior. Tenía un salón amplio, presidido por una cristalera a través de la cual se podía ver la cúpula de la iglesia de San Francisco el Grande. Ludovica había decorado el apartamento con muebles funcionales de colores pastel. En una de las paredes, un sofá de color marfil, con cojines de colores, se encargaba de transmitir una cierta sensación de confort al conjunto. La pared de enfrente del sofá contaba con una gran pantalla desplegable sobre la que se podían proyectar todas las herramientas audiovisuales, smartphone, tablets, etcétera, de este modo podía ser utilizada, unas veces como herramienta de ocio: televisión y videojuegos y otras como pantalla de trabajo. En este caso aparecía como la herramienta ideal para que la pareja pudiera comenzar el curso.

Sentados en el sofá y apartados algunos de los vistosos almohadones, Jacinto y Lu conectan el curso. Aparece como primer presentador un árabe de pelo canoso y cuidada barba blanca, que a pesar de su aparente avanzada edad, mantiene una potente mirada de halcón y unos rasgos aún atractivos. Dice llamarse Ibrahim y se presenta como el primer tutor del curso, él será el encargado de extender las bondades de los principios coránicos, entendidos y adaptados perfectamente a las necesidades Europeas de convivencia interreligiosa. Se define como seguidor de la doctrina Sufie. En su presentación en pantalla declara esta interpretación coránica como la cumbre de todas las ciencias islámicas, porque su objetivo es Dios mismo. Acercarse a él será la vía máxima de perfeccionamiento. El respeto a todas las criaturas por Él creadas, incluido el ser humano, y la búsqueda del espíritu interior nos acercarán a alcanzar la perfección. Continúa presentando el sufismo como el «camino que pretende purificar el corazón». Para él, esta filosofía refleja un amor profundo a Dios. Incluso hace un símil en su descripción citando a San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús como ejemplos de personas de otra religión que practicaban una forma de pensar parecida. Mediante sus palabras, de algún modo, proclama la total tolerancia con otros principios religiosos que también buscan a Dios.

Terminada la primera parte de su charla, el señor Ibrahim comienza a proponer una serie de supuestos prácticos que pudieran ocurrir en el trascurso de la atención de algún paciente seguidor del Corán en una clínica dental. Por

ejemplo qué actitud debe tenerse ante una paciente con velo que necesita ser explorada y valorada a nivel del cuello o desarrollo facial o los horarios de cita, y el Ramadán, etcétera.

Una vez finalizada la exposición, y realizadas entre los dos las propuesta de soluciones a los problemas planteados, Ludovica extiende alguno de los cojines de colores y se dispone a tumbarse sobre el sofá totalmente agotada, mientras Jacinto se sienta enfrente sobre un sillón de piel. Ambos están tan cansados que casi nos les da tiempo a conectar un programa de televisión de tipo documental, que se ocupa de la cría del galápago en Nueva Guinea y que por supuesto les hace caer en los brazos de Morfeo en un santiamén. Estando ya completamente dormida sobre el sofá, la italiana nota cómo en la espalda se le clava algo que incluso consigue interrumpir tan profundo sueño. Se sobresalta y palpa con sus manos, aún medio dormida, la causa de su desagradable despertar. Nota cómo en uno de los cojines, un objeto duro y algo punzante parece sobresalir de su funda. Extrañada lo intenta tocar desde fuera, sin identificar de qué objeto puede tratarse. Finalmente, la curiosidad la vence, por lo que decide descoser el llamativo cojín. Una maraña de pelos compone el relleno del pretencioso almohadón. Una vez superada la sorpresa y algo de asco que tal descubrimiento le produce, observa que de entre la maraña sobresale una envoltura de papel de seda rota, en la que destaca una fina pulsera de plata labrada con toques damasquinados. Ludovica dirigiéndose a Jacinto, no puede evitar mostrarle el cojín abierto.

— ¡Has visto! Qué cosa más rara.

—Un poco extraño. ¿No es ese el cojín que compraste en el Rastro?

—Sí, a pesar de todo es muy bonito, pero claro, quién iba a pensar que podía tener semejante relleno.

—Seguro que fue de algún fetichista. ¿Qué vas a hacer con los pelos?

—Los tiraré, no dejan de ser una guarrería. Pero como la funda me sigue gustando le buscaré un relleno más convencional.

—Y con la pulsera, ¿qué vas a hacer?

—Me parece muy exótica, creo que me la pondré una vez la limpie.

—Sí, realmente es muy original —dice Jacinto, sin demostrar demasiado convencimiento en sus palabras.

Lu, que ha captado perfectamente cómo la pulsera no le agrada demasiado a Jacinto, opta por no contestar, sabe que el paso del tiempo transcurrirá a su favor. Está segura de que finalmente Jacinto, incluso terminará alabando lo bien que le queda colgada en su muñeca.

La noche siguiente la pareja vuelve a quedar en el apartamento con el fin de realizar la segunda lección del curso referente al Judaísmo. En este caso, el tutor proyectado sobre la pantalla es Moisés Goldstein. Se trataba de un joven alto y rubio de ascendencia alemana con barba recortada, que usaba una kipá sobre su cabeza, y que se encargaba de exponer los puntos más importantes de esta doctrina. Así proclamaba esta religión como la primera en el tiempo de las tres religiones del libro, y también una de las de mayor antigüedad, pues apuntaba como surgió en Oriente Próximo hace más de tres mil años. La presentaba como una de las tres monoteístas, quizás la que daba una mayor importancia a la memoria. Afirmaba que muchos judíos en la actualidad se sentían identificados con aquellos que vivieron en épocas pasadas, a pesar de los cambios y adaptaciones que se han producido, tanto en el tiempo como el espacio, y de la dispersión que los ha caracterizado, probablemente debido a las múltiples persecuciones y reubicaciones que han sufrido a lo largo de la historia. Continuaba, por otro lado, presentándola como una religión muy tolerante, con otras formas de pensamiento, que había evolucionado en Europa de forma favorable en estos últimos tiempos. Al final, proponía algunos problemas éticos del tipo: «¿Utilizaría usted derivados porcinos, a modo de membrana, en algunas prácticas dentales, en el supuesto que este pudiera ser el mejor tratamiento ante un paciente practicante del judaísmo?», o del tipo: «¿Citaría ante un caso de urgencia un paciente de esta religión en sábado?».

El resto de los días trascurrieron del mismo modo, Jacinto acudía al apartamento de Lu, visualizaban la presentación e intentaban resolver los diferentes problemas éticos planteados en cada caso y religión, dejando algunas preguntas para las tutorías on-line que estaba previsto se desarrollaran

durante toda la mañana y parte de la tarde hasta el viernes de la semana próxima.

Otra presentación fue realizada por un chino, Tang Hao, de aspecto enclenque, con gafas de concha redondas y pelo engominado hacia atrás y que en el curso representaba al budismo. En Europa se había promocionado especialmente la escuela de budismo Zen, que aunque su raíz provenía de la India, era en China donde había adquirido su forma definitiva siendo su principal valor la búsqueda de la verdad a partir de la meditación y respeto a la naturaleza.

El representante de las doctrinas hinduistas era un hombre de edad indeterminada, bajito y regordete, de tez morena y mirada oscura e inquisitiva enmarcada por unas pobladas y arqueadas cejas que le daban un aire de profunda inteligencia. Se llamaba Kimatra y era el encargado a nivel europeo de sincretizar y armonizar las diversas corrientes religiosas surgidas en el entorno del río Ganges. Tenía una voz armónica y envolvente capaz de atrapar a cualquier oyente. Era probablemente, desde la muerte de Gandhi, el único ser humano capaz de entender el lío religioso hindú. Sus ejemplos y problemas éticos eran tan variopintos como:

«¿Qué haría usted con la barba de un Sikhs, si tiene que intervenir en la mandíbula de forma externa?», ya que para un practicante de esta religión, mantener el cabello intacto es el primer y el más obligatorio deber de un Sikh.

La tutora encargada de las doctrinas cristianas, se llamaba Johanna, era una recia y oronda alemana natural de Maguncia, que en su juventud había sido cantante de ópera. Tenía un físico que se podía tildar de rotundo, que parecía no acompañar al intenso color de su voz, de forma que cuando hablaba sus palabras estaban dotadas de una musicalidad ciertamente envolvente. Era una contumaz seguidora de las teorías de teólogo Dietrich Bonhoeffer, mártir del nazismo, que desde la cárcel escribía textos tan intrigantes y propuestas tan avanzadas como: las de un «cristianismo sin religión». Decía, «Jesús nos llamó, no a una nueva religión, sino a una nueva vida». Estas ideas estimularon un movimiento teológico cristiano etiquetado como «Teología Secular». Sus teorías hacían que este pensador fuera uno de los pocos teólogos

reivindicados tanto por cristianos liberales como por conservadores. Esta forma de pensamiento resultaba por tanto ideal para las ideas de convivencia religiosa perseguidas por los burócratas europeos.

La implantación de gérmenes dentarios cultivados en sangre, desarrollados en los laboratorios a partir de células madre de forma externa, era un hecho casi rutinario para los dentistas. Los implantes de tornillos y otros materiales inertes eran aplicados solamente para aquellos casos en los que el paciente no pudiera tolerar las nuevas soluciones biológicas. Entre los problemas éticos planteados por la alemana aparecía uno relativo a los Testigos de Jehová: «¿Qué actitud tomaría ante un testigo de Jehová, cuya mejor opción fuera la implantación de gérmenes dentarios? ¿La aceptaría o por el contrario la rechazaría?».

El último día del curso se hacía el siguiente lunes a la misma hora que el resto de los días, pero esta vez la temática encargada de cerrar, intentaba representar a todos aquellos pacientes sin confesión religiosa. El principal objetivo de esta parte final era difundir la comprensión y tolerancia que debían prevalecer ante cualquier paciente no religioso o declaradamente ateo. El representante de esta unidad era un argentino de modales suaves, camisa de leñador y pelo atado con coleta. Había sido reclutado como docente por ser uno de los filósofos vivos no confesionales de más reputada trayectoria en los conceptos de respeto y tolerancia aconfesional. Las ideas vertidas iban encaminadas a promover el autocontrol y objetividad en el trato de los dentistas ante pacientes críticos con cualquier forma de pensamiento religioso. Es decir, su principal objetivo se encaminaba a evitar cualquier conflicto en la relación odontólogo-paciente, independientemente de las ideas de cada uno de ellos, tanto si eran religiosas como si no lo eran. Su intervención era por tanto una especie de conclusión del curso. Además, Mario Buoncuore, era finalmente el responsable de exámenes y coordinación del curso.

Buoncuore recordaba que al finalizar el curso los participantes debían solicitar vía on-line el examen presencial, en una especie de crucigrama maldito en el que se cruzaban los asistentes con los posibles días y horarios en los que cada tres meses se realizaba la prueba de evaluación en el palacio de Longoria.

Jacinto y Lu logran, sin demasiada dificultad, ajustar la petición de examen para el inicio del verano.

Tuvieron que transcurrir tres meses desde que la petición de examen fue cursada, para que Jacinto y Lu fueran citados, junto a otros diez solicitantes, un viernes de la primera quincena de julio. Las pruebas de armonización religiosa se realizaban mediante una evaluación que constaba de dos partes: La primera consistía en un test multirrespuesta de cien preguntas. En cada pregunta había cinco respuestas posibles y una sola verdadera. Se aplicaba un programa corrector con puntos negativos. Por cada pregunta fallada se restaban 0'25. Se necesitaba obtener al menos siete puntos sobre diez, para poder acceder a la segunda parte consistente en una entrevista personal con los tutores.

El sol de Madrid en esa mañana de julio, comenzaba a lanzar sus poderosos rayos sobre la fachada del palacio de Longoria cuando llegaban a él Lu y Jacinto un tanto atribulados, pero dispuestos a superar la nueva barrera burocrática. Durante todas las noches de la semana anterior se habían reunido en el apartamento de la italiana para preparar el examen de armonización religiosa. A pesar de todo, ambos se encontraban ciertamente nerviosos, no podían evitar ese cierto remusguillo interior que sufren muchas personas justo antes de cualquier prueba.

Al entrar en el palacio y observar la magnífica escalera coronada por la espléndida vidriera emplomada que la cubre, Ludovica no puede por menos que exclamar:

— ¡Qué preciosidad! Desde luego estos burócratas europeos siempre escogen los mejores edificios.

—Sí, realmente es muy bonito, pero yo no estoy en estos momentos para admirar decoraciones —contesta un agitado Jacinto—. Vamos un poco justos de tiempo y aún no sabemos en qué lugar se va a realizar el examen.

—Estás un poquito borde —dice Lu un tanto ofendida.

— ¡Lo siento! —responde con tono robótico Jacinto. Justo en el centro de la escalera, un enorme portero de pelo rapado con aspecto de oso, pregunta a la despistada pareja:

— ¿Adónde van?, ¿tienen alguna cita?

—Sí, estamos citados para el examen de armonización religiosa —responde Lu con una sonrisa prefabricada.

—Es en la sala del Pavo. Suban por la escalera, la segunda puerta a la derecha. El examen está a punto de empezar.

Nada más entrar comprende enseguida por qué esta sala recibía ese nombre. En el techo de la misma, sobre un cielo de colores degradados había pintado un pavo real de tonos azules con una gran cola despegada. En el centro del mismo una espiral de golondrinas parecían circular de acuerdo a un plan geométricamente establecido. Justo al final había un escenario donde se había montado una mesa alargada a lo largo de la cual se encontraban sentados los seis tutores. En el centro, presidiendo la mesa, estaba Buoncuore, a su derecha la rotunda teutona, a la izquierda el señor Ibrahim, seguido de Kimatra y en el otro extremo junto a la alemana, estaban Moisés y Tang Hao. Todo el conjunto tomaba un aspecto francamente teatral, o al menos esa es la impresión que percibían los aspirantes al entrar en la sala.

Buoncuore les da la bienvenida, y con tono amable pero firme les pide que se sienten dejando dos espacios por delante y detrás de cada silla. La amplitud de la habitación en relación al pequeño número de asistentes hacía que las posibilidades de fraude fueran prácticamente nulas. Además, la sala estaba dotada de cámaras de vigilancia e inhibidores de frecuencias que impedían cualquier tipo de transmisión inalámbrica. Los aspirantes quedaban sentados en las sillas a modo de pequeños islotes.

Los tutores bajan de sus asientos y comienzan a repartir el examen, que consta de cien preguntas. Las sillas tenían bandejas de apoyo para poder escribir sobre ellas. Durante el examen uno de los asistentes intenta preguntar una duda, consiguiendo una respuesta fría y seca por parte de la tutora alemana,

que aprovecha la circunstancia para recordar que está estrictamente prohibido hacer ninguna aclaración a los aspirantes durante la celebración del examen. El tiempo fijado era de una hora.

Terminada la misma se les dice que vuelvan los exámenes para abajo, comprueben que el nombre y claves del examen están correctamente cumplimentados, y que los dejen sobre la bandeja, para que los tutores puedan recogerlos. Se les indica que abandonen la sala y que después de aproximadamente tres horas, cada uno de ellos recibirá en sus smartphone el resultado del examen. Sólo podrán asistir a la segunda parte, aquellos que tengan aprobado el test multirespuesta.

A Ludovica le habían quedado algunas dudas sobre las repuestas contestadas, mientras Jacinto, aunque tenía el mismo tipo de incertidumbre que Lu, procuraba mostrarse aparentemente tranquilo y confiado, con el fin de no incrementar más el desasosiego de la italiana. Ambos habían colocado los móviles sobre uno de los veladores del jardín central del palacete y permanecían uno frente al otro sin apenas articular palabra, sólo de vez en cuando Jacinto tomaba la mano de su novia. Este era el lugar en el que se les había dicho que debían permanecer a la espera de los resultados. El tiempo transcurría y los teléfonos permanecían sin dar ningún tipo de señal. El resto de los aspirantes, que estaban al igual que ellos, a la espera, tampoco podían ocultar su nerviosismo ante la tardanza del ansiado resultado. Algunos charlaban de forma compulsiva, casi todos se quejaban de la estupidez del sistema o de la inadecuación de alguna de las preguntas. Otros, como una muchacha de profundos ojos negros, no podían ocultar en su mirada un cierto pesimismo, por lo que permanecía callada como intentando concentrarse en su preocupación. No faltaba el típico simpático de turno que intentaba, mediante comentarios más o menos jocosos lanzados al aire y algún que otro chiste de dudosa selección, atraer la atención de sus compañeros. Aunque la mayoría prefería no contestarle, siempre alguno por educación ante su insistencia contestaba a sus «ingeniosas apreciaciones» mediante monosílabos o frases cortas, que en lugar de hacerle callar lo animaban aún más si cabe «en el martirio no buscado de todos los aspirantes». El tipo en cuestión, en tampoco

espacio de tiempo, se había granjeado la indiferencia, cuando no, la antipatía de la mayoría de sus compañeros.

El primer teléfono que suena marcando la llegada de un mensaje, es precisamente el del «gracioso», que nada más ver el mensaje muestra su satisfacción mediante un salto levantando el puño acompañado de un rotundo: «Bien, he obtenido 8'5 puntos sobre diez realmente creía que iba a sacar más nota, en fin habrá que conformarse». El resto, que aún esperan, le miran en general con indiferencia y alguno de ellos con un cierto grado de envidia. Dos de ellos comentan en un tono casi como para que lo oyera: «Siempre lo mismo, los más tontos suelen tener más suerte». El sujeto en cuestión, hace como que no oye el comentario y muy digno sigue pavoneándose. «En la entrevista supongo que me reconocerán lo mucho que me he preparado».

Los mismos de antes le miran sin contestar y esta vez procurando que no se oiga su comentario, uno le dice al otro:

—Definitivamente, este tío es imbécil.

—Sí, un prepotente como cualquier otro, no merece la pena hacerle el menor caso.

Sucesivamente los mensajes de notificación van llegando a los teléfonos. Han sido todos positivos excepto el de la muchacha de los ojos negros, que al recibir la noticia no puede evitar llorar desconsolada en una esquina. Lu se acerca a ella tratando de consolarla y cuando ya se ha calmado, esta le explica que ya es la cuarta vez que suspende y que por eso está desesperada. De acuerdo con la normativa vigente ya no se podrá volver a presentar al examen hasta el año que viene. Se queja amargamente a su consoladora circunstancial de llevar ya dos años de retraso en la legalización de la que será su futura clínica. No entiende cómo una graduada como ella, que tenía el tercer mejor expediente de su promoción, podía tener tantas dificultades administrativas. Mientras que algunos compañeros, no precisamente los de mejores currículos, obtenían siempre menos trabas a la hora de superar cada una de las barreras burocráticas implantadas. Además, notaba cómo los programas, aun siendo parecidos, cada vez era más y más complejos. ¿Hasta dónde se iba a llegar en este entramado laberinto burocrático administrativo? En su desesperación la

joven le cuenta a Lu que existía un rumor de que alguno de los tutores encargados de realizar el examen era corrupto. Pero, que al no tener ningún tipo de prueba, no había podido denunciarlo. De alguna manera, el peso de la incertidumbre y desasosiego sembrados por la chica sobre Lu, comienza también a extenderse sobre el pragmático Jacinto, que se ha acercado discretamente hacia las dos mujeres, sin apenas pronunciar palabra, sólo manifestando su solidaridad y comprensión de forma gestual, apretando sus finos labios y moviendo la cabeza de un lado a otro en señal de desaprobación de lo que está escuchando.

Por fin la muchacha de los ojos negros decide irse resignada, ya algo más calmada. Se despide de ambos con un beso y les entrega una tarjeta en la que figura como Virginia Leighton González, residente en un chalet de la calle de Vitrubio 32 en el Viso. Era hija de un diplomático inglés retirado, casado con una guapa dentista colombiana, desde pequeña la influencia no buscada materna, la habían llevado a ser una vocacional de la odontología, circunstancia que la elitista familia paterna no llegaba a entender.

La sala del Pavo estaba nuevamente preparada para realizar la segunda parte del examen. Los seis tutores se habían sentado nuevamente en la mesa del escenario, respetando la misma colocación de antes. El espacio había sido perfumado con un discreto olor a incienso, mientras que las luces se encontraban bastante atenuadas, lo cual ahondaba aún más si cabe en la teatralización del conjunto. Justo a un metro del escenario se había colocado una silla solitaria algo más iluminada destinada al aspirante. Los entrevistados eran citados de uno en uno. El examen no era público, con el fin de preservar el derecho a la intimidad de cada uno de los examinados.

El «gracioso» fue el primero en ser llamado por el mismo bedel que les recibió al llegar. La puerta de la sala se cierra, mientras el resto permanece a la espera. Los minutos transcurren lentamente, desde fuera no se oye nada, quizás unos rumores apenas perceptibles y totalmente ininteligibles. Realmente el aislamiento de aquel espacio estaba bien conseguido.

Han transcurrido cerca de treinta minutos desde que el chistoso entró a la entrevista, cuando la puerta se abre y este sale con la cara desencajada

lanzando improperios y todo tipo de insultos dirigidos hacia Buonocuore. El atribulado y ofendido aspirante, exime entre sus amenazas: «Esto no va a quedar así» y «Sé muchas cosas oscuras sobre las actuaciones del tribunal», al cual amenaza a gritos con denunciarlo a la Central Europea de Armonización Religiosa. A continuación es llamada una guapa mujer morena de curvas ajustadas al ceñido vestido negro. Transcurre el tiempo, que como en el caso anterior parece no pasar, a veces veinte minutos, pueden parecer interminables, hasta que por fin la puerta se abre y sale la atractiva mujer con una discreta sonrisa. Los compañeros la rodean y prácticamente la interrogan:

— ¿Qué tal te ha ido?

—Muy bien, han sido muy amables.

—¿Y las preguntas?

—Muy parecidas a las estudiadas durante el curso.

—O sea, ¿qué has aprobado?

—No lo sé, pero creo que sí. Me han dicho que sólo comunican la nota a los suspensos en el acto. Para emitir la nota final, tienen que promediar con la conseguida durante el test.

—Ya, pero entonces, una vez aprobado da igual la nota que hayas sacado —afirma Jacinto, dirigiéndose a la morena.

—No exactamente, para poder seguir la tramitación del siguiente nivel, a este se acede: de acuerdo no sólo a la fecha del examen, sino también a la puntuación obtenida en el examen.

—Es decir, que a mejor nota más agilidad en la tramitación.

—Eso es —contesta de forma desinhibida y algo exhibicionista la «guapísima», que no puede evitar sentirse halagada. Las preguntas y sobre todo las miradas de la mayoría de sus compañeros lograban el fin perseguido por ella. Desde siempre había sido una provocadora.

Los intervalos de citas y tiempos de todos los entrevistados fueron transcurriendo de un modo bastante regular.

Las caras y comentarios de los que salían, después del examen, revelaban claramente el resultado conseguido. Jacinto salió contento y aprobado de la entrevista. Lu, estaba como un flan, llena de nervios, aunque muy contenta y esperanzada por el resultado conseguido por Jacinto.

Cuando Ludovica estaba ya sentada en la silla de examen, frente al tribunal, notaba como se sentía totalmente indefensa, pensaba que así probablemente debían sentirse todos aquellos que de algún modo habían sido interrogados por alguna u otra causa del tipo que fuera, política, religiosa, o policial... No entendía toda la parafernalia montada, alrededor de lo que en realidad no debía haber sido más que un mero trámite administrativo. Todo este proceso reflexivo no había durado más que algunos segundos, cuando Buoncuore, tras darle la bienvenida, al notar su intenso nerviosismo, trata de tranquilizarla. Con una amable sonrisa le pregunta si desea que le traigan un vaso de agua. Esta responde que no es necesario. En ese momento, el argentino le indica que cada uno de los miembros le hará una sola pregunta relacionada con su religión. Comienza dando la palabra a Kimatra, que le hace una pregunta sencilla, que la italiana responde acertadamente. De forma educada, cada uno de los miembros le plantean su correspondiente pregunta, que Lu contesta sin ninguna dificultad. Hasta que por último Johana le pregunta sobre cuál sería su actitud ante la necesidad de utilización de gérmenes dentarios cultivados en sangre para rehabilitar la mandíbula de un testigo de Jehová.

Lu duda bastante, la contestación, iba a decir que no estaba indicado por la presencia de sangre, pero recuerda que el caso fue discutido con Jacinto durante la realización del curso, y que a pesar de que ambos discreparon en la respuesta, para Jacinto la presencia de sangre en el cultivo inhabilitaba su utilización en este tipo de pacientes, mientras que Ludovica recordaba como una tía suya, que era practicante de esta religión, sin embargo, había aceptado un trasplante renal, aunque empleando sustitutivos sanguíneos durante la operación. Finalmente se decide por una respuesta que parece satisfacer debidamente las perspectivas de la alemana. Claramente responde que no tiene por qué tener ningún problema, al igual que tampoco los tienen en los casos en los que necesitan trasplantes de órganos de mayor tamaño.

Las notas en las que Jacinto y Lu habían superado el nivel azul le fueron comunicadas pasadas cuarenta y ocho horas en sus respectivos smartphones. Lu había conseguido una nota global de 8'5 y Jacinto un 7'9, lo que habilitaba a ambos como aspirantes a la legalización de clínicas dentales con nivel azul superado.

Esa noche la pareja de jóvenes deciden salir a celebrar el éxito obtenido. Previamente han llamado a María Amor para comunicarle el éxito obtenido en la tramitación. María se apunta a la celebración y les comunica que tiene una sorpresa para ellos.

María había contactado con André y en poco tiempo este había sucumbido a la renovada María, que desde su regreso de Marrakech resultaba absolutamente atractiva. Ya formaban pareja, aunque la nueva María parecía haber logrado la total sumisión del psicólogo. La relación de ambos, ante los ojos de los demás, estaba un tanto desequilibrada. Incluso ese total dominio de María sobre André hacía que poco a poco el interés de esta por él fuera disminuyendo.

Jacinto estaba sentado en el sofá del apartamento, tomando una cerveza, su mente estaba absolutamente abstraída, mientras esperaba que Lu terminara de arreglarse. Una agradable sensación de relajación invadía su estado de ánimo. La noche se presentaba como de intensa celebración, sabía que aunque su novia estaba dotada de gran belleza, era ciertamente apreciable cómo la italiana era capaz de manejar sus armas de mujer cuando se arreglaba de forma especial. No le gustaba que nadie la incordiará, lo hacía de una forma lenta y un tanto cadenciosa, como si disfrutara de cada momento. Había comenzado con un baño de espuma de intenso olor a rosa, para después aplicarse todo tipo de cremas hidratantes, para finalmente abordar el proceso del retoque del contorno de ojos y labios, que hacía de modo suave y discreto, pero lo suficientemente marcado para conseguir acentuar su mirada esmeralda. En este caso prefirió cambiar su habitual peinado por una coleta, que liberaba y resaltaba sus bonitas facciones. El ceñido traje de tonos étnicos acentuaba aún más si cabe su enorme atractivo. Concluye el proceso calzando unos zapatos de tacón de aguja y tras mirarse varias veces en el espejo del interior de la puerta del armario, extrae la caja donde guarda los abalorios y

comienza a elegir los complementos, para el cuello un fino collar plateado con piedras verdes junto unos pendientes a juego, un reloj de diseño divertido, sigue rebuscando y encuentra la pulsera del cojín, de forma casi automática, se la pone. Es como si la pulsera hubiera saltado de la caja hacia la muñeca de la italiana. Nada más colocarla nota cómo una sensación de calor agradable la recorre todo su cuerpo, para transcurridos unos instantes percibir una cierta sensación de desinhibición y control de todo lo que le rodea. Ludovica se asusta y se quita de forma brusca la pulsera. No entiende lo que le ha pasado, a pesar de todo, el objeto le sigue resultando atractivo, piensa que lo que la ha ocurrido no ha sido más que una mera coincidencia, alguna subida tensional quizás, consecuencia de los nervios pasados ante el probablemente injusto e injustificado examen. De cualquier modo, sigue notando una máxima atracción por la pulsera, por lo que después de racionalizar sus pensamientos, no encuentra ningún motivo por el que no pueda ponerse el atrayente objeto. Sin más, la vuelve a colocar en su muñeca, sin que esta vez perciba ningún tipo de sensación. Abre la puerta del salón y con una intensa mirada contempla a Jacinto que la mira sin decir palabra.

El joven, al verla, una vez más ha quedado extasiado por su novia. Siente un deseo de agradarla en todo, piensa en la suerte que tiene de haber encontrado una mujer como ella, pero a la vez no puede evitar notar como la sombra de los celos se apoderan de él. Sabe que no existe ninguna justificación al respecto, salvo la exultante belleza de la italiana. Él nunca había sentido esa duda injustificada en su relación con Lu.

El teléfono suena, es María Amor, que está justo debajo de su apartamento acompañada de André. Habían aparcado el coche de forma provisional en la entrada del garaje de los apartamentos, de forma que no podían esperar mucho, pues la entrada o salida de algún vehículo haría que tuvieran que desplazarse, con lo cual les urgían para que bajaran pronto.

La pareja baja y tras los correspondientes besos y cumplidos se acomodan en la parte posterior del Volkswagen descapotable de María. Esta conduce mientras André permanece a su lado sin apenas mediar palabra, está como ausente, su aspecto ha cambiado. Está algo más delgado y sobre todo más

pálido. María, por el contrario, está espectacular, su piel y sus cabellos aparecen tersos y brillantes.

Se dirigen hacia las afueras en busca de un restaurante con terraza donde paliar el intenso fuego derramado de forma generosa por un sol que parece no querer esconderse. Durante el trayecto ambas mujeres no paran de charlar y de regalarse cumplidos: ora, «¡qué bien estás!», ora «¡qué bien te sienta ese traje!», ora «¡qué pendientes tienes tan bonitos!». María había decidido llevar el coche hacia una de las pijoterrazas de la sierra de Madrid. De esas, que para ser más originales, o quizás más vintage se juntan sillas y mobiliario diverso, de ese ya descatalogado, pero que colocado de forma conveniente y con una adecuada iluminación llega resultar incluso acogedor. A veces, alguno de esos muebles o sillas, nos recuerdan los que podían haber estado en casa de nuestros abuelos, o en la de alguna de esas tías encantadoras, que muchos hemos tenido.

Una vez sentados, mientras se desarrolla una charla intrascendente, las dos mujeres continúan explorándose una a otra, mediante la profunda inspección visual no declarada, que había comenzado durante el primer saludo, antes de montar en el coche. Ambas perciben a la otra como muy cambiada. María Amor no aparece tan discreta y elegante, la ropa la lleva más ceñida y se ha perfumado de forma muy intensa. Nota algo en Ludovica, que la hace disociarse del concepto previo que tenía de ella como chica dulce y muy enamorada de Jacinto; no puede evitar que la italiana proyecte sobre ella una sensación de rivalidad y desconfianza, absolutamente nada justificadas. Ludovica capta los efluvios poco favorables de María hacia ella. Pero ambas son muy educadas e intentan que sus sentimientos no trasciendan a la otra. Mientras, André y Jacinto permanecen totalmente ajenos al soterrado intercambio de sensaciones que entre las dos mujeres se está produciendo; su conversación es también intrascendente y paralela. No obstante, Jacinto, que se ha dado cuenta del mal aspecto de André, le dice que le nota algo más delgado. Este responde con una evasiva, diciendo que sí, que está procurando perder algunos kilos, y que quizás la dieta excesivamente carnívora que últimamente lleva María le ha hecho terminar aborreciendo la carne y que al consumir muchas más verduras, piensa que esa es la causa de su

adelgazamiento, pero por lo demás se encuentra físicamente bastante bien, y continúa, que a pesar de lo que los demás puedan pensar, desde que vive con María, se encuentra más feliz que nunca.

La cena, a pesar de la soterrada rivalidad de las dos mujeres, iba trascurriendo de forma superficialmente agradable. Por fin una ligera brisa lograba aliviar el intenso calor de ese viernes estival madrileño. Los gin-tonics de fin de semana, poco a poco fueron liberando aún más si cabe a las dos lobaras. Jacinto y André continuaban con su discreto papel de comparsas de ambas mujeres. Habían pasado ya las tres de la mañana, entre discusiones dimes y diretes diversos, casi siempre protagonizados por Ludovica y María, cuando el camarero de forma poco discreta comienza a recoger las sillas y mesas de alrededor, como señal inconfundible de que su jornada laboral estaba a punto de concluir.

—Me parece que quieren que nos larguemos —dice María, que no puede evitar que en su voz se noten los efectos del penúltimo gin-tonic.

—Lo que pasa es que me parece que ninguno estamos en condiciones de conducir —añade Jacinto, que quizás es el menos afectado de todos.

—Este hotel tiene habitaciones. ¿Qué os parece si nos quedamos esta noche? —propone sonriente Lu, mientras dirige una intensa mirada a María.

—Por mí de acuerdo —responde André, que recibe la aprobación gestual de María.

En el servicio de recepción del hotel un soñoliento recepcionista, les adjudicó dos habitaciones contiguas, con vistas a la montaña de la Maliciosa, mejor dicho, con nulas vistas por lo avanzado de la noche, a pesar del intenso cielo de estrellas que lucía de forma impúdica sobre la sierra madrileña.

Una vez en la habitación, Ludovica empuja bruscamente a Jacinto sobre la cama y comienza a desprenderse lentamente de su vestido, mientras se contonea de una forma sensual. La lencería erótica elegida por la italiana resalta su enorme belleza. Jacinto percibe todo lo que le está ocurriendo de una forma confusa y un tanto turbia, se nota de algún modo atrapado por «algo» que le hace someterse a cualquier deseo de su novia. A pesar de la intensidad del momento, Jacinto se siente manipulado. En su fuero interno

percibe que lo que está ocurriendo se le escapa, pero su atractiva compañera hace que Jacinto pierda el control y comience junto a ella una frenética e intensa noche de pasiones incontroladas.

Cuando despierta Jacinto, totalmente aturdido y sudoroso, nota una gran acidez, los jugos gástricos parecen invadir toda su boca. Nota además que todo el cuerpo le duele. Cuando intenta moverse se da cuenta de que Lu le ha atado a los barrotes de la cama, percibe que la cama es especial.

¿Cómo pudo no darse cuenta? Es una de esas camas con anillas diseñadas para permitir la inmovilización de uno de los amantes. Desde la habitación de al lado le llegan jadeos y gritos, que identifica procedentes de María y André, pero también hay otra mujer con ellos. El mundo parece querer hundirse cuando se da cuenta que una de las voces es la de su amada Ludovica. Los pensamientos se le agolpan de manera imparable. ¿Cómo es posible lo que parece oír? ¿Quizás es una pesadilla? La inmovilidad forzada le causa un intenso desasosiego. Grita pidiendo ayuda, pero nadie parece oírle. Pasa cerca de una hora cuando la puerta de la habitación se abre y aparece Lu, que regresa totalmente agotada. Jacinto encolerizado, le pide que le desate inmediatamente. Pero Lu parece no escucharle, lo que aumenta aún más si cabe su desesperación. La italiana se desprende de toda su ropa y joyas entra en la ducha y después de algunos minutos regresa a la habitación, se tumba llorando amargamente junto al inmovilizado Jacinto, que ya ha dejado de gritar y de forma esta vez más suave le pide a Lu que lo desate. Esta accede y trata de explicarse:

—No sé qué me pasa últimamente, pero es como si una fuerza interna me obligara a hacer cosas terribles.

Mientras, Jacinto no puede reprimir su enorme decepción y con los ojos enrojecidos y llenos de rabia grita:

—Eres una puta viciosa. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Eres un canalla que no entiendes nada.

Ludovica se viste con lo primero que encuentra y abandona la habitación llorando mientras corre desaforadamente, sin contestar a las voces de

Jacinto, que trata de detenerla. Sale por la puerta del hotel en dirección a la montaña. Jacinto, que durante unos instantes ha optado por dejarla huir, piensa en lo mal que esta se debe de sentir, con lo que baja de forma apresurada la escalera, tratando de seguir a la italiana, pero su rastro parece haberse esfumado.

Las primeras luces del amanecer comienzan a mostrarse sin que Jacinto encuentre a Lu. La preocupación y el desaliento se apoderan de él. Se pregunta cómo ha sido posible lo que ha pasado. «Seguro que hay alguna explicación. Ella al menos trataba de decirme algo, no le he dado oportunidad de hablar sobre lo ocurrido». Las sombras de la duda sobre su comportamiento hacia su novia se van apoderando lenta e inexorablemente del joven dentista. Se ha movido buscándola en diferentes direcciones, decide sin saber por qué, seguir el curso de un pequeño y resbaladizo arroyuelo que recoge aguas procedentes del deshielo de la poca nieve que aún figura, de forma casi testimonial, en la cima de la Maliciosa. Junto a unas piedras aparece tendido el cuerpo in- móvil de su amada. Jacinto se abalanza nervioso hacia ella.

Le toma el pulso, acerca su cara a la nariz y pecho de su amada. Tras comprobar que respira, la coge en brazos y poco a poco, la va subiendo, no sin gran esfuerzo hasta llegar al inicio del borde de la bajada, una vez allí, parece recuperarse, reconoce a Jacinto al que abraza y pregunta:

— ¿Qué me ha pasado?

— ¿De verdad no lo recuerdas?

—Sólo recuerdo que habíamos salido a cenar con María y André y que después fuimos a la habitación. Creo que hicimos el amor.

— ¿Y nada más? —pregunta de forma inquisitiva Jacinto.

—Nada más. Si sabes qué es lo que ha pasado y por qué estoy aquí, te ruego que me lo digas.

Un sorprendido Jacinto cree que no es el momento más apropiado de hablar del problema, prefiere diferir su respuesta y contesta con una evasiva.

—Ya hablaremos, además también me gustaría hablar con María y André.

— ¿Qué tienen que ver con lo que me ha pasado María y André?

—Son ellos los que tendrán que dar alguna explicación, pero de momento prefiero saber si ya te encuentras recuperada.

Lu, al ver la actitud que toma Jacinto, y además teniendo en cuenta lo aturdida que se encuentra, elige no seguir insistiendo. De forma instintiva, palpa su muñeca derecha en busca de la pulsera, nota que no está, siente un deseo irrefrenable de encontrarla. Es como si le faltara algo a lo que ya se había habituado.

—No encuentro mi pulsera, creo que la he perdido. Debemos buscarla.

—Cuando te encontré junto al riachuelo, ya no la tenías. Te estuve tomando el pulso y tus muñecas estaban totalmente libres.

—Bajemos a buscarla —afirma, una ya recuperada Ludovica—. Me gustaba mucho y además cuando me la pongo me hace sentirme como alguien muy especial.

—Sí, pero esa bajada es muy peligrosa, precisamente por ella es por la que seguramente te precipitaste anoche.

—No importa, esa pulsera tiene mucha importancia para mí.

— ¿Tanto como para poder sufrir un accidente si vamos a buscarla?

—Sí, me encanta —afirma con gran seguridad Ludovica, que parece no querer atender las lógicas razones que esgrime Jacinto.

—Pero si es tan sólo una pulsera de plata.

—Ya, pero voy a bajar a ver si la encuentro.

Después de varias horas de infructuosa búsqueda y algunos resbalones, junto a un calor sofocante, por fin Lu, acepta a regañadientes regresar con Jacinto al hotel. Una vez llegan al hotel María y André les estaban esperando, un tanto preocupados. Nada más llegar María besa a Ludovica, mientras André permanece serio, sin despegar palabra. Jacinto, que no puede olvidar lo

aparentemente acontecido la noche anterior, agradece de forma superficial y fría la preocupación de la pareja, por lo que aprovechando la ausencia de Lu, que ha ido a arreglarse a la habitación, les indica de forma discreta que quiere hablar con ellos sin la presencia de la italiana. Como esta se demoraba en bajar, Jacinto dirigiéndose a María la pregunta directamente sobre la presencia de Lu la noche anterior en su habitación. Una María un tanto desconocida para Jacinto le contesta de una forma un tanto descarada:

—Mira Jacinto, todos somos mayores de edad, y nuestras relaciones íntimas son por tanto, como su propio nombre indica, propias de cada uno de nosotros. Somos libres de ejercer en nuestra intimidad aquello que más nos complazca, siempre y cuando no alteremos la intimidad y libertad de otras personas. Anoche nos encontrábamos haciendo el amor «a nuestra manera» André y yo, cuando Lu llamó a la puerta de forma insistente. Al dejarla pasar, apareció con su camisón transparente, totalmente desnuda y al darse cuenta de lo que estábamos haciendo, nos dijo que sabía lo que estábamos haciendo y que le encantaría que la dejáramos observarnos. André y yo sabes que somos muy liberales y nos pareció que no nos importaba. Ludovica es una mujer preciosa y es muy difícil decirle que no ante una propuesta semejante.

André continua callado, mirando a Jacinto, casi como implorando su comprensión. Jacinto, responde:

—Realmente no sé lo que le pasa a Lu, últimamente está muy rara y llena de manías. Incluso he llegado a sospechar si tomaba algún tipo de drogas.

Jacinto no puede continuar la conversación pues Lu regresa de la habitación. Al llegar su comportamiento con María y André es aparentemente normal, como si la noche anterior no hubiera pasado nada. Solamente al fijarse en la pulsera de María, se da cuenta de que es igual, o al menos muy parecida, a la suya. No puede por menos que pensar que podría tratarse de la misma pulsera. Le surgen algunas preguntas que parecen confundirla. Lo más probable es que se trate de otra pulsera, idéntica a la suya, aunque no puede evitar pensar que quizás María se la ha robado. ¿Pero cuándo? Ella sí recuerda tenerla puesta la noche anterior, ¿pero cómo puede haber llegado hasta

María? Además de ser cierto que fuera la suya, no se la pondría delante de ella. Una nube de pensamientos confusos y contradictorios se apodera de Lu. A pesar de ello, Ludovica opta por no decir nada al respecto, aunque de forma aparentemente casual comenta:

—Qué pulsera tan bonita llevas, María.

—No es nada del otro mundo, pero le tengo mucho cariño.

— ¿Dónde la conseguiste?

—Procede de Marrakech.

— ¿Algún regalo?

—No exactamente, procede del olvido de un extraño personaje que se le cayó cuando abandonaba la famosa plaza de las Maravillas, intentamos devolvérsela y no lo conseguimos. Desde entonces está conmigo.

Al oír la contundente explicación de María, la italiana se convence de que realmente se trata de otra pulsera, pero es tan igual que no puede impedir que el deseo de poseerla continúe.

Han transcurrido varias horas y el accidentado fin de semana parece llegar a su fin. María sigue exultante, André continua taciturno y subyugado a cumplir cualquier deseo de su pareja. Jacinto se muestra desconcertado y un tanto defraudado por el comportamiento inexplicable de Lu, que a su vez se encuentra muy desorientada y confusa. Los recuerdos de los últimos acontecimientos vividos parecen entremezclarse en su mente de forma un tanto escabrosa y desconcertante. La sensación de haber perdido el control sobre todo lo que la rodeaba había desaparecido. Deciden regresar a Madrid, pero durante el trayecto a penas intercambian algo más que meras frases de cortesía.

Una vez en su apartamento, pasados algunos días, Lu reflexiona sobre los hechos ocurridos el último fin de semana, comienza a darse cuenta de que su comportamiento ha sido un tanto anómalo. Nota cómo su necesidad de encontrar la pulsera es cada vez menor, se siente en cierto modo liberada ¿Quizás todo ha ocurrido por la extraña pulsera? Lo cierto es que desde que

no la tiene parece que se vuelve a reconocer a sí misma. Jacinto, que no ha sido ajeno a su recuperación, se da cuenta como la auténtica Ludovica, que siempre le había cautivado, había regresado como un ave fénix desde las tinieblas de su propia insatisfacción. Por fin, durante esos días habían hablado de todo lo que había pasado, llegando ambos a la conclusión de que todo ese cambio experimentado por la italiana, se había producido prácticamente desde que compró aquel bonito cojín en el rastro en el que estaba la maldita pulsera. Era el momento de liberarse de la tiranía del siniestro objeto.

Capítulo 8 Superar el nivel verde

Las últimas elecciones europeas, debido a la falta de identificación de los ciudadanos, con los que durante muchos años habían sido considerados como partidos derecha tradicionales, habían dado lugar a que los partidos populistas, tanto de extrema derecha como de extrema izquierda, aumentaran en gran medida sus porcentajes de voto. Sin embargo, la igualdad entre los partidos extremistas con los tradicionales se consiguió romper gracias a los votos del Green European, partido ecologista verde, que actuando como partido bisagra sorprendentemente, después de múltiples negociaciones, terminó apoyando a la coalición de partidos de centro derecha y centro izquierda. La sensación que la frase de Quevedo «poderoso caballero es don dinero», se seguía aplicando de forma determinante, tanto a nivel europeo como mundial parecía del todo cierta. De todos modos la estética ecologista se mantenía, dando lugar a la aparición de las más pintorescas leyes. Al mismo tiempo, los dirigentes ecologistas, en su mayoría continuaban manteniendo un aspecto perroflauta aunque sus cuentas bancarias estaban cada vez más saneadas. Cuando hablaban en público, muchos de ellos lo hacían como si estuvieran totalmente iluminados, algunos de ellos ostentaban altos cargos burocráticos de segunda fila a nivel europeo, de forma que aunque las presidencias y vicepresidencias en su mayoría resultaron copadas por los partidos de siempre, una parte importante de las subcomisiones estaban regidas por las huestes ecologistas. De este modo, se promulgaron leyes en las que siempre de algún modo u otro los correligionarios de estas doctrinas aparecían como claramente favorecidos. En este sentido puede servir como ejemplo, que aunque la mayoría de las suministradoras de energía para el transporte habían sustituido las clásicas gasolineras, por otras que estaban totalmente automatizadas, que se encontraban inmersas en una burocracia electrónica de claves y contraclaves, que hacían que llenar el depósito de combustible o energía fuera una acción harto tediosa para la mayoría de los usuarios. Sin embargo, los ecologistas habían conseguido mantener y desarrollar una especie de tiendas de eco energía, que en este caso sí eran atendidas por personas. Evidentemente, esos puestos de trabajo parecían diseñados de modo ex profeso para el perfil

de los militantes ecologistas. Esta especie de Eco gasolineras eran por tanto los únicos recintos atendidos por seres humanos, además estaban autorizados para repostar todo tipo de combustibles, que necesariamente debían ser limpios y de origen biológicamente aceptable.

Las futuras clínicas dentales, para continuar con su arduo proceso de autorización, debían superar el denominado nivel verde o compatibilidad ecológica de los procedimientos y materiales utilizados en la clínica dental. Se exigía la utilización de materiales reciclables obligatorios, como norma imprescindible para lograr las autorizaciones pertinentes. Este tipo de normativa de algún modo encubría una obsolescencia programada, que hacía que prácticamente una parte importante del equipamiento de la clínica se deteriora en un máximo de cinco años. Las empresas fabricantes y de mantenimiento de este modo se aseguraban trabajo permanente. El problema era que la verdad del asunto no estaba oficialmente reconocida y todo el proceso burocrático estaba «vendido» como «necesidades ecológicas imprescindibles para el buen mantenimiento de la vida en nuestro planeta» y no como lo que en realidad eran, es decir, chanchullos económico-políticos, en los que por supuesto, los eco inspectores, estaban bastante pringados. Además, de este modo, al realizar inspecciones bianuales tenían asegurado un puesto de trabajo estupendamente remunerado por la Comunidad Europea. También se les exigía que un ochenta por ciento de la energía consumida tuviera un carácter totalmente ecológico, para ello fueron desarrolladas una serie de normativas que obligaban prácticamente a utilizar en casi todos los casos fuentes de tipo fotovoltaico, que por su puesto se encontraban suficientemente gravadas por impuestos relacionados con permisos y autorizaciones sobre su utilización. Hacía no muchos años que se habían desarrollado unas nuevas células fotovoltaicas de tipo orgánico, que lo graban unos valores de eficiencia de aprovechamiento superiores al ochenta y cinco por ciento. La empresa Eco Nature Photonics tenía prácticamente el monopolio europeo de comercialización de esta tecnología tan avanzada. Aunque en Europa, las leyes de libre competencia trataban de evitar ese tipo de monopolios. En este caso, para guardar las apariencias en todos los concursos de adjudicación de proyectos, dejaban que se presentaran más empresas, pero lo cierto es que

mediante una u otra justificación, la mayor parte de las veces era esta empresa, gestionada por los ecologistas y simpatizantes, la que siempre terminaba ganando la adjudicación de más del noventa por ciento de los concursos públicos. Claramente existía prevaricación por parte de los perroflautas ilustrados, favorecida por unos partidos tradicionales que de acuerdo a sus propios intereses partidistas preferían mirar para otro lado. A pesar de todo, la tecnología era tan avanzada en el aprovechamiento de la energía solar, que los paneles utilizados eran flexibles e incluso transparentes, de forma que se podían adaptar no sólo a fachadas o tejados, sino, incluso a ventanas, en las cuales era el propio cristal orgánico el encargado de captar directamente la energía de los rayos solares. Esto había favorecido que existiera una fábrica de ventanas especiales para las clínicas sanitarias, en la cual, por su puesto la participación indirecta del estamento ecologista estaba totalmente tapada. Algunos de estos corruptos inversores utilizaban testaferros encorbatados, con apariencia de directivos tradicionales. Ni que decir tiene, que si alguien quería tener alguna posibilidad de superar el nivel verde, debía asumir que la compra de estos productos ecológicamente homologados debía realizarse siempre a algunas de las marcas procedentes de las fábricas ya comentadas.

Habían pasado varios meses desde los últimos acontecimientos y Jacinto y Lu por fin, habían decidido continuar con la tramitación de los permisos de su futura clínica. La relación entre ambos se podía decir que poco a poco había vuelto a sus cauces de normalidad. Se planteaban qué pautas debían seguir para poder superar la penúltima barrera burocrática (el nivel verde). Entre todos los conocidos de ambos, el nombre de Ariazna surgía como al menos alguien a quien consultar, dada su militancia y cercanía con los principios y eslóganes de los partidos ecologistas, por ello deciden llamarla. Pero ¿qué habrá sido de ella? Desde la última vez que estuvieron juntos, tampoco sabían cuál sería su relación actual con Eleonora.

Ludovica por fin se decide y llama a la ecologista.

—Ariazna, soy Lu, ¿cómo estás?

—No me lo puedo creer, ya era hora de saber algo de ti.

—Disculpa, tienes razón, pero es que hemos estado muy ocupados con la tramitación de los permisos de la clínica.

—Ya, la maldita burocracia y sus tentáculos parecen no tener fin —contesta de forma cansada Ariazna.

Ludovica, que ha percibido el tono plomizo de Ariazna continua:

— ¿Te pasa algo, Ari?

—La verdad es que estoy un poco depre.

— ¿Y eso?

—Hace un mes corté mi relación con Eleonora.

— ¿Por qué no quedamos y charlamos? —propone Ludovica, que aún no ha revelado el auténtico propósito de su llamada.

Lu, queda la siguiente tarde-noche, con Ariazna. Ha preferido quedar sin Jacinto, de este modo piensa que le será más fácil conseguir la posible ayuda de la ecologista. El lugar donde han quedado es una terraza sin ninguna personalidad, de un bar de cañas y bravas, como cualquier otro y aunque el ruido ambiental de la calle junto al tráfico de coches podría haberlas molestado, en este caso, por el contrario, sirve como campana protectora de la conversación que surge entre las dos mujeres. Se saludan con un beso, se hacen los cumplidos y cortesías habituales y por fin, Ariazna, se decide a abrir sus intimidades a su atenta interlocutora:

—Realmente nos conocemos poco, pero la verdad es que las veces que he estado con Jacinto y contigo, me habéis parecido una pareja cuasi perfecta, de esas que nuestros padres nos ponían como ejemplo. En fin, un poquito petardos—dice sin cortarse un pelo la rebelde Ariazna.

—No es oro todo lo que reluce, nosotros también hemos tenido nuestras crisis —contesta Lu, esbozando una sonrisa de cierta complicidad.

— ¡Ya!, pero en mi caso, que me considero una lesbiana estricta, la sociedad europea sigue sin entendernos, y aunque aparentemente nos tiene absolutamente integradas en sus leyes y comportamientos, lo cierto es que nuestros amores son todavía poco comprendidos. Con lo cual, cuando tenemos problemas, la gente parece pasar mucho más de ellos que cuando se trata de los problemas surgidos en una pareja convencional como la vuestra.

—No estoy de acuerdo, tú eres una amiga de Jacinto y mía y por supuesto que tus problemas me interesan, por eso estamos aquí.

—Seguro que hay algo más —dice de forma escéptica Ariazna.

—Tienes algo de razón, te he llamado por un problema de tramitación de nuestra clínica, pero eso no significa que no me importen tus problemas. Al hablar por teléfono noté en tu voz que algo te estaba pasando. Eres tú la que debes decidir si quieres contarme algo de lo que te ocurre.

— ¿Para qué me necesitas?

—Necesito tu ayuda para una fase de tramitación de la clínica, pero en este momento creo que tiene una importancia relativa, me interesa más saber qué te ha pasado con Eleonora. A fin de cuentas, ella también es una gran amiga mía.

Tras un silencio, y una mirada directa que de algún modo parece aprobar la sinceridad de Ludovica, Ariazna, se decide a abrir sus sentimientos.

—Espero Lu, que seas discreta con todo lo que te voy a contar. Quizás no tenga mucha importancia para la mayoría, pero para mí sí la tiene. A fin de cuentas, voy a tratar de contarte cómo me siento habitualmente en mis relaciones de pareja con otras mujeres. Espero que me comprendas.

Los ojos de Ariazna comienzan a volverse vidriosos y la forma de hablar empieza a ser entrecortada, hasta que por fin, las palabras comienzan a brotar como surge el agua de un manantial subterráneo recién descubierto.

—Durante mis relaciones a veces me siento absolutamente prisionera de mis propios sentimientos. Las serpientes que habitan en mi interior quieren salir a la luz buscando una víctima propicia para alimentar su hambre infinita. El

problema surge en que la engullida puede ser mi pareja, o incluso yo misma. No puedo dejar de recordar el cuadro de Goya Saturno comiéndose a su hijo; en este caso las hijas de mi incertidumbre son capaces de devorarme a mí o a mi en- torno dependiendo de la circunstancias.

—Realmente estás sufriendo mucho —apostilla Lu—. Es como si tú misma no aceptaras tu propia orientación sexual.

¿Cómo has podido sobrevivir a tus propias contradicciones?

—Si por mi fuera me pasaría todo el día haciendo el amor, por ser esta la forma más perfecta de escapar de una realidad, muchas veces en continua lucha con lo política- mente correcto. El orgasmo y su posterior carga endorfinica de alta concentración es una forma de droga liberadora de todos los entornos hostiles. A estas alturas todo el mundo acepta el amor lésbico como algo natural; pero esto quizá sólo sea una realidad políticamente aceptada. Lo cierto es que cuando he abrazado o besado públicamente a mi pareja, no he dejado de sentir las miradas y cuchicheos de una parte importante de los que nos rodeaban, eso sí, enmascarados por una mal aparentada indiferencia.

—Y Eli, ¿se considera también lesbiana?

—No, Eli es un ser libre, que igual le gusta la carne que el pescado, su relación conmigo, o al menos eso creo, ha sido mucho menos profunda que la mía hacía ella, yo he sentido, aunque pueda sonar un tanto grandilocuente, auténtico amor hacia ella.

—Ya, pero entonces de algún modo, tú has sido su víctima, pero sin embargo, tú fuiste la que aquella noche la iniciaste en los placeres de Lesbos.

—No fui yo la que inició a Eleonora en estas sutiles artes amatorias. Ella me confesó que en el internado suizo en el que había estudiado durante su etapa de adolescente, tuvo una relación esporádica una noche con una compañera rubia de ojos de gato y senos pequeños. Fue, según me contó, durante un fin de semana, en el que las dos estaban sancionadas sin salir de permiso y tuvieron que compartir habitación. La gobernanta, al quedar estas dos alumnas descolgadas debido a que precisamente era durante el último fin

de semana de cada mes cuando se realizaba una limpieza más profunda de las habitaciones, les propuso que compartieran habitación durante una noche el sábado y la otra el domingo, para de este modo ser más eficaz en su proceso de limpieza y entre las dos jóvenes, sin saber por qué, surgió el encuentro. El tedio y el aburrimiento de las dos adolescente castigadas se transformaron en juegos prohibidos transgresores de las estrictas normas del colegio. Desde entonces, me confesó, sólo había mantenido relaciones con hombres, pero de alguna manera el regusto de ese placer prohibido adolescente había quedado en su fuero más interno.

Ariazna, que se encuentra ya más relajada y complacida por el interés mostrado por Lu, continúa:

—Antes buscaba en mis parejas aliviar el peso de mi propia existencia. Ya no es así. Ahora al menos al principio, sólo busco sexo y satisfacción personal, no deja de ser un juego de seducción en busca de alimentar mi propio ego. Admito claramente que soy una lesbiana estricta, y sin embargo, he tenido bastantes relaciones con mujeres bisexuales, como en este caso con Eleonora. Siempre que he tratado con ellas he procurado no profundizar en mis relaciones más allá de un intercambio sexual ocasional.

—Pero sí que habrás tenido alguna relación seria...

—Desde luego. Estuve conviviendo durante dos años con una chica llamada Beatriz por la que sentí autentico amor. Creí que podía ser la acompañante ideal del resto de mi vida. Era también en un principio lesbiana sin ningún interés por los hombres. De alguna manera percibía de ella sentimientos que actuaban como una imagen especular de mi propia existencia. No sólo éramos amantes, también éramos amigas. La complicidad entre ambas surgía de forma espontánea en múltiples situaciones. Llegué a pensar que había conocido a mi autentico alter ego hasta que todo terminó.

— ¿Y qué paso para que dejarais una relación de pareja tan ideal?

—Simplemente el amor se fue apagando, lentamente, como una vela, la rutina, que es uno de los principales enemigos de las parejas, se va apoderando de todo, sin que uno se dé cuenta. Es como un envenenamiento

lento y cadencioso, capaz de atrapar en sus redes hasta los amores más profundos. Es clásico y muy tópico, pero a veces difícil de entender, que si la llama del amor no se reaviva constantemente termina por apagarse y creo que fue precisamente eso lo que me ocurrió con Beatriz. Aunque por otra parte, cuando he reflexionado al respecto, no he podido dejar de pensar que el hecho de ser tan similares en nuestros pensamientos podía haber contribuido bastante a finalizar nuestra relación, precisamente ese «algo» que al principio nos acercaba y nos atraía; con el paso del tiempo se volvió en nuestra contra, todo lo que podíamos hacer o emprender cada una era previsible para la otra. Finalmente me he dado cuenta de que las parejas que mejor funcionan, y que probablemente permanecen unidas a lo largo de la vida, aunque esto no sea más que otro tópico romántico, son precisamente las que se establecen entre seres complementarios con cierto grado de desigualdad y siempre dispuestos a no dejar de explorar juntos cada día los retos de un nuevo amanecer. Aunque estas ideas, pienso, que no pueden extenderse a todos a todas las parejas; para algunas personas como yo, esta puede ser la senda añorada.

—Realmente eres una romántica.

—Puede que estés en lo cierto, querida Lu, pero sin embargo, la mayoría de las personas creo que no me entienden. Sólo he encontrado comprensión en los círculos políticos en los que me muevo.

— ¡Ya! Pero sabes lo que se dice de esos círculos

—Sí, que son unos corruptos y aprovechados de la actual coyuntura política.

— ¿Y tú qué opinas de ello?

—Mira, creo que es como en todas las agrupaciones humanas, desde el principio de los tiempos. Es cierto que algunos compañeros realizan prácticas no precisamente ejemplares, pero en cambio otros, probablemente la mayoría, creemos firmemente en nuestro ideario.

—En efecto, totalmente de acuerdo, pero convendrás conmigo en que en vuestro programa, una parte importante, la de los puntos, se referían a la lucha contra la enorme corrupción política de los partidos más tradicionales. Y

sin embargo acabas de admitir que en tu partido también existe más de lo mismo.

—Aunque exista nunca podrá llegar al grado y generalización de los partidos de derechas.

—Sí, pero, a pesar de todo vosotros estáis permitiendo que los de siempre sigan gobernando.

—Eso es sólo un hecho coyuntural para parar a los extremistas no demócratas.

La discusión estaba entrando en un bucle del «y tú más» entre las dos jóvenes, por lo que Ludovica decide escapar de un debate, a todas luces estéril. Para ello, formula una pregunta referente al aprovechamiento de los recursos naturales in situ:

—Me han dicho que vuestros círculos están promoviendo fiestas campestres, con aprovechamiento de los recursos naturales, a modo de ejemplo de desarrollo y sostenibilidad.

A Ariazna se le ha iluminado la cara, ante la pregunta de Lu, precisamente ella ha sido una de las principales promotoras de este tipo, de fiestas. Piensa realmente que con ellas se contribuye a la concienciación de la defensa de nuestro medioambiente. Está convencida de la aportación a la difusión de la cultura ecológica que este tipo de acontecimientos pueden verter en la sociedad. En ellas, se promueve la invitación a todo tipo de público, especialmente se valoran las invitaciones a personas no militantes, pero que tengan especial interés o sensibilidad hacia estos temas. En realidad se trata de una práctica de captación de militantes un tanto encubierta promovida por el partido.

Ariazna ve hueco, por lo que lanza su gancho hacia una aparentemente interesada Ludovica, y continúa:

—Precisamente este fin de semana se va a celebrar en un pueblo de Soria, una eco fiesta, basada en el aprovechamiento micológico del monte. Podáis venir tu novio y tú. Además alguno de los organizadores, me parece que trabaja en temas de inspección europea sanitaria. Lo que no puedo decirte

es cuales son exactamente sus cometidos, pero seguro que podrá orientaros mejor que yo sobre como vehiculizar y agilizar la tramitación.

—Muchas gracias por tu invitación, se lo diré a Jacinto e intentaré que vayamos. A él no le suelen gustar excesivamente las fiestas campestres. De pequeño le picaron las abejas, y desde entonces es muy alérgico a su veneno. En fin, mañana te confirmo si vamos.

La italiana finalmente vence las dudas de Jacinto acerca de la conveniencia o no de acudir a la fiesta. A Ludovica le constaba a tenor de sus conversaciones con Ariazna, que a la misma acudirán algunos compañeros de partido, que según ella podían ayudarles en los trámites de legalización de la clínica. Por ello, Jacinto, a regañadientes, no sin antes haberse rociado de todo tipo de espráis anti insectos que le añadían un cierto olor a desodorante barato, había aceptado acompañar a su novia en la para él desagradable eco fiesta.

El otoño había comenzado a desplegar todo su encanto en la Sierra de los Cameros, en cuyo campo se iba a celebrar la fiesta. Las hojas de los árboles, pinos, robles, hayas, encinas y ciruelos silvestres, entre otros, habían adquirido diversas tonalidades que viraban desde el verde hasta los dorados y rojos más espectaculares. Una ligera brisa cimbreaaba las copas de los árboles, mientras que el sonido lejano de los nacimientos del río Iregua, sumado a los cencerros del ganado ecológico, que pululaba libremente por la montaña, marcaban una serenata ciertamente agradable para la mayoría de los mortales. Sin embargo, a Jacinto «el encanto bucólico» de este bello amanecer no le agradaba en demasía. El problema procedía de un accidente ocurrido durante su etapa infantil.

Aquella tarde, en la que Jacinto cumplía doce años, su familia había decidido celebrar su onomástica en el campo. Al finalizar la fiesta, Jacinto, junto a su grupo de amigos, encontraron un panal de abejas silvestres, y no se les ocurrió otra cosa que derribarlo con un palo. La respuesta de la colmena fue la habitual. El enjambre salió como una exhalación, dispuesto a defender su territorio, su principal blanco fueron las piernas y los brazos del muchacho, que aunque trataba de impedir como podía que no le picaran en la cara, el resto del cuerpo quedaba libre a merced de los furibundos ataques de los insectos. La

sensación de falta de aire y de hinchazón de la cara, junto a unos intensos picores por todo su cuerpo, iban en aumento, hasta que una vez trasladado a un servicio de urgencias, una inyección de corticoides obró el milagro de su pronta recuperación. Sin embargo, el recuerdo de este desagradable episodio ha permanecido en Jacinto a lo largo de los años. Desde entonces, no puede evitar tener fobia a todo tipo de insectos incluyendo las arañas.

Eran las ocho de la mañana y el día comenzaba a clarear, mientras el pequeño Fiat iba avanzando por la virada carretera de montaña, hasta llegar a una encrucijada de la que partía un camino rural de tierra sin pavimentar, rodeado de hayas y maleza, que apenas dejaban ver el profundo barranco que quedaba a la derecha, solamente alguna brecha sin vegetación transmitía la altura alcanzada. Por fin, después de unos innumerables giros de volante, la pareja de dentistas encuentran el lugar de la fiesta. Ante ellos aparece un campamento cercado por una valla de madera, a modo de empalizada, que de algún modo recordaba los fuertes de las películas más tradicionales de indios y vaqueros. Una pancarta enorme, anunciaba en inglés y español: «Bienvenidos a la 13ª fiesta Europea de eco cultura micológica». El campamento estaba formado por caravanas y tiendas de campaña que dejaban despejada toda la parte central. Se encontraba situado en una meseta tapizada por una pradera de un verdor apagado, solamente interrumpido por los círculos marrones y grisáceos que el ganado había depositado los días anteriores a la celebración del evento, y que algunos de los participantes observaban con una admiración similar a la que un estudiante de arte tendría al contemplar Las Meninas de Velázquez.

Para poder acceder a la fiesta, los invitados debían tener en sus tablets o smartphone un sistema encriptado de códigos gráficos derivados del primitivo ORL, que hacían que el control fuera muy eficaz, aunque algo lento en las autenticaciones, pues nadie podía pasar sin la autorización de la Oficina Europea Centralizada de la Unión de Partidos Ecologistas. A veces, la contestación se demoraba algunos minutos. Ariazna había comunicado la solicitud de invitación para sus amigos al comité central del partido y tras la autorización del mismo, mandó por correo electrónico, con confirmación de recibo y autenticación de firmas, los códigos de invitación a Jacinto y Lu. Se

les tenía asignado el espacio de permanencia número treinta y nueve y se les indicaba que debían venir provistos de una tienda de campaña de instalación automática, homologada por las legislaciones europeas, preparada para una utilización de dos personas.

Ariazna era muy amiga de Ramón Moon, que actuaba como responsable y director de las jornadas. Era un ecologista militante desde su nacimiento. Tenía, por así decirlo, «pedigrí ecologista». Su padre, madre y abuelos fueron ecologistas militantes, incluso sus bisabuelos formaron parte de las primeras comunidades jipis que se asentaron allá por los años 60 del pasado siglo en el pueblo almeriense de Mojácar. Su aspecto físico aparentemente «casual» no era precisamente fruto de la ley de probabilidades. Una melena lisa entrecanosa, así como una barba espesa y larga pero muy cuidada, recortada lo justo para no parecer afeitada, ojos castaño-verdosos profundos, cejas espesas pero bien marcadas, junto a la utilización de camisas amplias y pantalones de tipo ibicenco hacían de él una especie de neojipi, con un aire un tanto mesiánico. Poseía una voz agradable, de tonalidad y pausas estudiadas. En realidad, Ramón era un líder de laboratorio. Desde su más tierna infancia, había sido preparado y educado por sus padres como «el elegido»; que de algún modo sería capaz de cristalizar toda la filosofía y por qué no decirlo, aunque parezca un contrasentido, tradición jipi-ecologista de su familia. Sus padres le habían educado de la manera descrita, para que pudiera alcanzar las más altas cotas políticas en alguno de los partidos coincidentes con sus ideas. El problema surgió cuando siendo parlamentario electo del partido, en un discurso, estando claramente bajo los efectos de algún elemento psicoactivo, propuso crear una granja de seres humanos a los que se les debía cuidar, alimentar adecuadamente y sobre todo procurarles administrar gran cantidad de whisky, para lograr unos hígados lo suficientemente grasos. Pero la locura de su propuesta alcanzó el clímax, cuando además, propuso que tales granjas debían estar cuidadas por ocas seleccionadas, por ser este animal precisamente el que más experiencia tiene en habitar este tipo de granjas. La reacción de los parlamentarios pasó desde la hilaridad más absoluta hasta la acusación de neofascista, drogata, miserable, etcétera. Gritos y abucheos que se mostraron especialmente potentes por parte de los parlamentarios

franceses, independientemente del partido en el que militaran. La reacción del partido, que anteriormente hubiera aprobado e incluso leído este tipo de discursos, no fue la esperada. Las cosas habían cambiado bastante en el partido desde que se había transformado en bisagra, así que por exigencias de sus socios, no les quedó más remedio que hacerlo dimitir de todos sus cargos políticos y dar públicamente un comunicado de disculpas. Aquellos hechos, que transcurrieron hace cerca de cinco años, para Ramón supusieron una auténtica travesía en el desierto. Pasado este tiempo, en el que a decir de muchos, había tenido un comportamiento ejemplar y sobre todo por la acción de muchos de sus compañeros, que en el fondo pensaban que el discurso no había sido más que una cachondeada provocadora dirigida hacia las muy protocolarias instituciones europeas. Finalmente se propuso su readmisión en el partido. La readmisión se produjo por unanimidad, con aplausos y sonrisas de complacencia hacia el nuevamente militante. Sin embargo, la dirección del partido consideró que Ramón ya estaba quemado para actuar en primera fila, así que consiguieron que se le admitiera en cargos de segunda fila, pero bien remunerados. De este modo, fue nombrado por una parte, representante del partido en todas las fiestas europeas de ecocultura micológica, y por otra inspector europeo de clínicas sanitarias nivel verde.

Los coches no aptos como dormitorio, se aparcaban fuera de la empalizada que rodeaba el campamento, de un modo un tanto aleatorio, sólo se exigía mediante carteles que no se impidiera la salida de nadie que hubiera aparcado previamente. Los alrededores del campamento, por tanto, estaban totalmente invadidos por los coches, que acabaron formando un círculo de tonalidades y reflejos variopintos. Como el evento estaba previsto que se celebrara durante todo el fin de semana, se había advertido en las invitaciones que todos los participantes debían venir provistos de las ya mencionadas tiendas de campaña, o de vehículos adecuados para poder pasar la noche. Dentro del campamento se habían dispuesto duchas y cabinas comunitarias para atender adecuadamente la higiene de todos los participantes. Claramente el montaje de la reunión era bastante costoso, pero los fondos europeos de ayuda siempre veían con muy buenos ojos todo lo que sonara a desarrollo ecológico biosostenible. Además, esta era una manera de contentar a los miembros de

base de un partido, que a pesar de su ideología aparentemente revolucionaria seguía manteniendo en el poder a los de siempre.

Era esa una fresca mañana otoñal en la que los primeros rayos solares prometían una jornada de excelente temperatura, en la que Jacinto y Lu, una vez cumplimentadas todas las exigencias burocráticas de la entrada y habiendo localizado el espacio número treinta y nueve, se disponían a montar su tienda, alarmándose al darse cuenta de que el dispositivo de montaje automático no funcionaba adecuadamente, y aunque para esos casos, la tienda disponía de un kit adjunto para la colocación manual. Las instrucciones del kit eran tan complejas que si uno no había tenido que utilizarlo alguna vez, resultaba francamente difícil lograr el montaje de la misma. Viendo la desesperación de la pareja y su notoria falta de experiencia en esas lides, algunos vecinos de las áreas colindantes se apiadaron de ellos, ayudándoles a desplegar la mal automatizada tienda. Por fin estaban ya instalados, cuando apareció ante ellos una sonriente Ariazna.

— ¡Hola, chicos! ¿Cómo estáis? ¿Qué tal el viaje?

—Bastante bien, Ari —contesta Jacinto—. Algunos problemillas con el montaje de la tienda. Pero ya están resueltos con la ayuda de algunos compañeros con más experiencia en este tipo de acampadas.

—Me alegro de que todo esté ya bien. Ya veréis lo bien que lo vamos a pasar, Ramón prepara estas reuniones muy bien.

— ¿Quién es Ramón?

—El director de todo este tinglado, un tipo muy divertido. Además es el inspector general de instalaciones sanitarias nivel verde para la zona Euro-Mediterránea.

—Entonces sí que nos va a resultar muy interesante

—contesta con un gesto de complicidad Ludovica.

—Seguro que sí. Luego os lo presento, después de que dé la bienvenida general a todos los participantes. Es un tipo de líder que le gusta ejercer como tal.

—Vamos que su ego está por las nubes.

—No exactamente, ya lo veréis. Es un tipo muy especial.

— ¿Cuándo es la presentación?

—Está prevista para dentro de media hora, pero siempre suele haber algún pequeño retraso organizativo. Por eso me voy ahora, para ver en qué puedo ayudar y que todo comience dentro del horario previsto. No sé si os lo dije, pero yo también pertenezco al comité organizador de estas jornadas. La logística depende de mí.

—Ya habíamos visto en el programa que formabas parte del comité organizativo, pero no sabíamos exactamente cuáles eran tus funciones.

La variopinta gente que asiste a la reunión contempla un amplio abanico de edades, desde jóvenes de veintitantos, hasta algún viejo carcamal, que parecía salido de un naufragio con aspecto caduco, calva, barba y por supuesto coleta de pelo predominantemente blanco. Aunque la tribu más abundante estaba formada por gentes con estética muy parecida a la de Ariazna, también se vislumbraba un grupo de pijos que no sabían del todo porque estaban allí, y algunos pocos que como Jacinto y Lu, no destacaban especialmente por su indumentaria.

Por fin, llega Ramón y todo su séquito organizador haciendo una aparición un tanto teatral, desde uno de los extremos del campamento. Vienen todos vestidos de blanco y traen un carro de madera, lleno de cestos de mimbre con asas tirado por dos asnos. Todo el conjunto va convenientemente engalanado con aparejos artesanales. El cortejo se dirige de forma parsimoniosa hasta el centro del campamento, donde se ha instalado una plataforma circular, desde donde a modo de púlpito, está previsto que el director y líder de las jornadas pronuncie el discurso de bienvenida.

A Ramón le cansaba mucho tener que inventarse y reinventarse todos los días para poder alimentar el enorme ego que se había desarrollado en su interior. Tenía que ser siempre educado, intenso, inteligente, divertido y algo transgresor de la normativa vigente, pero sólo algo, no fuera a ser que le volviera a ocurrir lo mismo que en el Parlamento Europeo. Probablemente era

consciente de que se había convertido en un buen actor especializado en interpretarse a sí mismo una vez tras otra.

Y como tal actor, comenzó su actuación con un discurso lleno de tópicos: planeta azul, lo pequeños que somos ante la inmensidad del universo, la importancia del agua, la preservación de la naturaleza, la bondad de las energías renovables, las eco cocinas que aprovechaban al máximo la energía solar, etcétera. Para terminar hablando de la importancia de las setas en la naturaleza y su componentes, destacando que, en la mayoría, el agua representa cerca de un noventa por ciento en su composición y el resto está formado por diversos nutrientes y principios activos de alto interés culinario. La última parte del discurso la dedica a explicar el procedimiento de clasificación que se aplicará al final de la jornada. Desde el comienzo, así como durante, y sobre todo al final del discurso, los asistentes aplauden de forma entusiasta. Se logra un aparente predominio de un buen rollo colaborativo entre todos los participantes que han recibido las palabras del líder carismático con una aquiescencia cuasi religiosa.

Al terminar el discurso, Ariazna se acerca con Ramón hacia su pareja de amigos

—Estos son los jóvenes dentistas de los que te he hablado. Se llaman Jacinto y Ludovica.

—Encantado de conoceros, soy Ramón Moon.

—Interesante discurso. La verdad es que lo tenéis todo muy bien organizado —afirma Jacinto, mientras muestra una media sonrisa protocolaria.

—Ya llevamos, con esta, trece ediciones, aunque yo sólo he organizado las de los últimos tres años. Pero además os debo confesar mi enorme suerte de contar con personas tan entusiastas como Ariazna.

—Sí, la verdad es que Arí es fenomenal y según me está demostrando, una buena amiga —interviene Lu, mientras percibe que la intensa mirada del líder no se aparta de ella.

—Nuevamente os doy la bienvenida y si necesitáis cualquier cosa ya sabéis, que siendo amigos de Ariazna, mi puerta está permanentemente

abierta. O quizás debería decir mis cortinas —dice a modo de gracieta un tanto insustancial el amado líder, que está instalado en el centro del campamento en una tienda más grande que las otras y que claramente mantenía una estética de jaima árabe.

—Muchas gracias por tu amable ofrecimiento, nos vemos Ramón
—contesta Jacinto.

—Hasta pronto a todos. Ha sido un placer conoceros. Ramón tras despedirse, acompañado de Ariazna se dirige a su jaima. Una vez allí, tras despachar en ella algunos de los pormenores organizativos del campamento le comenta lo atractiva que le ha parecido su amiga. Ariazna, que conoce perfectamente el predador sexual que habita en Ramón, no puede menos que advertirle con una sonrisa:

—Venga ya, Ramón, que podrías ser su padre.

—Pero no lo soy. En fin, es que además su novio me parece un poco capullo.

—Es un buen chico y además se quieren mucho.

—Ya salió la romántica Ari. Qué pena que no te gusten los hombres
—lamenta mientras la coge fuertemente por la cintura y le da un beso en la mejilla.

—Desde luego Ramón, eres incorregible.

La primera actividad prevista durante toda la mañana consistía en la recogida de todo tipo de setas en los bosques de hayas y pinos que rodeaban el campamento. Para ello, todos los participantes habían recibido por escrito unas instrucciones en las que se pormenorizaban las formas de recogida micológica con técnicas que permitían el esparcimiento de las esporas de las setas y hongos recogidos. Asimismo se les entregaban cestas de mimbre, bastoncillos y navajas especiales para cortar los tallos sin arrancarlos. En un cartel rojo instalado junto a la tienda del director se advertía con letras blancas y grandes la prohibición expresa y bajo amenaza de grave multa y expulsión de la reunión, de utilizar bolsas o instrumentos de plástico durante la recogida y transporte de las setas. La duración prevista de la recogida de setas era de

cuatro horas, al final de las mismas se advierte que se procederá a la clasificación, por varios expertos que habían sido incluidos en el comité organizador. De este modo, la recogida y posterior clasificación estaban convenientemente establecidas, por lo que todos los que salían del campamento en busca de los preciados frutos lo hacían perfectamente informados.

Una vez se había dado la señal del comienzo de la recolección de setas, los congregados se expanden por todas direcciones como hormigas ante la presencia de un intruso en la entrada del hormiguero. El despliegue se hace bajando desde el campamento hacia las zonas de hayas, pinos y zarzas que tapizan la falda de la montaña. Los hay ciertamente expertos, que incluso preclasifican las setas en apartados dentro de la cesta, mientras que otros, recogen todo tipo de setas de forma indiscriminada. Otros, como los pijos, algún perroflauta y el viejo de la coleta, se dedican especialmente a la búsqueda de Amanitas muscaria.

Ludovica, siempre acompañada por Jacinto, ha encontrado un setal de níscalos, que distingue perfectamente. Mientras se agachan para recoger su primer tesoro, Jacinto al levantarse no puede evitar fijarse en una guapa y apretada recolectora que por su manera de inclinarse durante la recogida llama poderosamente su atención. Cuando esta se levanta y vuelve su cara hacia Jacinto ambos se reconocen.

—Perdona, creo que nos conocemos —dice la maciza.

—Sí, hemos sido compañeros en el examen de armonización religiosa —contesta Jacinto.

—Ya me acuerdo, vosotros sois esa pareja tan simpática del examen. ¿Qué tal os fue?

—Aprobamos, ¿y tú? Me parece que también.

—Sí, tuve mucha suerte —contesta mientras se mesa su mata de pelo negro azabache.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Candela.

—Nosotros somos Jacinto y Ludovica, pero mis amigos me llaman Lu.

— ¿Has venido sola? —pregunta Lu, que no puede evitar que en su tono se note un cierto sentimiento de animadversión hacia la morena.

—No, he venido con Mario. ¡Marito, puedes venir!

—grita al argentino, que se encontraba recogiendo amanitas, algunos metros más allá con el grupo de pijos.

—Un momento amor, que termino de recoger y me acerco.

—Ven, que te vas a llevar una sorpresa —insiste Candela. Al acercarse Mario, enseguida se acuerda de ellos. Evidentemente, aunque ambos le habían caído bien durante el examen, recordaba sobre todo a Ludovica. Al argentino ninguna mujer de bandera, como la italiana, le pasaba desapercibida.

— ¡Caray, qué casualidad! Tú te llamas Ludovica Fornarelli, y tú Jacinto Fresneda.

— ¡Qué bárbaro! Qué memoria tienes tan estupenda.

¿Cómo puedes acordarte de nuestros nombres? Tan solo nos conocemos del examen.

—Muy fácil, he tenido que rellenar muchos papeles y formularios electrónicos, puesto que el examen que hicisteis fue impugnado por dos de los participantes. Uno fue ese tipo tan prepotente y la otra fue la joven inglesa, que lo ha intentado tantas veces. Han armado un buen revuelo en las oficinas centrales de armonización religiosa europeas. Además, la chica tenía muy buenos avales.

— ¿Y, entonces qué ha pasado? ¿No nos digas, que el examen ha sido anulado? —pregunta algo nervioso Jacinto.

—Por supuesto que no. Lo que ha ocurrido es que se constituyó un tribunal de revisión del examen, que ha ratificado todos los aprobados y también ha rectificado la nota de la chica inglesa. Pero no la del prepotente listillo.

—Me alegro por ella. Nos dio mucha pena cuando suspendió —dice Lu, que se muestra muy satisfecha del resultado.

— ¿Y a ti? ¿Esto te ha repercutido en algo? —pregunta Jacinto.

—Realmente no. Sólo nos llegó una nota de apercibimiento, que casi venía condicionada al aprobado de la señorita Leighton.

—Y claro, todos tragasteis.

—C'est la vie —contesta en un macarrónico francés Mario, sin apenas darse por aludido.

Tras el encuentro, las dos parejas prosiguen con su labor de recogida. Por la zona, de recolección algunas vacas mansas y varios caballos pastan tranquilamente hierba y hojas de la maleza, dejando de vez en cuando algún recuerdo de sus fáciles digestiones. El sol de esa mañana otoñal calienta aún con fuerza. Algunos grupos de insectos aprovechan estas condiciones favorables para desplegarse desde sus nidos y escondrijos, para atacar a ese extraño grupo de humanos, cuyos olores los atraen especialmente. Pero los ataques no son ecuanímes. Algunos como Candela y Jacinto, han venido sufriendo un auténtico calvario de picotazos de los tábanos, que procedentes de los caballos y vacas abandonan sin ningún miramiento su fuente de provisión sanguínea habitual, para probar la sangre de esos seres ruidosos y perfumados que han invadido el bosque. Esos pequeños insectos vampíricos diurnos son capaces de posarse sobre cualquier camiseta o polo, perforando con su aguijón hasta encontrar el anhelado torrente alimenticio, sin importarles que en su acto libatorio puedan resultar aplastados por los manotazos defensivos de sus víctimas. En el caso de Candela, la zona diana era su cintura lumbar, que quedaba, de forma estudiada, frecuentemente al descubierto, para que de ese modo el tatuaje de un águila con las alas desplegadas fuera mostrado al común de los mortales cuando se agachaba en la preciada búsqueda micológica.

A Jacinto, por el contrario, las picaduras se produjeron de forma indiscriminada, sobre todo en los hombros y espalda, siempre a través del polo de algodón que

llevaba. Trascurridos algunos minutos después de haber recibido los aldabonazos, Jacinto nota en cada picadura una autentica sensación de quemazón e hinchazón, primero local, para posteriormente percibir un intenso picor que se va extendiendo por todo el cuerpo. Ludovica, que se percata de lo que le está pasando a Jacinto, pide ayuda. Cerca de ellos se encuentra Ramón que acude enseguida acompañado de Ariazna. Deciden llevarlo a la tienda de dirección donde tienen improvisado un pequeño botiquín. Una vez allí, uno de los asistentes, que es enfermero, extrae del botiquín una inyección de corticoides y cuando se dispone a ponerla Ramón le pide que la tenga preparada, por si es necesario, pero que él tiene un método natural capaz de solucionar el problema. El enfermero se muestra dubitativo sobre si debe actuar de acuerdo a lo que le han enseñado en las urgencias hospitalarias, o por el contrario, dejar que un líder que comparte sus principios ecologistas busque un remedio más natural a la situación. Como Jacinto está consciente y respira bien, decide aplazar la inyección. Además, en cualquier momento, puede hacer uso de ella. Ramón extrae de un bote de Nivea una pasta verde, que va colocando en cada una de las picaduras de Jacinto. Posteriormente, en un recipiente de acero, vierte agua y echa unas hierbas, mientras pronuncia una letanía incomprensible. Una vez todo ha hervido moja en el agua de la infusión un trozo de tela blanco, lo humedece y con el recubre toda la espalda de Jacinto, que se ha mostrado ciertamente aliviado desde la primera aplicación de la pasta. Jacinto queda tendido descansando sobre la colchoneta en la que ha sido atendido, mientras nota que los picores han desaparecido totalmente. Al cabo de una hora aproximadamente se encuentra bastante recuperado.

Habían transcurrido las cuatro horas previstas y la mayor parte de los asistentes van subiendo poco a poco al campamento, con diferentes grados de satisfacción, según se haya dado la recolección en cada caso. Candela, que ha sido una de las primeras en subir, se dirige a la tienda de dirección para interesarse por Jacinto. La recibe Ramón, que nada más verla percibe la intensa atracción que la chica emana a su alrededor, no puede evitar admirar el conjunto de curvas de la morenaza. Su admiración, que no es precisamente artística, aumenta cuando Candela, tras saber el resultado del tratamiento

recibido por Jacinto, le propone a Ramón que este se lo aplique sobre su cintura lumbar, que ha sido la zona más agredida por los rabiosos insectos. Ramón, por supuesto, acepta de muy buen grado esta proposición. La hace tumbarse sobre la colchoneta y le pide que descubra la zona afectada. Las alas del tatuaje desplegadas, unidas al cuerpo del águila, que queda apenas oculto por un ceñido tanga, hacen que Ramón que no puede ocultar su turbación, le diga a su paciente un cumplido poco original, pero probablemente muy acorde con la situación generada: «Hacía mucho tiempo que no veía un pájaro tan bello». Al escucharlo, la bella provocadora desde su postura tumbada, gira su cabeza hacia el líder, le esboza una amplia sonrisa y le responde sin cortarse: «Pues tengo otros animalitos pintados, que no han sido atacados por los tábanos». Ante tan sutil provocación, Ramón percibe que su presa no le va a poner demasiadas trabas. Pero como es un tipo inteligente, aparenta haber quedado ciertamente descolocado y de momento prefiere no contestar.

Al finalizar la recogida de la mañana todos los participantes vuelcan las setas y hongos recolectados en los grandes cestos que fueron transportados por la mañana en el carro que iba tirado por los burros. Los cestos de recogida son volcados en una especie de mesa circular con bordes, provista de varios agujeros con nombres en los que los expertos van seleccionando los diferentes tipos de setas.

Después de la clasificación micológica, los organizadores se ocupan de fotografiar algunos ejemplares de las setas de interés culinario reconocido, y de algunas de las alucinógenas. A estas últimas, se las someterá a un tratamiento especial, mientras que el resto son desechadas. Como representantes de las setas alucinógenas, sólo se habían encontrado bastantes amanitas muscarias, muy fáciles de distinguir por su color rojo y sus puntos blancos. Este grupo de setas fueron metidas en un horno de desecación, para que pudieran estar listas para su consumo, reduciendo de este modo bastante los peligros de su ingestión en fresco. Una vez desecadas las amanitas eran molidas, creando un polvo que podía mezclarse con cualquier alimento.

La comida predominantemente vegetariana, se cocinaba en el centro del campamento, donde, una vez desmontado el improvisado escenario de la bienvenida, se había preparado una gran empalizada de piedras en forma de

círculo. Para ello, se contaba con tres ollas de acero enormes, abundante leña y algunas parrillas.

Uno de los participantes, que había sido cocinero profesional en un barco, formaba parte del comité organizador. Su principal misión era el conseguir realizar comidas de confraternización en la que participaran la mayoría de los asistentes. Para ello pidió en primer lugar ayuda públicamente a todos aquellos que tuvieran cierta experiencia culinaria. En seguida surgieron una docena de cocinillas, de los cuales unos porque realmente querían ayudar, otros porque de este modo sentían que aumentaba su popularidad, y otros, sin saber por qué; el caso es que el grupo de ayudantes estaba garantizado. Al resto se les comunicó que si bien no iban a cocinar, sí se les pedía por favor, que ayudaran al máximo en las labores de distribución y limpieza de la comida.

Se sirvió en un plato único, cuya base fundamental eran las setas acompañadas de patatas y especias diversas, que enriquecían adecuadamente el plato. Luego se distribuyó un plato compuesto por fruta variada. Alguna de la cual, como las moras de zarza, procedía también de la recolección mañanera. La comida se realizó por grupos respetando «las amistades» que pudieran haber surgido durante esa primera jornada. Así surgieron aparentes afinidades, que a priori hubieran resultado imposibles. El viejo de la coleta comía con los pijos, y algún que otro perroflauta, que se había sumado al grupo, todo ello en una animada charla carente de tensiones. Era algo así como si el poder de las setas fuera capaz de unir corazones tan dispares. El café de puchero y algunos licores mantenidos en barro, terminaron de inducir una siesta colectiva. Finalizada la comida, casi todo el mundo estaba en los brazos de Morfeo.

La tarde transcurría plácida en el campamento. Los integrantes se iban despertando de forma lenta y parsimoniosa. Algunos estaban ya leyendo u oyendo música en sus auriculares después de media hora, mientras que otros, por el contrario, habían entrado en un sopor que les duró más de dos horas. Los corrillos y tertulias eran muy habituales; también hubo los que preferían salir del campamento y pasear por sus alrededores aprovechando las luces de ese suave atardecer otoñal, para fotografiar plantas, montañas y en general cualquier rincón de ese bello paraje.

Poco a poco el manto de la noche iba haciendo su aparición. La luna lucía todo su esplendor con tintes azulados. La noche serrana otoñal era ciertamente fresca. En el centro del campamento se había dispuesto una gran fogata, que invitaba a su cercanía. Una parte del fuego es apartado, con el fin de conseguir ascuas suficientes para proceder a realizar una parrillada de verduras que incluye calabacín, berenjenas, tomates, cebollas y pimientos. Evidentemente todos los productos habían sido adquiridos a huertos ecológicos con Certificado Europeo de Seguridad. Habitualmente sólo eran capaces de obtener el ansiado certificado los miembros del partido, con lo que todo quedaba en casa. Paralelamente, en la eco cocina se preparaban unas croquetas de boletus y revueltos de gran variedad de setas. Finalizada la cena nuevamente afloran los licores, mientras que algunos comienzan a fumar el producto de las amanitas desecadas, procedentes de recolecciones anteriores, que se ofrecen en bandejas, junto a papel de liar, y filtros, a modo de autoservicio. La música ha comenzado a sonar por los altavoces del campamento. Muchos comenzaban a moverse al ritmo de la música electrónica, que de un modo repetitivo y machacón iba logrando que el número de adeptos al ritmo fuera cada vez mayor. Para que la cosa no decayera se había previsto una gran chocolatada de alucine, con churros, fabricados a partir de una harina en la que se había mezclado algo del polvo desecado de las amanitas muscarias, antes de proceder a su fritura. En esas circunstancias, se podía afirmar que el colocón general de la gente del campamento era ciertamente importante. La noche continuaba entre bailes y música alrededor del círculo central; donde se acrecentaban las sombras y el fuego parecía hipnotizar a alguno de los asistentes.

En el grupo formado por Ramón, Ariazna, Jacinto, Ludovica, Mario y Candela, los efectos de la variada ingesta micológica habían tenido distinta repercusión en cada uno de ellos.

Ludovica, tras haber superado una fase en la que notaba que todo lo que había ingerido esa noche quería salir por su boca, se encontraba muy desinhibida y locuaz, mantenía una intensa sensación de relajación, parecía que todas sus ideas estaban más claras. Su estado de somnolencia lúcida le había entremezclado sus sentidos. Podía oler y sentir musicalmente algunos de los

colores de los objetos que la rodeaban. Según pasaba el tiempo, notaba cómo una rara sensación se iba apoderando de ella, una serie de imágenes geométricas extrañas de bellos colores, verdes, rojos y marrones, la rodeaban circularmente hasta formar espirales que la hacían llegar hacia puertas triangulares que se abrían mezclando todos esos colores, para formar un bello mundo irreal. Al abrir los ojos y mirar hacia el cielo, notaba cómo la intensa luna azul se oscurecía ante la llegada de una figura de alas grandes con cabeza de gavián y piernas de hombre, que parecía retorcerse y planear hacia su interior, mientras una enredadera de flores la iba rodeando a partir de un pequeño punto de crecimiento formado por un bulbo azul. La planta continuaba creciendo hasta crear un bonito arco, que cuando terminó de completarse se volvió totalmente verde. Al cerrar los ojos, le apareció una imagen del mar en la que las olas iban variando sus colores, e iniciaban una especie de columna que subía hasta el cielo. Se encontraba en una situación de seminconsciencia placentera, que le resultaba ciertamente agradable. Todo lo que experimenta es tan bonito, que le hubiera gustado quedarse en ese estado para siempre.

Jacinto, también se encuentra muy afectado, solo que en su caso, el estado onírico no resulta tan agradable como el de Lu. Ha transcurrido una hora de la ingestión de los churros con chocolate, cuando comienza a notar una sensación nauseosa, aunque no productiva, posteriormente nota como las náuseas ceden. Las llamas de la hoguera central parecen atraerle, las mira fijamente, percibe un crepitar rítmico procedente del fuego que termina fusionándose hasta notar los latidos de su propio corazón. Nota cómo el sonido cardíaco se vuelve cada vez más intenso, tanto que le genera la percepción de un intenso color rojo sanguíneo, que se va transformando en el torrente de un líquido viscoso amarro- nado que lo atrapa cada vez más. Tiene mucho miedo, cierra los ojos, buscando la no aceptación de lo que ve y oye, pero no le sirve de nada; el pánico se apodera de su mente cuando percibe que una enorme araña se dirige hacia donde está. La araña le inyecta una sustancia que lo inmoviliza, no percibe dolor, pero sí una enorme angustia cuando esta comienza a envolverle, formado un capullo de color plateado, en cuyo interior nota un olor nauseabundo que lo inunda todo. A continuación, comienza a percibir cómo se mueve la oscuridad, trasmitiéndole una sensación del todo

aterradora. Al fijarse en ella, nota cómo la oscuridad comienza a circular a su alrededor hasta oprimirle, formando un remolino que cada vez gira con una mayor velocidad. En poco tiempo Jacinto se encuentra luchando conscientemente con esa fuerza arremolinada. Nota cómo la espiral se acelera cada vez más, dispuesta a atraparlo, mientras lucha con su mente por tratar de alejarla. Le invadía el pensamiento de que si la dejaba alcanzarle moriría. Aunque trataba de concentrarse para luchar contra la oscuridad que lo invadía, notaba como cada vez más su resistencia se iba desgastando. Jacinto, que ha perdido la consciencia, tiembla y suda mientras pronuncia palabras incoherentes, percibe cómo el olor de la muerte se acerca hacia él.

Ramón y Ariazna, que están más acostumbrados a este tipo de fiestas, han sabido controlar mejor la ingesta y dosificación de psicótrópos, con lo que sólo estaban ligeramente afectados. Al observar la agitación de Jacinto acuden a socorrerle. Le envuelven en una manta, y llaman a uno de los médicos asistentes al evento, que además no está nada afectado, pues ha evitado ingerir todos los derivados de las amanitas muscarias. Se trata de un asistente habitual a este tipo de reuniones, por lo que, de acuerdo con la organización, siempre trae preparado un pequeño botiquín de urgencia en que no faltan sedantes y estabilizantes del ánimo. Al ver el estado en que se encuentra Jacinto, decide inyectarle un medicamento estabilizante por vía intravenosa y vigilarle, por si fuera necesaria su evacuación del campamento. El joven reacciona bien ante la medicación aportada y parece calmarse, el pulso se regulariza, para finalmente caer en un profundo sueño ajeno a los sonidos de la fiesta.

Una vez atendido Jacinto y viendo que se encontraba ya controlado, Ramón se fija en la exuberante Candela, a la cual los efectos muscarínicos han acentuado, aún más si cabe, su actitud provocativa y libidinosa. El acompañante de Candela, al cual esta se empeñaba en presentar como «sólo un amigo» parecía no estar en condiciones de seguir la marcha nocturna de la morenaza. Mario Buonocuore, tras fumarse una buena ración de amanitas secas, se encontraba bastante flipado y fuera de control, hasta el punto que al igual que Jacinto, también tuvo que ser atendido por el médico. Ninguna barrera parece oponerse al ataque del seductor, que además cuenta con el

beneplácito de Ariazna, que no puede ocultar su satisfacción al comprobar que la licantropía sexual que Ramón padece especialmente en las noches de plenilunio, parece bastante vehiculada hacia Candela, dejando en paz cualquier intento hacia la en ese momento feliz y desinhibida Ludovica.

La mañana se abría en el campamento, mientras tan solo unos pocos madrugadores, no afectados por las ingestiones y vapores de la noche anterior, se habían desperezado y tras algunos huevos revueltos junto a un café de puchero fuerte se disponían a pasear por la montaña. La neblina cargada de un rocío refrescante, daba al paraje un aspecto misterioso y atractivo. La idea era que durante esta segunda jornada, todo el que quisiera podía recoger nuevamente setas y hongos, siempre que fueran destinadas para el consumo particular. Eso sí, se advertía, que los productos recogidos no iban ya a ser revisados, y que por tanto, antes de salir debían tener cumplimentada una hoja de aceptación de riesgos, que se debía firmar de forma electrónica en la página web del campamento habilitada para tal fin. Ni siquiera en el campo se podía evitar la telaraña burocrática que se mantenía tenazmente amenazante, incluso para reuniones tan ecológicamente aceptadas como esta.

Jacinto, que había dormido junto a Ludovica, se despertaba como podía y aunque algo desorientado, conseguía regresar al mundo real. Mientras, la italiana continuaba aún dormida, con una mueca de satisfacción que revelaba la placidez alcanzada. Nada más salir de la tienda y ponerse de pie, nota cómo una enorme variedad de dolores afectan prácticamente a todo su cuerpo. Le duelen la espalda, las articulaciones y sobre todo percibe un intenso dolor de cabeza, que le obliga a cerrar los ojos ante la cada vez más intensa luz que comienza a deslizarse por todo el campamento. Una voz amiga le recibe con cariño, un poco de sorna y mucha comprensión. Es Ariazna, que ya lleva un rato despierta y está tomado un café. Al observar la trabajosa salida de Jacinto de la tienda le comenta con cierta sorna:

— ¿Qué tal te encuentras? Vaya colocón que cogiste anoche.

—Desde luego ha sido horrible. Creo que no voy a probar las setas en mi vida. ¿Tienes algo para este terrible dolor de cabeza?

—Sí, tengo una mezcla de hierbas, que seguro que te alivia bastante tus padecimientos.

— ¿No serán más setas? —dice Jacinto.

—No, por supuesto que no. Se trata de una mezcla de flor de manzanilla, albahaca, mejorana y romero, que va muy bien para aliviar los desaguisados de este tipo de fiestas, especialmente en casos como el tuyo, o el de Ludovica, que está claro que no tenéis experiencias previas en el manejo de estas sustancias. Por cierto, ¿qué tal esta Lu?, que ayer parecía muy feliz.

—Duerme aún con aspecto placentero —contesta Jacinto. Veremos cómo se levanta.

Ariazna prepara la infusión en la eco cocina y la vuelca en una taza de cerámica decorada con los anagramas conmemorativos de las jornadas micológicas, pero añade unos polvos de un sobre blanco. Jacinto comienza a tomar el brebaje en pequeños sorbos. Al poco tiempo nota un alivio prácticamente generalizado de todos los dolores que le mantenían atenazado.

Ha transcurrido ya más de una hora cuando se levanta Ludovica. Su aspecto es sonriente y con una cara totalmente relajada como si la jornada anterior no hubiera trasnochado.

—Buenos días, cariño. Qué buen aspecto tienes. —La recibe con un beso Jacinto, que después de la infusión, parece algo recuperado aunque tiene unas ojeras profundas y nota su boca seca y con cierto sabor metálico.

—Siento no poder decir lo mismo. ¿Qué te ha pasado?

—He tenido una noche terrible. A decir de los expertos he pasado, lo que ellos llaman un «mal viaje». Yo creo que fueron los churros.

—No ha podido ser otra cosa —afirma una convencida Lu—, puesto que tú no fumas. De cualquier modo, cada uno tenemos nuestra propia forma de reacción ante sustancias que como la muscarina, no ingerimos habitualmente. A mí por el contrario, me han proporcionado un estado ciertamente placentero.

—Aun así, no hay que jugar con este tipo de sustancias, estos del campamento son unos pasados —dice Jacinto.

—Ya nos advirtieron de que se trataba de una «chocolatada de alucine» —continúa Lu, tratando de justificar un poco la fiesta pasada.

La jaima de Ramón se abre para dar paso a una exuberante Candela, que tras mesarse su espesa melena negra, se estira impudicamente mostrando todo su poderío. Saluda con la mano a los asistentes, que según se han ido levantando en mejores o peores condiciones se congregan en torno a la hoguera central, donde se sirve un café de puchero acompañado de pan tostado y mermelada. Por supuesto todo ello ecológicamente autorizado. A los pocos minutos de la aparición de Candela la puerta de la jaima se vuelve a abrir, por ella sale Ramón, como siempre, con su vestimenta neojipi y la blanca e impecable sonrisa perfectamente estudiada. En su indumentaria hay algo que ha llamado la atención de Ludovica: en su muñeca izquierda lleva una pulsera similar a la causante de los desasosiegos de Lu. La italiana, se pregunta si la ha llevado siempre y ella no se había fijado o quizá se la ha puesto esa mañana. Aunque realmente a ella qué más le da, puede ser una pulsera parecida o incluso similar sin ninguna importancia. Sus devaneos y cambios de carácter enseguida fueron asociados por Jacinto a la utilización de la pulsera, ¿y si no fuera así y la pulsera no era la responsable? Pero sin embargo, nota nuevamente que la tentación de poseer la pulsera se vuelve a apoderar de ella, al mismo tiempo percibe, que según se aleja Ramón el deseo también disminuye. Esta vez le cuenta lo sucedido a Jacinto, que le dice:

—Es como si todos los que han tenido una pulsera como esa hubieran quedado permanente sensibilizados. Más te vale alejarte de Ramón, al menos mientras lleve la pulsera.

—Puede que tengas razón. Intentaré estar lo más lejos que pueda. Espero que no se dé cuenta de que le esquivo.

—Lo mejor que podemos hacer es irnos de aquí con alguna excusa —dice Jacinto.

Unos gritos de una pelea interrumpen la conversación de la pareja. Proviene de un corrillo en el que se oyen unas voces con acento argentino. Es Mario Buonocuore, que atribulado por el desprecio de Candela ha atacado a Ramón utilizando la navaja de cortar setas. Este le ha esquivado y lo ha desarmado con mucha facilidad mediante movimientos suaves. Los del corrillo quedan sorprendidos de la enorme habilidad del atacado en defenderse. El carismático líder explica que en su juventud había practicado bastante el aikido con un profesor japonés llamado Ishimi, que era muy amigo de sus padres. Durante gran parte de los bucólicos veranos de su infancia y adolescencia, este los acompañaba impartiendo de forma desinteresada clases de aikido y taichí. Ramón, tras esta explicación no pedida, se jacta de no ser agresivo, y se justifica diciendo que estos deportes se adecúan perfectamente a su buen carácter. Al oírle Ariazna, que conoce algunos de los secretos más inconfesables de Ramón, no puede por menos que esbozar una sonrisa dirigida hacia él, mientras sin decir nada piensa en las noches de plenilunio, que como la anterior, «el manso Ramón» cambia su comportamiento. Tras el violento encuentro, alguien dice que deben llamar a la policía. Mario, que está inmovilizado y confuso, confiesa que no sabe lo que le ha pasado, que ha notado como una orden en su interior le mandaba atacar, en busca de venganza y no se había podido contener, revela que en su juventud tuvo un episodio parecido, que le hizo consultar a un psiquiatra. Estuvo en observación durante más de un año. Pasado este tiempo al comprobar que no se había producido ningún rebrote, decidió no ponerle ninguna medicación. Desde entonces, Mario no había tenido ningún episodio, por lo que hasta el mismo pensaba que aquello fue un hecho aislado; sin embargo, lo ocurrido le ha dejado destrozado. Ramón decide no denunciarlo, aunque hace que uno de los médicos del campamento le sede y le acompañe a un servicio de urgencias.

A la vista de los últimos acontecimientos, y con la satisfacción de Jacinto, Ludovica le dice que está de acuerdo en adelantar su salida del campamento. Se despiden de Ramón, que les agradece su asistencia. Ariazna, les acompaña hasta el coche, les abraza cariñosamente, mientras les dice:

—No os preocupéis de lo vuestro, yo me hago cargo. Lo importante era que Ramón os conociera, no os olvidéis comunicarme cuándo se va realizar la inspección ecológica de vuestra clínica. Yo os llamo.

A los dos días de haber regresado del campamento, Ariazna se pone en contacto por teléfono con Jacinto y le dice que ha tenido una conversación con Ramón sobre cómo deberían abordar la legalización verde de la clínica y como este le dijo que lo mejor era que contrataran una empresa denominada Pro Econature Sanitaria SL, sector dental, la cual estaba especializada en la revisión y legalización ecológica de clínicas sanitarias de todo tipo. Durante la conversación les dice:

—Además, de alguna manera, me ha dejado claro que esta empresa, por una serie de razones que no os puedo contar, es la que tiene unos mejores resultados durante las inspecciones.

—Ya me imagino, como siempre. De todos modos muchas gracias Ari. Espero que tengamos suficiente dinero para su contratación.

—Me dijo Ramón que aviséis a la empresa mediante un código gráfico que os mandaré a vuestra dirección digital, de este modo el precio según me ha dicho será más equilibrado.

—En fin, llegados a esta altura habrá que hacer un último esfuerzo.

La llamada a la empresa recomendada fue atendida por un contestador automático, que como la mayoría, después de múltiples claves y contraclaves y por su puesto las habituales confusiones verbales, terminó emitiendo una llamada en espera, para ser atendido por un ser humano. Aunque en este caso, después de varios minutos y una música insoportable, la telefonista humana actuaba como si fuera una máquina de las que recordaba a las empleadas en esas hamburgueserías, que con voz monocorde y sin apenas mirarte a la cara te ofrecen de forma binaria, las diferentes opciones posibles que les han obligado a aprenderse. El problema surge cuando uno pretende aplicar la más mínima variación al plan establecido, en ese caso, parece como si se bloquearan y no son capaces de dar ninguna solución. La conversación de Jacinto con la operadora fue la siguiente:

—Promociones Econature, le atiende Bárbara. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, me llamo Jacinto Fresneda y quiero contactar con ustedes para tramitar la legalización ecológica de mi clínica dental.

— ¿Me puede indicar su nombre apellidos y el número de identificación europeo? Le voy a poner nuevamente con el servicio automático para que marque o diga sus apellidos y el número requerido.

—Pero no le importa anotarlo a usted, he tenido bastantes problemas con la identificación de la voz, con el contestador automático.

—Imposible señor. El sistema de seguridad así lo requiere.

—Bueno, si no queda más remedio pásame al sistema. Después de tres intentos, por fin el sistema termina reconociendo el nombre y la numeración aportada y conecta nuevamente con la telefonista.

—Hola, soy Andrea, ¿en qué puedo atenderle?

—Perdone, pero me estaba atendiendo Bárbara.

—Lo siento señor, pero ahora le tengo que atender yo. ¿Me puede indicar su nombre apellidos y el número de identificación europeo? Le voy a poner nuevamente con el servicio automático para que marque o diga sus apellidos y el número requerido.

—Pero si acabo de marcarlo, no me diga que tengo que volver a hacerlo
—dice ya un más que enfadado Jacinto.

—Espere un momento que compruebe.

Aparece nuevamente la música irritante y al cabo de tres minutos, por fin se vuelve a poner la operadora

—En efecto señor, tiene usted razón, sus datos ya están aquí, pero están pendientes de verificación para poder continuar. Debe esperar unos minutos.

La musiquilla machacona vuelve a conectarse y permanece durante cuatro interminables segundos, al cabo de los cuales, la voz monocorde de Bárbara:

—Sí, soy Bárbara. ¿En qué puedo ayudarle?

—Perdone, pero me estaba atendiendo Andrea.

—Ya, pero está conectada en otra línea y ahora le debo atender yo.

—Bien, se trata de la legalización nivel verde, de una clínica dental. Me han recomendado su empresa.

—Debe mandarnos una copia de todas las autorizaciones previas de nivel, un plano de la clínica y una memoria ecológica del estado actual.

— ¿Y qué tengo que poner en la memoria esa? —contesta un desazonado Jacinto.

—Le enviaremos una plantilla para que la rellene.

— ¿Cuánto tiempo tardan en enviarla?

—Enseguida señor, se la mandamos inmediatamente, junto a un número de referencia, ¿puede darme su e-mail?

—De acuerdo, y cuando esté rellenada la plantilla, ¿adónde la tengo que mandar?

—No se preocupe, en la propia plantilla esta descrito el procedimiento de envío.

No había transcurrido si quiera un minuto, cuando Jacinto recibe en su smartphone un aviso de llegada de correo. Al abrirlo comprueba que la plantilla constaba de más de cien preguntas, algunas de difícil contestación, por sus contenidos técnicos o porque no estaba claro lo que preguntaban. Ante tal panorama, Jacinto, aprovechando que ya se le había adjudicado un número de referencia al enviar la plantilla, vuelve a contactar telefónicamente con la empresa. De nuevo aparece la voz inexpresiva de Bárbara, pero al contestar Jacinto y dar el número de referencia la operadora le pregunta que cuál es el problema, que si aún no ha rellenado la plantilla y que es importante que lo haga en la mayor brevedad posible. Jacinto, protesta, y dice que él busca una empresa que le facilite los procedimientos de tramitación y que por lo que está

notando, no es eso precisamente lo que está ocurriendo y continúa en tono enfadado:

—Le diré a Ramón Moon lo decepcionado que estoy con la empresa que me ha recomendado.

Al oír el nombre de Ramón la telefonista cambia inmediatamente su tono, y de forma cordial, le indica que si es tan amable de enviarle el código gráfico que le había facilitado. Jacinto envía el código gráfico que le había mandado Ariazna. A partir de ese momento todos los problemas comienzan a resolverse como por arte de magia. La plantilla podía rellenarse hasta donde pudiera, aunque no debían faltar aquellas preguntas de fácil contestación, como lugar, metros cuadrados, nombre del aspirante a titular etcétera. Las otras le recomiendan que las deje en blanco, que la empresa ya se encargará de rellenarlas.

Una vez realizados todos los trámites de solicitud requeridos por la empresa, esta envió un evaluador a la clínica para determinar los puntos ecológicamente débiles de la misma, elaborando un informe y un plan de actuación que debía ser aprobado por el futuro responsable o responsables de la clínica. También se adjuntaba un presupuesto, donde figuraban los gastos de tramitación de las actuaciones previas y los gastos previstos de mano de obra y material para como decía el informe: «Para poder armonizar la clínica con su entorno de modo bello y previsible».

Entre otras, una de las exigencias que debían rectificar era la provisión energética de la clínica, que debía adecuarse a la normativa vigente, aunque el diseño y la obra previa lo había previsto, sólo lograban un aprovechamiento ecológico de un setenta por cien, con lo que se necesitaba realizar algún tipo de modificación, que permitiera llegar al ochenta y cinco por cien como cifra legalmente admitida. Para ello el evaluador recomendaba la colocación de pegatinas transparentes poliméricas foto-absorbentes sobre todas las ventanas con luz natural de la clínica; de este modo se podría conseguir un aprovechamiento de energía suplementario de cerca del veinte por ciento. El problema era que el precio en el que la empresa Eco Nature Photonics vendía tales pegatinas era ciertamente elevado. Sin embargo, siempre estaban dispuestos a conceder un pago aplazado si las garantías eran suficientes. Las

garantías requeridas eran tales, que al conocerlas nuestros protagonistas, no tuvieron más remedio que telefonar a Italia, para que nuevamente los padres de Lu, reforzaran su apoyo económico. Aunque esta vez el apoyo requerido fue aceptado con prontitud, llevaba aparejado un ultimátum de advertencia que implicaba que era la última vez en la que les ofrecían su ayuda y que si la puesta en marcha no salía adelante debían reconsiderar seriamente su proyecto de futuro. A Jacinto no le quedó más remedio que aceptar la ayuda. Su orgullo esta vez fue aplastado por la necesidad de no dar ningún paso atrás. Era consciente después de todos los esfuerzos realizados, que la única huida posible debía ser hacia adelante. Lu, que sabía cuánto le había costado a Jacinto tener que recurrir y después aceptar la ayuda de sus padres, trataba de animarlo.

—Ya sé que estás jodido. Pero, ya sabes cómo es mi madre. Si no pone la nota final no se queda a gusto.

—Nunca ha creído en nosotros como pareja —contesta un cabizbajo Jacinto.

—No sigas con eso, pensaba que ya lo tenías superado.

—En fin, no puedo evitarlo. Quizás tengas razón y lo mejor es que sigamos adelante.

—Además, esta es la penúltima valla que tenemos que saltar, tengo entendido que el nivel negro es una revisión muy exigente de todas las tramitaciones.

—Sí, pero como muy bien dices es una revisión muy exigente y rigurosa. En fin, imagínate que si después de todos estos esfuerzos no nos conceden la licencia.

El dinero procedente de la familia de Lu, aceptado no sin reticencias por Jacinto, sirvió para realizar los pagos exigidos por la empresa recomendada. Esta envió un grupo de operarios a la clínica para corregir las «pequeñas deficiencias ecosostenibles» encontradas y colocar las pegatinas transparentes de las ventanas. Finalizadas las labores de adecuación, la empresa les remitió

un certificado de clínica ecológicamente controlada, que debían presentar el día que se les asigne a los inspectores de nivel verde.

La subinspectora encargada por la oficina central de inspecciones sanitarias para Europa sector Mediterráneo era realmente despistada. Se había confundido de calle y en lugar de ir a la callera de la Chistera 36, se había acercado a la calle del Montera 36. Cuando revisó el aviso y pudo comprobar su error, había transcurrido cerca de media hora, lo que hizo que llegara un tanto nerviosa y acelerada por el retraso, puesto que esa mañana tenía que inspeccionar tres clínicas más. Nada más llegar, tras las disculpas y con el casco de motorista en la mano, sin más protocolo, pidió que le enseñaran rápidamente los papeles de la empresa que había hecho el certificado de adecuación ecológica y eco sostenibilidad. Nada más ver el sello de la empresa Eco Nature Fotonics busca el anagrama encriptado que les había sido facilitado por Ramón, lo escanea con su móvil, comprueba un momento su autenticidad y le dice al preocupado Jacinto:

— Ya está todo.

Jacinto, asombrado por la rapidez de la tramitación, le pregunta si todo está correcto, mientras la agobiada funcionaria, que ya ha salido a toda velocidad y se encuentra bajando las escaleras le contesta:

—Sí, sí, no se preocupe que todo está bien.

Por fin alcanza el portal y sale disparada en busca de la moto que tenía aparcada en la acera.

A las dos semanas les llega una clave digital para que puedan acceder al resultado en la página web de eco sostenibilidad sanitaria Europea para el Mediterráneo. Después de introducir la clave y tras varias verificaciones de autenticación, por fin Jacinto consigue acceder a la página.

La portada de la página tiene un fondo de un paisaje maravilloso, con una montaña verde, cielo azul y un cerezo en flor del que nacen esferas con apartados de consulta diversos. Uno de los apartados se denomina «Certificados de adecuación ecológica y sostenibilidad para clínicas sanitarias». Al pinchar en él aparecen varios subapartados. Uno de ellos se

refiere a clínicas dentales. Al acceder y pinchar sobre él, la página tarda en responder. Aparece un cartel de tiempo de demora en la respuesta cercano a los diez minutos, por sobrecargo de la red digital. Durante esos minutos, que parecen interminables, Jacinto no puede evitar que los nubarrones de la duda sobre el resultado obtenido se ciñan sobre él: «La inspectora lo hizo todo demasiado rápido. Realmente no hizo una inspección real y sólo se limitó a mirar los papeles por encima. ¿Y si se equivocó al pasar los resultados? Parecía tan acelerada», pensaba que a lo mejor tanto esfuerzo, podía verse cuanto menos retrasado por el aparente atolondramiento de la persona que les inspeccionó. ¿Y sí el aparentemente enrollado Ramón no había hecho más que un postureo para quedar bien con Ariazna, y todo no serviría para nada? Se sentía como esos estudiantes que se han esforzado en aprender una asignatura con mucha profundidad y el día del examen, las preguntas realizadas apenas les dejan lucirse sobre lo mucho que han estudiado.

Después de un cuarto de hora de pensamientos negativos, por fin el enlace solicitado responde. Se muestra un listado donde aparecen los nombres de las clínicas dentales evaluadas el último mes. Al pinchar sobre la de la calle de la Chistera 36, nuevamente piden la clave de acceso para poder dar el resultado de acuerdo con la Ley de protección de datos Europea. Tras cumplir el requisito solicitado, finalmente la pantalla muestra un destello de letras verdes, sobre fondo azul claro que indica «GREEN LEVEL SURPASSED».

Jacinto no cabe de satisfacción, llama inmediatamente a Ludovica y se disponen como es su costumbre, cada vez que una nueva barrera ha sido superada, a celebrar esa misma noche el resultado.

Capítulo 9 La barrera negra

La superación del nivel negro suponía la autorización definitiva que permitía el comienzo de la actividad de la clínica a modo de prueba durante dos años. Todos los niveles anteriores debían estar cumplidos para poder optar a la revisión de los inspectores de negro. Para superar este nivel se debía mandar una solicitud por correo electrónico, en la que debían figurar todas las autorizaciones previas obtenidas en cada uno de los niveles anteriores, y además, una memoria en la que se debía justificar por qué era necesaria la autorización definitiva de esa clínica y cuál era la aportación sanitaria a su área de influencia territorial, así como cuál era su aportación diferenciadora con otras clínicas del entorno.

Realmente la superación del nivel negro era algo que en realidad debería haber sido un mero trámite, puesto que el resto de los niveles superados demostraban la suficiente adecuación de las clínicas que solicitaban su aprobación definitiva, pero sin embargo, la concesión rápida de las licencias nunca superaba más del treinta por ciento de las solicitudes. La explicación oficial se atribuía a que las demandas habitualmente superaban con bastante las expectativas y necesidades reales de la población. Los políticos europeos de la comisión de autorizaciones para entidades sanitarias nivel negro, de una forma bastante hipócrita, habían nombrado un grupo de inspectores y subinspectores, para los que una de sus misiones encubiertas, era la de denegar en un principio de forma habitual la mitad de las solicitudes. Del otro cincuenta por ciento restantes, una parte quedaría aprobada pendiente de plaza de trabajo y tan sólo un veinte por ciento lograban la añorada aprobación para funcionamiento inmediato. Ni que decir tiene que los aprobados pendientes de plaza, quedaban en un limbo burocrático, pendientes del cese o cambio de alguna de clínicas, para poder sustituirla, para lo cual podían transcurrir varios años, al cabo de los cuales debían realizar una nueva inspección en la que debían demostrar que se habían adecuado a las posibles modificaciones legales que pudieran haberse promulgado durante estos años de espera. En definitiva, los aspirantes muchas veces no eran conscientes de

la enorme dificultad, al desconocer los entresijos y mensajes no explícitos que se vertían hacia los inspectores de negro, que tenía la superación de esta última barrera.

Jacinto y Lu esa noche habían decidido salir a cenar para celebrar de forma íntima la superación del nivel verde. La italiana le había propuesto a su novio, puesto que ya estaban a punto de enfrentarse al último escoyo burocrático, ir a algún lugar que les hubiera dado suerte. Se acordó de la celebración de la superación del primer nivel, aquel que les hizo tanta ilusión. Así que se dirigen a la cervecería de los Cubos Mágicos. En ese momento Jacinto recuerda a aquel tipo extraño que conocieron esa noche en la cervecería, que además les dio una tarjeta de inspector europeo de nivel negro. El problema era que Jacinto había guardado la tarjeta y con el paso del tiempo no sabía dónde estaba. Ludovica, que recordaba perfectamente el encuentro con ese tipo raro de mirada heladora, recrimina a Jacinto el extravío de tan interesante contacto.

—Desde luego Jacinto, siempre te pasa lo mismo. Nunca sabes dónde dejas nada.

—Lo siento, ya sabes que soy muy despistado.

—En fin, qué le vamos hacer —contesta con resignación la italiana, mientras llegan a la entrada de la cervecería.

Los Cubos Mágicos estaban a tope como siempre, ese precisamente era uno de sus encantos. Después de lograr llegar a la barra, hacen la petición de un cubo de botellines y unas tapas de gambas; la pareja consigue hacerse fuerte en una esquina con barril, en el que pudieron depositar el plato mientras el cubo, con los hielos y la cerveza, era colocado en el suelo sin demasiados miramientos. Estaban en plena vorágine devoradora de gambas, cuando un tipo alto de mirada gris se acerca a ellos y les saluda de forma informal:

— ¿Cómo estáis? ¿Os acordáis de mí?

La llegada de Antonio Luz les había cogido totalmente por sorpresa. Jacinto casi de forma automática, le contesta:

—Muy bien. Eres Antonio Luz, precisamente hoy mismo nos estábamos acordando de ti. Te pensábamos avisar, pero hemos extraviado la tarjeta que nos diste.

—Qué casualidad, hacía algún tiempo que no venía a este bar, pero hoy he tenido como una pulsión muy fuerte que me ha llevado a acudir aquí.

—A lo mejor es el destino —contesta Lu, mientras se siente observada por la gélida mirada de Antonio.

—Tal vez —contesta el recién llegado, con una sonrisa forzada.

A continuación, como siguiendo un guion, realiza la pregunta más esperada por Jacinto y Lu:

— ¿Qué tal van los tramites de la clínica? Perdonad que no os haya llamado, pero es que estado muy liado.

—No importa, justo en este momento estamos en la etapa final y nos encontramos más despistados que en ningún otro —contesta Jacinto, mientras Lu da su aquiescencia con una gesticulación suave de cabeza.

—Bien, ¿en qué nivel de autorizaciones estáis?

—Hemos sobrepasado todos los niveles y nos queda sólo el negro —contesta Jacinto.

Antonio, que parece haber hecho la pregunta casi por compromiso, continúa:

—O sea, que sólo os queda el mío —dice con un tono preocupado, que disimula perfectamente su más que discreto cinismo—. Me parece importante que sepáis la realidad de las cifras de aceptación de superación de este nivel.

Antonio Luz, empleando una charla envolvente, poco a poco consigue transmitirles la idea de que a pesar de lo difícil que resulta conseguir una de las añoradas certificaciones rápidas, él podría ayudarles siempre y cuando se integraran en un club muy especial al que él pertenecía. Les indica que se trata de un club que busca el conocimiento y perfeccionamiento del ser humano. También les habla sobre su origen, que según él era muy antiguo. A él habían pertenecido multitud de personalidades de gran reconocimiento e impronta en

la humanidad y continúa diciendo que en un pasado reciente se escindió en varias facciones, de ellas él pertenecía a la que creía estaba más cerca de las verdades perseguidas y ocultas para la mayoría de los mortales. En su charla, Antonio habla de que la pertenencia a esta sociedad hace que sus miembros tengan una relación mutuamente protegida, lo que suele plasmarse en una mejora a todos los niveles, tanto de satisfacción personal como de reconocimiento social. La forma de plantearles el asunto a Jacinto y Lu hace que estos perciban rápidamente que si no siguen las directrices plasmadas por Antonio Luz, la posibilidad de superar el nivel negro puede ser bastante remota. Ante el descarado pero amable chantaje planteado, Jacinto le pide un plazo para hablar con su novia y darle una respuesta. Antonio, que quiere hacerse el comprensivo y de forma hipócrita, les dice que desde luego es una decisión que tienen que tomar ellos y que por supuesto entiende que debe hacerse sin presiones. Por lo que les da tres días para que se piensen la respuesta definitiva. Además, les indica que siempre se pueden salir de la sociedad, sin que para ello nadie les pueda poner la más mínima pega, especialmente al nivel iniciático de prueba, que sería al único que en un principio podrían tener acceso.

Durante tres días Jacinto y Lu han discutido la conveniencia o no de aceptar la propuesta de Antonio Luz. Terminan llegando a la conclusión de que al menos en un principio no pueden rechazarla, pero que una vez conseguida la autorización, volverían a replantearse su continuidad en la sociedad en la que se les pretende afiliar. Así que dadas las circunstancias, le comunican a Antonio Luz que aceptan su posible inclusión en la sociedad que se les indica. La contestación de Antonio es bastante contundente, pues les dice que se alegra mucho de que sigan sus consejos, pero que en este momento sólo pueden considerarse como unos solicitantes, o mejor dicho, aspirantes, que deberán superar una serie de pruebas, si realmente quieren ser admitidos. El gran maestro de la orden y sus ayudantes les someterán a algunas pruebas, para comprobar si tienen suficientes méritos para pertenecer a una sociedad formada por unos miembros con un valor especial.

Ludovica y Jacinto habían quedado la mañana de ese viernes otoñal con Antonio Luz, para conocer el Club de Arquitectos del Pensamiento Luminoso.

Antonio les había suministrado el enlace de su página web, en la que se autodefinía como una sociedad filantrópica de protección mutua, que buscaba la mejora y perfeccionamiento del ser humano desde sus orígenes hasta la actualidad. No daba ninguna información sobre su estructura y miembros. Tan sólo figuraba que las afiliaciones eran de carácter restringido y que sólo se podían hacer por la propuesta formal de alguno de sus miembros.

El club estaba situado en un edificio muy céntrico de Madrid, localizado en el llamado Barrio de las Letras. En él poseía una planta completa dedicada al adoctrinamiento y captación de los aspirantes propuestos. En la entrada del portal, tan sólo figuraba una pequeña placa dorada en la que aparecía la imagen de un triángulo en cuyo interior estaba dibujado el ojo de Ra, y justo debajo del triángulo quedaba grabado el dibujo de un joven de aspecto andrógino cubierto por un gorro frigio, que se encontraba sujetando un toro, ya vencido por el cuello, mientras lo degollaba con una espada. El edificio, que había sido bastante rehabilitado, mantenía muchas de las características de principios del siglo XX, en el que había sido construido. Este era el lugar donde Antonio Luz les había citado para que fueran conociendo la sociedad en la que les había propuesto afiliarse.

Al subir al piso, observan que sobre una puerta de entrada de madera aparecía una placa semejante a la del portal que estaba situada sobre una antigua mirilla, aparente- mente clausurada con forma circular, en cuyo interior se encontraba una estrella pentagonal de color dorado, con unas extrañas inscripciones. Jacinto y Lu llaman a la puerta pulsando un botón de color negro que hace que suene un pequeño fragmento de la sinfonía de los juguetes de Mozart. Pasados algunos segundos, la puerta se abre y Antonio Luz les recibe en un vestíbulo de forma octogonal, circunscrito por siete puertas, excluida la de entrada. En cada una de las puertas aparece grabada la imagen de un cuerpo celeste diferente. El orden de los grabados era siguiente de izquierda a derecha: en la primera se marca la Luna, la segunda Mercurio, la tercera Venus, la cuarta está representada por el Sol. La quinta por Marte, la sexta por Júpiter y la séptima por Saturno. El suelo se encuentra cubierto por una alfombra circular sobre la que se encontraba grabado un tetragramatón. Tras darles la bienvenida les indica que deben esperar un momento, mientras llega

la persona encargada de informarles e instruirles sobre el carácter y objetivos y principales ventajas de pertenecer al club. Para ello abre con una llave la puerta de la Luna y les invita a que entren y se sienten en una espaciosa sala llena de sillas colocadas en filas. La sala se encuentra profusamente decorada con retratos de personajes históricos de las más variadas épocas pero con gran relevancia y reconocimiento, entre los que se podían encontrar:

Leonardo Da Vinci, Voltaire, Dantón, Akenatón, Einstein, etcétera.

Las luces de la sala se apagan, baja una pantalla y se conecta un proyector de video en el que una agradable voz de hombre, comienza a relatar de forma ciertamente envolvente, los orígenes de la sociedad de Los Arquitectos del Pensamiento Luminoso. En él se explica que el club está basado en la búsqueda de la verdad y perfeccionamiento del ser humano superando la clásica división, o dualidad del bien y mal. Para ello la sociedad toma sus orígenes más remotos en algunas de las creencias de carácter religioso, o filosófico. El relator marca cómo el origen más remoto de sus conceptos se remonta a una religión muy antigua, anterior incluso al cristianismo, basada en el culto a Mitra. Una divinidad cuyo origen algunos la sitúan en Asia Menor, concretamente procedente del enigmático pueblo de los hititas. El culto a Mitra fue adoptado por parte de las tropas romanas como una forma de fe, pensada sólo para los hombres. Todos sus ceremoniales y alianzas eran masculinos. Se perseguían valores como el autocontrol, resistencia a la sensualidad y buscar un triunfo sobre la muerte encargado de infundirles valor en la batalla. El narrador continúa apoyado de las correspondientes imágenes. Según la mitología, Mitra, es representado como un joven tocado con un gorro frigio y provisto de un puñal, pues había nacido de una roca.

El video explica cómo siguiendo órdenes del dios Apolo enviadas por un cuervo (uno de los animales que aparece representado siempre junto al dios), Mitra recibió el encargo de encontrar y sacrificar a un toro que poseyera el don de la fertilidad y la vida. Cuando este finalmente lo localiza, le da muerte y derrama su sangre vivificadora sobre la Tierra, llenándolo todo de vida. Al olor de la sangre, otros animales acuden al encuentro de la bestia moribunda: un perro, una serpiente y un escorpión, este último suele ser representado agarrando con sus pinzas los testículos del toro, en una clara referencia a su potencia

fertilizadora. También se da otra explicación a la acción del escorpión, como la representación de la entrada del mal en el mundo.

La proyección continúa relatando más pormenores referidos a esta religión. Afirmando cómo claramente las mujeres estaban excluidas de los misterios de Mitra y cómo los varones eran incluidos sin que ni siquiera se exigiera una edad mínima para ser admitido. El video también cita que la lengua utilizada en los rituales era el griego, con algunas fórmulas en persa, aunque progresivamente se fue introduciendo el latín. Los seguidores eran obligados a bajar a un sótano que era recubierto con tablas perforadas, de este modo la sangre del toro sacrificial caía en cascada sobre ellos. Así santificados, podían entonces salir del sótano «nacidos de nuevo» en Mitra.

Las explicaciones del video continúan, en este caso tratando de una forma clara de lo que para el club, constituye un desenmascaramiento del engaño en el que estarían cimentadas una parte importante de la liturgia divulgada por el cristianismo y especialmente por la Iglesia católica. Así que comienza a realizar analogías, para ello explica cómo el sacrificio del toro, que era denominado como «taurobolia», fue el antecesor del bautismo cristiano. La tumba excavada en roca (y lugar del renacimiento), el «petra» era el punto central del Mithraeum. La conexión con la roca, fue posteriormente convertida en la leyenda de San Pedro. Las iglesias cristianas han tachados a los acólitos de Mitra como paga- nos. Para el relator «los misterios de Mitra» han sobrevivido gracias a que la nueva religión surgida de las catacumbas romanas permitió que una parte importante de sus rituales quedaran de forma larvada incorporados en ella.

El video promocional del club continúa afirmando:

«Se puede comprobar que en una parte de los trabajos artesanales de los pueblos conquistados bajo los rasgos de la nueva deidad se disimulan los de la antigua» —Y sigue—: Así el mitraísmo pareció asimilarse con los seguidores de Jesús, gracias a algunas circunstancias coincidentes, ya que ambos creían en un ser salvador, la trasposición de la carne y la sangre de la víctima sacrificada en pan y vino o, como también en el caso de Isis y Horus, el nacimiento de un hombre del vientre de una virgen, su muerte y su posterior

resurrección, además de otros quizás menos trascendentes como la consagración del domingo como el día dedicado al culto de la divinidad, o la de la principal festividad de esta el 25 de diciembre, pero igual de importantes en la práctica. Otro dato que refuerza estas afirmaciones es el de que el lugar donde esta levantado el Vaticano coincide con en el sitio donde se celebraron los últimos sacramentos del «taurobolium». De cualquier modo el mitraismo durante la época romana, no fue la religión oficial del imperio, se aceptaba o mejor se toleraba, como una suerte de creencias o ritos del estamento militar. Fatalmente, durante los reinados del emperador Graciano y posteriormente Teodosio, sus santuarios fueron saqueados y sus seguidores fueron perseguidos. El dios había caído, pero las imágenes y la iconografía de Mitra fueron expropiadas al por mayor, por el más amplio y popular culto de Cristo. El disco de Mitra vino a parar sobre la cabeza de Cristo. Los obispos cristianos adoptaron el tocado y la mitra».

Llegados a este punto de la proyección, el presentador del video, por fin aparece. Está sentado detrás de una extraña mesa formada por patas retorcidas de bronce con tapa de mármol rosa. Va vestido de negro y con la cara distorsionada digitalmente, para que no pueda ser reconocida. Esta vez su charla continúa, explicando las principales razones de divergencia con el pensamiento cristiano de este modo su discurso continúa:

«Evidentemente en el Club de los Arquitectos del Pensamiento Luminoso, el mitraismo nos parece muy importante, en la medida que desenmascara las mentiras y medias verdades, difundidas desde el inicio de sus tiempos por las iglesias cristianas. Los estúpidos que guiaron el cristianismo han tenido éxito en ocultar en tinieblas los antiguos descubrimientos de la mente humana, de manera que ahora nos debatimos en la oscuridad para encontrar de nuevo la clave. En lo que respecta a la figura del diablo, con la cual se amenaza a todo el que se sale de las normas cristianas, debemos afirmar que para nosotros no existe como ser personal. Por lo que se refiere a Lucifer, lo consideramos como un ser positivo que lleva la figura de la luz al mundo. El verdadero nombre de Satanás, según dicen los cabalistas, es el de Yahveh al revés; porque Satanás no es un dios negro... para los iniciados

no es una Persona, sino una Fuerza, creada para el bien, pero que puede servir para el mal. Es el instrumento de la Libertad y la Voluntad libre.

Mientras el personaje misterioso procedía a dar estas explicaciones el acompañamiento musical de fondo casi imperceptible estaba perfectamente planificado. Para ello, se utilizaban músicas suaves tipo new-age, bien coordinadas con cada una de las fases de la presentación del club.

En la última parte del video, ya sin ningún tipo de relato, y sólo con el concurso de la música de fondo, que en este caso iba subiendo o bajando su volumen y tonalidad, se iban proyectando imágenes de forma secuencial, repetitiva y cada vez más rápida. Entre ellas, no faltaban paisajes de ruinas encontradas en diversas partes del mundo relacionadas con todo lo expuesto, aparecen simbolismos de todo tipo, desde cristianos, egipcios, hasta druidicos. Entre todas destaca una imagen de una estatua en mármol de Mitra que se repite varias veces. Pero también se proyectaban figuras diabólicas. Las imágenes de Lucifer eran representadas como el Ángel bello anterior a su caída, aunque al final se vislumbraba su transformación en Satanás, pero siempre dándole un aspecto ciertamente favorecedor.

Finalizada la proyección, la puerta de la habitación se abre y entra nuevamente Antonio Luz, que pide disculpas a la pareja, pues la persona encargada de venir a informarles ha mandado un mensaje sobre la imposibilidad de llegar a tiempo. Así que decide preguntarles sobre el video y si necesitan alguna aclaración al respecto.

—Es muy interesante, pero no término de entender del todo qué es lo que se persigue en esta sociedad —dice Jacinto.

—Me ha parecido entender que la mujer no podía acceder a la religión de Mitra —pregunta Ludovica y continúa:

— ¿Entonces, en este club, no se admiten mujeres?

Antonio les contesta:

—Intentaré responderos a ambos. Para nuestro club, la verdad, el conocimiento perdido que debe ser recuperado se ha venido encontrando en algunos grandes elegidos, como Confucio, Sócrates, Platón, Leonardo Da

Vinci, Einstein... Se trata de una ciencia sincrética, en la que se combinan tanto doctrinas orientales como occidentales, tanto antiguas como actualizadas. Nuestro credo sería, por así decirlo, el culto a una religión especial, enseñada por la naturaleza y por la Razón. En lo que respecta a tu pregunta Ludovica, debo decirte que estamos en un mundo actualizado, en el que el reconocimiento del papel de la mujer nos resulta imprescindible para conseguir las metas y caminos por nosotros emprendidos. Por tanto, puedo adelantaros que en este club la mujer tiene un papel preponderante.

De cualquier modo, es muy difícil resumir en una sola visita la naturaleza de esta sociedad, en la que os recomiendo os iniciéis. A ella pertenecen desde hace bastante tiempo algunos conocidos vuestros, que en este momento no os puedo revelar. Han sido precisamente algunos de ellos los que me han recomendado vuestra adscripción.

Terminada la presentación, Antonio les indica que antes de solicitar su ingreso formal, deberán reflexionar sobre si realmente están interesados en pertenecer al club, o por el contrario prefieren seguir su camino individualmente, en cuyo caso debían olvidar todo lo que se les había propuesto. Para dar una respuesta adecuada les concede un plazo de siete días, al cabo de los cuales deben comunicarle su decisión.

Ludovica, pregunta:

— ¿Qué ocurriría si uno de los dos estuviera interesado y el otro no?

—En este caso, al haberos propuesto conjuntamente, sólo será admitida una respuesta conjunta al respecto. Es importante que os pongáis de acuerdo antes de volver a contactar conmigo. El contacto lo debéis hacer a través de la página:

https://www.google.es/search?322letrasSB.eulogie1932=lnms&sa=X&ved=0CA YQ_AUoAGo-VChMI4ZznyJ6jyAIVAAaEaCh1iNwtf&dpr=1.

Desde la propuesta, las dudas se han apoderado de la pareja. Lu se muestra mucho más proclive que Jacinto a solicitar la entrada. Sin saber por qué, se siente atraída por la idea de pertenecer a un club, que dice contener la

posesión de conocimientos y misterios que parecen superar las revelaciones y supercherías de las religiones más habituales.

Ludovica había sido educada en una familia de la alta sociedad italiana, con un fuerte componente cristiano, y como tal se había visto imbuida desde su nacimiento en una serie de comportamientos y formas de estar que inevitablemente habían cristalizado en ella. Sin embargo, el carácter rebelde e independiente que siempre había tenido, la había empujado a resistirse a casi todo lo que podía considerarse como políticamente correcto. Para ella, esto podía ser una oportunidad de conocer otros modos de entender su propia realidad. Además de que siempre, todo lo esotérico y secreto, le había atraído de modo inevitable.

A Jacinto, por el contrario, este tipo de sociedades captadoras de personas siempre le habían provocado muchas dudas. Desde que alcanzó la adolescencia, se había comportado como un católico no practicante, pero muy respetuoso con la doctrina de la Iglesia. Al contrario que Ludovica, nunca había reflexionado sobre las verdades de su propia existencia. Siempre había sido muy pragmático y lo que realmente le preocupaba en ese momento era la maldita legalización de la clínica.

Durante toda la semana no habían conseguido ponerse de acuerdo sobre qué respuesta dará a su captador, toda vez, que este al descubrir tan abiertamente las aparentes dificultades que podían tener para conseguir la ansiada legalización, parecía dejar claro una suerte de chantaje, que molestaba especialmente a Jacinto. Sin embargo, la insistencia de Lu, junto a las promesas de agilización en los trámites vertidas por Antonio Luz, hicieron que el joven dentista claudicara y aceptara presentar su solicitud formal de admisión al club junto a la de Ludovica. Al abrir la página del club y dar al enlace de solicitudes de admisión, a ambos se les pedía una filiación completa, que incluía correo electrónico, así como una serie de test psicológicos y de personalidad de lo más variado. Se realizaban preguntas acerca del tipo de comportamientos que creían debían tener, ante situaciones límites. Lo último que tenían que rellenar se refería al motivo, por el cual habían «decidido libremente» solicitar su pertinencia como socios iniciados. Ni que decir tiene que Lu rellenó este apartado de una forma rápida y casi entusiástica, mientras

que al pobre Jacinto, la cumplimentación de este apartado le hizo luchar internamente sobre sus propias contradicciones. No obstante, haciendo de tripas corazón, copiando de forma descarada lo escrito por la italiana, terminó rellenado lo solicitado.

La contestación del club a través de la página se realizó después de que hubieran transcurrido veinticuatro horas desde que la solicitud fue entregada. Un mensaje corto en el correo electrónico les indicaba que el próximo viernes por la tarde, un coche los recogería en la esquina de Mayor con Sacramento, junto al monumento del ángel que allí existe.

Allí estaban los dos quietos, en la esquina prefijada, con ese miedo a lo desconocido que inevitablemente se iba apoderando de ellos, a medida que el tiempo transcurría. Habían llegado tan sólo diez minutos antes de la cita, pero los minutos parecían eternos. A Jacinto el deseo de regresar y dejar toda esta extraña historia se le hacía cada vez más acuciante. Ludovica permanecía callada, con sus bellos ojos intensamente abiertos, volteando la cabeza hacia cualquier vehículo que pareciera querer parar en la esquina. Un Mercedes negro para a su lado, de él bajan dos jóvenes altos perfectamente trajeados que se identifican como miembros del Club de los Arquitectos del Pensamiento Luminoso. Les indican amablemente que se sienten detrás. Comienzan a conducir hasta que llegados a un punto del camino, les piden que bajen, para que les puedan vendar los ojos, aludiendo motivos de seguridad. Jacinto, algo desconcertado protesta diciendo que a ellos nadie les había advertido que debían dejarse conducir a ciegas hacía un lugar desconocido. Uno de los dos jóvenes les explica que no deben preocuparse de nada y que si quieren regresar ellos no tienen ningún inconveniente en hacerlo, pero que si realmente quieren formar parte del club, deben tener suficiente confianza en sus procedimientos y precisamente esta es una de las primeras barreras que deben superar, así que les conmina a que se decidan, puesto que en caso contrario les volverían a llevar al punto en el que los recogieron. Ludovica, que tiene su decisión tomada, termina convenciendo a Jacinto de que deben seguir los procedimientos que les sean propuestos.

Durante más de dos horas el coche se dirige primero a bastante velocidad pero de forma suave por la autopista, para posteriormente coger un camino de

montaña, bastante más virado. Durante el trayecto el conductor y su acompañante, apenas han pronunciado palabra, tan sólo un ¿Cómo vais?», que de forma medida pregunta el acompañante cada treinta minutos. Jacinto y Lu, que no pueden evitar encontrarse presos de la más absoluta oscuridad y atenazados por la incertidumbre, contestan con un lacónico:

«Bien, gracias», mientras el vehículo continúa su cada vez más virado camino.

Por fin, el coche llega a su destino. Unas puertas altas y metálicas chirrían durante su apertura, el coche disminuye la marcha y lentamente se dirige hacia el patio trasero de un enorme edificio bajo cuyos muros se encuentra la sede central del club. El lugar era un antiguo convento de teresianas desacralizado, cuyos orígenes se remontaban a la Orden de los Templarios. Constaba de una torre octogonal anexa a una planta rectangular conectada con un largo recibidor, que le daban aspecto de T invertida.

Una vez parado el coche, los dos acompañantes, de forma amable, hacen que la pareja de jóvenes bajen de él, y sin quitarles la venda de los ojos les hacen bajar unas escaleras, para después conducirlos por un estrecho y húmedo pasillo hacia una pequeña cámara, donde los separan. Ludovica queda en ella; mientras Jacinto es llevado a una habitación contigua. Las puertas de ambas habitaciones se cierran, mientras se les prohíbe que se quiten la venda de los ojos, bajo amenaza de perder toda posibilidad de pertenecer al club. El tiempo transcurre de forma lenta, ambos permanecen sentados, sin que nadie les diga nada. El silencio reinante sólo se ve interrumpido por el sonido del correr de un riachuelo, que se percibe como muy cercano a ambas estancias. La humedad y el frío comienzan a desesperar a Jacinto, que de forma discreta descorre ligeramente la venda de sus ojos, aunque le sirve de poco, pues sólo le permite constatar que se encuentra en un espacio donde reina la más absoluta oscuridad. Pasado un tiempo indeterminado, Jacinto puede oír cómo en la habitación de al lado, alguien habla con Ludovica, y aunque a través de la pared no entiende todo lo que dicen, llega a la conclusión de que esta acepta algo que la han propuesto. Oye sonidos de pasos y de una puerta que se cierra, pasa el tiempo y nuevamente reina el silencio. No puede evitar que ciertos pensamientos se vayan apoderando de su mente: « ¿Qué estará pasando con Lu? ¿Quizás ha sido un error el aceptar la solicitud de admisión?

Todo parece tan raro. ¿Realmente merece la pena vivir una situación tan extraña? ¿Y si luego encima todos los esfuerzos no sirven de nada?». Inmerso en esta zozobra mental, el tiempo sigue transcurriendo con una lentitud desesperante, hasta que por fin, la puerta se abre y alguien acercándose a su oído le indica que se ponga en pie para que pueda ser guiado al lugar de su evaluación como candidato. Uno de sus guardianes le ordena que debe desnudarse totalmente, siempre sin quitarse la venda de los ojos. Jacinto cree que lo más prudente es obedecer a la voz, que ya con firmeza ha empezado a darle instrucciones. Una vez desnudo y descalzo le hacen caminar nuevamente por un pasillo estrecho y húmedo hasta llegar por fin a un lugar lo suficientemente iluminado como para que la luz pueda ser percibida a través de los resquicios del pañuelo negro que le tapa la visión.

El lugar es un amplio salón con suelo ajedrezado, formado por baldosas blancas y negras intercaladas, que recubren totalmente todo el suelo, solamente interrumpidas por un círculo que rodea una estrella de cinco puntas marcado en el centro. Al fondo del amplio habitáculo una estatua de mármol de Mitra sacrificando al toro parece presidir todo el lugar. En el techo varios planetas rodean un triángulo que encierra en su interior el ojo de Ra. Debajo de la estatua y a una distancia de algo más de metro y medio, se levanta un altar de piedra rectangular de 2 por 3'23 metros. El altar se encuentra perforado a modo de criba, por pequeños círculos como de un centímetro de diámetro, debajo del mismo aparece un espacio en el que se aloja un lecho de mármol blanco. Junto a él, dos columnas doradas sirven de sustento a una vela negra y a una vela blanca. Cada vela está sujeta por un pequeño recipiente que contiene los restos de la cera derretida mezclados con cenizas de papel. Sobre el altar de piedra en un lateral, se encuentra un pequeño puñal de plata de hoja afilada y sinuosa. A ambos lados de la sala dos filas de sillas en dos alturas se alinean a lo largo de la estancia.

Nada más llegar a la sala, a Jacinto le hacen beber de una copa que contiene un elixir dulce y picante con final amargo, que le deja en un estado de seminconsciencia, pero con los sentidos exacerbados. Percibe cómo un fuerte olor a incienso, sándalo y otras hierbas aromáticas impregna sus fosas nasales, que se han vuelto más sensibles. El intenso olor hace que por un

momento pierda la consciencia. Cuando la recupera, percibe cómo el sonido de una campanilla penetra por sus oídos, de tal forma que parece llegar hasta el interior de su cerebro. Aunque el sonido ha cesado fuera, parece repetirse en su interior de forma cada vez más sorda, hasta que lentamente desaparece y nota una agradable sensación de alivio, que se ve nuevamente interrumpida por los sonidos agudos que producen los tres el golpeteos del báculo del Gran Maestro contra el suelo, como señal del comienzo de la ceremonia de iniciación. Por fin, una voz masculina y profunda comienza a pronunciar frases rituales, que se ven respondidas por un nutrido coro de voces que se oyen a ambos lados del salón. Los congregados pronuncian versos de extraño e ininteligible significado para Jacinto. Terminada esta primera parte de la ceremonia, el Gran Maestro da la orden de que le aten a una silla, que está colocada en el centro del círculo central de la sala. Antes de continuar, a Jacinto se le advierte que las pruebas que le van a realizar para valorar su admisión, de algún modo van ligadas a las pruebas que habían realizado previamente a Ludovica. Y se le dice que su novia había tenido un comportamiento suficientemente adecuado para que su aceptación en la sociedad no tuviera ningún problema, pero que sin embargo, el resultado «como ya se les avisó, será conjunto» para ambos. Tras pronunciar esta última frase, la sala permanece en un gran silencio durante cinco interminables minutos, sólo interrumpido por el crepitar producido por las velas que han sido colocadas alrededor del círculo, donde se encuentra maniatado Jacinto, que permanece bajo los efectos de la pócima que le fue suministrada.

Por fin el Gran Maestro indica que pueden retirar la venda de los ojos de Jacinto. Al hacerlo este no nota ningún pudor, a pesar de estar desnudo frente a las dos hileras de personas que se encuentran vestidas con túnicas negras, máscaras y capuchas, que clavan sus miradas directamente de forma silenciosa sobre el aspirante.

Una vez acomodada la visión de Jacinto a la tenue pero suficiente iluminación de la sala, contempla con bastante asombro las particularidades del extraño lugar en que se encuentra. A continuación el Gran Maestro, le pregunta si desea continuar o por el contrario aún está a tiempo de abandonar.

Sin saber por qué, Jacinto de forma un tanto inexplicable, no siente ningún temor, ante los acontecimientos que está viviendo. Además, una curiosidad un tanto insana parece haberse apoderado de él, con lo que responde afirmativamente sobre su deseo de continuar. Ni si quiera se ha acordado de Ludovica al tomar tal decisión.

Ante la respuesta del iniciado, el Gran Maestro da la orden de continuar con la ceremonia. Nuevamente le vendan los ojos. Seguidamente dos mujeres con túnicas de raso morado capuchas y máscaras, conducen a una joven desnuda que parece no oponer ninguna resistencia y que dócilmente se coloca en la fría superficie de mármol blanco que se encuentra justo debajo de la tapa de piedra del altar. Finalmente, todo el altar es recubierto por un tapiz blanco, en el que se encuentran dibujados extraños símbolos y grafismos. Cuando a Jacinto le quitan nuevamente la venda de los ojos, y las dos mujeres proceden a retirar el tapiz que recubre el altar, queda absolutamente estupefacto al comprobar que la mujer que esta desnuda bajo el altar de sacrificios es su amada Lu, que permanece impasible con los ojos vendados. Ante lo que ve, Jacinto, trata de revelarse, pero se da cuenta que se encuentra fuertemente atado, además ante la impresión recibida, es incapaz de articular palabras de forma coherente y su garganta sólo es capaz de emitir un alarido que revela su impotencia y desesperación ante la es cena que está presenciando. Su grito no tienen ningún efecto sobre los participantes que permanecen sentados mientras la ceremonia continúa.

Una tercera mujer, vestida igual que las anteriores pero con la túnica negra y capucha morada acompañada de un pequeño ternero, se dirige hacia el altar. Con la ayuda de las otras mujeres colocan al animal sujeto por cuatro argollas que se encuentran fuertemente atornilladas a la superficie granítica del altar. A continuación cogiendo la daga afilada le propina un amplio corte sobre el cuello. La sangre mana abundantemente hasta que inunda toda la superficie del altar y penetra por los múltiples orificios del granito para terminar empapando el cuerpo desnudo de la bella italiana, que parece mostrar una enorme sensación de placer cuando la sangre caliente del animal comienza a ser derramada sobre ella.

Terminado el sacrificio, las ayudantes hacen que Ludovica se levante, y proceden al lavado de la sangre vertida con gasas empapadas en agua de rosas. La sacerdotisa se acerca a ella, la besa en la mejilla, le coloca una pulsera en su muñeca izquierda y la envuelve en una túnica de raso negra similar a la de la mayoría de los asistentes. El Gran Maestro da un golpe con su báculo en el suelo, suena una campanilla y la sacerdotisa procede a llevar de la mano a la recién iniciada Lu, que se postra ante él totalmente tumbada en el suelo con la cara boca abajo y así permanece, mientras el Gran Maestro pronuncia con voz grave las siguientes palabras: «Nolentes sanguinem. Renascentia terrae. Triumphant lux. Eterne sapiencie».

Las dos ayudantes de la sacerdotisa, proceden a escribir mediante dos plumas de ave con parte de la sangre derramada del sacrificio que fue recogida en un recipiente dorado, dos papiros manuscritos, que una vez sellados con la sortija del Gran Maestro, son destinados a su cremación. Uno de ellos es quemado en la vela negra y el otro en la blanca. Finalmente, el Maestro ordena a Ludovica que se levante, la toma por su mano izquierda y la conduce hacia una de las sillas que permanece vacía en uno de los laterales de la sala.

Jacinto, que ha observado toda la ceremonia, se encuentra algo más calmado dentro de su estado de consciencia alterada. Sus temores de que pudieran sacrificar a Lu parecen ya descartados, decide por tanto dejarse llevar por los acontecimientos y no poner una resistencia, que por otra parte cree que es innecesaria.

El Gran Maestro le pregunta si después de lo visto está dispuesto a continuar con sus pruebas. A lo cual Jacinto, sin demasiado entusiasmo, responde afirmativamente.

Seguidamente, las dos ayudantes lo desatan, le hacen arrodillarse en el círculo central, mientras todas las velas que lo rodean permanecen encendidas. La sacerdotisa se acerca a Jacinto y vierte un ánfora dorada, que contiene sangre del animal sacrificado, mientras pronuncia una retahíla de palabras en latín. Al notar cómo el líquido rojo es derramado sobre su cabeza y cuerpo desnudo, Jacinto percibe que una intensa sensación de asco se apodera de él. A duras penas consigue evitar el vómito, se encuentra pálido desorientado mientras

nota como todo parece girar a su alrededor. Durante unos segundos parece perder totalmente la conciencia, pero su fuero interno le dice que debe luchar por mantenerse alerta. Poco a poco, consigue recuperarse suficientemente para por fin notar cómo una sensación placentera se va extendiendo por toda su piel. La causa de tan agradable experiencia procede del agua tibia de rosas con el que las dos ayudantes le van retirando la sangre vertida con suavidad mediante gasas, que son utilizadas con gran habilidad y firmeza. A continuación, el ritual es similar al aplicado sobre Lu: la sacerdotisa le cubre con una capa negra con capucha, le toma de la mano y le hace postrarse en el suelo con la cabeza boca abajo frente al Gran Maestro. Este pronuncia nuevamente las mismas palabras rituales, se queman dos papiros y finalmente es conducido a un sillón vacío en el lado opuesto en el que fue sentada Ludovica.

El Gran Maestro, acompañado de la sacerdotisa y sus dos ayudantes, se arrodillan ante el busto de Mitra y al levantarse alzan sus brazos hacia el techo señalando con ambas manos el triángulo que circunscribe el ojo de Ra. Mientras vuelven a pronunciar las palabras: «Nolentes sanguinem. Renascentia terrae. Triumphant lux. Eterne sapientie», que en este caso son coreadas por todos los asistentes. Seguidamente se colocan delante del altar de sacrificios. En el centro están el Maestro y la sacerdotisa, mientras que las dos ayudantes se colocan cada una a un lado. Nuevamente una campanilla seguida de un golpe de báculo, preceden la última orden de la ceremonia, que indica que todos los asistentes deben retirar sus capuchas y máscaras, para que los nuevos hermanos que han sido admitidos puedan participar del primer secreto de los iniciados, que no es otro que el de conocer la identidad de los compañeros de la sociedad que han participado en su iniciación.

Tras la máscara de la sacerdotisa, aparece una resplandeciente María Amor, que sonríe de modo enigmático y cuando se quitan las máscaras sus ayudantes surgen dos personas también muy conocidas para la pareja de neófitos, son Magdalena, la bella pelirroja, y Sigyn, la elegante sueca. Entre el resto de los asistentes se encuentran Ariazna, Eleonora, y Ramón, cuya máscara de lobo sujeta en su mano izquierda le daba un aspecto similar al de un cazador que hubiera conseguido su trofeo.

Jacinto y Lu, que en un principio han resultado muy sorprendidos por la presencia de tantos conocidos, comienzan a comprender la frase que Antonio Luz, cuando refiriéndose a su inclusión en la sociedad, les dijo sin apenas especificar:

«A ella pertenecen desde hace bastante tiempo algunos conocidos vuestros, que en este momento no os puedo revelar».

Finalizada la ceremonia, todos los asistentes se dirigen, esta vez de modo informal, a felicitar a Jacinto y Ludovica por su admisión en el primer nivel del Club de los Arquitectos del Pensamiento Luminoso. María, Ariazna y Eleonora les confiesan que han sido ellas las que han recomendado su captación, pues sabían que de otro modo las dificultades para conseguir la última barrera de legalización podían resultar interminables, y a veces desesperantes.

—Desde luego lo hemos pasado francamente mal—contesta un ya menos obnubilado Jacinto.

—Eso lo dirás por ti, para mí ha sido una experiencia muy interesante, y por qué no decirlo, bastante gratificante—contesta Ludovica, mientras mira a un Jacinto, que recibe la frase un tanto desconcertado.

—Veo que seguís sin poneros de acuerdo en algunos temas —precisa malévolamente María Amor.

—El caso es que tenéis al club apoyando la concesión de vuestra licencia definitiva —dice Ariazna.

—Eso es lo más importante. Sólo os queda la última revisión para superar el nivel negro, pero al contar con el favor de Antonio Luz, la cosa parece muy bien encaminada—añade Eleonora, que se ha aproximado al grupo.

—Ya, pero yo me siento como si estuviera vendiendo mi alma al diablo —contesta un meditabundo Jacinto, que parece no compartir las alegrías del resto.

—Déjate de tonterías, lo importante es que todo parece que va bien encauzado —vuelve a contestar de forma bastante contundente Ludovica.

La última solicitud para la revisión del nivel negro había sido realizada a través de una gestoría que fue recomendada por Antonio Luz. Toda la tramitación parecía realizarse sin ningún problema. Ese viernes de noviembre era el día señalado para la inspección definitiva. El frío de la mañana había dejado su firma escarchada sobre los cristales de la clínica. El día anterior una empresa de limpieza había realizado un trabajo magnífico, hasta el viejo Nicasio se había adecentado con sus mejores galas para la ocasión.

Jacinto y Ludovica se mantenían a la espera, revisando que hasta el último papel estuviera correcto. No sabían quién o quiénes eran los encargados de la inspección de nivel negro, sólo que por lo que les habían contado tenían bastante mala fama, eran muy exigentes y ante el más mínimo defecto formal, eran capaces de echarlo todo para abajo.

Un coche con tarjeta de autorización para justo en la puerta de la calle de la Chistera 36. De él se bajan tres hombres trajeados. Visten de negro con corbatas negras, son altos y llevan gafas oscuras, parecen cumplir el más claro tópico de la imagen más estereotipada de una película de espías de la serie B. Nicasio les saluda al entrar por el portal, ni siquiera les ha pedido que se identifiquen. Realmente van vestidos de «inspectores de nivel negro». Llaman al timbre y tras abrir la puerta, la figura de Antonio Luz, junto a sus dos ayudantes queda recortada por la luz de la ventana del pasillo de la escalera, que parece haberse iluminado dando al conjunto una apariencia un tanto fantasmagórica. La pareja de dentistas les da la bienvenida y de algún modo quedan sorprendidos de que sea el propio Antonio el que haya venido a inspeccionarles. Este les saluda amablemente, distribuye a sus ayudantes que comprueban que todos los requisitos se cumplen, pide la documentación previa, la examina y con una sonrisa firma y sella el permiso definitivo que deberá ser renovado una vez trascurran dos años.

El día siguiente, para Jacinto Fresneda todo parecía maravilloso todos sus esfuerzos para legalizar la clínica de su abuelo por fin habían dado su fruto. Había transcurrido más de año y medio desde que empezaron los trámites, pero el premio ya estaba concedido. Evidentemente, ahora tocaba el proceso de captación de pacientes y comunicación a la sociedad de los magníficos dentistas que eran tanto él como su amada Lu. Estando en estos pensamientos

el chirrido de un coche al parar con brusquedad en la puerta de la clínica le hace salir de su ensimismamiento. Del coche bajan tres hombres vestidos de negro que suben por la escalera sin que Nicasio les haya dicho nada.

«Probablemente les conocía», dice para sí Jacinto. Mientras suben piensa que seguramente vienen a verificar algún trámite que puede haber quedado pendiente.

Llaman al timbre. Jacinto les abre y les saluda amablemente. Estos le empujan y le dicen que queda detenido y que por tanto debe acompañarles. Jacinto protesta y dice:

— ¿Por qué se me detiene? ¿Quiénes sois vosotros? No tenéis ningún derecho.

Y aunque trata de zafarse de ellos y huir, la respuesta es inmediata. El más corpulento de los tres reduce fácilmente a Jacinto, mientras los otros dos le colocan unas esposas. Le hacen bajar por la escalera y lo meten en el coche, que estaba en la puerta esperando, en marcha, con un conductor preparado. Le acomodan sin muchos miramientos en el asiento de atrás, flanqueado por un hombre de negro a cada lado, mientras que delante se encuentra otro de los esbirros y el conductor. Jacinto se percata que la posibilidad de escapar de la detención es prácticamente nula. Además, la incertidumbre de Jacinto aumenta cuando al poco rato de haber arrancado el coche uno de los «gorilas», de la parte de atrás le ha vendado los ojos con un antifaz sin agujeros totalmente negro, de esos que impiden que la más pequeña brizna de luz pueda penetrar en los ojos. Pasa el tiempo, y aumenta el desasosiego del joven dentista, mientras el coche circula a toda velocidad por caminos bastante virados. Llegados a un punto le hacen bajar del coche para cambiarlo a otro, ya no sabe ni siquiera quiénes le acompañan. El trayecto continúa durante bastante tiempo sin que nadie cruce con él la más mínima palabra. La desesperación y desasosiego hacen que poco a poco su cerebro se vaya llenado de los pensamientos más oscuros. ¿Por qué le han secuestrado? ¿Y si se tratara de una prueba más de los miembros del Club de los Arquitectos del Pensamiento Luminoso? De todas las ideas que lo atenazan, esa es posiblemente la única salida a la que su mente se agarra de forma desesperada. La furgoneta frena,

parece haber llegado a su destino. Le hacen bajar y le conducen por los pasillos del castillo al que han llegado. Jacinto no es consciente de donde está, sólo oye palabras habladas en un idioma que él identifica como francés, sigue sin saber qué es lo que pasa y por qué lo han detenido. Por fin, el sombrío peregrinaje de Jacinto parece terminar. Le sientan en una estancia sin ventanas, le quitan la venda y le indican que debe permanecer en silencio. Junto a él permanecen dos hombres de negro, absolutamente callados. Se da cuenta de que en la habitación existe un gran espejo. En realidad se trata de un espejo semitransparente, de forma que cuando la luz de la habitación de al lado se enciende el cristal permite ver de forma algo difuminada lo que ocurre al otro lado. Han encendido la luz en la sala contigua, y la preocupación de Jacinto aumenta. Al otro lado de la estancia se encuentra Ludovica, en una situación probablemente similar a la suya. Trata de hacerle señas con la cabeza, nota cómo Lu le mira pero no puede oír lo que esta intenta decirle a través del cristal. Los hombres de negro que la vigilan, al ver los intentos de comunicación con Jacinto, la amordazan y se la llevan por la puerta. No puede más y grita a sus captores:

—Pero ¿por qué se me detiene? ¿Qué vais a hacer con mi novia? Por favor, que alguien me explique algo.

Ante la actitud tomada uno de los guardianes le increpa:

—Calla desgraciado ¡no sé cómo puedo contenerme ante tipos como tú! Sí no fuera por las malditas leyes «buenistas» te ibas a enterar.

Otro de los hombres de negro, que parece apiadarse algo más de la situación le contesta:

—Debes estar tranquilo. Sabrás lo que tengas que saber cuando llegue la autoridad que esperamos.

Le trasladan nuevamente a una estancia con forma circular, del techo baja una pantalla que transmite imágenes de diversas culturas y épocas, en ellas siempre aparece gente formando largas colas para entregar impresos. Tras cerca de una hora de proyección ininterrumpida, Jacinto se encuentra cada vez más despistado y un tanto acorralado. Al final de la proyección se da cuenta de que

la sala tiene una barandilla en la que asomados a ella aparecen diversas personas, que enmascaradas le están mirando desde su improvisado palco.

Uno de los personajes de los que antes le observaban, que tiene una máscara con forma de cabra, se dirige con autoridad a uno de sus guardianes. Al verle llegar se inclina ante él, le dice algo al oído y se marcha tan misteriosamente como ha venido. El hombre de negro toma por los brazos a Jacinto y le hace nuevamente andar por un largo pasillo hasta llegar a una sala octogonal con siete puertas marcadas por los siete planetas. Le sientan en el centro, aún sigue es- posado. Al poco tiempo de estar en la extraña sala, Jacinto nota cómo el suelo comienza a subir dirigiéndose lentamente hacia el techo, debe escoger una de las puertas antes de que puedan quedar bloqueadas. Sin pensárselo empuja fuertemente con el hombro la puerta que está marcada por un sol, esta cede con cierta facilidad y termina abriéndose. Penetra en una pequeña habitación cuadrada sin ventana, la puerta que se abrió con cierta facilidad, se cierra bruscamente y queda atrapado en su interior. Se siente agobiado y nervioso, con esa sensación de estar tratado injustamente, ni siquiera sabe por qué resulta acusado. Comprende cómo deben sentirse algunos animales de esas ganaderías ecológicas en las que tras vivir el animal en el campo pastando libremente y recibiendo todo tipo de cuidados, cuando ha llegado su hora lo encierran en un camión y lo llevan estrujado junto a otros a un recinto pequeño y cerrado. Pero él, sin embargo, está solo en ese reducido espacio. La incertidumbre e incomprensión le hacen pensar que quizás ha llegado su final. Las paredes, muy lentamente, se le aproximan dando la sensación de que el espacio y el oxígeno son cada vez más reducidos. Por un orificio del suelo del cada vez más reducido habitáculo, comienza a salir una capa de brea caliente, que poco a poco, se va dispersando, hasta que nota cómo el líquido untuoso comienza a subir por sus extremidades, y el humo procedente de la masa grisácea parece asfixiarle. Se encuentra totalmente atrapado en ese asfalto caliente.

Un timbre suena y Jacinto abre los ojos, se encuentra empapado en sudor en la cama de su habitación. Se da cuenta de que todo ha sido una pesadilla. «Maldito sueño, parecía tan real». Coge el teléfono. Es Ludovica que le llama

para recordarle que han quedado con muchos de sus amigos para comenzar la fiesta de celebración de la apertura de la clínica.

Todos los preparativos ya están hechos, y Jacinto y Lu se encuentran esperando a sus invitados en la clínica. Un coche negro para en la puerta. De él desciende Antonio Luz, que ha sido el primero de los invitados en llegar a la fiesta y viene acompañado de dos de sus ayudantes. Al verlos llegar, Jacinto no puede dejar de dudar sobre su destino.